

EDMUNDO DÍAZ CONDE

LA LOCURA DE
LA SEÑORA
BAILE

NOVELA

algaida

A woman's face is partially visible in the lower half of the cover, her features mostly in shadow. She is wearing a necklace with a circular pendant. To her left, a single lit candle provides a warm, yellow light, casting a soft glow on her face and the surrounding misty background. The overall atmosphere is dark and mysterious.

Los suplicios del amor son tan reales como distintas son las clases de amor; pero de una cosa hay total seguridad:

habían nacido el uno para el otro.



En el Londres de mediados del siglo XIX, y guiado por el doctor Russell, veterano psiquiatra, Tadeus Cooper trata a una paciente que lleva casi un año internada en un hospital para enfermos mentales y, aunque se acuerda parcialmente de los horribles acontecimientos en que se vio involucrada meses atrás, ha perdido la conciencia de sí misma y no sabe quién es ni qué relación guardan con ella esos hechos

EDMUNDO DÍAZ CONDE

LA LOCURA DE
LA SEÑORA
BALE

algaida

Para Camino de Prada

«Toda historia de fantasmas
es una historia de amor»

(Shirley Jackson)

CAPÍTULO I

—Los suplicios del amor son tan reales como distintas son las clases de amor; pero de una cosa estoy segura: habían nacido el uno para el otro —dijo la paciente, que fijó la vista en el paisaje del cuadro.

El paisaje consistía en una noche urbana y tenía un matiz de irrealidad. La luna colgaba entre árboles de ramas desnudas que se retorcían como en demanda de auxilio. Faroles de gas brillaban en la niebla y se reflejaban en el húmedo empedrado.

—Me gusta la atmósfera. Es muy londinense —dijo Tadeus Cooper, que desvió la vista hacia el lienzo, en la pared.

Estaban sentados en dos sillas atornilladas al suelo, al igual que la mesa. Encima, dos vasos y una jarra de porcelana. A lo lejos se oían chillidos espeluznantes y risas como alaridos. Su silla gimió. A veces se le iban los ojos hacia la camisa de fuerza que llevaba la paciente. Se remangó un poco los puños de la bata. Un sudor pegajoso le resbalaba por la espalda.

—¿Cómo es que no me llama por mi nombre? —preguntó ella—. Porque supongo que tendré un nombre.

—La llamaré señora Bale.

—¿Por qué señora Bale? ¿Qué insinúa con eso?

—No insinúo nada. Simplifico. La última vez que los doctores la forzaron a recordar, sufrió usted una grave crisis.

—¿Cuánto llevo encerrada aquí?

—Año y medio, casi.

—Tengo frente a mí a un alienista de Liverpool que aplica terapias revolucionarias; pero que se niega a decirme quién soy, a qué me dedico, cuál es mi pasado.

—Es parte de mi terapia.

—Desáteme. No estoy loca. ¿Le parece justo que me traten como un animal?

Había en la mirada de aquella hermosa mujer, con el pelo encanecido, como una suerte de promesa.

—Si quiere salir de esta cárcel, tiene que ayudarme. Avanzaremos juntos.

—Ya —dijo ella con una débil sonrisa.

—Usted conoce una historia de amor extraordinaria.

—He comprendido.

—Hubo una investigación.

—¿Por qué me habla como si hubiera un secreto vergonzoso?

—Intercambiamos confidencias. Le devolveré su pasado. Confíe en mi palabra.

—¿Y por qué debería confiar, doctor? —preguntó en un tono lastimero.

—Porque quiero conocer a fondo esa historia. Porque necesito la verdad para poder ayudarla.

Hicieron una pausa. Tadeus Cooper miró con disgusto aquel suelo ajedrezado.

—Hablaba —prosiguió ella— sobre uno de esos amores que vencen a la muerte.

—Lo cual explicaría la intervención del médium —dijo él, aliviado en cierto modo de volver al tema.

—*La médium*. Era una chica. —A Cooper le acometió un escalofrío—. Habían nacido el uno para el otro. ¿No es ésta la mayor dádiva con que el Señor puede obsequiar a los hombres? —La enferma le sonrió como habría sonreído a un pensamiento de juventud—. Tengo que advertirle, doctor, que si no suspende su incredulidad, no va a comprender nada. ¿Está usted enamorado?

—Mi esposa falleció hace casi siete años.

—Entonces sabrá que su esposa no ha muerto; sólo se halla ausente. ¿Cómo se llama?

—Mary.

—¿Ha llamado a Mary?

El hombre volvió a removerse en la silla. El mundo de los espíritus lo intimidaba. Siempre lo había hecho. A veces soñaba con fantasmas. Por lo que, antes de aceptar el desafío, había sopesado si estaría o no a la altura.

—Me debato en un mar de incertidumbres.

—Antes, yo era profundamente incrédula. ¿Reza, al menos?

—Ya no. —Se aproximaba a la verdad, sin ser cierto. Hacía poco que había vuelto a rezar, pero le daba vergüenza confesarlo delante de ella.

—Si cree que somos únicamente polvo y ceniza, estamos perdiendo el tiempo.

—Me gustaría creer. —Contuvo la respiración. Entrelazó las manos por encima de la mesa y expulsó despacio el aire retenido.

Por primera vez la paciente accedía a contar la historia desde el principio. De manera ordenada. No resultaba casual que la persona elegida fuese alguien externo al manicomio. Alguien como él, que había aceptado dirigir la terapia a pesar de sus miedos más profundos. Fue el doctor Russell quién lo convenció. El doctor Russell aseguraba que sus temores lo humanizarían a ojos de ella, que no lo vería como un simple médico. En teoría, fue el doctor Russell; pero, en realidad, fuimos nosotros.

Nosotros fuimos la causa. Los únicos con derecho a contar bien esta historia.

La paciente dejó escapar un suspiro y, sin mediar palabra, dijo:

—Pues crea. Y para creer, considere que hay vida después de la muerte. Y... desátame —dijo mirándose los miembros apesados.

—Si de mí dependiera, ahora mismo ordenaría que la desatasen.

—Menos mal que es usted un alienista prestigioso. —Y como él guardara silencio, ella prosiguió—. Así es el Hospital Psiquiátrico de Bethlem. Bienvenido al purgatorio, doctor. Aquí aprenderá a rezar.

Él permaneció al acecho.

—Ellos... —empezó a decir la paciente con soñadora suavidad mientras entrecerraba los ojos —... se querían. ¿Comprende? No he dicho que fuesen felices, sino que daban vueltas alrededor del amor como si lo fuesen. Se espiaban. ¡*Feliz!*! sólo mencionar esa palabra ya arruina lo que quiera que signifique.

»Me fastidia la idea de que los grandes amantes son eso, *felices*. Pero ¿qué se figura la gente? Mire, el mundo rueda a costa de malentendidos y mentiras, porque el reino de la tierra es de los cobardes y los mendaces; pero siempre habrá unos pocos para quienes la verdad represente un alivio. Yo necesito la verdad. ¿Y usted, doctor? ¿Cuánta verdad se cree capaz de soportar?

—Toda —dijo con apariencia de firmeza.

—¿Toda? Entonces, volvamos al principio.

»Miro hacia atrás, un tiempo que ahora me parece tan, tan lejano, y vuelvo a verla. Apasionada, llena de orgullo. Rebecca. No se parecía a nadie que hubiera conocido antes.

»¿Sabe lo primero que me viene a la mente? Que estaba hecha de incandescencias y virtudes; pero que Dios, en su misericordia, no la había agraciado con el don de la hermosura. Tenía, escúcheme bien, esa manera de querer exuberante, esa devoción destinada a fundirse sólo en un alma masculina. Entonces, aun sin ser hermosa, ¿no tenía derecho al sueño arrebatado del amor?

»Si lo tenía, no esperó suscitar en nadie emociones como las suyas, ni ambicionó que la amasen del modo en que ella se sentía capaz. Antes de conocerlo a él, he querido decir.

»No sólo no era hermosa, Rebecca era enemiga de los amores tibios, como lo era de los hombres que tratan a las mujeres con superioridad y condescendencia. En una palabra; tenía la desgracia de pasar por excéntrica, peor aún, por inteligente en un mundo en donde siempre ganan ellos y la libertad de la mujer es motivo de escarnio y mofa.

»Comprendía, cómo no, que los hombres no palidescieran de deseo por su cuerpo; pero la razón, más profunda, por la que había rechazado a sus escasos pretendientes era otra: porque ni siquiera fingían estar interesados por su alma. Pues también Rebecca, como las mujeres bonitas, tenía una. Y su alma era de esas que conserva intacta la ilusión.

»Soñaba con alguien a quien adorar, de una vez y para siempre. Un hombre bueno en el que refugiarse, que le robara el corazón no sólo por el dinero. Todo lo que pediría de ese justo es que no la avergonzara, que estuviera dispuesto a construir un hogar a su lado, a compartir ternuras y lealtades, a tomarla con cálida fortaleza. Nada la haría más *feliz*, pensaba. Y a cambio, le regalaría a ese hombre la dulzura de sus besos y las prerrogativas de su apellido.

»¿Le he dicho que era una joven vital, animada por el optimismo, tumultuosa, desmesurada? Le gustaba vivir.

»Tenía hambre que todo y se le había metido en la cabeza que la vida le deparaba enfermar de amor. Entonces, su enamorado la desposaría suavemente y ella disfrutaría de su hombre para la eternidad.

»Puede que, sin ella saberlo, quisiese más que un hombre; quería un destino. Y ya que le negaban un destino de mujer, se quedaría con un destino de personaje.

»Pero remontémonos en el tiempo, doctor.

»Sucedió en 1851, cuando Londres deslumbró al mundo con la Gran Exposición Universal.

»Londres, la nueva Babilonia, la urbe en donde una mujer era susceptible de destacar sólo por la calidad de su belleza o de su resignación. La tierra de las brumas, de las inmensidades, de las modernas maravillas. Allí y entonces, mientras muchos depositaban su loca esperanza en la industrialización y el progreso, algunos lo hacían en los trances *post mortem*, el mundo de los espíritus y los veladores sordomudos.

»Londres, sí, la ciudad en donde vivió Rebecca Peabody y en donde la muerte la sorprendió de forma trágica y prematura.

CAPÍTULO II

—1—

—Aún puedo contemplar aquel prodigio que relucía bajo el cielo: un palacio en los jardines de Hyde Park flotando como una gran pompa de jabón sobre los olmos —continuó la paciente—. Era, se decía, el edificio más grande del mundo en el corazón mismo del mundo civilizado. El Templo de las Industrias y las Artes, habían empezado a llamarle, o el Palacio de Cristal, donde se exhibirían todos los progresos de la industria.

»Hasta el *Times*, que la víspera de su inauguración había denostado la estructura de acero y vidrio que acogería la Exposición Universal, se deshacía en elogios; o el *Mister Punch*, campeón de los diarios satíricos, en donde Thackeray afirmaba, con el magisterio de quien ha inventado la palabra *esnob*, que si él fuera la reina Victoria, ordenaría que una parte de ese cristal se engastase en su diadema.

»Lo cierto es que esa tarde de mayo de 1851, a los pocos días de la inauguración del Palacio de Cristal en la gran franja de terreno al sur del lago Serpentine, un carruaje cubierto, con un par de lacayos agarrados atrás y del que tiraban dos parejas de purasangres, se detuvo frente a la entrada. Una entrada que coronaba una cúpula de vidrio cuatro veces mayor que la de San Pedro de Roma.

»La pareja de lacayos, bien empolvada como iba, se apeó y, abriendo la portezuela, ayudó a bajar del coche a dos niños; luego, a cuatro damas ataviadas con grandes sombreros, vestidos de polisones y largas faldas guarnecidas con plisados y volantes. Por último, bajó un caballero. Las damas, entre el frufrú del raso y la crinolina, abrieron sus parasoles; todas menos una, que llevaba bastón. Se encaminaron desmayadamente hacia el Palacio. El caballero cerraba la comitiva bajo los ojos atentos de la gente que se arremolinaba en la explanada.

»Se adentraron en el vestíbulo. Traspusieron la verja, flanqueada por dos alabarderos de la Torre de Londres con uniformes de gala. Avanzaron entre el público. Desde las claraboyas del techo se precipitaban cataratas de luz. Una mezcla de estridencias, chirridos, zumbidos, chasquidos y murmullos resonaban en aquella especie de invernáculo gigante.

—¿Y para esto cobran un chelín por barba? ¿Para ver un zoco oriental? —dijo el caballero, que arrastraba las palabras con indolencia. Contemplaba aturdido los ornamentos florales y las palmeras, las esculturas barrocas y los tapices pendiendo por todas partes, las decoraciones de forja y el rosario de expositores repartidos entre la planta baja y las dos plantas superiores—. Si éste es el capitalismo del futuro, qué desolación. ¡Y pensar que aquí mismo cazaba jabalíes Enrique VIII!

—¿Desolación, Larry? —preguntó con sorna la dama del vestido vaporoso, no menos esbelta que su marido, tomándolo del brazo—. ¿Y desde cuándo un caballero se permite emociones tan básicas?

—Susan, querida. Desde que el matrimonio le abre los ojos a todas ellas —contestó Larry,

que, inmune a los desaires de su esposa, hablaba de ella como un griego de un clima frío. El espigado joven rondaba los treinta años. Tenía bigotes y perilla a lo mosquetero, llevaba una casaca verde botella de impecable factura, pantalones blancos, sombrero de copa y se apoyaba en un bastón de bambú con empuñadura de plata.

—¡Tío, tío! —exclamó la más joven del grupo, una damisela de nariz respingona y moño de rizos adornado con flores, acercándose a Larry—. ¡Hay montones de expositores! ¡Hay, exactamente, 13937! ¡Y en su mayoría son nuestros y de los Estados Unidos!

—¡Charlotte, hija mía! ¡Repórtate! —le ordenó una corpulenta y enojada señora que lucía un vestido muy abullonado y un sombrero con proliferación de penachos.

—¿Y no es un poco ruidoso? —preguntó Larry, que removió el dedo meñique en el oído—. En fin, veamos qué sorpresas nos deparan los americanos, aparte de maquinaria agrícola.

—¡Oh, pues hay de todo, tío, de todo! Hay joyas de toda clase, ostras perlíferas y un gran trono de marfil. Hay sombreros confeccionados con hojas de palma y chales de cachemira. Hay sedas de Lyon. Hay perfumes de Grasse y platas de Bohemia y porcelanas de Sèvres. Y espadas toledanas. Y de Túnez, agua de rosas. Dicen que hay una cama que se transforma en una balsa salvavidas, y otra que despierta a su ocupante lanzándolo a una bañera recién preparada. Y el espejo más grande que nunca se haya visto. Y una montaña enorme de guano del Perú. Y un revólver americano de repetición llamado Colt. Y también...

—Toma aire —dijo Larry.

—¡Oh, Charlotte, qué espanto! ¡Cuántas palabras por minuto para una joven en edad casadera! —volvió a escandalizarse su madre.

—...Y también los pedruscos Hope y Koh-i-Noor...

—¡¡Pedruscos!! ¡Jesús!

—¡Diamantes, madre! ¡Gordos como castañas!

—¡¡Castañas!! ¡¡Gordos!! ¿Se puede ser más vulgarota? —gimió su madre.

—Uf, el *Times* ha calculado que para ver la exposición entera hacen falta unas doscientas horas —explicó Charlotte lanzada—. Y hasta se importaron dos gavilanes para mantener a raya a los pájaros que se cuelan.

—¡Jesucristo! —se horrorizó la madre de Charlotte—. ¿Así pasas el tiempo, Charlotte? ¿Leyendo la prensa?

—Disfruta, hijita, mientras puedas —intervino Susan—. La temporada sólo está empezando. Durante los próximos tres meses, tiempo tendrás para aburrirte de los sitios y de los hombres de moda.

—No le llares *hijita*, hazme el favor —dijo Maud; pero Susan hizo como que no oía el comentario, y siguió:

—Y de cenas, bailes, óperas, conciertos, regatas, carreras, actos benéficos, recepciones y aniversarios. Acabará tan harta como todas hemos acabado, si no más.

—Susan, querida, hablando de matrimonio, hay sacrificios que son inversiones —decretó Larry—. Incluso tú, un *esprit fort* que aborrece la vida mundana, has invertido con no escaso éxito. ¿O no?

—¿Tía Susan aborrece las inversiones, tío Larry? —preguntó Charlotte.

—Uy, Charlotte —dijo Larry—. Tía Susan es, rigurosamente hablando, el espíritu de la discrepancia.

—¡Ésa sí que es buena! —refirió Maud.

—Bla, bla, bla —exclamó Susan.

—*Bien sûr!* —continuó Larry—. Y ya que estamos en Hyde Park, Charlotte, voy a demostrarlo. Piensa en los dos paseos laterales del Rotten Row, por donde las damitas trotáis a lomos de vuestros corceles para regocijo de los jóvenes galanes, ¿sí?

—¡Qué aburrimiento, tío Larry, los paseos de Rotten Row y los jóvenes galanes!

—No debes decir eso, hija mía —sancionó Maud.

—A tía Susan esos paseos también le resultaban desmoralizadores —dijo Larry—. Cuando estaba en boga el izquierdo, era de las que cabalgaba por el derecho; y cuando estaba en boga el derecho, su yegua asomaba por el izquierdo. Y tan contenta. En aquellos días, hasta yo me asombraba con sus cambios de sentido. Y aún sigo lleno de asombro. Discrepar tanto como discrepa tía Susan evidencia mucho mérito.

—Debería darte vergüenza —dijo Susan—. ¿Siempre fuiste igual de asqueroso?

—Me atrevo a decir, querida —añadió Larry, y se puso un dedo en un lado de la nariz mientras entornaba los ojos—, que no hay reputación en Londres que soporte la higiene de tus escrutinios.

—Charlotte, tesoro, no hagas caso. La pasión es lo único conveniente, sea cuál sea su objeto —profirió la única de las cuatro damas que desde su entrada en el Palacio no había articulado una sílaba. Cojeando como iba, se ayudaba de un fino bastón. Tomó del brazo a Charlotte.

—Oh sí, tía Rebecca. Estoy tan de acuerdo... —La joven puso el orgullo de una heroína nacional en sus palabras.

—Charlotte es un amor. Es despierta y adorable —comentó Rebecca—. Tendrá cientos de pretendientes a sus pies. Opino, Maud, que tanto tú como Preston os preocupáis demasiado.

—Deberías saber que tu hermano mayor no tiene tiempo para preocuparse por nada —repuso Maud—. Excepto por el trabajo. Debe de ser el banquero más cualificado de la City. Claro que, al menos, Preston tiene una buena excusa para no habernos acompañado.

—De hecho —dijo Larry—, mi hermano infringe cada dos por tres su calendario de ocio. —Maud cruzó una mirada furtiva con Rebecca, y dijo:

—Total, para lo que se le reconoce a mi marido el esfuerzo, empezando por su propio padre...

—A nuestro padre no se le escapa que el trabajo está sobreestimado —dijo Larry.

—Muy, pero que muy ingenioso, Larry —soltó Maud.

—El ocio es la profesión más sofisticada y que más imaginación requiere —prosiguió Larry—. Lo digo sin falsa modestia. Como hermano pequeño que soy.

—El problema, tía Rebecca, es que soy hija única —dijo Charlotte.

—No, sobrina —matizó Larry por detrás—. Tu problema es que aún no te recobraste de serlo.

—Cielito, no hagas caso. Te aseguro que es peor tener dos hermanos y ninguna hermana —dijo Rebecca posando una mirada burlona en Larry. Charlotte estalló en risas—. Matthew, Stephen, ¿os gusta? —preguntó a los dos niños que iban cogidos de la mano y encabezaban el grupo.

—Sí, mamá. Dice Matthew que es una maravilla —contestó volviendo la cabeza un niño de tez muy blanca y ademanes gentiles, que aparentaba unos trece o catorce años. Llevaba de la mano a un chiquillo que tenía el pelo del mismo matiz castaño que Rebecca y sacaba a Stephen casi una cabeza y varias tallas.

—Eres un egoísta y un caprichoso —rezongó Stephen, que oprimió la mano de Matthew y tiró de ella hacia abajo.

—¿Yooooo?

—Sí, tú. Tú.

—Anda, Stephy. Eres el mayor. Dime que después me llevarás al Museo de Cera. Dime que convencerás a papá. Por favor, Stephy, por favor.

—Habla más bajo —dijo Stephen.

—Hablo más bajo.

—Mamá no quiere que vayas. Aún eres pequeño.

—Por favor, Stephy. No soy tan pequeño.

—¿Y por qué tengo que estar siempre pendiente de ti?

—Pero ¿lo harás? Dime, ¿lo harás? ¿Vas a llevarme? ¿Iremos después al Museo de Cera?

—Bueno, ya veremos.

—¿Y qué vamos a hacer allí? Cuéntamelo, Stephy. Cuéntamelo, anda.

—Te lo contaré cuando salgamos. Y ahora, presta atención, concéntrate en esto. Se llama la Exposición Universal.

—Eso ya me lo has dicho.

—El grupo se abría paso con facilidad entre la gente —prosiguió la enferma—. Tal vez obedeciera a su elegancia; o a que, al detectar la cojera y el bastón de Rebecca, los hombres se apartaban con una consideración compasiva.

—¡Mira, tía! —dijo Charlotte—. ¡Qué bonito! —Se detuvieron junto a una gran fuente de vidrio que despedía una intensa fragancia—. Tiene nueve metros de altura. Y los chorros no son de agua, sino de perfume francés.

—Una delicia —dijo Rebecca—. ¡Stephen, Matthew! ¡Más espacio! ¿Cómo estás tan enterada, Charlotte?

—Me he zampado el catálogo de la exposición de pe a pa. —Reanudaron la marcha hasta que el propio Larry se detuvo y, alzando el bastón, apuntó con la contera hacia uno de los expositores y dijo:

—¡Por Zeus! ¿Habéis visto aquello? ¿De qué rincón del globo proviene tamaño disparate? —Los niños y las damas se volvieron hacia donde señalaba Larry—. ¡Un ataúd! ¡Un ataúd abierto de par en par!

—Y, naturalmente, se acercaron. El vendedor, un hombre fornido que hablaba con acento exótico, los puso al corriente. Era un féretro a prueba de catalepsias. El artilugio se equipaba con una escotilla de escape y un pasmoso dispositivo que, activándose desde dentro, suministraba aire a través de tubos de cobre.

»Susan, que fue guapa y seguía siendo coqueta, se rio como solía, exhibiendo en bloque la dentadura. Antes de zambullirse en la carcajada, abrió una boca llena de dientes, echando la cabeza hacia atrás, como haciendo una inspiración profunda.

—Tía Rebecca, estás muy pálida. ¿Te ocurre algo? —preguntó Charlotte.

—No es nada, cielo.

—¿Mamá? —dijo Stephen, que se acercó sin soltar a su hermano.

—Ya se me está pasando.

—Pues cualquiera diría que has visto una aparición —dijo Maud.

—Mi hermana desaprueba la muerte desde que era niña —dijo Larry—; lo que no puedo por menos de aplaudir. La muerte es poco moderna.

—¿Poco moderna, Larry? —preguntó su mujer.

—Inactual, querida —contestó Larry—. Lo que nunca pasa de moda jamás tendrá el privilegio de ser moderno. La muerte sólo es el fin. Y eso es de una vulgaridad espantosa.

—Yo no lo creo —dijo Rebecca, que se había paralizado y, con voz vacilante, añadió—: Yo no creo que la muerte sea el fin, sino el principio de algo.

—Por si acaso, señora, toque *maderrra* —se aventuró a decir el vendedor.

—¿Madera? ¡Cielos! Pues más le valdría arreglar eso. En nuestro país hay que revestir de plomo los ataúdes. ¿Lo sabe? —dijo Larry.

—Es un buen *ferretrro* —dijo el vendedor—. Da *segurridad*.

—Si es por seguridad —dijo Larry—, en Londres es preferible pagarle al sepulturero un par de chelines para que entierre dos pies más profundo.

—¿Y eso *porr qué, señorr?*

—Para que los profanadores de tumbas no lleguen al cuerpo antes de que salga el sol.

—¡Jesucristo! —Se persignó Maud. El vendedor volvió a dirigirse a Rebecca.

—Toque, toque *maderrra*.

—Mi suegro lo haría. Tocaría madera —habló Maud.

—Mi padre tocaría cualquier cosa que tuviera fama de dar buena suerte —dijo Larry—, excepto a una mujer madura.

—Rebecca, ay, de ser hermosa, habría deslumbrado —dijo la enferma—. Ceñía su cuello un collar de perlas del que colgaba un camafeo de plata y marfil, con forma de corazón. Llevaba un vestido celeste, guantes de cabritilla blancos hasta el codo y un sombrero que no ocultaba una trenza hasta casi media espalda.

»Pues bien, muy lentamente, igual que si reptase por su pecho un escalofrío de espanto, Rebecca se desprendió de uno de sus largos guantes.

—Toque. Toque toda la *maderrra* que desee. Tóquela, *porrr* si acaso.

—Volvió la vista hacia el vendedor, alargó el brazo izquierdo, su mano rozó la madera del féretro y, de repente, toda su frágil figura osciló como envuelta por un aire fatal. ¿Adquirió su gesto un carácter de presagio? En su mano, sólo una alianza de oro fulguraba.

»Como fulguraba, lejos de allí, a esa precisa hora en que se muere el día, un anillo idéntico en una mano diestra. Era una alianza gemela en una musculosa mano de hombre. Una mano que era foco de atención en la taberna Red Lion, de los Seven Dials.

»Puesto que usted, doctor, es de Liverpool, ha de saber que los Seven Dials es uno de los peores barrios bajos de Londres.

»Un laberinto de callejones desiguales con olor a desperdicios, tabernas de baja estofa y sótanos y áticos en donde se instalan familias de proles tan numerosas como precarios son sus medios de subsistencia. Los niños buscan peladuras de naranja entre los adoquines, los tendedores, bajo el peso de las ropas, cuelgan sobre la cabeza de los viandantes, se alquilan jergones a seis peniques la noche y las casas, con ventanas desgajadas de sus marcos y cristales rotos, parecen inclinarse hacia delante. Eso son los Seven Dials.

»Y ahora, volvamos a la taberna Red Lion. Observe muy de cerca esa alianza, doctor. Era idéntica a la otra, la de Rebecca, y arrojaba destellos a la luz fantasmal de una vela cuyo sebo chorreaba por los lados.

»La mano viril parecía demasiado fatigada para moverse. Quieta en una mesita de madera

redonda, con abundancia de iniciales y fechas grabadas, marcas de cuchillo y cercos de vasos de cerveza, pues el vino no es bebida para pobres. Una mesa carcomida por los años y el trasiego de una alcohólica clientela de artistas, mujerzuelas, barrenderos, buhoneros, cerilleros, cigarreros, cazadores de ratas, exterminadores de pestes, obreros sin trabajo, mozos de cuerda o simples buscavidas.

»Alrededor de la mesa, se apiñaba una pintoresca variedad de tipos cuyo atributo común era la escasez crónica de chelines. Miraban unos por encima de los hombros de los otros, y en medio de un arrobado silencio, seguían las evoluciones del anillo. Algunos con esa palidez característica de los que trabajan o deambulan por la noche. Casi todos los taburetes, las sillas y los bancos estaban vacíos. Y ni siquiera el barbudo hombre sándwich disponía de tiempo para quitarse el cartel que anunciaba una ópera en el Covent Garden. Hebras de humo se elevaban y esparcían como incienso hasta los últimos peldaños de la escalera de caracol que atravesaba el techo.

»La mayoría de los presentes miraba a ese hombre con una mezcla de incredulidad, codicia y reverencia. A saber de dónde procedía ese elegante. Algún intrépido osó rozarle la chaqueta.

»El caballero, pues en caso de emitir un veredicto sólo por sus prendas, se trataba de un caballero, deslizó con agilidad los tres dedales por la mesa, los cruzó entre sí, descruzó y volvió a cruzar. Sólo bajo uno de ellos rodaba el guisante. Por último, dejó los tres dedales en línea, clavó la mirada en el tipo que tenía enfrente y dijo con ojos vidriosos:

—Elija.

—Luego, apuró su jarra de peltre y volvió a dejarla en la mesa. Enfrente, el deshollinador tenía la nariz enrojecida y su rostro estaba más tiznado que el de un obrero de los astilleros del Támesis. Vestía un frac lleno de zurcidos y una chistera tan sucia y arrugada como un fuelle de fragua, alrededor de la cual aleteaba una devota cuadrilla de moscas. Puso bocarriba uno de los dedales y, coreado por los gritos de la parroquia, falló. Levantó el segundo, volvió a fallar; levantó el último y verificó, sin consuelo, que éste escondía el guisante.

»Se sucedió una algarabía de voces y risas. Un tipo que llevaba un delantal de piel cuarteada con peto sustituyó las dos jarras vacías por otras dos a rebosar de espuma. El deshollinador arrojó sobre la mesa una moneda y el caballero procedió a guardársela.

»Mientras, en la calle, bajo el letrero de la taberna Red Lion, a través de las rejas de la ventana, un hombre de raza negra, vestido de librea y con abrigo, no quitaba la vista al interior del tugurio.

—Señora —interrumpió Tadeus Cooper a la paciente—, ¿cómo puede saber todo eso?

Formulada la pregunta, Cooper permaneció inmóvil, mordiéndose la lengua.

—No lo sé. ¿Desea o no que continúe? Estamos a tiempo de dejarlo.

—Tenga la bondad.

Constituía la primera prueba de fuerza entre ambos. Y Cooper lo sabía. Como sabía que era buena cosa que la paciente se sintiera segura y confiada.

—Pues continuemos. Aquel hombre del tugurio, el caballero de ropas elegantes y pañuelo de batista blanca anudado al cuello, siguió bebiendo sin prisas.

—¿Otra partida? —preguntó el caballero al deshollinador.

—Oiga, vuelvo a lo mismo —repuso éste rascando con la uña la protuberancia de uno de los dedales—. ¿No me estará haciendo trampas, verdad? Es la octava partida. Nadie tiene tanta suerte. ¿No cree?

—¿Quién dice que tenga suerte? —preguntó el caballero, mirándolo como si lo atravesara.

—¡Por mí puede hacer todas las trampas que quiera, mientras me deje mirarlo y remirarlo! — soltó alguien entre las carcajadas de la parroquia. El deshollinador se rascó la barbilla.

—Quédese tranquilo. Sólo tengo una palabra —dijo el caballero con voz pastosa.

—Los ricos se pueden permitir tener palabra —contestó su adversario. Ahora reinaba una paz y un silencio absolutos.

—Si creen que soy un ricachón de equivocan.

—Más le vale. En los Seven Dials, tener dinero es pecado —soltó alguien.

—¡Pecado! —exclamó con voz sorda el hombre distinguido. Cabeceó en un gesto pesaroso—. Los que aún crean que Dios sigue vivo dense golpes de pecho, si es que eso les alivia. —Apuró un buen sorbo de cerveza negra. Miró con ojos cargados de desesperanza las vigas de madera del techo, la escalera de caracol que conducía a la planta de arriba, los barriles que se arracimaban en las baldas superiores de las desconchadas paredes, el suelo cubierto de sucio serrín y, por último, los tres dedales—. No es que Dios haya muerto; es que nunca llegó a existir.

—¡Yo no creo en Dios! —dijo alguien.

—¡Yo tampoco!

—¡Ni yo!

—Los únicos que pecan son los ricos, que sí creen —dijo el hombre distinguido—. Los ricos son las víctimas de un Dios muerto.

—O los caballeros mentirosos que roban a los pobres —repuso el deshollinador.

—Por todo el local sonó como un arrullo de inquietudes —siguió la señora Bale—. El hombre distinguido le echó un vistazo a su oponente, se irguió en toda su estatura, que no era poca, se echó por encima la capa y cogió el bastón y el sombrero. Con tintineo de llaves y monedas en los bolsillos, se dirigió al mostrador. Le siguió un ejército de pisadas que hubiera inquietado al más flemático. Una vez allí, soltó con estrépito el puñado de monedas que, en buena lid, habían pasado del bolsillo del deshollinador al suyo.

—¡Mozo! ¡Rondas para todos! —gritó.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! —resonó por todo el local. Y casi instantáneamente se reanudó el tumulto. La parroquia golpeaba la barra con los vasos, empezaron los cánticos, las palmas, los vítores y todo fue confusión. El ayudante del tabernero sirvió a unos y a otros y, en segundo plano, el deshollinador, que aún rumiaba su descontento, se puso en pie. Mientras, aprovechando el barullo, el hombre distinguido se arrimó al tabernero para decirle algo. Le hizo una somera descripción de una mujer que era físicamente inconfundible.

—¿Me pregunta usted por Eileen?

—Así se llama. Eileen. ¿Viene con frecuencia? ¿Viene por las noches? —preguntó el caballero con ansiedad.

—A una pelirroja nunca la olvido. Huelen de otro modo. ¿Es de las que calienta los muros con la espalda? —Y el tabernero hizo pantalla con la mano en la oreja. Naturalmente, la taberna Red Lion tenía menos de catorce años, la edad de Stephen, su hijo mayor. En caso contrario, el tabernero no le habría hecho esa pregunta, pues, con mucha probabilidad, sabría que él era un antiguo vecino del barrio, y Eileen...

—Es mi hermana.

—¿Su hermana?

—Dígame, ¿viene por las noches? ¿Acompañada de hombres?

—Es posible. Oiga, yo no me fijo en las costumbres de mi clientela, ¿sabe?

—El forastero consultó la hora en su reloj de bolsillo, se abrochó la capa y, sin más explicaciones, salió del tugurio y se dejó envolver por la humedad.

»En los Seven Dials, la bruma empezaba a arrastrarse por las calles.

»Había bebido demasiado; pero, en consideración al hombre negro que lo había seguido durante toda la tarde, avanzó y, antes de fundirse con la bruma, ni una sola vez volvió la cabeza.

—2—

—Eran las diez de la noche cuando Ashley regresó por fin a casa —continuó la paciente—. Alumbraban el salón velas protegidas con globos de vidrio; pero, con velas o no, las diez era una hora intolerable para una cena en familia. La pierna de cordero con puré de rábanos estaba sobre la mesa.

»Por supuesto, Rebecca se vio obligada a justificar el retraso de su esposo. Así que mintió a su padre. Le mintió sobre las gestiones que habían impedido a Ashley acompañarla a la Gran Exposición. Su padre, que estaba a su lado, en la cabecera de la mesa, pendiente de ella. Por tal motivo, al irrumpir Ashley, la expectación gravitó sobre todos los comensales.

—Buenas noches —dijo el hombre que poco antes había recorrido los Seven Dials con el negro pisándole los talones—. Lamento mucho el retraso.

—No lamentar, he aquí el lema de Arnold Peabody. Mientras te disculpe nuestra joven invitada, la señorita Higgins... La familia ya te conoce —dijo el padre de Rebecca, que fumaba un puro. El anciano tenía el porte de un gran pionero, con papada y tripa, anteojos de oro, escasas hebras incoloras que se le alborotaban por el cráneo y una tupida barba sin bigote. Cuando cogía carrerilla le gustaba referirse a sí mismo en tercera persona—. Al fin y al cabo, éste es tu hogar, Ashley. Y que vivamos aquí, en el Mayfair, cerca de vosotros, tiene sus ventajas. ¿Qué decíamos? ¡Ah, sí! Que Londres se ha vuelto descomunal.

—Papá, ¿por qué no trinchas el cordero? —preguntó Rebecca.

—Voy, cariño. —El anciano se puso de pie. Cogió por la barbilla a su hija con la mano libre y le dio un sonoro beso en la frente—. Tu marido aún no sabe la joya que me robó.

—¡Arnie! —saltó Anne Rose, la matriarca—. Tu hija tiene más de cuarenta años. —Anne Rose Peabody estaba llena de manchas, surcos y arrugas, le colgaban las pieles por todas partes; al contrario que su esposo, que rebosaba en cualquier traje.

—En cuanto a Londres, padre, no todo lo que es descomunal es grande —dijo Larry.

—¡Frases! ¡Frases! ¡Frases! —soltó el patriarca, cuya voz tenía un dejo a cómitre de galeras—. ¡Cuándo aprenderás a hacer hijos, en vez de frases, Larry! Lo que me hace falta son nietos. Y, por ahora, no tengo más que dos varones. —Miró a Stephen y a Matthew—. ¡Desesperas a un santo!

—No creo en el sexo —afirmó Larry.

—¡Ja! —exclamó su mujer con calculada actitud resentida.

—Menuda ocurrencia —soltó Maud.

—No cree en el sexo —informó Arnold Peabody. Ya no había quien lo parase. Sacudió la ceniza del puro y lo dejó en el cenicero. Carraspeó fuerte y se dirigió a su esposa—: esto es grande. ¿Oyes, mujer? ¡Tu hijo no cree en el sexo!

—¡Ja! ¡Ja!

—Qué disparate —se ensañó Maud.

—«Él mira la tierra, y ella tiembla; toca los montes y humean». Salmo 104 —recitó el Padre Carmichael. El cura, de semblante rubicundo y calva reluciente, tenía una edad y una corpulencia similares a las del patriarca.

—Cuando papá se enfada, carraspea —dijo Larry—. Como los autóctonos.

—¿Ahora los llamamos «autéctonos»? —preguntó Arnold Peabody, que golpeó inadvertidamente un salero, derramando parte de su contenido—. ¡Vaya por Dios!

—Corre, Arnie, corre —dijo Anne Rose mientras su marido cogía un pellizco de sal derramada que se echó sobre el hombro izquierdo.

—Tú —dijo el patriarca mirando a Larry—. ¿Qué es eso de que no crees en el sexo?

—Soy nihilista sexual, padre.

—Una calamidad es lo que eres, hijo mío. —Sopló en el cuenco de las manos, se las frotó y empuñó el tenedor y el cuchillo. Tenía un vello oscuro en la base de los dedos—. Pensar que tu hermano y tú aún estabais mamando leche anteayer... Qué pronto os convertisteis en bebedores de sangre.

—Sólo te metes con tus hijos varones —observó Anne Rose.

—Tampoco es que tú seas muy fecunda, Maud —dijo el patriarca, que, por lo regular, trataba a las mujeres como a chiquillos maleducados.

—¡Padre!! —exclamó Preston, un cuarentón entrado en carnes, con el cabello peinado hacia atrás, la nariz rota, pobladas cejas y ojos de pez. Podía uno imaginárselo con un gorro de dormir en forma de embudo y roncando—. Esto es injusto. ¿Has oído, mamá?

—Déjalo que hable —dijo Anne Rose.

—¿Echáis sal en la cama? ¡Tú! —se dirigió a Preston—. ¿Comes huevos y ajos para engendrar varones?

—Padre, bien sabes que te hacemos caso en todo, pero los huevos y los ajos me revuelven el estómago.

—Cuando Arnold Peabody dice verdades se os revuelve el estómago. —El anciano batallaba con la pierna de cordero—. Larry, volviendo a la materia. Ya es bastante malo sufrir la inmensidad de Londres y sus diez mil calles; pero soportar los ruidos que meten los carruajes circulando como locos, y el ferrocarril y los omnibuses, y el rechinar de las ruedas contra lo bordillos, y el barro y los relinchos y la mierda de caballo... Es para cortarse el cuello.

—¡Oh, Arnie! —le amonestó su esposa—. Querido, estamos en la mesa.

—Para ir de Whitehall al Banco de Inglaterra se tarda casi una hora —refirió Preston.

—Y las obras que desquician los nervios —siguió el patriarca—. Y qué decir de este clima del demonio que le roe a uno hasta la médula. ¡Al infierno con Londres! Lo único que se salva son las inglesas. Las inglesas jóvenes. Un lugar estupendo, si se buscan jóvenes. Londres traiciona a los viejos. Un lugar odioso.

—A mí lo que me disgusta de Londres son los domingos —dijo Larry—. Todo desierto, húmedo, saporífero. Un domingo en Londres es el colmo del aburrimiento.

—Es el día del Señor, Larry —dijo el padre Carmichael.

—Usted no está viejo, papá. Está en la primavera de la madurez —dijo Maud. Andaba un poco entrada en carnes, como su esposo, aunque más joven. Tenía la tez pecosa, como su hija. Lograba los rulos del pelo con tenacillas y a base de agua azucarada. El viejo Peabody tomó asiento para descansar, se limpió la cara con una servilleta y se remitió los pulgares en los bolsillos del chaleco a la vez que declaraba:

—La primavera de la madurez, dice. ¡Carcamal! Y a carcamales también llegaréis vosotros, si ponéis velas suficientes a los mártires.

—¿Verdad, Preston, que papá está como un toro? —preguntó Maud a su marido.

—Deja de llamarle papá —rezongó Preston, que soltó el cubierto y el cuchillo. Alzando la cabeza, remitió los pulgares en los bolsillos del chaleco como hacía su padre—. Lo que pasa es que nos hemos convertido en el primer país industrializado del mundo.

—Para una vez que los niños cenan con nosotros, ¿no podríamos pasar un rato sin discutir? —preguntó Rebecca, que inspeccionaba con disimulo la expresión de su esposo.

—A eso lo llamo sentido común. —El viejo volvió a levantarse y siguió trinchanto.

—Ahí, ahí radica el secreto de nuestros logros —continuó diciendo Preston—. En el sentido común, en los valores que ahora empiezan a llamar *victorianos*.

—Ilústranos —dijo Larry.

—Preston, que aún daba buena cuenta de la tercera tartaleta de ruibarbo con ostras, se atascó con la boca llena.

»Larry, mofándose de su glotonería, se besó repetidamente la punta de los dedos, vulgaridad gestual que había aprendido en Italia, con Rebecca, durante aquel viaje.

—Pues valores que representan lo contrario a ti —dijo Preston, una vez engullido el ruibarbo—. Como la atención a los deberes de la fe.

—¡Ay, qué poco lúdico eres, Preston! —dijo Larry—. Hablas como alguien que hubiese arruinado su felicidad.

—Pero ¿usted no cree en la trascendencia por el espíritu, Larry? —preguntó el cura.

—¿Que si creo en fantasmas? —contestó Larry—. No, pero les tengo miedo.

—Pues yo tampoco estoy de acuerdo con Preston —osó decir Susan—. Según el último censo religioso, más de la mitad de la gente aparece como descristianizada en nuestro país.

—Doña Enteradísima tiene que empezar a discrepar —apuntó Maud, blanca de rabia.

—Me muero de hambre —se quejó Charlotte.

—Lo sé, hija mía, lo sé —se resignó Maud.

—A eso nos conduce el protestantismo y su libre interpretación de la historia sagrada —apuntó el cura.

—Está bien. Católicos o no —dijo el patriarca—, id acercándome los platos uno a uno.

—A Ashley se le ocurrió que en Inglaterra no había verdaderos creyentes; pero se cohibió y no lo dijo. Siempre procuraba ser comedido con los Peabody. ¿Cómo iba a atreverse él, por cuya causa Rebecca había renunciado al catolicismo para contraer matrimonio por el rito luterano, a hablar en términos tan obscenos? ¿Quién era Ashley Bale para decir lo que opinaba en vez de sepultar en su pecho toda opinión impertinente? ¿Era de buena crianza, o sólo un hijo de un par de miserables artistas callejeros?

»Esta noche era reacio a intercambiar miradas con su mujer. Temía sus preguntas cuando se

quedaran a solas, bajo el delirio de sus reproches. Temía sus celos, que lo ponían todo perdido de sospechas. «¿Dónde has estado?», preguntaría Rebecca. «¡Lo sé todo! ¡Me lo prometiste! ¿Por qué ya no me amas como antes?».

—¿Y la señorita Higgins? Porque nuestra invitada se llama Adele Higgins, ¿no es eso? —preguntó el patriarca mientras servía un plato tras otro.

—Sí, señor. —Era una chiquilla quien hablaba. Vestida con ropas oscuras, el cabello rubio peinado en dos crenchas y recogido en un sencillo moño. Tenía la actitud de un personaje recién salido del Evangelio, refugiado en un mundo interior. Con una expresión reveladora en sus grandes ojos, cercados por violáceas ojeras.

—En palabras de Rebecca, eres su única amiga. La única que la comprende, eso dice mi hija. ¡Qué familia de excéntricos!

—Anda, papá, deja tranquila a Adele —suplicó Rebecca.

—A ver, señorita Higgins —prosiguió el viejo—, ¿tiene base real ese chisme de que has leído la Biblia de cabo a rabo?

—Diría que sí, señor. —Al padre Carmichael le dio un ataque de tos.

—Los relatos del Antiguo Testamento son una hermosura —intervino Susan.

—La historia de Isaac y Rebeca, por ejemplo —dijo la chiquilla cruzando una mirada de complicidad con Rebecca.

—¿Hay una historia de Isaac y Rebecca? —preguntó el viejo—. ¿Rebecca? ¿Como mi hija?

—Con una sola ce —dijo el padre Carmichael.

—¡Ver para creer! ¡Una historia de Isaac y Rebeca, con ce! —El viejo Arnold cogió su puro apagado del cenicero y voceó—: ¡Roscoe! ¿Dónde está Roscoe? —En seguida, a su espalda se materializó el robusto negro que había perseguido a Ashley por los Seven Dials—. ¡El puro! —El sirviente se hizo con lumbre y cumplió el deseo de su amo.

—Papá —dijo Maud—, cuéntenos otra vez la historia de Roscoe. ¿A santo de qué se le ocurrió llamarle así a un esclavo?

—Déjame en paz, nuera. —Se derrumbó en el asiento—. ¡Puñetera abolición! En las colonias, hace sólo veinticinco años, habría hecho azotar en público a Roscoe por obedecer a mi hija antes que a mí. Pero estoy blando.

—Y, por curiosidad —se apresuró a decir Preston—, ¿qué ve ese negro en mi hermana que no tengamos tus dos hijos varones?

—¡Tú cierra el pico, Preston! —El viejo se dispuso a establar batalla con su ración—. ¡No empieces! Los Peabody siempre hemos sido católicos. Y Rebecca, la debilidad de mi esclavo. Y lo comprendo. Se le rompió el corazón cuando mi hija se hizo protestante.

—Le agradecería que en mi hogar no utilizase esa palabra, señor —dijo Ashley. El tintineo de platos y cubertería cesó como por ensalmo.

—¿A qué palabra te refieres, muchacho? —preguntó el patriarca.

—«Esclavo». En este país ya no hay esclavos, sino hombres libres.

—Por si alguien lo echaba en falta —dijo Larry—, helo aquí: mi cuñado. De regreso.

—Oye, Ashley —dijo el anciano—, ¿te han dicho alguna vez que eres un moralista feroz?

—Con moralistas como él, esta nación no progresaría —sentenció Preston.

—Gran verdad —dijo Larry—. Hay que carecer de escrúpulos para liderar el futuro.

—¿Puedes callarte, Preston? —voceó el patriarca—. ¡Y tú también, Larry! ¡Id a saciar vuestra

sed de sangre a otro lado! —Desplazó la vista hacia Ashley—. Muchacho, muchacho...

—Padre...

—No pasa nada, Rebecca. Cariño, tienes mala cara. ¿Te duele la pierna, hija mía?

—No, padre.

—¿Estás segura?

—Arnie, te ha dicho que no —intervino Anne Rose—. Y ya es mayorcita, me parece.

—Que me lo diga ella. Lo creeré si me lo dice.

—No me duele, padre. No me duele —Ashley apuró su copa y dijo:

—En respuesta a su pregunta, nadie me había llamado moralista feroz. Desde luego, no en esos términos.

—¿Y tampoco nadie te ha dicho que quien nace siervo, muere siervo, y quien nace destinado a llevar el yugo, más vale que se resigne? —preguntó el viejo.

—Con el respeto debido, señor —dijo Ashley, cuyo tono, tal vez por causa del alcohol, no era muy firme—, no necesito que nadie me haga advertir que en este mundo reina la injusticia.

—¡Y en el siguiente resulta que no crees! —soltó Preston, que hurgó discretamente con la punta de la lengua en el cielo del paladar. Se oyeron risas de incertidumbre. Todos se miraban.

—Sabes, muchacho —dijo el patriarca—, se me ocurre que estás listo para otra Cruzada. Primero despotricas contra Dios y todo eso; y ahora contra la esclavitud. Eres la prudencia personificada. ¿Comprendes lo que te digo?

—Estos protestanteeeeeees... —dijo el padre Carmichael—. Creen que se acaba con el diablo cantando himnos; pero cuando se trata de exorcizar, el pueblo bien que llama a un sacerdote.

—No se embale, Padre —aconsejó Larry.

—Ashley —dijo Maud, que se lanzó a fondo sobre su cuñado—, no he conocido una piel tan fina como la tuya en un auténtico hombre.

—Maud —dijo Larry—. Es la sensibilidad de un pianista, que tú, por supuesto, desconoces.

—Y fue en aquel punto y hora cuando, de modo impensable, Rebecca se enfrentó a Maud. C cogió su copa, llena hasta los bordes y, ante la divertida indignación del resto de comensales, le tiró el vino a la cara.

»Acto seguido, mediante un leve movimiento de cabeza y una frase de disculpa, Ashley, muy inseguro, se las arregló para levantarse y salir perdiéndose en la oscuridad del corredor.

»Entonces, justo inmediatamente después, Rebecca hizo lo propio.

CAPÍTULO III

—1—

De ser algo, Tadeus Cooper era hombre de miedos. Sobre todo, temía al mundo invisible. Un mundo ese que le provocaba infinitos sudores.

Y, sin embargo, al día siguiente de la cita con la señora Bale en el manicomio, Cooper tuvo la audacia de plantarse en la colina de Highgate. Allí donde se eleva el cementerio más lúgubre de la ciudad de Londres.

Por qué ese arrebatado de valor, mejor será dejarlo. Por ahora.

Baste decir que le temblaban todos los miedos, que habría huido de ese jardín oscuro llamado el cementerio de Highgate *ipso facto*; pero que no había marcha atrás. No, después de comprar la voluntad de Flint, el vigilante del cementerio.

—¡Yo aún no he tenido experiencias con fantasmas! —exclamó Flint mientras abría la verja con un prolongado chirrido. Era flaco. Piel cobriza, uñas negras y bigotes que le caían a ambos lados de la boca. Y usaba un pañuelo mohoso anudado a la frente, para domesticar la grisácea pelambreira. Hasta su voz era la mismísima voz de la piratería, si cabe imaginar una voz así—. Que me ahorquen si he visto una sola aparición. Y llevo aquí más de cuarenta años. ¡Ni una sola! ¡Rediós! Maldita sea mi estampa.

Cooper llevaba sombrero hongo, un abrigo de cuero marrón hasta los pies que volvía su físico más insignificante de lo que ya era, guantes de piel y un abultado maletín similar al de los médicos. A sus sesenta años, era un hombre con largos mostachos color ceniza, que bizqueaba al rastrear indicios de tedio en sus interlocutores. Bajo los ojos oscuros le asomaban unas bolsas que habían sido incipientes, a raíz de la muerte de Mary, y luego se convirtieron en crónicas.

Avanzaron por veredas sin empedrar y senderos que bordeaban hojas caídas. Flint iba a la cabeza, con un hombro encogido, bajo la luz del atardecer. A través de la espesura, las sombras se estiraban. Se mecían las ramas y el viento salmodiaba conjuros como rumores lejanos.

Constable, el pintor, decía que las sombras nunca se quedan quietas. Debió de referirse sólo a Inglaterra, pues las nubes siempre pasan deprisa en nuestra patria. Y en el cementerio de Highgate, el viento jugaba con las hojas de los árboles y gemía sobre la tierra de los muertos, aquel lugar de quietud.

Para un bosque encantado, el paisaje no habría sido más convincente. Árboles frondosos, enredaderas que envolvían algunas lápidas, cruces en cuyos intersticios empezaba a crecer el musgo, monumentos funerarios como visiones febriles, esculturas de animales a los pies del sepulcro de sus amos, querubines, arcángeles afligidos que velaban el sueño de los que dormitaban en sus tumbas, por fin quietos, por fin tranquilizados. Ni los trinos de los pájaros se oían. Con lo que amaba el trino de los pájaros Tadeus Cooper.

A ratos, el vigilante se volvía hacia Cooper para saciar una curiosidad sin fondo.

—¿No cree usted que los fantasmas están deseando tener relaciones con los vivos, pero que no

encuentran la manera?

Flint mascaba las palabras. Se diría que hiciese una pasta con ellas. Su aliento tenía un olor a ginebra que tumbaba.

—No sé, señor Flint.

Pasaron junto a las catacumbas en donde, era creencia común, reposaban centenares de tumbas. Atravesaron un pasillo techado con un denso follaje verde y al que se accedía por una arcada como de Egipto. A cada lado del pasillo había puertas que debían de dar a panteones privados.

—Los fantasmas podrían ayudarnos a los vivos —rosmó el vigilante—. ¿Qué opina usted?

—¿Ayudarnos? —Se le encogió el estómago.

—A descubrir a los criminales. —Flint se frenó en seco, y volviéndose agregó—: Para ellos es pan comido. Cuando alguien la espicha, nadie mejor que su fantasma conoce el motivo. Si nos ganáramos su confianza... ¿Se imagina contar con la ayuda del más allá?

—Visto así —concedió Cooper.

—Y los fantasmas, felices. ¿O es que la vida eterna no se hace larga? ¿Me va entendiendo?

Atravesaron patios, pasadizos al aire libre, terrazas y, por último, abismados en un silencio que no perturbaba ningún ser vivo, Flint se paró ante un templete de planta cuadrada.

Subió las escaleras, Cooper pegado a él, y dijo:

—Pero ¿cómo van a confiar los espíritus en la policía si la policía no cree en los espíritus? A eso es a lo que yo llamo coherencia.

—Sería de tontos, señor Flint.

—Los muertos, señor Cooper, hasta bajo tierra gozan de influencia sobre los vivos.

¿Iba a callarse alguna vez aquel sembrador de miedos? Tal vez nunca había estado Cooper tan cerca de un ataque de apoplejía. Como pudo, se las arregló para preguntar:

—¿Éste es el panteón?

—Que me ahorquen si no —dijo Flint con orgullo, y extendió la palma de la mano.

Cooper depositó en su mano tres soberanos de oro.

—¿Me deja quedarme con usted? Me acurruco en una esquina —dijo Flint.

—Imposible. Lo siento.

—Está usted muy pálido. ¿Y si le acontece algún conflicto?

Tadeus Cooper estiró el cuello, elevó la barbilla y, escondiendo la mano libre para que no se percibiera el tembleque, declaró henchido de dignidad:

—Abra de una vez la puerta, señor Flint. Tengo que hacer esto solo.

—Allá usted —dijo el bucanero. Flint hizo girar una llave en la cerradura, empujó la puerta de un bronce verdoso y, una vez adentro, encendió las antorchas que colgaban de las paredes. Algo peludo salió correteando por la puerta—. Es sólo una rata.

—Deme cuarenta y cinco minutos, señor Flint.

Al pobre Cooper, con la moral por los suelos, le perlabla la frente un rocío nervioso. Había logrado zafarse de una rata y de aquel hombre; pero a costa que quedarse estruendosamente encerrado con doble vuelta de llave.

Era la primera vez que se acercaba a la tumba. Cerró los ojos sin atreverse a mirar. Se quedó así, con temblores en la piel. Como si el alma se le hubiera enfriado.

Se obligó a tranquilizarse. Respiró hondo, y con los ojos entornados, para ver lo indispensable, se dirigió hacia el sepulcro como un mártir.

Éste se alzaba sobre un basamento rectangular, con una lápida de mármol blanco. No había más que una inscripción. Una sola inscripción que Cooper conocía por las declaraciones, los grabados y las litografías, porque, hasta hoy mismo, se había negado en redondo a examinar la tumba de la víctima.

Dejó el maletín en una esquina lisa del sepulcro. Lo abrió, cogió unas gafas y se las puso. Antes de emprender el reconocimiento de todo el perímetro, se puso a hacer ejercicios de respiración.

Quién lo hubiera dicho, él, tan reacio a encararse con lo sobrenatural y aquí estaba, en un cementerio. Confinado junto al cadáver que era el origen de todo.

Llevaba así un buen rato, con los ejercicios respiratorios. Entonces, sin más ni más, oyó con una fiera nitidez un susurro como de ultratumba.

Un eco sordo, del estilo de unas voces gemebundas que salían de la nada. Se le erizó todo el vello. Se imaginó algo que caminaba hacia él y gemía. En un paroxismo de ansia, se volvió sobre sí, lanzó un alarido y, segundos después, cayó fulminado bocarriba.

Lo siguiente que alcanzó a ver, a través de las gruesas lentes, y luego a recordar, fue al viejo Flint por encima, los ojos como platos. Blandía una antorcha mientras decía en un tono de violenta curiosidad:

—¿Ha visto al fantasma? ¡Lo ha visto! ¡Sé que lo ha visto! —Pareciera tirarse de los pelos—. Que la dama que estuvo antes que usted se quedara aquí sola, y que usted vaya y se desmaye... Pero, por todos los diablos, ¿cómo va a confiar un fantasma en tipos así?

—2—

Ya era de noche cuando Cooper abandonó el cementerio mareado.

Se montó en el primer ómnibus que acertó a pasar por Highgate. El cochero, a la voz del revisor, hizo restallar el látigo y, con gran ruido de arneses, el ómnibus salió volando de allí.

De vez en cuando, subían y bajaban pasajeros; Cooper sólo pensaba en el cementerio y en Flint. El vigilante, el fanático aquel de los espíritus, tenía que ser un valiente o un loco. Por su parte, él había envejecido tres años de golpe.

Flint intentó explicarle que el desmayo se había debido a una aparición; más aún, aseguró que los ruidos no procedían de las rachas de aire filtrándose por las ranuras, sino que eran los lamentos de los muertos. Pero Cooper no había visto nada insólito, ni antes ni después de desmayarse. Lo único cierto es que la expedición resultó un fiasco.

El asunto lo tenía tan sobrecogido que ni mirando por la ventanilla percibió que cruzaban el Támesis por el puente de Waterloo, siempre en dirección sur; o que enfilaban la avenida del mismo nombre que desemboca en Westminster Road para luego tomar a la derecha por Lambeth. Hacia los campos de St. George, en la zona de Southwark.

Tiempo después, el ómnibus se detuvo frente a la entrada del hospital de Bethlem, para locos, también conocido como frenopático de Bethlem. Un gran pabellón de imponentes muros y tres pisos, con dos alas a derecha e izquierda, atravesadas por galerías. Las mujeres ocupaban el ala oeste; los hombres la opuesta. La bóveda de la capilla sobresalía por detrás de la fachada.

Al reconocer a Cooper, le abrieron el portón de negras rejas que daba acceso al jardín ovoidal. Uno de los que estaba a cargo de la puerta, tuvo el detalle de acompañarlo hasta la sala de doctores, en donde quedaba sólo un facultativo, sentado a la gigantesca mesa de roble.

Tomaba notas. Era joven, con gafas redondas, el doctor Freeman. Uno de los médicos con más proyección del manicomio. Se lo habían presentado antes de dar comienzo la terapia, en los preliminares del proyecto.

Se levantó para saludarlo, si no con efusión, sí con maneras corteses. Todos los médicos de allí conocían la terapia que tenía a Tadeus Cooper como protagonista, si bien casi todos se mofaban en privado de sus posibilidades de éxito.

El doctor Freeman le sugirió que dejase el abrigo y la chaqueta en el perchero del que colgaba una bata blanca, cosa que hizo. Cooper metió los guantes en el maletín del que no pensaba desprenderse y se puso la bata, que le quedaba grande. Se remangó los puños, el médico llamó a una enfermera y los dos lo guiaron hasta el ala oeste.

Una mezcla de olores a medicinas, fragancias dulces y sudores agrios lo acompañaba a uno desde que entraba hasta que salía del manicomio, incluso después. Eran las nueve y media de la noche. Una hora intempestiva; pero, dadas las especiales circunstancias del caso, el director del Bethlem, muy a su pesar, había concedido a Cooper una cierta libertad horaria, siempre y cuando la salud de la paciente no se resintiese.

—¿Quiere decir que desde hace hora y media lleva la camisa? —preguntó un incrédulo Tadeus Cooper.

—Bueno, señor Cooper, le esperamos desde hace hora y media —dijo el médico intercambiando una mirada cargada de intención con la enfermera—. Y el resto de doctores también lleva hora y media en el cuarto de los micrófonos.

—Lo siento mucho. He tenido un compromiso. —Y se preguntó si aquella galería alfombrada que pisaban, con sus cristaleras impolutas, los cuadros y grabados que colgaban de paredes como recién pintadas, las vitrinas resguardando bibelots de cristal y porcelana que jalonaban el pasillo, si el aparente orden del Bethlem no encubriría mil calamidades. Se preguntó si no sería más que un decorado concebido para que él no se formase una impresión calamitosa, como calamitosa era la impresión que muchos londinenses tenían formada del legendario manicomio.

—Está bien. No se apure, señor Cooper —dijo el médico deteniéndose junto a una puerta—. Aquí, los locos son más fuertes de lo que piensa. Y, gracias a usted, ella se curará.

¿Había ironía en esas palabras? Seguro, pensó Cooper. Además, ¿qué experiencia tenía él en casos similares? Repasó de memoria el guion del día y se encomendó a la suerte.

La enfermera ya empujaba la llave.

Fue preciso que los dejaran a solas, que intercambiasen unas pocas frases. Sólo entonces remitió la opresión en el pecho de Tadeus Cooper.

Aquella mujer, una belleza imponente en otro tiempo, se incorporó en la cama por sí misma. Luego Cooper la ayudó a ponerse en pie, y ambos se sentaron a la mesa, frente a frente, ella con

sereno orgullo.

La camisa de fuerza le ajustaba los brazos. Las líneas de expresión de su rostro, cinceladas como alguien con diez años más, y no treinta y nueve. Nunca una mujer fue tan compadecida como ella por Tadeus Cooper.

La habitación no constaba del menor adorno personal, nada que le recordase a la paciente su pasado. A excepción del lienzo que decoraba una de las paredes, y que ella no recordaba, el paisaje de otoño con su luna colgando entre árboles de ramas retorcidas.

—¿Por qué no ha venido antes? —preguntó ella.

—Le ruego me disculpe. —Tomó aire—. Vengo del cementerio de Highgate. Acabo de visitar una tumba que no le es desconocida.

—¿La tumba de Rebecca?

Cooper suspiró.

—Sí —dijo con suavidad. Notó cómo ella se estremecía toda.

—¿Por qué?

—Necesitaba tomar contacto.

Con un gesto acalambrado, Cooper sacó de un bolsillo una pequeña agenda y un lápiz mientras, de súbito, un puñado de minúsculas semillas saltaban esparciéndose por la mesa. La paciente se inclinó hacia delante y miró las semillas con atención. La camisa de fuerza le pareció a Cooper más inhumana que nunca.

—Semillas de alpiste —dijo ella con una vaga sonrisa—. ¿Le gustan los pájaros?

—Mis disculpas... Las llevaba en el bolsillo. —Desconcertado, soltó lápiz y agenda, con los que pensaba tomar apuntes. Barrió con una mano el alpiste y lo recogió con la otra.

—Tiene unas pocas enredadas en el pelo.

Cooper se lo sacudió de un par de manotazos.

—¿Le parece que continuemos con el relato en el punto en que lo dejó?

—¿Dónde lo dejamos, doctor?

—En la noche de su muerte. —Cooper se guardó el alpiste en el bolsillo y volvió a coger el lápiz y la agenda—. Cuando Rebecca le arroja el vino de la copa a su cuñada Maud y entonces Ashley se levanta y sale del comedor. Me dijo que Rebecca fue tras su esposo.

—Recuerdo. —Cerró los ojos unos segundos y regresó—. Hay, sin embargo, cosas que usted debería saber antes de continuar con la noche de su muerte.

—Bien. Adelante.

—Doctor, los padres de Rebecca no eran ingleses sino norteamericanos. De Bristol, en Rhode Island. Eran católicos.

—Católicos, sí.

—Y, como tal vez sepa, la fortuna del viejo Peabody estaba manchada de sangre.

»El patriarca heredó de su padre, y del padre de su padre no sólo el catolicismo, también el gusto por el dinero. Era gente indómita, salvaje de corazón, los Peabody.

»Heredó también una flota de barcos y el negocio que había hecho amasar una fortuna a los suyos, pues los Peabody, doctor, se dedicaban a transportar africanos hacia la esclavitud merced a la travesía trasatlántica.

»Enviaba sus barcos desde Bristol hasta la costa oeste de África para intercambiar ron por hombres, mujeres y niños. Los cautivos eran trasladados a las plantaciones de azúcar que tenían

cerca de Kingston, en Jamaica; o bien eran vendidos en ciertos puertos marítimos del Caribe. Después el azúcar y las melazas se exportaban, o se llevaban de Jamaica hasta las destilerías de ron que poseía en Bristol.

»Los Peabody, como algunas otras dinastías de Rhode Island, nadaban en dinero hasta extremos infames. De hecho, el negocio fue viento en popa hasta los años veinte. A partir de entonces, soplaron nuevas brisas.

»En los Estados Unidos ya se equiparaba la trata de negros a la piratería. El olor a revuelta hacía subir la temperatura del aire y él y Anne Rose ya eran padres de Preston y Rebecca y Larry. Con la riqueza amasada, buscaban para sus hijos lo que todo padre con bienes de fortuna desea para los suyos: posición y reconocimiento en la vida social.

»Sobre todo, la matriarca, Anne Rose, que suspiraba por cambiar la historia de los Peabody. Hizo de ello una razón de vida, una misión. Mujer de una sola idea, soñaba para sus vástagos con un futuro que les cubriera de gloria. Más *milord* y más *milady*, ya sabe. Y como no había mejor proscenio que Londres, Londres pasó a ser la meta de Anne Rose.

»Conque los Peabody cambiaron América por Europa y se establecieron en el distinguido barrio de Mayfair, al norte de Picadilly. Y, en aras a lo que su esposa calificó como el *nec plus ultra*, Arnold adquirió una casa señorial en Park Lane, el cogollo de *la buena sociedad*. Y también una casa de campo en Nottinghamshire, para los meses de verano.

»Como hay cosas que no cambian, cuando el *beau monde* y su aristocracia vieron que eran ricos y norteamericanos, exclamaron: «¡Son tenderos!». Cuando supieron que los Peabody eran mucho más que una dinastía acaudalada, dijeron: «¡Son personas mercantiles!». Cuando conocieron que el patriarca había diversificado sus inversiones entre el ferrocarril, los bienes raíces y las diez empresas con más futuro de todas las que cotizaban en la Bolsa de la City, proclamaron: «¡Son espíritus emprendedores!».

»Los tres hijos, que habían nacido y se habían criado en América, crecieron como prósperos ingleses sobre los que Arnold y Anne Rose plantaron todas las esperanzas y las flores que les autorizaba a tener su fortuna. Si la buena sociedad se abría a los advenedizos, a los reyes de los diamantes o del oro de Sudáfrica, ¿por qué no a un extraficante de esclavos?

»Quiso el destino que Rebecca no fuese una mujer agraciada, algo que el viejo Peabody, con su proverbial tacto de pionero, nunca dejó de recordarle. De paso, insistía en que ningún hombre la cuidaría mejor que sus padres. No olvide, doctor, que Rebecca había nacido con una pierna más corta que la otra. Añada a eso que el temperamento ardiente de la hija tenía rasgos del carácter del patriarca. Así comprenderá por qué, de los tres hijos, ella se convirtió en su predilecta, lo que mortificaba a Preston, el mayor.

»Si Rebecca era de carácter fuerte, también era de gustos *extravagantes*. Simpatizaba con la reivindicación de los derechos femeninos. Y a su padre, aunque le diesen igual tales derechos, que su hija izase una bandera tan impopular para el gusto común de los hombres le satisfacía.

»Su madre, sin embargo, aún jugó la baza de que se casase como era debido. Con un par británico, un legislador hereditario de pura cepa, un miembro de un antiguo, aunque degenerado, linaje, un caballero de la Jarretera... Pasaron los años y nada.

La paciente hizo un alto y, con disimulo, Cooper paseó la mirada por la habitación.

El cuadro, las paredes encaladas, los azulejos como un tablero de ajedrez, la cama. Una lámpara de hierro había reemplazado, pocos días antes, al globo de luz que colgaba del techo. A

la paciente se le dijo que los globos estaban siendo sustituidos en todas las habitaciones. Mentira. Había un secreter junto a un ventanuco enrejado que daba a un patio interior. Y una mesa redonda con dos sillas de respaldo recto (todo atornillado al suelo), en las que por segundo día consecutivo se habían sentado.

—¿Ha oído hablar del moderno *music hall*, doctor?

Cooper negó con la cabeza. Por supuesto, mentía.

—Bueno, el *music hall* está llamado a tener éxito en todo el mundo. Es un espectáculo de comedia, música y baile. Tuvo sus antecedentes en los *pubs* de los años 30; pero los padres de Ashley Bale, doctor, estos sí fueron auténticos pioneros. Eran actores de variedades. Ahora los llamarían artistas del *music hall*.

—Entiendo.

—Actuaban en las ferias rurales. Como gitanos errantes iban de pueblo en pueblo con su música y sus actuaciones. El público los trataba igual que pordioseros. Casi siempre andaban escasos de fondos, pero ellos y los dos niños, Ashley y Eileen, sacaban adelante el espectáculo. Esos padres, bueno... no sé por qué me pongo nerviosa, la verdad es que no puedo recordar sus nombres.

¿Le traicionaba a Cooper la impaciencia, o la serenidad de la mujer se venía abajo al hablar de los padres de Ashley?

—El padre era un buen músico —siguió diciendo la paciente—; violinista, para más señas, pero también un mujeriego. Abandonó a su esposa, que empezaba a padecer trastornos mentales, cuando los dos niños aún eran pequeños. Desde entonces no volvieron a saber de él. Qué tendría Ashley: ¿doce años?

»La madre era una mujer muy guapa. Su rizada melena tenía el color de una nube de polvo de ladrillo en un día soleado. Antes que para la maternidad, aquella nereida pelirroja había nacido para el amor. Y aquí empezaron sus trastornos.

»Un buen día, una emoción desconocida la hizo esclava del déspota que iba a convertirse en su marido. Fue una amante como no se han visto demasiadas y, de conformidad con los sagrados votos, aquel bruto se apoderó de ella.

»No era una mujer, ni una madre; era una perra con alma. Una esposa fundida en el molde de un esposo a quien perdonar. Si estaba dormida, él la despertó; si estaba muerta, la resucitó; si era libre, la convirtió en prisionera, pues aquel amor fue la llave de la jaula en que se convirtió su mente.

»Los niños se convirtieron en testigos de la pasión que torturó a la madre y que acabó devorando a la mujer; sobre todo, Ashley. Téngalo muy presente, si quiere comprender algo, doctor.

»Sobrevivir no es la palabra, soportó como pudo el abandono de su marido. Y asistida por Ashley, que ponía sus manos sobre el órgano como un ángel, y la pequeña Eileen, que en los descansos pasaba el platillo entre el público, siguió adelante. De sus hijos ya no se ocupaba más que a su modo y manera. Le llamaba histérica a su hijita porque quería apoderarse de la luna con las manos. Y es verdad que Eileen, a veces, antes de dormir sufría verdaderos ataques de ansiedad e hipocondría; pero ¿no es comprensible con una madre que le prohibió volver a mirar el cielo?

»Esta prórroga duró sólo unos meses. La madre hubo de ser ingresada en un asilo, en donde

apenas comía y perdió peso, hablaba sola, tenía alucinaciones y alternaba la inconsciencia con breves períodos de lucidez. Allí, a menudo se levantaba, medio sonámbula, a altas horas de la madrugada para hacer unas maletas que no tenía, pobre ser. Farfullaba que se iba con su esposo, de quien nunca más se supo. Y fue preciso que su hermana mayor, tía Amelia, se hiciera cargo de Ashley y Eileen.

»La destreza musical de su padre la había heredado Ashley con el órgano y el piano. Por temporadas, se ganaba la vida, entre otras ocupaciones menos honrosas, tocando en casas de cierta opulencia...

—¿A qué ocupaciones menos honrosas se refiere? —preguntó Tadeus Cooper.

—Ya llegaremos a eso. Eran muy pobres. Y Ashley no conocía el significado de la palabra ambición, puesto que no era vanidoso y la gente lo asustaba. Quizá por eso su carrera como pianista se frustró desde el principio. Era una especie de poeta, sabe usted, un hombre quebrado.

»No tenía nada en común con nadie y lo tenía todo en común con todos, pues aunque viviera en medio de los demás, se interponía un lugar inhóspito entre él y ellos. Que no supo mezclarse con la vida lo prueba que no gozase más que retrospectivamente; o que, según el dicho japonés, viviese como si ya estuviera muerto: de manera póstuma, *narrativamente*. Es decir; Ashley navegaba sobre una ola de recuerdos, con la magia pobre y el encanto obscuro de la melancolía inglesa.

»Odiaba las pasiones amorosas que convierten a las madres en hijas de sus hijos, en amantes de sus esposos y en mujeres irresponsables, desmemoriadas. Intento decirle que había llegado a convertir en enemigo el recuerdo de su propia madre. ¿Entiende que haga hincapié en que amaba la música, la pintura, los libros, que eran más fieles que los padres?

»En otro mundo en donde su tía y su hermana no pasaran penurias habría vivido para el arte; pero en éste no tenía fuerzas. Si el dolor nos consume, a él lo había consumido. A él, sus ganas, su inocencia. El dolor había hecho trizas su voluntad, sus deseos. Todo le parecía azaroso, y la vida un juego de niños crueles.

»¿No cree que esa enferma sensibilidad explicaría que, como su madre, padeciera sonambulismo desde pequeño?

—Es plausible —repuso Tadeus Cooper a la defensiva.

—¿Y el deseo? ¿Y la emoción del presente? Ay, doctor, no era un buen hombre. Alguien así no puede ser bueno. Y nadie, nadie me convencerá de lo contrario.

»A los veintidós años, sus esporádicas ganancias podían sumarse a lo que tía Amelia y la pequeña Eileen, que tenía el cabello de su madre y a quien su hermano llevaba cinco años, ganaban en los mercados callejeros. En especial, la noche de los sábados. En el mercado de New Cut y en el de Brill. A la luz bermeja del fuego que brillaba a través de los orificios de la estufa en donde asaban castañas, tía Amelia y la pequeña Eileen vendían desde nueces hasta arenques ahumados o toda clase de betunes y cordones para botas y zapatos. De ese modo salían los tres adelante, alojados en una vivienda muy modesta en los Seven Dials.

»Rebecca y Ashley Bale se conocieron en la mansión de los Peabody, en mayo, el mes primoroso, al inicio de *la temporada*; la feria del matrimonio para las jóvenes de la buena sociedad.

»De entrada, la matriarca pensó en una de esas convocatorias ceremoniosas, usted ya me entiende. Con tarjetas de visita, sin conciertos ni recitales que distraigan. Opíparas cenas a las

ocho en punto. Veladas elegantes que estarán sujetas a que los menús se redacten en *français* y comprenderán del orden de siete a ocho platos de importación francesa.

»Si en algún sacrilegio no deseaba incurrir la anfitriona era una ambición precipitada. Al contrario que su esposo, deseaba algo grande para una hija cuya belleza nunca iba a hacerla célebre, y estaba poseída por la idea de que todo lo grande se hace esperar. Así que su modesta pretensión se redujo, en principio, a una velada selecta; pero, con el paso de los días, habiendo aprendido Anne Rose que las buenas familias si algo se toman en serio es la danza, invitó a medio Londres. Y todo salió al revés.

»Como hubo más de doscientas invitaciones, la fiesta adquirió categoría de baile de disfraces y hubo que contratar los servicios de una orquesta. Orquesta en la que figuraba un pianista sustituto, que esa noche, excepcionalmente, sustituía.

»Y ahí entró en escena Ashley Bale, en toda su gloria. Para Rebecca fue como un encantamiento.

»Desde los primeros compases, si no un caballero (cosa que, a todas luces, no era), a la única hija de los Peabody, Ashley se le antojó un galán con un aire de derrota. Un muchacho revestido de cualidades, un artista. Por fin se cruzaba en su vida un espíritu de carne y hueso, alguien a quien envolvían emociones misteriosas. Lo vio como el amante de la pócima, con el que sólo se atreven a soñar las valientes y las cándidas.

»Hablaron. Se conocieron. Aunque se sentía turbada en su presencia, no se cansó de mirarlo y mirarlo en toda la noche.

»Harta del cinismo que la rodeaba, para ella los ideales aún conservaban su prestigio. En medio de una pura embriaguez, lo vio como un hombre de otro clima, un amante fiel y constante que despreciaba los atajos y erraba a la búsqueda del amor, de la verdad, de la honradez, cumbres formidables que los suyos no se atrevían ni a vislumbrar.

»Se figuró que el chico era dueño de una cualidad épica. Y creyó saber, como todos en quienes aflora la emoción que a floraba en ella, que estaba a merced de alguien que había puesto los ojos sobre su alma, más que sobre su cuerpo maltratado. Y se imaginó ese amor como el bautismo a una vida nueva, como la llama purificadora que sólo podía encender un héroe rodeado de vastas soledades.

»Por lo que a él se refiere, se parecía a su madre, aquella actriz enamorada y loca. En pocas palabras, era guapo lo que se dice guapo.

»Muy alto y pálido, tenía la expresión ensimismada. Y unos ojos marrones que miraban como desgastados, una pizca envejecidos, con fatiga de mirar. Se veía vergüenza y pecado en sus ojos, años de sacrificio, mujeres y hombres, dejaban sin aliento aquellos ojos.

»Callándose apretaba los labios y dos surcos le cruzaban verticalmente el entrecejo. Parecían las costuras de un corazón dividido, cada una de cuyas mitades era enemiga de la otra. Su cabello era negro y brillante. No hay belleza inocua; y aun así, para la hija de los Peabody, la suya proyectaba fortaleza moral, sentido de la decencia. Tenía grandes manos que las manos de ella anhelaban hacer suyas y una voz que desde entonces no ansió más que escuchar. Tenía, doctor, el encanto de los hombres un poco místicos que se desprecupan por los afanes y los éxitos.

»Hablabla poco y se ruborizaba en ocasiones, pero la melancolía le daba peso a todo cuanto decía. Algo en él invitaba a pensar que el dolor era un viejo amigo. No le sorprenda, pues, que Rebecca se prendase del único hombre que había conocido al que sentaba bien la poesía.

»Entre tantos zares, bárbaros, centuriones, sultanes y pachás disfrazados, Rebecca, abominando como abominaba de la educación femenina, negándose como se negaba a hablar en murmullos y a temer sus propias manos y miradas (las primeras, según el código social, siempre debían estar ocupadas; las segundas, demostrar una pudorosa timidez), hundió sus ojos en los de aquel Apolo. Soñó que sus alientos se confundían y se preguntó si habría alguien sobre la tierra más capaz de hacerla estremecer que ese joven dios que iba a cara descubierta.

»Rebecca era siete años mayor que Ashley. Transgredió las convenciones. Un desafío para el todo Londres. Pero ¿por qué iban a molestarle los desafíos? Ya podía caer sobre su moño la cólera de Inglaterra que se reiría con sonoras carcajadas.

»Recuerde que amaba la vida, los tonos crudos, los colores vivos, tan poco londinenses. Recuerde que la oscuridad de la muerte le asustaba. Recuerde que no se resignaba a los adioses, tampoco a no ser feliz. Para sentirse más viva, creía en todo lo que da miedo. Recuérdelo. Rebecca, para quien los años eran como meses y la eternidad duraba poco, ¿qué era una mujer para alguien que no se parecía a ninguna de las demás Rebecas del mundo? ¿Era un ser modesto, blanquecino, asexuado como los ángeles de las vidrieras medievales, puro entre los puros? ¿Un ser desvalido y recostado entre nubes de tul blanco? ¡No y no!

»Para ella las mujeres eran seres de carácter, a quienes abrasaba la avidez de las pasiones y que estaban condenados por los hombres a la insignificancia. Y así hasta que los últimos ocasos teñían de ambarino sus rostros y la brisa mezclaba sus cabellos grises.

»En resumen, ya se lo he dicho, no soportaba que hubiese una moral tan distinta para los hombres y las mujeres; ella, que se sentía con los mismos derechos que ellos. Había en Rebecca como un ángel justiciero que temblaba de impaciencia.

»Pues bueno, imagínese que decidió lanzarse a la aventura y acertará. Era Ashley o nada. Quiero que se lo imagine.

»Verdad que siempre se había sentido fea, su padre había sido muy persuasivo a ese respecto; pero tenía tanto, tanto que ofrecer a un hombre noble y bueno... Tal vez nunca pudiese enamorar a Ashley, cómo iba a enamorar ella a un hombre tan guapo; pero ¿y si con los años su amor lo pudiera casi todo? ¿Y si el amor cambiase a las personas que se aman? Entonces, de la debilidad de Ashley haría ella su valor; de la frialdad de él haría su constancia y de su escepticismo haría el más grande de todos sus desafíos. Rebecca. El amor la volvería resistente. La volvería indestructible. ¿Por qué no?

»Sus padres estaban, por diferentes razones, desconsolados. Y el viejo era demasiado Peabody como para no ahogarse en su propia cólera. ¡Un don nadie le robaba a su preferida! Sin embargo, al final, dio su brazo a torcer y Rebecca obtuvo su consentimiento.

»En cuanto a la matriarca, cuyas nociones sobre la existencia de un arte llamado *teatro* están por determinar, y que había codiciado para su niña un primer violín en la gran orquesta social de Londres, aquello la derribó. No podía hacerse a la idea de verla casada con un desgraciado. Un hereje protestante o luterano o lo que fuese, ¡ay!, el hijo de unas personas horribles que se habían ganado la vida como volatineros ambulantes... Y de ahí no pasaba.

»También para Larry, el pequeño, que la quería más que a nada, fue un desencanto. Larry había alimentado la arrastrada ilusión de vivir a la sombra de ella, y esta boda, cualquier boda, hacía añicos sus esperanzas. Y para Preston y Maud, la boda era un despropósito que no podía sino beneficiarlos. Incluso para el negro Roscoe, católico como era, fue algo poco ennoblecedor.

»Estábamos en 1836. Rebecca tenía veintinueve años, siete más que Ashley Bale. Andaba por encima de las nubes y llenaba las horas con los pensamientos de él. Ya no pisaba donde pisan los mortales. Al igual que una criatura del aire, había adquirido alas. Compartía, pues, el designio de los pájaros: vivir entre las borrascas. ¡Rebecca! Amaba las pasiones cortadas a pico, orgullosas como acantilados, incandescentes como infiernos, irreales como personajes.

»Dígame, doctor, qué es una mujer apasionada más que un pedazo de espíritu que se modela con lágrimas y con sangre.

»Por increíble que parezca, renunció al credo católico, que desde la noche de los tiempos era una credencial de los Peabody, para contraer matrimonio con un joven que había hecho promesa de no desertar de la fe luterana. Un joven digno de lástima.

»Pero ella se propuso rodearlo de vida, entregarse y protegerlo, convertirse en la mejor esposa que estuviera en su mano ser. Había escogido estar con Ashley sin importarle aquella *mésalliance*, como se dice de los matrimonios desiguales, sin importarle la sangre ni el pasado del chico ni los desaires de los otros.

»¿La comprende? No era estupidez, sino coraje; no era inconsciencia sino delirio; no era pecado, se redimía. Rebecca lo amaba como las mujeres valientes aman a los hombres misteriosos. Puede que para tales hombres sean precisas mujeres así.

»El vacío del hermano que más la quería fue tal que, sólo dos meses después de la boda entre Ashley y Rebecca, Larry Peabody se prometió con Susan Temple. Y, malévolamente, pues el tiempo habría de poner en su sitio la cruz con la que en su matrimonio tuvo que cargar Susan, por todas partes se habló de un compromiso precipitado.

CAPÍTULO IV

—Sí, doctor, sí. Estábamos hablando de la noche en que Rebecca encontró la muerte. Ashley se levanta, medio borracho, sale del comedor. Ya lo sé. No tenemos tiempo.

—No se apresure. La escucho. Estoy con usted —dijo Tadeus Cooper.

—Rebecca fue tras su marido después del altercado con Maud. —Hizo un paréntesis y continuó—:

»Ashley estaba en el ala opuesta, en su gabinete. Creo haberle dicho que el matrimonio residía en una mansión próxima a la de los Peabody, en Park Lane. La avenida que discurre por el lado este de Hyde Park y cuya calzada a menudo alfombra una paja fresca que perfuma el aire con aromas estivales.

»La mansión fue un espléndido regalo de boda de Arnold Peabody a su preferida. Una mansión apta para albergar sin estrecheces una familia numerosa.

»Supongo que ya la conoce. Es una mansión en forma de cruz, de estilo neogótico, tan en boga. Se edificó en brillante terracota, para que resistiese el efecto difuminador de la niebla londinense. Con un batiburrillo de torres, gárgolas y pináculos, columnas corintias, techos policromados y salitas con plantas tropicales iluminadas cenitalmente por vidrieras.

»Los corredores, revestidos con paneles de roble irlandés y castaño de Normandía, ostentaban interminables alfombras orientales. Y los decoraban retratos de los Peabody de generaciones pasadas. Era una atmósfera densa, con estancias que abarrotaban muebles estilo Chippendale, colgaduras y pesados cortinajes de terciopelo, apliques de bronce, esculturas de mármol, candelabros de cristal y fuentes de granito escocés.

»De las tres plantas, a la primera se accedía desde el vestíbulo por una escalinata de mármol lechoso que se bifurcaba en dos tramos laterales. La escalera separaba las dos zonas distinguidas: la privada, que acogía las alcobas y gabinetes; y la pública, integrada por el salón de baile, las salas, antesalas y el comedor, entre otros servicios.

»Pues bien, esa noche, al salir del comedor, Ashley recorrió el pasillo de la primera planta de punta a punta. Se encerró en su gabinete y se sirvió una copa de *gin*, el brebaje con el que la gente sin recursos embota los demonios de la miseria.

»Rebecca abrió la puerta sin llamar y, por la espalda, se acercó a su marido con los pasos que su cojera hacía inconfundibles.

—Harías bien sirviéndote algo fuerte —dijo Ashley sin darse la vuelta.

—No necesito beber. Prefiero mi pipa —dijo ella buscando con la mirada.

—¿Por qué tienes que fumar? ¿Por qué haces las cosas que no hace ninguna mujer? ¿Y por qué hiciste que Roscoe me siguiera?

—Ashley.

—¿No te he dicho siempre la verdad?

—Ashley, mírame. No pienso fumar, beberé contigo. —Y tomándolo del brazo lo volvió hacia ella. Le arrebató la copa de *gin*. Bebió un buen trago antes de dejarla en la mesa más cercana con

una mueca de repugnancia. Después cogió sus manos, se las abrió y le dio un beso en el centro a cada una. Colocó la izquierda sobre su mejilla—. Aún soy tuya, ¿verdad? Haz que lo crea. Con que lo intentes me conformo.

—Señora —probó una vez más Tadeus Cooper—, permítame. En el cuarto sólo estaban Ashley y Rebecca Peabody. ¿Cómo puede saber lo que hablaron en ese gabinete?

—Doctor, a menudo, tengo lagunas; usted, mejor que nadie, debería saberlo.

Él asintió con la cabeza. La paciente prosiguió.

—¿Qué vuelve a un rostro atractivo y a otro no? He aquí un misterio.

»En el caso de ella, su boca era amplia, con una gran sonrisa de labios siempre humedecidos y dientes muy visibles y parejos. Su mirada tenía el color de los cielos altos que consuelan después de la borrasca, pero era una mirada difícil. Y hasta sus gestos tenían una dulzura difícil. Una dulzura que los hombres nunca llegaban a creerse.

»Rebecca parecía necesitar demasiado poco a los caballeros, una impresión engañosa. Y eso a muchos los volvía irascibles. Se lo explicaré de esta forma: puesto que los hombres pagados de sí mismos eran un problema para ella, Rebecca se convirtió en un problema para esa clase de hombres. Y eran tantos...

»Se sentían incómodos en su presencia, como ante su voz turbia y un poco ronca. Y, no obstante, he aquí su drama, la sangre de aquella mujer seguía una ruta más corta que las demás sangres hacia el corazón.

»Pero todo eso ya lo sabía. Su padre la había alertado desde muy joven.

—Mi querido. Mi hermoso Ashley —dijo acariciándole la mejilla.

—¿Por qué ordenaste a Roscoe que me siguiera?

—Porque debo protegerte. Si eres mi marido, ¿tengo o no derecho a ti como tú tienes derecho a mí?

—Fui sólo a visitar a tía Amelia y a Eileen.

—Me dan miedo los fumaderos de opio.

—¿No confías en mí?

—Los bajos fondos me dan miedo. Son las peores zonas de Londres. —Ella le volvió la espalda, dio un par de puntapiés en el aire para quitarse los zapatos y fue a servirse una copa de *brandy*—. Qué alivio. Iría descalza a todas horas.

—Viví en los Seven Dials durante años. ¿Crees que me da miedo la pobreza? Yo he sido pobre durante toda mi vida.

—Ya no, amor mío.

—Pero ellas, sí. Y son también mi familia.

—Entonces, que vivan con nosotros; pero no quieres.

—Les harías la vida imposible.

—Ése, Ashley, es un argumento indigno de ti. Las amas; pero las rehúyes. Te pasas la vida huyendo, como tus padres. —Se puso a andar con la copa de *brandy*. Cojeaba más sin zapatos que con ellos.

—No saques las cosas de quicio —dijo él con frialdad. Cómo admitir, delante de ella, que creía en las palabras de una lengua ponzoñosa, alguien que le había filtrado rumores sobre Eileen y sus malas compañías—. Siempre has tenido celos de ellas.

—No te dejen en paz ni un minuto.

—Son muy pobres.

—Querían acapararte. Hay nudos que están hechos con lágrimas. Y tú odias eso, ¿verdad, querido? ¡Cómo te conozco!

—Cómo te equivocas.

—Estás ciego. No toleran que me eligieras, que tengas tu propia familia. Si por ellas fuese, volverías a Haymarket a vender tus favores, como de chiquillo.

—Elige bien las palabras, por si luego te arrepientes.

—Hay niños en Haymarket que se agarran al brazo de los transeúntes y les suplican que se vayan con ellos. No lo olvido. Tampoco tú deberías. Siempre se contó que los niños de Londres tienen fama de ser los más tiernos y gentiles del mundo.

—Tu esposo ya no era ningún niño. ¿Qué porquería quieres demostrarme?

—Que jamás podré perdonarlas. Jamás.

—Y cuántas veces tendré que decirte que ellas no lo sabían.

—Cómo se puede no saber algo así. Te apartarían de nosotros, si pudiesen.

—No se atreverían a acercarse a esta casa aunque se muriesen de hambre.

—Porque saben que, en el fondo, no lo deseas. No me trates como una imbécil.

—¿Lo sabía? ¿Conocía Rebecca la causa de sus últimos merodeos? Imposible; pues nadie habría podido actuar con más cautela que él —dijo la señora Bale—. Descartó decírselo. Los rumores que circulaban sobre Eileen. Decirle que, una vez en casa de su tía, no tuvo la oportunidad o el valor de comentarlo con su hermana. Que se conformó con dejarles un fajo de billetes en la mesilla de noche. ¿Cómo explicar eso a una mujer que vivía concentrada en su pasión?

»Rebeca echó a andar hacia uno de los ventanales dándole la espalda. Él la siguió.

—Canalla. Me dejaste ir sola a la Exposición. De repente, cuando pasó aquella cosa horrible en ese sitio, el Palacio de Cristal, ¿dónde estaba mi marido? No me dejes. No vuelvas a dejarme nunca sola. ¿Me oyes?

—¿Qué cosa horrible? —La giró sobre sí, la encaró con él. Rebecca tenía la copa mediada entre las manos.

—Tuve un presentimiento. Fue tan real, fue tan horrendo, tan horrendo... La muerte no es el fin, ¿verdad, Ashley? Mis niños. Matthew, Stephen. Tienes que prometérmelo. Prométeme que con la muerte no se acaba todo, prométeme que volveremos a estar juntos. Juntos.

—Tú eres una mujer fuerte.

—Odio la fealdad. Y la muerte es espantosa. ¿Soy fea, Ashley? ¿Sigo siendo fea para ti?

—Sabes que no. —Ella se desprendió de él.

—Cien años que viviera serían pocos. El olor a ti que inunda cualquier habitación cuando tú entras, amor. Qué guapo eres. Qué guapo estás cuando estás triste. Llevaría por ti los zapatos más bonitos e incómodos de todo Londres. Por ti quisiera vivir para siempre. ¿Te parezco tan fea como a mí me parece espantosa la muerte?

—Tienes cuarenta y cuatro años. Tendrás noventa y cuatro y serás una joven de edad interesante.

—¡Calla! Oh, qué mal mientes, Ashley.

—¿Qué ocurrió en el Palacio de Cristal?

—En uno de los expositores había un féretro abierto. Toqué la madera y un sudor helado me

atravesó. Nunca sentí nada parecido. ¿Me voy a morir? —Apretó el puño contra la boca. A medida que el alcohol le hacía efecto, iba alzando la voz poco a poco. Tenía a la muerte por la más atroz de las estafas.

—Ven.

—Si tenemos que irnos, Ashley, que la muerte sea un tránsito, un camino. ¿No hay un consuelo para todo dolor? Entonces, que lo haya también para la muerte. Pero tú no. Porque tú ignoras la fe —se enardeció—. Tú niegas toda esperanza. Me dejas sola. Para ti, se perderá todo. Nada tiene sentido.

—No hables así.

—¿Cómo estás seguro de que las almas no sobreviven?

—Porque no creo en ese Dios Padre de los hombres.

—Pero existe.

—Afortunada tú, que lo sabes.

—Es preciso que exista. Señor, tú que existes. ¡Díselo!

—¿Qué clase de dios? ¿Es una metáfora ese dios?

—Me haces daño, Ashley.

—¿Qué *parte de la oración* es ese dios, Rebecca? ¿Y si no tuviese que ver con la gramática? ¿Y si fuese un número, una ecuación, un silencio entre los silencios?

—No te reconozco.

—El más allá es una fábula para seres cándidos.

—¡Oh!

—Fíjate si estaré lejos de tu Dios, que hasta me pregunto si no sería mejor desembarazarse de los afectos. El amor no es más que una mentira, como tantas.

—Yo te querré siempre, aunque tenga que reventar. No te miento. Te lo juro.

—Y con los años, las mentiras son cada vez más...

—¿Más qué? Me aterrorizas.

—Mejor será que me calle.

—Hay algo en ti que tiene miedo del amor. Y por eso no quieres que te quieran. Porque tú no amas la vida, Ashley. Escapas de los afectos. Mírame a mí, Ashley. ¡Mírame vivir!

—Eres una Peabody pura. Siempre ardiendo, siempre histérica.

—¡Ardiendo! ¡Qué hermoso, ardiendo! ¡Auxilio! ¿No ves que estoy pidiéndote ayuda?

—Ardes incluso mientras duermes. ¿Por qué te acuestas con un antifaz?

—Para sofocar mejor el fuego de las pesadillas. Estoy harta de ver demasiado.

—Todo esto es agotador.

—Sólo Adele me consuela. —Dejó la copa vacía junto a la de Ashley—. Naceremos a una nueva vida, jóvenes a perpetuidad y hermosos. ¡Porque el alma es hermosa, Ashley! ¡El alma es hermosa e imperecedera, no como la carne!

—Deja de beber de ese modo.

—¿Por qué te necesito así? No sabes lo injusto que resulta, lo dependiente que me hace sentir de ti. Por qué te atreves a romperme el corazón.

—¿Qué se supone que debo hacer, Rebecca?

—Mentirme. Dime, ¿por qué niegas las experiencias sobrenaturales, las apariciones? ¿Por qué no quieres lo que yo quiero? ¿Por qué no buscas lo que yo busco?

—Porque son un fraude. Rebecca, he asistido a sesiones en las que unas cuantas personas se reunían alrededor de una mesa que terminaba moviéndose sola, ¿verdad que te lo conté? No merece la pena hablar más de ello.

—¿Y los sucesos de la casa número 50 de Berkeley Square?

—Leyendas, exageraciones. ¿Quieres que llame a las cosas por su nombre?: Mentiras. Si supieras cómo me asquean las mentiras.

—La vida de los hombres es toda una mentira. Hacemos *como si*. Mírate tú, siempre huyendo del cariño de los otros. ¿No haces tú *como si*? ¿No me amas tú *como si*?

—¿Y tú? ¿Cómo dirías que me amas tú? —preguntó con el tono de quien necesita sentirse perverso.

—Oh, Ashley. ¡Qué valor! Un niño que me viese a tu lado lo sabría. ¿Y mi esposo no lo sabe? —Él bajo la vista—. Cómo puedes ser tan cruel. Tú me aturdiste el alma, me llenaste de arcoíris los ojos. Me iría al borde del mundo contigo y me despeñaría, abrazada a ti. Y si me cerrases tu corazón, llamaría hasta que me sangrasen los nudillos; en cambio, me pregunto si fuiste mío alguna vez, me pregunto si volverás. —Él permaneció callado—. Contéstame. —Transcurrieron unos segundos—. No me respondes porque estás herido. No me respondes porque estás enfermo. Porque no quieres creer en nadie. Ni siquiera puedes disfrutar de los placeres de la vida. No veo en tus ojos más que el sobresalto, la inquietud del fugitivo.

—Tú ves visiones, querida. Ves fantasmas.

—Eres rico. Tienes una posición. Eres admirado, deseado y envidiado. Tienes una familia que te quiere. ¿Por qué sigues huyendo?

—Lo que dices es una verdadera estupidez.

—Confesemos, Ashley. Yo odio y temo la muerte. ¿Y tú, cariño, qué odias y temes?

—La mentira, la irresponsabilidad, la cobardía. —Los ojos de Rebecca centelleaban con una luminosidad milagrosa. Había un ardor enfebrecido en sus palabras:

—¿Ni siquiera si yo te lo pido? ¿Y si te pidiese que te comunicases conmigo, si yo muero antes? ¿Y si te lo rogase de rodillas?

—Ashley dio un paso hacia ella, que se puso lejos de su alcance —explicó la paciente—. Él ignoraba qué hacer. Un rubor apasionado se expandía por el rostro de su esposa. Alguna vez habían intercambiado impresiones, incluso discutido sobre la inmortalidad; pero esta vehemencia que afloraba, ¿en qué rincón oscuro tenía su origen?

»Ahora iba y venía por la habitación, de puro excitada.

—Hagamos un pacto —dijo Rebecca—. Te pido una pequeña muestra de amor. Si yo muero antes que tú, quiero que me llames para que vuelva junto a ti. Júrame que lo harás. ¡Júramelo! —Habla con una energía salvaje y obstinada, como era ella. De niña, hasta su padre se lo decía. Le imploraba que la defendiera de la muerte, ebria de vida como estaba. Entonces se acercó a un ventanal. Lo encontró empañado y se puso a escribir en el vidrio con un dedo. Escribió media docena de palabras en columna y luego dijo:

—¡Ésta, ésta será nuestra consigna! Así sabrás que soy yo quien habla a través del médium. Así sabrás que no hay fraude, ni mentira ni nada de lo que tú desprecias. ¡Júramelo! Repite conmigo estas palabras: «Juro que si tú mueres antes, te invocaré para que vuelvas a mi lado y para que nunca me abandones». ¿Me lo vas a jurar? ¿Tendré que arrodillarme?

—Él la miró con ojos vigilantes. Una vena se le marcaba en la frente.

»La miró como a una extraña; sin embargo, era ella. Siempre había sido así. Esa voluptuosidad, ese desgarro impetuoso, ese furor por la vida. Acariciaba igual, con las mismas ansias, un árbol o un cachorro de mastín que a su marido. La forma en que ensanchaba su emoción y se entregaba a ella, su fiebre, el modo orgulloso en que se revolvía contra los prejuicios de una época que detestaba a las mujeres inteligentes. No aceptaba las normas; pero decir esto es decir poco. Amar así sólo amaba Rebecca.

»Por Ashley se precipitaría desde el borde del mundo y arrastraría a quien fuera consigo; pero su amor por él sobreviviría. Se pintaría con su propia sangre y se escaparía en vuelo ascendente hasta las nubes. Flotaría en el aire y volaría lejos, muy lejos, porque sus alas estaban más vivas que todos sus rencores.

—Te lo juro, Rebecca —cedió él. Lúgubres como el último resplandor de la tarde eran las vidas de los hombres. Le entraron ganas de gritar de frustración, de piedad, de impotencia enternecida, de admiración.

—Recuerda estas seis palabras —dijo ella señalando hacia el cristal—. Finge, al menos, que las recuerdas.

—¿Qué palabras eran, señora? —preguntó Cooper a la paciente; pero ella pasó por alto la pregunta.

—Desprecio fingir —dijo Ashley—. La gente feliz no miente.

—Ay, Ashley, si tú supieras... Eres muy joven. Soy siete años mayor. Son muchos años. *¡Feliz!* ¿Quién es feliz? La *felicidad*, ¿qué te figuras que es? También yo creía en ella hasta que un día, en la habitación de un hotel, dejé de hacerlo.

—Calla.

—Un hotel llamado Mivart. Ashley, ¿aún no sabes que todos los hombres y todas las mujeres fingen?

—Ya es suficiente. —Estaba lúcido, no parecía haber probado una sola gota de *gin*.

—¿Por qué no me deseas? ¿Por qué me castigas, si ya me has perdonado?

—Que otra vez estemos teniendo esta conversación...

—Antes tus besos me consolaban. Eran aguas mansas o turbulentas; pero me calmaban la sed. Hace mucho que el cauce se secó, amor mío.

—La vida nos va cambiando.

—¿Te doy asco? Una especie de cariño maternal. Es lo único que aceptas. ¿Es por lo que pasó en las calles? ¿Es por Haymarket, Ashley? ¿Es por mí?

—Cuán a menudo tenía la sensación de que ella lo había comprado; al igual que de joven se había dejado comprar, por un precio suficiente —explicó la señora Bale—. Y cuán a menudo había pensado que los sentimientos de su esposa eran abrasadores, más de lo que ningún dios habría permitido que fueran los sentimientos de una mujer en sus cabales.

—Rebecca, vamos a dejarlo para cuando estés menos exaltada.

—Mejor, para cuando seamos dos almas puras. Entonces todo irá bien; pero ¿y mientras tanto? Ashley... yo prefiero el cuerpo. Y daría cualquier cosa por olvidar quiénes fuimos, lo solos que estamos. ¡Olvidarlo todo! Aprender a dormir sin antifaces. ¿Qué culpa tengo, Ashley, de estar viva? —Él hizo una elocuente pausa.

—Me pregunto si los años no enseñan nada, Rebecca.

—¡Sí! A matar la ilusión. Tú, el amante de las verdades.

—¿Acabaste?

—No quieres a nadie, Ashley Bale. ¡No quieres a nadie! —Rebecca se tapó la cara con las manos y lloró dulcemente, por él, por ellos.

La paciente hundió la barbilla en el pecho. Para Tadeus Cooper transcurrió una eternidad. ¿Qué decía el guion de su terapia en un caso así?

—¿Qué ocurrió luego? —preguntó Cooper.

La pregunta sacó a la interna del estado de postración. Irguió la cabeza, se mordió el labio y lo miró. Jamás unos ojos habrían podido ser más insobornables.

—Si le digo que no lo sé con exactitud, debe creerme.

—¿No guarda el menor recuerdo?

—La disputa se recrudeció, se hizo más virulenta. Hubo gritos. —Como una sonámbula camina, así hablaba la paciente—. El amor que les quedaba era de cristal. Lo estaban haciendo añicos. Se arrojaban las esquirlas a la cara. Quizá pueda imaginarlo. Entonces, él la abofeteó. La abofeteó salvajemente.

¿Cuánto debía permitir que sufriera esa mujer?, se preguntaba Tadeus Cooper.

—Dígame sobre qué discutieron a gritos. ¿Qué fue lo que se dijeron?

Apresada y todo, la paciente comenzó a balancearse en la silla, adelante y atrás.

—Aquí dentro, en mi cabeza, hay regiones que son como pozos sin luz, en donde no hay más que oscuridades. La luz no logra abrirse paso. Siempre se queda atrás... atrás... hasta...

—¿Hasta?

—Hasta que Stephen y Matthew aparecen en el umbral de la puerta, con las camisas de dormir, envueltos en olor a sueño.

—Stephen y Matthew —susurró Cooper con el corazón en la boca—. Los dos hijos.

—El mayor, Stephen, tiene catorce años. ¿Le he hablado de él? Tiene el cabello y los ojos muy negros, la misma belleza del padre. Stephen ha oído los gritos y, de manera inexcusable, no ha llamado a la puerta. La ha empujado; no estaba cerrada. Protege siempre a su hermano Matthew, el pequeño, que está justo a su espalda y recuerda en el físico a Rebecca: su pelo castaño, con ondas, sus ojos muy azules...

»Matthew, con sólo doce años, es bastante más alto y robusto que Stephen, un grandullón. Sufre alguna clase de incapacidad o deficiencia y, desde siempre, ha estado muy unido a su hermano mayor. Sus rasgos anchos y tiernos, y sus ojos, que tienen un peculiar brillo, y el hecho de que camine sin balancear apenas los brazos, todo él delata las limitaciones intelectuales que padece.

—Padre —dijo Stephen, que si a alguien adoraba era a su padre—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo se os ocurre abrir la puerta sin llamar? —preguntó Rebecca al mayor.

—Nos dijeron que nos acostásemos; después oímos gritos. Matthew estaba asustado. Y esta puerta estaba entreabierta.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera! —gritó Rebecca. Un sollozo se abrió paso a través de su pecho y estalló de repente. Volvió la espalda a sus hijos.

—Venga. Es hora de irse a la cama —dijo Ashley sin aliento. Y cuando ella se quedó sola, de espaldas a la puerta, ahora cerrada, las lágrimas corriendo por sus mejillas, murmuró para sí antes de sepultar el rostro entre las manos:

—¿Crees que permitiré que Matthew tenga una madre triste?

CAPÍTULO V

—1—

—Rebecca apareció muerta en su dormitorio al día siguiente —dijo la señora Bale.

—¿Al día siguiente? —preguntó Tadeus Cooper.

—En su propio lecho. Por la mañana.

—Entonces, ¿fue su esposo quien descubrió el cadáver?

—No como usted imagina, quizá. Ashley no durmió esa noche con su esposa.

»Después de acostar a los niños, regresó al gabinete. Su mujer ya no estaba. Dio por hecho que se había retirado a dormir. Las seis palabras que Rebecca había escrito en el vidrio empañado aún podían leerse sin dificultad. Desde la otra punta del pasillo se oían risas procedentes del comedor.

»Se dirigió al dormitorio con una vela en la mano y abrió con sigilo la puerta. A través de la ranura, vio a su esposa tendida en la cama, de bruces. Llorando bajo el dosel con bordados y puntillas. Las cornucopias que decoraban las paredes, doctor, reflejaban desde varios ángulos la desdicha que flotaba en la alcoba.

»El fuego ardía tembloroso en la chimenea. En su repisa de mármol, hasta las rosas rojas, que Rebecca reponía diariamente, saturaban el aire con un vapor de amargura. Y en una esquina, el moderno armonio Debain, importado de Francia y que Ashley tocaba cediendo a las súplicas de su esposa, era un testigo mudo de la escena.

»En una de las mesillas de noche había un vaso de agua y, junto a él, un bote de cloroformo líquido.

—¿Padecía de insomnio Rebecca?

—A veces. Cuando la atenazaba la angustia. Entonces mezclaba un poco de cloroformo con agua.

—Como es práctica habitual —dijo Cooper—. ¿Solía comprarlo ella misma?

—Botes pequeños. En farmacias diferentes. Así eludía firmar en no sé qué registro. A veces los acumulaba.

—El libro del veneno. Las farmacias están obligadas a registrar los venenos que despachan.

—Mil ideas asaltaron a Ashley —prosiguió la paciente—. Sentía expandirse en su interior tal bochorno y tal pena... ¡Haberla abofeteado! ¡A su propia mujer! Nunca había hecho tal cosa a nadie. Por qué no se acercó a ella y ahuyentó su desamparo. Por qué no le dio cobijo en su pecho y se hartó de abrazarla. Por qué no la cubrió de besos mientras le decía: «Estoy aquí, contigo, perdóname, sé que has dicho lo que acabas de decirme en un raptó de furia, sé que era una de esas frases que se dicen sin pensar, por hacer daño, me lo tengo merecido».

»Pero ni siquiera entró en el dormitorio. Estaba tan cansado.

»Cerró la puerta y regresó a su gabinete. Durante horas se quedó dormido en uno de los sillones.

»Cuando al despuntar el alba entró de nuevo en la alcoba sólo quedaban las ascuas en el hogar. Se acercó a la cama, encontró a Rebecca durmiendo y el vaso y el bote de cloroformo vacíos. Había en el aire un olor dulzón entreverado con la fragancia de las flores. No lo había percibido horas antes, cuando sorprendió a su mujer mientras lloraba.

»Una romántica palidez cubría el rostro de ella, embellecido a lo mejor por el disgusto. Emanaba de él una pesadumbre indecible. La melena se esparcía por el almohadón como una aureola de color melaza y bordes irregulares. ¿Significaba aquel sueño profundo, se preguntó, que lo había perdonado en sueños?

»No tardó en advertir que no estaba dormida, sino muerta, el cadáver frío.

»Un hombre con lágrimas lloraría; pero Ashley no tenía lágrimas. ¿Qué había hecho? ¿Qué no había hecho? ¿Es posible explicar cómo se estremecieron las entrañas de aquel hombre, doctor?

»Quiero ir a lo esencial.

»Extendida el acta de defunción por el médico, Ashley se encerró con su esposa en la alcoba. Abatido por un mar de dolor que hacía inútil toda resistencia, sumido en un desaliento sin consuelo, no permitió a nadie la entrada. Tan sólo él y Rebecca y el armonio que ella adoraba oírle tocar.

»Durante horas los acordes angustiosos del armonio se oyeron hasta en el rincón más apartado de la casa. Los Peabody hicieron cuanto estuvo en su mano para convencer a Ashley de que saliese. El propio doctor, la policía, todos; pero la cordura parecía haber huido de su alma. No iba a permitir que le arrebatasen a su mujer. Si en vida jamás la abandonó, como su padre y su madre lo habían abandonado a él, ¿iba a dejarla ahora a merced de la muerte? Es difícil imaginar a qué abismos de culpa debió de asomarse.

»En la casa se hablaba sólo en murmullos. Y mientras, durante horas, a lo largo de todo el día, Ashley arrancó las más bellas y melancólicas notas que jamás salieron del armonio Debain.

»Ningún papel había asumido de manera convincente. Ni como padre, ni como hermano, ni como esposo, ni como hijo. Había defraudado en todos los grados de parentesco, de todos los modos familiarmente concebibles. Nadie se merecía más la muerte que él; sin embargo, fue ella, fue Rebecca quién se mató.

—¿Por qué ataca a Ashley mientras que una y otra vez defiende a Rebecca? —preguntó Cooper.

—Porque ella estaba abierta a la vida. Porque el valor estaba de parte de ella. Ashley nunca fue más que un cobarde.

»A última hora de la noche —prosiguió—, Adele, la joven Adele, si usted recuerda, la muchacha que había estado presente en la cena, llegó a la casa. Le permitieron acercarse al dormitorio en donde Ashley permanecía encerrado con el cadáver y llamó a la puerta. Le habló a Ashley a través de ella.

»En medio del estupor de propios y extraños, la música cesó. Poco después, se entreabrió la puerta para que la joven se internara en la penumbra del cuarto, tras lo cual volvió a cerrarse con llave.

»Una hora más tarde, o así, Adele salió de la alcoba. Refirió a todos que Ashley consentía en que se llevasen los restos de Rebecca.

»Era preciso, téngalo en cuenta, impulsar el procedimiento que confirmase la causa de la muerte. Y aunque Ashley diese por obvio que Rebecca se había matado, las explicaciones de la

joven a quien tanto apreciaba su esposa hicieron que depusiera su actitud.

—Señora —dijo Tadeus Cooper—, a esas alturas, nadie, y mucho menos la policía, estaba en condiciones de afirmar que se tratase de un suicidio y no de un crimen. Vamos a pensar, es una suposición, que más de uno, aquella noche, en la casa de Park Lane, tuviera razones para matarla.

—¡Qué insensatez!

—¿Y si hubiera unos cuantos sospechosos? ¿Y si todos ellos tuvieran algo que ocultar? —dijo otro paso Cooper.

—¿A qué sospechosos se refiere? ¿Intenta confundirme? No me obligará a decir las cosas como no fueron. Se trató de un suicidio. Y la culpa fue sólo suya. La culpa fue de Ashley Bale.

—2—

—Al otro día, por la mañana, se llevaron el cuerpo de Rebecca para hacerle la autopsia —dijo la paciente—. Los indicios (como el intenso olor dulzón que impregnaba la alcoba) permitían deducir que la cantidad de cloroformo no había sido poca.

»Larry se ofreció a avisar a tía Amelia y a Eileen, antes de conocer el resultado de la autopsia; pero Ashley declinó la gentileza, y esa misma mañana se dirigió al piso de su tía, en los Seven Dials.

»Era un edificio viejo y deforme de tres plantas, entre una sombría tienda de velas y una casa de empeños. Ashley aún recordaba el reloj de pared de tía Amelia expuesto en el escaparate de la casa de empeños y cómo, a partir de ese instante, decidió, a espaldas de Rebecca, llevarles dinero en cada visita. Claro que tía Amelia casi nunca lo aceptaba y cuando, a regañadientes, lo hacía no se recataba en preguntarle: «¿Nos echas un poco de menos?». Y toda respuesta a esa pregunta pasaba por ser una expiación.

»Tía Amelia y Eileen vivían en la segunda planta. Ashley subió la angosta escalera, que crujía, chirriaba y en donde sólo una lamparilla de aceite oscilante se debatía contra las tinieblas. Llamó a la puerta con los nudillos y lo recibió su tía, la única hermana de su madre. Como él había supuesto, la anciana aún no estaba al tanto de la tragedia.

—Hijo mío —tía Amelia le acarició el rostro a su delicada manera—, ¿qué te ocurre? ¿Por qué tienes esa cara?

—Y Ashley se lo contó casi todo. Le dijo que Rebecca acababa de fallecer de un síncope fulminante y se reservó lo que de veras había sucedido.

»Tía Amelia era tan vieja como un valle. Nadie conocía su edad. ¿Quién conoce la edad de una solterona o de un valle?

»Tenía algo de fuego y algo de nieve. Abrumaba y era candorosa. Se hacía querer y hacía brotar en los que amaba sentimientos parecidos a armaduras. Llevaba su egoísmo a extremos generosos. «Entonces, ¿me quieres, sí? ¿Me quieres?», preguntaba a todas horas. «Porque yo te quiero muchísimo. Muchísimo. Más no se puede querer. ¿No eras feliz con nosotras?». Y había mucho de verdad, seguro, en sus palabras. Al fin y al cabo, había acogido a sus sobrinos para cuidarlos y ser cuidada. Se hartó de quererlos.

»Iba siempre con el *querer* en los labios, como un hombre lleva prendida una flor del ojal de

la solapa, con coquetería. Todo por miedo, tenía terror de la soledad. Desde muy joven, cantaba canciones tristes para espantarla. Cuando se enojaba con Ashley, se le escapaba aquello de: «Eres como tu padre, el que se fue». Y los ojos se le humedecían, pues como el dolor no la había aplastado de joven, de vieja amargarse un poco la espabilaba.

»Ashley y ella permanecieron abrazados en la estancia de suelos irregulares y vigas combadas que hacía las veces de salita y comedor.

—Querido mío —le dijo—. El Señor lo tenía así dispuesto. No debes atormentarte. Ten fe. Pon toda tu fe en Cristo. Te queremos muchísimo. —Ashley había ido sólo a participarles la muerte de Rebecca. No tenía pensado dormir allí.

—¿Y Eileen, tía? ¿Dónde está Eileen? —Tía Amelia se pasó la mano por los bucles de algodón, se ajustó los anteojos y se arrebujó en el chal de sagra negra. Desde que Ashley tenía recuerdo, siempre había vestido de luto, por deferencia hacia el esposo que Cristo no se había dignado concederle. Porque tía Amelia confiaba en Cristo. ¿Le he dicho ya que era protestante luterana, doctor?

—Eso creo —titubeó Cooper.

—Pues sí. Y habría representado un trauma para ella que su sobrino renunciase a la fe de Lutero para casarse. No lo hubiera soportado.

—Pero Ashley no era creyente.

—Quién lo dice. Él nunca se lo dijo. Y tía Amelia, como supondrá usted, tampoco le preguntaba. Sabía sólo que se había casado por el rito bueno.

—¿Y Eileen, tía? ¿Dónde está Eileen?

—Durmiendo, hijo mío.

—¿A estas horas? Si es más de mediodía.

—Trabaja mucho, últimamente. Cada vez hay más ferias nocturnas. Tiene amigas que le echan una mano. Yo... ya no puedo acompañarla. Celebro mucho que haya dado con buenas chicas. ¿Sabes que conozco a algunas de ellas, y también a sus prometidos? Todos buenos muchachos. Aunque, si volviese a verlos, no creo que los reconociese.

—Poco después, Eileen apareció, recién levantada. Y todas las inquietudes acerca de las relaciones y las salidas nocturnas de su hermana afloraron en Ashley; pero no tenía fuerzas para enfrentarse a nada. Cuanto más estando tía Amelia presente, como lo estuvo todo el rato.

»Eso sí, encontró a Eileen más ajada, con su eterno cabello rojo vivo, la única herencia valiosa de su madre. Como siempre, venía quejándose de algún síntoma que anunciaba una enfermedad espantosa.

—Ashley, ¿no te parece que esta mancha tiene mala pinta? —Y le mostró el mismo lunar de siempre, en la muñeca.

—No, querida. No.

—Ha crecido, Ashley.

—Está igual.

—Cada vez tengo el aliento más dulce por la mañana, Ashley.

—Va con el carácter —dijo Ashley, y le dio un beso en el dorso de la mano.

—Tardó en decirle la razón de su visita.

»Su hermana era, sobre todo, un espíritu amable. No he dicho *cortés*, porque *cortés* lleva adherida una frialdad que a Eileen le hubiese quemado. Eileen tenía talento para ser amable con

todos salvo con ella, que sólo se veía males. Crueldad y desencanto guardaba sólo para sí misma. Por eso cualquier persona con la que hablase le contagiaba el acento y el tono.

»Si estaba con su tía, hablaba igual que ella; si estaba con su hermano, se expresaba como él. Y como era tan impresionable, hizo suya la frase que había leído en un libro de citas de Shakespeare, y que repetía con cualquier excusa y sin venir a cuento: «Si quieres pasar inadvertido entre los hombres, parécete a ellos».

»Y ahora, doctor, escúcheme bien. Al fin y al cabo, es usted un médico del alma. Ashley estaba allí, como siempre, sintiéndose culpable. Estar allí le dejaba una sensación casi palpable de sofoco, un aleteo permanente en la boca del estómago.

»¿Qué era? ¿En qué se había convertido?

»No había vivido su juventud. No había tenido tiempo de jugar ni de ser joven. Conocía las calles y su corrupción. Conocía Haymarket, el deseo que devoraba a los hombres que perseguían a los niños, el asco definitivo por el sexo, la aversión, la repugnancia, el opio.

»A partir de entonces, su hombría se resintió en la cama, su apetito.

»Amaba a tía Amelia y a Eileen; sin embargo, las había dejado en la estacada. No soportaba la violencia de los hombres; pero había pegado a su esposa. Huía del amor; pero se había casado. ¿Por qué se casó?

»No sólo para huir de la pobreza y de las tentaciones de las calles; no sólo para proteger económicamente a los suyos y, a la vez, para escapar de una tía y una hermana que lo desquiciaban, o porque la vitalidad de Rebecca y su alegría lo hubieran fascinado, sino porque consideraba que una mujer poco atractiva no exigiría tanto de él como una mujer muy hermosa. Porque tenía miedo de las pasiones que nublan el juicio de madres como la suya y las convierten en mujeres a merced de hombres como su padre.

»Se casó para protegerse. Para limpiar toda la vergüenza de quienes lo habían ensuciado e imbuido de un sentimiento así. Porque la vida le pesaba en el corazón y nunca había estado allá donde va la gente dichosa. ¿Era aquello amor? Todo es amor. Y si no lo era, se le parecía. Necesitaba aquello. Necesitaba a Rebecca.

»¿Tiene sentido para usted?

—Mucho sentido —contestó Tadeus Cooper.

—Tía Amelia se interpuso para abrazar a sus dos sobrinos, igual que de pequeños.

»Pasaron juntos toda la tarde, sin salir, y Ashley se fue a la cama temprano.

»Tía Amelia le asignó su viejo cuarto de soltero, ahora con poco más que un aparador, un jergón, las paredes desconchadas de arriba abajo y la puerta como las otras de la casa, desportillada; pero era el único que tenía los cristales de la ventana sin fracturas.

—Ten fe, hijo mío —le dijo tía Amelia antes de darle las buenas noches—. Somos hijos de la vida tanto como hijos de la muerte. Y tu esposa, ahora, está a salvo con Él.

—Y, entonces, esa noche sucedió algo que lo cambió todo. Todo.

»En primer lugar, creo habérselo dicho, Ashley era sonámbulo. No todas las noches salía del dormitorio o deambulaba; pero nunca dejó de padecer sonambulismo.

»En segundo lugar, esa noche la temperatura había descendido mucho. De forma que si tía Amelia le asignó su antiguo dormitorio, de los dos que había, no fue sólo por razones sentimentales, sino porque era el más caliente y porque el vidrio de la ventana permanecía intacto, una de las excepciones entre las ventanas del piso. Por si fuera poco, tía Amelia, guiada por la

mejor intención, tuvo la ocurrencia de encender unas cuantas velas para que, avanzada la noche, se caldease un poco el cuarto.

»La anciana entró cuando Ashley ya estaba dormido, dejó las velas encendidas en el aparador y salió cerrando la puerta.

»Pues bien, lo que Ashley vivió esa noche, créame, no tuvo afinidad con los sueños, las pesadillas o cualquier otro tipo de asociaciones clásicas que desfilen por su mente científica; pero, a la inversa de lo que le ocurre al sonámbulo, por la mañana él lo recordaba todo con una exactitud pavorosa.

»Recordó el característico olor a humo que emana de una vela recién apagada invadiendo la atmósfera del dormitorio. Y cómo, en la oscuridad, una mano fría le acarició el rostro con las yemas de los dedos. Y cómo alguien abrió, primero un postigo de la ventana, después el otro. Recordó los cristales empañados, que reflejaban una pálida luz de luna. Y, por último, escuchó, puede escucharlo todavía si se concentra, el chirrido inconfundible de un dedo que fricciona un cristal cubierto de vaho.

»De todo eso tuvo memoria al despertarse, con la llegada del nuevo día. Le zumbaban las sienes con violencia. Se despejó al comprobar que sobre el pequeño aparador había tres velas apagadas y a medio consumir, que no recordaba haber visto por la noche; por otro lado, los postigos estaban abiertos.

»Y algo más. Se acercó despacio a la ventana, pues el reclamo era hermoso y excesivo.

»En el alféizar se había posado un cuervo, reluciente en su negrura. El cuervo no dejaba de observarle, ojos fríos como la mica, sagaces. Permaneció muy quieto hasta que Ashley hizo ademán de abrir la ventana y, como quien ha cumplido su misión, emprendió el vuelo y entonces... entonces, doctor, lo que Ashley vio tendría el efecto de helar la sangre al ser humano más tibio, al más curtido ateo.

»En el cristal, aún empañado, eran nítidamente legibles las palabras que, en columna y a modo de consigna, su esposa había escrito en otro cristal, en otra ventana, horas antes de morir. Las seis palabras que sólo ellos dos conocían. Las seis palabras que Rebecca le obligó a memorizar. Y recordó el juramento. El mortificante juramento que había hecho a su esposa ignorando que era la última conversación que mantendrían.

Y de repente, Cooper evitó preguntarle por las seis palabras.

—Y entonces —siguió la paciente— se le vino a la cabeza, quién sabe si para fortalecer su ánimo, el versículo más sacrílego del Eclesiastés. Un versículo que, más de una vez, le había escuchado entre sudores al padre Carmichael, que tanto sabía de la Biblia:

Cualquier cosa que tu mano encuentre por hacer, hazla con toda tu fuerza, porque no hay obra, ni trabajo, ni ciencia ni sabiduría en la tumba adonde vas.

—Arnold Peabody, escoltado por sus dos hijos —continuó la paciente— esperaba a su yerno en la mansión de Park Lane, en su día el regalo de bodas del viejo.

»Como un invitado en su propia casa, lo hicieron pasar a uno de los acogedores espacios con

plantas y vidrieras que tanto abundaban en la mansión. Ashley fue a sentarse en un diván mientras Arnold Peabody y Preston lo hacían en sendos sillones de mimbre, frente a él. Larry, el menor de los hermanos, sirvió *brandy* para todos; pero el patriarca rehusó la bebida y tomó la palabra.

—En confianza, he venido a decirte un par de cosas, Ashley.

—Usted dirá, señor.

—Acabo de ser informado por el médico forense de algunos detalles relativos a la autopsia judicial —soltó el viejo con ojos inyectados en sangre—. Ashley, mi hija no falleció de muerte natural. Y tampoco pudo ser un accidente. La bebida llevaba tal cantidad de cloroformo líquido que hace más que improbable ninguna de las dos hipótesis, ¿me sigues, muchacho?

—Dilo claramente, padre —intervino el mayor de los hermanos—. Mi hermana se suicidó porque era infeliz en su matrimonio.

—Tu hermana no se suicidó. Fue una muerte accidental.

—¿Accidental? ¿No acabas de decir...?

—Haz el favor de callarte, Preston. —Larry estaba de pie, con la copa de *brandy* en la mano, bebiendo pequeños sorbos.

—Todo el tiempo he creído —dijo Ashley— que su muerte fue provocada.

—Me da igual lo que hayas creído todo el tiempo —continuó el patriarca, que colocó ambas manos en los reposabrazos de mimbre—. No voy a permitir que mi apellido esté en boca de los devoradores de chismes. Y tal como están las cosas, es bastante obvio que no podremos ahorrarnos una investigación a cargo de ese maldito cuerpo fundado por Robert Peel.

—Policía, padre —dijo Larry—. La Policía Metropolitana.

—Padre —dijo Preston— no te preocupes. Son una pequeña fuerza de detectives. Sólo con unos cuantos inspectores y oficiales.

—Sí, ya sé que tienen demasiado trabajo y que les pagan peor que a perros —siguió diciendo el patriarca—; pero vamos a lo que importa. Todo apunta, Ashley, a que habrá investigación —se rascó la barba—, sobre eso no tengo capacidad de maniobra. Pero una cosa te garantizo, se quedará en nada. Es decir; no se obtendrán resultados escandalosos, de esos que busca la prensa y la gente ociosa.

—¿Y por qué está tan seguro? —preguntó Ashley.

—Porque es la mejor salida.

—Tendrá usted que explicarme por qué es la mejor salida, señor. —El viejo suspiró. Preston miró a su padre y también suspiró.

—Se nota que vienes de donde vienes —respondió Arnold Peabody. Se detuvo y, por un instante, se echó hacia atrás con las manos entrelazadas en el cogote. Luego recuperó la posición—. Te lo diré. Porque el dinero es tímido y los inversores pudorosos. Porque quiero ver relucir mi apellido y porque no tengo ninguna intención de que el fallecimiento de mi hija esté asociado a una muerte violenta. Dicho esto —añadió sin dar lugar a réplica—, la investigación policial, aunque inevitable, está controlada. El tema de la policía es secundario. Lo que más me interesa es lo que el padre Carmichael sabe. Y el padre Carmichael tiene constancia de que mi hija abusaba del cloroformo para conciliar el sueño. Él mismo vio cómo alguna noche se lo administraba. Luego es muy verosímil que se excediera en la dosis, diga lo que diga el forense que, por otra parte, es un hombre discreto y poco acaudalado. ¿Me explico?

—Se explica perfectamente, señor —dijo Ashley.

—Bien, porque mi hija reposará de todas todas en tierra consagrada. El padre Carmichael me lo ha prometido. Y los curas ricos abundan aún menos que los médicos forenses acaudalados.

—Señora —dijo Tadeus Cooper, que hizo revolotear un pañuelo y se enjugó el cuello húmedo—, a Rebecca Peabody le dieron sepultura en un cementerio cristiano; pero no sólo a causa de la disposición del padre Carmichael.

—¿Me está diciendo que miento?

—Intento decirle que hay lagunas en su relato, sin ofender. —Guardó el pañuelo.

—El funeral de Rebecca Peabody se celebró a los dos días de su muerte —dijo la paciente—. Tía Amelia y Eileen acompañaron a Ashley al cementerio de Highgate, en donde, como usted no ignora, reposan los restos.

—Rebecca Peabody... —dijo Cooper todavía con miedo a pulsar una nota falsa— fue sepultada en el cementerio de Highgate porque, tras practicarse los primeros registros, no fue descartado el crimen y se dio curso a una investigación policial.

—Y al día siguiente de celebrado el sepelio —continuó imperturbable la paciente—, se publicó en el *Times* y el *Observer* el anuncio siguiente, aún puedo recitarlo palabra por palabra:

El señor Ashley Bale, caballero con residencia en Londres, recompensará con una gratificación de diez mil libras al médium profesional que logre ponerle en contacto con el espíritu de su esposa recientemente fallecida, Rebecca Peabody.

»Como es lógico, se adjuntaba la dirección a la que debían dirigirse los interesados. Y esto, y no las fantasías del crimen, es cuanto debiera centrar su atención si lo que desea es conocer la verdadera historia de Rebecca Peabody, doctor.

CAPÍTULO VI

–1–

Si para alguna gente Londres simbolizaba los horrores modernos, para otra era un centro de peregrinación y la City, el santo sepulcro. Tadeus Cooper había pertenecido, durante muchos años, a la comunidad creyente. En cierto sentido, como nosotros.

Había nacido en la capital, donde transcurrió su vida. Los últimos treinta y tres años, muy especialmente, en la City, cerca del puente de Londres, en la orilla norte.

La suya era una vivienda con ventanas de guillotina, desde la muerte de Mary ennegrecidas por el humo del carbón y la humedad. Y su calle era estrecha y con poco jaleo, estando como estaba a un paso de la catedral de San Pablo.

Verdad que tratándose del centro económico y financiero, el barrio de los grandes negocios de apenas una milla cuadrada, la City a la fuerza tenía que ser bulliciosa; pero estaba viva, tenía color, sentimiento, drama. Y eso, a los jóvenes que ambos eran entonces, les gustaba. *Explorar, escrutar y estudiar*: las tres es que definían el no menos fascinante trabajo de Tadeus Cooper, con quien su esposa colaboraba como una más de la profesión.

No tenían hijos. Se habían casado muy jóvenes y en seguida habían transcurrido los treinta y tres años siguientes, sin apenas darse cuenta. Él era lento, muy meticuloso en su trabajo y en todo lo demás; la salud de Mary, delicada. Como no tenían una vida físicamente aventurera y la realidad los intimidó siempre, vivían de puertas para adentro.

La de cosas que habían compartido.

Él había amado tiernamente a Mary y, por las noches, para dormirse en paz, le cogía la mano y se la apretaba. Nunca habría podido serle infiel. Y si ella hubiese amado a otro hombre a sus espaldas, se habría culpado a sí mismo por haberla empujado a beber en otras fuentes. Aún seguía echándola de menos.

No obstante, a sus sesenta años, y a casi siete de la muerte de Mary, todo mostraba un brillo nuevo. Se daba perfecta cuenta.

Ya algo, de forma insensible, había ido reblandeciéndose en él. Por ejemplo, aunque le costaba, al fin había resuelto cambiar de aires. Vendería su vivienda por un buen pellizco, pues los terrenos de la City habían adquirido tanto valor que los inmuebles se transformaban en oficinas y, con algo de dinero en el bolsillo, se mudaría a una vivienda de la periferia en cuanto se jubilase.

El condado de Middlesex, en el norte, le gustaba. Una de esas zonas residenciales a su alcance, con abundancia de parques, jardines y largas calles. Alquilaría una casita con terraza por treinta o cuarenta libras al año en un barrio tranquilo y respiraría aire puro. No por nada la City se vaciaba poco a poco de residentes que huían a las afueras.

Llegó al piso de madrugada, después de la última sesión con la enferma. Sólo pensaba en la junta de doctores que tendría lugar al día siguiente y que marcaría el futuro de la terapia.

Dejó el maletín en el suelo y, antes de cambiarse de ropa, hizo lo que tenía por costumbre. Avanzó de puntillas por el pasillo hasta el fondo. Una vez allí, pegó el oído a la puerta. Al principio, nada turbó el silencio de la madrugada, y ya se disponía a volver sobre sus pasos cuando un par de gorjeos anunciaron la bienvenida de trinos y gorgoritos. Entonces, con una sonrisa chispeante, se pasó la mano por los mostachos, abrió la puerta y encendió un par de quinqués.

Docenas de jaulas, todas doradas y relucientes, tenían invadido el único cuarto de la casa que limpiaba él mismo. Jilgueros, ruiseñores y periquitos de mil colores despertaban a la vida en jaulas con forma de pagoda, con diseños de líneas arabescas, cuadrangulares, ovaladas y redondas, jaulas colgando del techo, jaulas sobre peanas de madera, jaulas junto a la ventana, bajo ella, sobre la mesa, bajo la mesa, sobre las sillas, bajo las sillas, en el suelo, en los brazos del único sillón de orejas del cuarto, por todas partes.

Se acercó a cada una de las jaulas, saludando a sus pequeños amigos. Sacó un puñado de alpiste de un bolsillo y lo fue distribuyendo entre algunos. Al fin, cuando se quedó sin nada, se fue hacia una, en particular, e introdujo despacio un dedo entre los barrotes.

Un periquito verde con la cabecita de color ámbar se acercó cojeando y se encaramó en su dedo. Cooper acercó la nariz a la jaula y el pajarillo se la picoteó muy débil, confiadamente.

—Hector —susurró Tadeus Cooper—, ¿estás mejor?

Sin bajarse de su improvisada atalaya, Hector se esponjó contra los barrotes. Cooper le acarició la cabecita rozándolo apenas con el índice. Luego fue a derrumbarse en el sillón de orejas mientras escuchaba los trinos.

Más tarde se decidió. Pasó por las cuatro habitaciones en las que figuraban grabados y acuarelas de su boda y de Mary. Desde hacía siete años, permanecían guardados en los cajones, bien a salvo de sus propios ojos. Los rescató uno tras otro y los fue poniendo o colgando justo en donde habían estado expuestos o colgados siete años antes, durante los cuales ni siquiera había desclavado las puntas de las paredes.

Acabó sentado en un diván del amplio estudio en donde Mary y él trabajaban cuando Cooper no tenía que salir. Era una época de luz. Reinaba allí un desorden confortable, mientras que ahora, el santuario se reducía a un orden escrupuloso de mapas, libros, periódicos, instrumental de laboratorio y toda clase de artilugios.

Sentado en el diván, con la espalda recta y las manos entre los muslos, se quedó mirando el óleo de Mary que acababa de colgar. Con la misma nitidez que veía el cuadro podía ver a Mary, arrollada por el carruaje.

Su mujer había nacido con el corazón más grande de lo normal. Se cansaba demasiado. Llegó un punto en que pasear le suponía un esfuerzo tan excesivo como a una persona con sobrepeso correr. Expuesta a arritmias y dificultades respiratorias, Mary nunca dejó de responder a una solicitud de ayuda ni esperó auxilio de nadie, salvo de su esposo, con quien colaboró hasta el fin en su trabajo.

Cooper no comprendió su muerte. ¿Por qué no estaba con ella en ese mismo momento? ¿Por qué nadie le ofreció su brazo a Mary? ¿Qué mal había hecho Mary para morir bajo las ruedas de un carruaje? ¿Qué monstruo era Dios para permitir desgracias como aquélla? ¿Por qué vivía una esposa y otra moría? Lo halló todo tan profundamente inexorable, la inmensidad de su impotencia fue tal que la poca fe que tenía se disolvió como una lágrima en el mar de su indignación. Creyó

que nunca más creería en nada.

Mucho se habla de la pérdida y de los que se fueron; pero ninguna preparación satisface. Qué haría ahora por las noches, para quedarse dormido, sin sus manos que le daban amor y que las suyas extrañaban tanto. Cuál sería su consuelo. Mary, qué voy a hacer sin ti.

Siete años después, él seguía vivo y esperaba. ¿Qué esperaba? Instalarse en la creencia de que Mary y él volverían a verse. Y por eso había vuelto a los rezos que de niño le arrullaban. Porque quería estar a la altura de su ilusión. Claro está que su fe ya no le brindaba ninguna paz con estos ruidos de Londres. El mismo Dios, ¿podría escuchar sus oraciones con tal barullo? Pero, de todos modos, rezaba. Y era a Mary a quien rezaba.

Y a veces soñaba con nosotros. Con nosotros, que le robábamos el sueño.

Cuando el doctor Russell le hizo la propuesta de conducir la terapia («por su honradez, por su experiencia, por su entrega incesante a la búsqueda de la verdad»), todo eso le echó encima) y aceptó, Cooper supo, o creyó saber, que la causa, el motivo, la única explicación de haber aceptado era la deuda moral, el sentimiento de culpa que lo ataba a aquella familia.

Con el discurrir de los días, sin embargo, supo que, además de aquello, había otro motivo oculto, más egoísta: quería creer en ella, en la paciente.

Había aceptado porque anhelaba que esa pobre loca tuviera razón, porque extraía esperanzas de la seguridad que mostraba ella en la otra vida, porque, secretamente, ansiaba dejarse convencer por su relato, creer en nosotros. Y, de hecho, aunque habían recurrido a él para convencerla y su obligación era anteponer la verdad a los delirios de una perturbada, lo hubiera dado todo por que la paciente fuese la cuerda y todos ellos los transtornados.

Se levantó del diván, echó un último vistazo a la Mary de los veinte años, joven para siempre en su retrato. Conmovido en lo más íntimo, cerró los ojos preservando en la oscuridad esa imagen. Y le imploró ayuda para dar lo mejor de sí en la crucial entrevista de mañana con los doctores.

Luego abrió los ojos y se encaminó al cuarto de los pájaros, en donde, con las luces encendidas, sus pequeños cantaban y cantaban.

—2—

—A nosotros, señor Cooper —declaró el hombre que dirigía el manicomio rascándose la coronilla—, lo único que hasta ahora nos ha impresionado son esos curiosos dispositivos... ¿Cómo los llama usted? Los que esconde en la lámpara del cuarto de la enferma.

—Micrófonos.

Por lo bajo, hubo risas de condescendencia.

A la sala de reuniones llegaban muy amortiguados los chillidos, las carcajadas, las carreras e incluso las canciones a una voz, ecos inevitables del Bethlem a los que Cooper ya empezaba a acostumbrarse.

—Los llamo «micrófonos» por Sir Charles Wheatstone —dijo Cooper.

—¿Sir Charles Wheatstone? —preguntó el director Monro.

—Un científico. El que inventó y dio nombre al dispositivo hace veinticuatro años. Yo he introducido algunas mejoras para amplificar los sonidos en estancias no contiguas.

—Pues las conversaciones se oyen divino —enfaticó el director con retintín, midiendo de una ojeada la debilidad de su oponente—. Parece que estemos en el cuarto de la enferma. Bien, señor Cooper. Muy bien. —El director Edward Monro tendría poco más de cincuenta años. Lampiño, el pelo gris y tan rapado que se le distinguía el cuero cabelludo. Miraba desde arriba, con los ojos de la exitosa dinastía Monro. Se frotó las manos—. Mi enhorabuena. Tiene usted aptitudes para todo.

—Nos estamos apartando del asunto —intervino el doctor Russell, un viejo con empaque de patriarca bíblico y el traje con rastros de ceniza. Junto con Cooper, el único que no pertenecía al personal del Bethlem.

Ya llevaban veinte minutos en la sala de reuniones.

Sentado a una gigantesca mesa de mármol, con patas de madera que terminaban en pezuñas talladas, se encontraba el director, a quien flanqueaban el joven doctor Freeman y el cirujano jefe. El doctor Russell había tomado asiento junto a Tadeus Cooper. De los cinco, sólo los tres primeros vestían batas blancas.

El doctor Russell era un abanderado de la terapia moral y, en lo que concernía al tratamiento objeto de debate, su más aguerrido defensor.

Colgados de las paredes había mapas y litografías del Hospital Psiquiátrico de Bethlem desde principios del XVI, cuando ya se había convertido en manicomio, así como su escudo de armas.

—No insistiré más —dijo el doctor Russell, que se acariciaba la barba—. Algunos —y echó un vistazo a Cooper— nos sentimos herederos del doctor Pinel en Francia y el doctor Tuke en Inglaterra. Ellos fueron reformadores morales. Inauguraron una era de compasión, un enfoque racional y humano. No tiremos por la borda su trabajo.

—¡Terapia moral! ¡Qué gracia! —intervino muy risueño el director Monro.

—Usted llamó a esta sacrosanta institución ante el Comité de Inspectores: «la Bastilla de Inglaterra» y «la ciudadela de la represión» —dijo con énfasis el cirujano jefe, un tipo desprovisto de pelo, arrugado como una cáscara de nuez y tan bajito que parecía un niño prematuramente avejentado.

—Y, a solas con la paciente, tuvo la temeridad de llamar «cárcel» al manicomio más antiguo del mundo. Y le dijo que nosotros la «forzamos» a recordar —comentó el más joven de los doctores. Se quitó las lentes redondas para limpiarlas y, a toda velocidad, volvió a ponérselas.

—Lo mejor sería operar —dictaminó el cirujano jefe.

—Caballeros, caballeros —dijo el director Monro—, vamos a aparcas los resquemores. Doctor Russell, una pregunta. ¿Esperan que estemos de su parte cuando, hasta ahora, la paciente no ha experimentado el menor progreso?

—Acabamos de empezar —repuso Tadeus Cooper.

—Si usted recuerda, doctor Monro —añadió el doctor Russell—, lo que yo destaqué ante el Comité de Inspectores fue que el internamiento, las duchas frías, las camisas de fuerza, las amarras de tela, las cadenas, las palizas, las sillas de sujeción y los grilletes...

—¿Las palizas? —preguntó el cirujano jefe— ¿Qué palizas? ¿Cómo se atreve?

—Que todo eso —prosiguió el doctor Russell—, en general, se puede sustituir con ventaja por un régimen de tareas para estimular la mente y disciplinar el cuerpo. Si queremos ayudar a un enfermo mental es necesaria la persuasión, la emulación y el deseo de gratificación.

—Señor director —volvió a intervenir el más joven—, me permito dejar constancia de que en

nuestro hospital todos los casos de coerción mecánica están debidamente documentados, justificados y supervisados.

—Gracias, doctor Freeman —contestó Monro. A intervalos, le repetía un tic facial en la comisura de un ojo. Se rascó con eficiencia la nuca y continuó—: Mire, doctor Russell, le diré algo que ya dejé claro ante el Comité. La terapia que ustedes aplican va un paso más allá de las técnicas aconsejadas. Y el riesgo de que el estado de la paciente empeore es muy alto.

—Durante la época del Terror —volvió a la carga el doctor Russell—, Pinel empleó una psicoterapia del estilo. El paciente estaba obsesionado con la idea de que iban a juzgarlo y a guillotinarlo por ciertas declaraciones imaginarias que había hecho...

—Sí, conocemos las circunstancias del caso —dijo Monro con tono de hastío—. Todos, o casi todos, somos profesionales.

—... Era un sastre parisino —siguió diciendo el doctor Russell, inmutable—. Se consideró necesario recluirlo y, con la ayuda de otros médicos, Pinel simuló un juicio al enfermo en el cual salió absuelto de las acusaciones imaginarias. La psicoterapia de Pinel hizo desaparecer los síntomas del paciente.

—Sesenta años hace de eso —dijo el doctor Freeman—. Pertenece usted a otra generación.

—Lo mejor sería operar —repitió el cirujano jefe negando con la cabeza.

—Fue un triunfo de la razón —dijo el doctor Russell—. Y los aquí presentes somos herederos del Siglo de las Luces.

—Para que la paciente salga de sí misma, yo creo que hay que penetrar en su cabeza —se sorprendió diciendo Tadeus Cooper.

—En eso estamos de acuerdo, señor —dijo el cirujano jefe—. Hay que operar.

—Es lo que algunos desearían —señaló Tadeus Cooper.

—Su comentario aporta bien poco, señor Cooper —alegó el director Monro retorciéndose las manos—. ¿A qué «algunos» se refiere? ¿Tal vez a nosotros? ¿Tal vez a gente externa a este centro? ¿Tal vez a los fantasmas? ¿Con quiénes sueña usted, señor Cooper?

—Director Monro —atacó de nuevo el doctor Russell—. ¿Por qué no suponer que muchos enfermos podrían ser reeducados para pensar correctamente?

—Doctor Russell, la terapia moral no funciona. Qué más quisiéramos. ¿Eh, doctor Freeman? —repuso el director volviendo los ojos hacia el joven.

—Verdad, señor —convino el joven doctor Freeman—. Las intenciones de nuestros predecesores fueron optimistas; pero ahora sabemos que la locura no desaparece con terapias psicológicas. A juzgar por las últimas investigaciones, muchas formas de locura son crónicas, incluso innatas, propias de la constitución del individuo y, probablemente, hereditarias.

—Y la herencia es, precisamente, un factor que entra en juego en nuestro caso —declaró Monro—. Los antecedentes familiares de la paciente...

—Por eso, si abrimos —se obstinó el cirujano jefe— y hacemos dos pequeñas incisiones en el lóbulo...

—Nuestra especialidad está sólo en los albores de un nuevo amanecer —lo interrumpió Monro—. Pero eso ustedes no lo discuten. ¿Cierto o no, doctor Russell?

—El señor Cooper y yo pensamos que el confinamiento no es la mejor ni la única salida —dijo el doctor Russell.

—Tiene razón. Ahí tiene razón —aprovechó para decir el cirujano jefe.

—Y también que, en ciertos casos, resulta contraproducente —concluyó el doctor Russell.

—Pues bienvenida la terapia moral —se impuso Monro que, desembarazado de pudores, se rascaba el cuello con auténtica devoción—, siempre que no invada los manicomios.

»Todavía recuerdo cuando mi padre, que, como probablemente todos ustedes saben, tuvo también el honor de dirigir este hospital, afirmaba que se había puesto de moda ser «neurasténico». Las clínicas de nervios privadas, los institutos hidroterápicos y los balnearios curativos se multiplicaban para atender los casos de colapso nervioso de los ricos. Y ahora le toca el turno a la hipocondría masculina y a la histeria femenina. Y cuando pase la moda y se curen, ustedes, doctor Russell, los reformadores morales, se echarán flores diciendo que el confinamiento no era la solución.

—Y seguiremos manteniéndolo —dijo el doctor Russell—. La coerción no es humana. Y el confinamiento no es la panacea.

—Bethlem es un hospital para el tratamiento de la locura —dijo el director Monro, con los ojos cada vez más hundidos en sus órbitas—. ¿Qué es lo que persiguen ustedes, doctor Russell? ¿Que lo convirtamos en un domicilio para lunáticos incurables? Porque esa es la consecuencia de su filosofía. Que los locos se conviertan en enfermos de larga estancia en los manicomios.

—Con que respete la decisión del Comité nos conformamos —dijo el doctor Russell.

—Me parece oportuno recordar lo siguiente —continuó Monro—. Usted tuvo la osadía de decir ante el Comité que aquí se sigue optando por un pesimismo terapéutico, pero el Comité sostuvo que la dirección del Bethlem tenía la última palabra sobre este experimento.

—Si me permite —se atrevió a decir Cooper—, el Comité aconsejó que se diera libre curso a la terapia.

—Y usted la aprobó con todas las consecuencias, director Monro —dijo el doctor Russell.

—Y ustedes están poniendo en entredicho las técnicas de un manicomio de reputación mundial —dijo entre dientes el director—. Una institución que mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo tuvieron el privilegio de dirigir antes que yo.

Tadeus Cooper pensó (y también el doctor Russell lo estaría pensando, supuso) que el padre de Edward Monro, Thomas Monro, había sido forzado a dimitir. Se descubrió que uno de los pacientes había subsistido encadenado con grilletes durante más de quince años y, ante el Comité Regulador de la época, Monro justificó el hallazgo diciendo que «Sólo se ponía grilletes a los lunáticos pobres, ya que a los caballeros los grilletes no les hubieran gustado».

—Y ese hombre —empezó diciendo el cirujano jefe, cuyo dedo acusador apuntaba a Tadeus Cooper—, ese hombre está repleto de miedos. No es el mejor terapeuta posible.

—Por no decir, señor director —señaló el doctor Freeman—, que hasta hace poco la paciente aún tenía reacciones de carácter agresivo. Y que fue necesario someterla a una terapia de desintoxicación durante meses, por causa de un síndrome de abstinencia agudo.

—Creo ser permisivo tanto con ustedes como con la enferma —dijo el director—. De hecho, esta mujer es una de las excepciones del Bethlem. Está ingresada como paciente de larga estancia. Y lo normal, como saben, es que las reclusiones no se prolonguen más allá de un año o año y medio.

—Porque su familia política la abona muy generosamente —se precipitó Cooper.

—¡Oh, oh! —Enrojeció el cirujano jefe. El director Monro volvió al rascado de coronilla—. ¡Intolerable! Si ver fantasmas es motivo de atención médica, contactar con ellos es, *ipso facto*,

motivo de intervención.

—Ella no sostiene que hable con los muertos —dijo Cooper.

—Porque, gracias a las atenciones de este centro, ha mejorado; pero lo mantuvo —contestó el director. El doctor Russell apretó un puño dentro del otro diciendo:

—Le garantizo que si piensa suspender la terapia apelaremos al Comité de Inspectores.

—Entonces, debo informarle —repuso el director mientras se rascaba con saña las palmas de las manos contra el borde de la mesa— que esta dirección tiene la competencia para decidir.

—Puedo conseguirlo, director Monro —dijo Cooper—. Sé que puedo conseguirlo.

—¿Conseguir qué, señor Cooper? —preguntó Monro.

—Que la paciente abra sus ojos a la verdad.

—¡La verdad! —repuso Monro—. Mire, la verdad es que esa mujer sufre desequilibrios mentales que la incapacitan para rescatar su pasado, trastornos emotivos que le impiden aceptar quién es y por qué actuó como actuó. Su identidad está rota, señor, está disuelta; pero su estado aún podría agravarse.

De súbito volvieron todos al silencio.

—Bien. No alarguemos la reunión de manera innecesaria —dijo Monro, con el tic facial en su máxima expresión—. Doctor Russell, disponen del tiempo que le quedaría a la paciente si se tratase de un internamiento ordinario. ¿Doctor Freeman?

—Ocho días, a contar desde hoy. Hasta cumplir el año y medio.

—Ocho días, doctor Russell. Y supervisaremos las sesiones diarias —dijo Monro. El doctor Russell inquirió con la mirada a Cooper, que asintió con un gesto de barbilla—. Y ahora, con el permiso de ustedes, tengo muchas gestiones que atender.

Y tras Monro, los demás se fueron levantando de la mesa.

CAPÍTULO VII

—1—

Aunque la ventana daba a un patio interior, a juzgar por la media luz que se filtraba por ella, el sol estaba desapareciendo.

—Al día siguiente de que el anuncio convocando a un médium se publicase en la prensa — empezó a decir la reclusa—, el padre Carmichael, instigado o no por los Peabody, se citó con Ashley.

—Señora, con su permiso —interrumpió Cooper—, me gustaría hacer una serie de precisiones.

La enferma vestía de blanco. Un blanco sucio, sin manchas, un blanco que había perdido el brillo. Y su rostro, aún hermoso, escondía el secreto de una belleza estragada. Por primera vez, Cooper la veía sin el chaleco de sujeción. Sucedió tras la junta de doctores, esta misma mañana. Imposible que fuera una coincidencia. En Bethlem no existían las coincidencias.

Se encontraba un poco menos nervioso que al principio de la terapia. Asió el maletín, se lo puso en el regazo, sacó un documento, volvió a dejar el maletín en el suelo y dijo:

—La madrugada del 3 al 4 de mayo de 1851, Rebecca Peabody falleció a causa de una ingestión de cloroformo líquido en el dormitorio conyugal de su mansión de Park Lane. Espero que me hará usted la justicia de concederme cierta competencia en estos temas. —Ella se cruzó de brazos y asintió con un gesto—. Como sabe, el cloroformo líquido empezó a utilizarse como anestésico hace pocos años, y entre los miembros de la buena sociedad se puso de moda su empleo en casos de insomnio. Es incoloro, y tanto el olor como el sabor son dulzones. Actúa con relativa rapidez sobre el sistema nervioso. Digamos, entre los diez y los veinte minutos, para una dosis suficiente.

»Rebecca Peabody, como tantos que padecen problemas de sueño, se valía de una dosis común que fluctuaba entre tres y ocho gotas disueltas en líquido. Diez mililitros son siempre mortales y equivalen a dos cucharaditas. La cantidad que apareció en su estómago era de veinte mililitros; esto es —Cooper levantó los dedos correspondientes—, cuatro cucharaditas de cloroformo. Una cantidad así genera graves alucinaciones seguidas de parálisis muscular, asfixia y paro cardíaco. Éste es el dictamen forense.

Le pasó el documento y la enferma le echó un vistazo.

—No figura el nombre de la fallecida.

Cooper obvió el comentario.

—Le he traído las conclusiones. Continúo.

»Si bien se descubrieron grandes cantidades de cloroformo en el estómago, el cadáver no presentaba signos de quemaduras en la garganta ni en la laringe. Lo cual es extrañísimo. La única explicación posible es que Rebecca hubiese ingerido el veneno muy rápidamente. Y esto nos sugiere dos hipótesis. Primera: que se tratase de un suicidio. Segunda: que se lo administrara alguien de su entera confianza y, muy importante, disuelto en una bebida de sabor fuerte para que

el dulzor no alarmase a Rebecca. En otras palabras, esa cantidad de cloroformo no podía estar disuelta en agua.

—¿Adónde quiere ir a parar, doctor? —Levantó los ojos del papel.

—Rebecca —dijo Tadeus Cooper con todos los músculos en tensión—, como usted misma ha relatado, había ingerido bastante alcohol durante la disputa con su esposo. Pues bien, al día siguiente, en su mesilla de noche se encontraron restos de *brandy*. ¿Le sorprende?

—Ah, no sé. ¿Por qué habría de sorprenderme? —Ella le devolvió el documento.

—Cuando Ashley entró por primera vez en el dormitorio y vio a su mujer llorando, tendida en la cama, distinguió un vaso de agua en la mesilla de noche. Sólo agua. ¿Cierto?

—Cierto.

—Cuando entró por segunda vez, horas más tarde, el vaso que vio en la mesilla de noche estaba vacío.

—¿Y?

—El vaso, las pruebas son contundentes, contenía restos de *brandy*. Resulta lógico que, dadas las circunstancias, la segunda vez que nuestro hombre entró en el dormitorio pasara por alto este detalle; ahora bien, según el testimonio del propio Ashley a la policía, en el dormitorio nunca dispusieron de alcohol.

—¿También ha hablado con la policía, doctor?

—Dígame, ¿no le resulta extraño que un suicida proceda de ese modo?

—Ya ve que no le sigo.

—¿No es sorprendente que con el vaso de agua en la mesilla y el cloroformo dispuesto se levante, se dirija hacia una de las estancias, coja una botella de *brandy* y se sirva en el vaso que contendrá la dosis letal de cloroformo?

—Rebecca estaba bebida, doctor. Tal vez deseaba seguir bebiendo.

—Aceptémoslo. Entonces, lo normal es que alguien en su estado se lleve la botella de *brandy* al dormitorio, ¿no es eso?

—Bien. ¿Y?

—Pues que cuando se hizo el registro, en el dormitorio no había ninguna botella. Y, según todos los testimonios, tampoco nadie recogió ninguna de la alcoba. Y, por último, los únicos recipientes de *brandy* con rastros de haber sido consumidos en el transcurso de la noche estaban, uno en el gabinete de Ashley (botella), y el otro en el mueble bar de uno de los salones (licorera de cristal tallado). Raro, ¿no?

—Siga.

—Entonces, si no fue ella, ¿quién le sirvió el *brandy*? ¿Y quién diluyó en el *brandy* la dosis letal de cloroformo?

—Dígame usted. —Su excitación iba a más.

—Entre quienes estaban esa noche en la mansión, veamos quiénes tenían acceso al dormitorio de Rebecca más allá de la medianoche.

»Empecemos descartando al servicio, incluido el mayordomo, el ama de llaves y, por supuesto, doncellas, lacayos y cocineras. Sabemos que nadie de la servidumbre osaba molestar en la alcoba al matrimonio, mucho menos por la noche. Con más razón ya que todos eran conscientes de que la señora ingería cloroformo por temporadas, a causa de sus alteraciones de sueño. He dicho todos, pero había una excepción. Y lo era en muchos sentidos. El negro Roscoe, que siempre había

experimentado debilidad por su ama. ¿Está usted de acuerdo?

—Va demasiado lejos para ser ocurrente, doctor.

—Están sus padres, por supuesto, Arnold y Anne Rose Peabody —continuó Cooper—. Sus hermanos y esposas. Preston, el mayor, y su esposa Maud; y Larry, el pequeño, y Susan. A continuación tenemos a Charlotte, la sobrina de Rebecca e hija de Preston y Maud, que también estaba en la cena esa noche, la joven Adele, que frecuentaba la mansión de su amiga aún más que los padres de Rebecca, y a quien tendremos ocasión de referirnos...

—Deténgase. No pensará ir uno por uno, descartando, ¿verdad? —La paciente exhibía una serenidad insólita—. Es un protocolo tedioso, un juego de niños, típico de una novela elemental. ¿Quiere matarme de aburrimiento, doctor?

—Sin embargo, señora, hubo una investigación que usted no recuerda...

—Oiga, yo sé lo que ocurrió —levantó el tono—. Es más, estoy segura. No vaya por ahí. No soy ninguna necia.

—Señora Bale...

—Vuelvo a decirle que Rebecca no fue víctima de un crimen. Se suicidó. La pena la mató. Y el culpable fue su marido, a quien usted pasó por alto en su curiosa lista de sospechosos.

—Oh, por supuesto —dijo Tadeus Cooper dándose una palmada en la frente—, Ashley Bale. En qué estaré pensando.

—2—

—Como le decía —reanudó la enferma su relato—, la tarde siguiente a que Ashley publicara el anuncio en el *Times* y el *Observer*, el padre Carmichael se acercó a la mansión de Park Lane para entrevistarse con él.

»Supongo que el cura iba preparado, que esperaba encontrarse a un hombre en horas bajas. Lejos de ello, juzgue usted la impresión que debió de experimentar.

—Hijo mío —empezó diciendo el padre Carmichael—, reconsidere su postura. Tome mis palabras como la súplica de un viejo cura en el ejercicio de su sagrado ministerio. Retire el anuncio de los periódicos; mejor, publique uno nuevo suspendiendo esa abominable convocatoria.

—Ashley lo había hecho pasar a una estancia en penumbra, la misma que sería testigo de los principales acontecimientos que usted, me parece, ansía escuchar.

»Era un escenario que tenía algo de provocación lúgubre. Y para colmo, el padre Carmichael tuvo que advertir los cambios de la mansión en pocos días. La servidumbre era exigua. Donde antes la luz entraba a raudales, las pesadas cortinas hacían ahora de parapeto. El aire olía a flores secas y a humedad y, como el amo se negaba a que nadie tocara nada, un velo de polvo recubría las cosas. El tiempo parecía detenido.

—Es usted la voz de su amo, padre.

—Señor Bale, el respeto que me inspiran los Peabody es lo que me ha traído hasta aquí.

—Eso es tan obvio como que podría haberse ahorrado la molestia. —El cura estaba sentado en una silla de madera, junto a una camilla, con el abrigo doblado sobre el antebrazo. Un par de velas iluminaba la estancia forrada de libros. El dueño de la mansión permanecía de pie, junto a

las cortinas echadas, como una sombra fantástica.

—Lo que está dispuesto a llevar a cabo entra de lleno en el campo de la herejía.

—¿Ah sí?

—Recapacite. Todas esas... ideas se fundamentan en que los muertos pueden entrar en contacto con los vivos. Y le recuerdo que invocar a los muertos es abominable para Dios nuestro Señor.

—Dígame algo más que ignore, padre.

—«No os volváis a los encantadores y a los adivinos, no los consultéis ensuciándoos con ellos: Yo Jehová vuestro Dios». Levítico 19,31.

—Excelente.

—«Y el hombre o la mujer en quienes hubiere espíritu pitónico o de adivinación han de ser muertos: los apedrearán con piedras, su sangre sobre ellos». Levítico 20, 27.

—¿Piensa incitar a la lapidación, padre?

—La Biblia es rotunda en lo que se refiere a la prohibición de estas prácticas demoníacas. Le recuerdo que equipara las prácticas de atraer a los espíritus al culto a Satanás.

—¿Ha terminado de recordarme cosas?

—Alabado sea el Señor. ¡No he terminado!

—Pues termine.

—No ignoro, señor Bale, que el mediumnismo está de moda; tampoco que forma parte de esa corriente espiritualista que algunos empiezan a llamar, en los corrillos franceses, «espiritismo». Estoy seguro de que los evangélicos y los clérigos anglicanos son los principales impulsores de estas ideas aberrantes.

—Qué más, padre Carmichael.

—Señor Bale, durante generaciones el catolicismo estuvo prohibido en Inglaterra. Durante generaciones, creer en fantasmas fue exclusivo de católicos; y, de repente, a finales del pasado siglo, cuando se levanta la prohibición sobre nuestra fe, los protestantes y los anglicanos se echan en brazos de los espíritus. ¿Y sabe por qué, señor Bale?

—Sorpréndame, padre.

—Pues porque el pueblo sencillo no ha dejado de ser, básicamente, *católico*. Y porque los protestantes y los anglicanos quieren ganarse al pueblo. Porque aún temen a la fe verdadera y están dispuestos a todo. ¡Mediumnismo!

»Pero ¿a quién se le ocurre que la relación de los vivos con los espíritus no requiere de ninguna mediación? Pues a un hereje. ¿Para qué está la Iglesia si no? ¿Sabe en qué piensa un protestante o un anglicano cuando oye hablar de una posesión, ya no digo si se enfrenta a ella?: en el ritual exorcista de la Iglesia. No echa mano de cultos herejes, no.

—Por fin, el exorcismo. Lo esperaba. ¿Sigue la misma sinuosa retórica con sus fieles?

—Usted es protestante, señor Bale.

—Yo no soy nada, padre.

—Y ella cambió de bando por amor a usted. Mi querida niña. ¿Y así se lo paga?

—Mi paciencia tiene un límite, padre.

—¡Por la caridad del Todopoderoso! Atienda a razones. Por su propio bien. Piense en su reputación. Será usted blanco de todas las mofas de Londres.

—Váyase de mi casa. —El padre Carmichael se levantó de la silla. Resollaba lastimosamente. Se puso el abrigo mientras hablaba:

—Piense en ella. Renuncie. Hágalo por Rebecca. Permítale reposar en paz. Ahora está en brazos de Cristo. Rece por ella. Para que de una vez descanse.

—¿Ha venido aquí para insultar su memoria? —Ashley llamó a la campanilla de la servidumbre—. Si salvar a mi mujer fuese la opción, me condenaría por ella. Pero ¿qué supone que aún puedo perder que me importe?

—Las palabras de Ashley pusieron el punto final —resumió la enferma—. Y aunque no hubiera irrumpido un sirviente sosteniendo por encima de su cabeza un candelabro, que asperjó una luz benefactora, nada habría podido añadirse. Ni por uno, ni por otro.

—3—

—Empezaron a llamar a las puertas de la mansión aquellos que respondían al perfil del anuncio —siguió diciendo la paciente—. La primera consecuencia fue que la noticia se expandió por todo Londres. Se vio a curiosos, de estratos diversos, merodeando por las inmediaciones de una residencia que ya se calificaba de maldita. Porque si algo, doctor, caracteriza nuestra época es el interés de la gente por los espectros. Y por las pruebas que avalen su existencia.

»El detonante de esos intereses, y no me equivoco, fue el caso de Maria Manning, la doncella de la duquesa de Sutherland, ahorcada hará pronto dos años por el crimen de su amante. ¿Recuerda que el fantasma de Lady Macbeth, como así la apodó el *Times*, fue visto en la ventana desde la calle por un sinnúmero de gente? ¿Recuerda cómo se popularizó la idea de que había regresado *post mortem* al lugar del crimen y seguiría haciéndolo hasta que su alma reposase?

—Ya lo creo que sí. —Tadeus Cooper dio un respingo.

—Pues, como en el caso de Maria Manning, y para deleite general, la prensa no dejó de hacerse eco del caso de Rebecca Peabody. Había una importante recompensa de por medio y el asunto se prestaba a tantas opiniones como interpretaciones. Publicaciones y semanarios como el *Westminster Words* o el *Pall Mall Review* o el *Gentleman's Magazine* tomaron partido a favor o en contra de Ashley y su iniciativa. Se justificaba o se atacaba la excentricidad de un hijo del pueblo que, a mayor gloria suya, era viudo de una multimillonaria.

»El asunto estaba en boca de todos. Al fin, quién no experimenta alguna fascinación por el más allá. ¿Y quién no ha deseado tener pruebas fehacientes?

»Y ahora figúrese cómo encajaron los Peabody que Ashley, y no sólo él, fuera blanco de escarnio y curiosidad por las mejores chisteras de Londres.

»En particular, el viejo Arnold.

»Porque Ashley apenas salía de la mansión de Park Lane, salvo en muy contadas ocasiones y por la noche. Y mientras, la buena sociedad (y la no tan buena) se extasiaba con la muerte de su esposa, la hija de los Peabody, que había llegado del Nuevo Mundo para subvertir las tradiciones británicas.

»De forma que, mientras los médiums frecuentaron la casa, toda esa gente vaya si disfrutó.

—¿Y qué pasaba con los médiums? —preguntó Cooper.

—Todo el que, en calidad de tal, solicitó ser recibido, entró en la mansión —dijo la paciente—. Y entraban por la misma puerta por la que volvían a salir, no mucho después.

»Pasaron días y días. Los resultados eran nulos, como Ashley siempre había previsto. ¿Hubo algún instante en que brillase en él una llamita de esperanza? Para ser exactos, sí. Ahora verá.

»El hombre, porque de un hombre encorvado y de barba oscura se trataba, fue conducido por el ama de llaves, como otros muchos antes que él. El ama de llaves golpeó ligeramente la puerta y, sin esperar, entró en la salita en donde Ashley había recibido al padre Carmichael. Allí, a la luz de una vela, recibía uno por uno a los que se consideraba aptos para cumplir la condición que les daría derecho a embolsarse las diez mil libras.

»Como era habitual, Ashley permanecía sentado a una camilla redonda. Sobre ella una palmatoria con su vela encendida, un montón de papeles en blanco y una pluma fuente, de Birmingham, el último modelo de la Josiah Mason, con depósito de tinta incorporado. Las paredes estaban revestidas de libros salvo la pared de la ventana, en la que había un reloj de péndulo y un par de anaqueles y cuadros.

»El ama de llaves salió cerrando la puerta. Sin levantarse, Ashley invitó al hombre a tomar asiento en una silla frente a la suya, y una sombra agigantada hasta el techo se deslizó a lo largo de la biblioteca.

»Tiempo después, el médium, cuya estampa era tan grave que no parecía sino que hubiera regresado del averno, dejó entrever que perdía la consciencia. Su rostro se vació de toda expresividad, y los fulgores de sus pupilas, la cadencia de su respiración y las respuestas que daba por escrito a las preguntas de Ashley parecieron inexplicables. De repente, Ashley pensó que su búsqueda llegaba a una encrucijada y que había que pararse, respirar hondo, ser razonable. Llegaba la hora de hacerle la pregunta.

»Pero Ashley, temeroso en presencia de aquel hombre de la barba, no tenía ganas de ser razonable.

»Le consagraba a ella, a Rebecca, todos sus pensamientos. Estaba más allá del dolor y el desconsuelo. Y eso no es ser razonable. Lo estremecían las circunstancias de su muerte, la disputa que la había precedido, los términos en los que se había desencadenado la tragedia, su amor culpable... Transcurrió una hora. Dos.

»La concordancia de las réplicas del médium con las que habría dado su esposa era exacta. ¿Sería una mera sugestión?

»Pero los minutos discurrían sin que él se atreviese a formular la pregunta que habría de esclarecer toda incertidumbre. Entendió que el miedo había hecho presa en él. Un miedo indescriptible de que ese hombre, el único que había alentado sus ilusiones, no descubriese las seis palabras de la consigna. Por eso Ashley demoraba la pregunta, y esperaba. Y con ello, demoraba también la solución.

»Media hora después, aproximadamente, el médium que, con diferencia, más tiempo había permanecido en la casa, salió por la puerta principal, como todos. Y no se volvió a saber de él.

»Ashley comunicó a su ama de llaves que no recibiría a nadie hasta el día siguiente y, con una botella, se encerró en la salita de los libros trocada en un reducto de la desesperación.

»Y si alguna vez se había cuestionado las bondades de la *razón* y había llegado a alimentar anhelos fantasiosos, si alguna vez había cedido ante las mentiras de la *fe*, ahora estaba seguro y más allá de la esperanza: ningún farsante, ningún médium podría averiguar las seis palabras de Rebecca, la solución a la pregunta que tanto le había costado formular.

—Lo que acabo de referirle —siguió la paciente— ocurrió un sábado. Dos días más tarde, el lunes de Pentecostés, comenzaba la Feria de Greenwich, que se prolonga durante un par de días más.

»Siempre según tía Amelia, Eileen ya no recorría todas las ferias de los alrededores para revender el género que a su vez compraba; pero, a la Feria de Greenwich, por su importancia, seguía asistiendo con puntualidad. Montaría un gran puesto, con la ayuda de sus nuevas amigas y sus prometidos; o lo que quiera que fuesen aquellos excelentes jóvenes. Dios bendijese a la pequeña Eileen, que seguía al pie del cañón desde que Ashley se había marchado de casa. Éste era el tono más o menos de tía Amelia.

»Así que la noche del lunes, en una de sus muy excepcionales salidas, y tras recibir a un considerable número de médiums y verlos fracasar, como sus predecesores, Ashley se hizo conducir en su landó hacia el este, por la carretera que lleva a Greenwich.

»El cochero lo dejó a la entrada de la feria. Una explanada con escenarios al aire libre, teatros itinerantes, espectáculos de fieras y casetas con atracciones de toda clase y una variedad de artículos que para sí deseaba la capital más populosa del Imperio. Y puestos, innumerables puestos que consistían en mesas de madera muy elementales en donde se exponían ostras, caracoles, salmones en escabeche, cigarros y todo tipo de viandas.

»Una banda de música con tres tambores rasgaba el aire de esa noche de mayo. Ashley pasó junto a hombres y mujeres que bailaban animadamente. Vio algunas de esas damas a las que nadie, por cierto, hubiese dispensado un trato respetuoso y que iban con la cabeza descubierta, la seña de identidad que a menudo distingue a las mujeres que buscan clientela masculina.

»La gente pululaba, se mezclaban las clases altas y las bajas, niños descalzos correteaban serpenteando entre adultos con zapatos charolados. Entre unos y otros levantaban nubes de polvo, pues durante días ni una gota había caído en la explanada de tierra. Era un sofocante lunes de Pentecostés, para tratarse de finales de mayo.

»En lo que se refiere a Ashley, doctor, nada podía estar más lejos de él que la Feria de Greenwich, pero había ido sólo por su hermana y, tras varias vueltas de reconocimiento, la avistó por fin.

»El puesto estaba ubicado en una zona distinta de otros años y carecía de toldo. Contrariamente a lo que tía Amelia pensaba, era una simple mesa entre muchas, con dos mujeres que atendían al público. Una era Eileen.

»Ashley llevaba capa, tocado y bastón. Eileen no lo habría reconocido en aquel hervidero de gente; y en cuanto a ella, su melena pelirroja no hubiera pasado inadvertida ni con el sombrero más elegante, cuanto más sin él. Ataviada con un desaliño vistoso, lucía un chal estampado por los hombros con flecos de un rojo bermellón.

—¡A las buenas nueces! Dieciséis por un penique. ¡A las buenas nueces! —voceó la mujer que estaba a su lado, también con la melena descubierta. De súbito, Ashley vio cómo un hombre de tez oscura, con una pila de alfombras que le colgaba entre la espalda y el pecho, se acercó a su hermana con la actitud de un capataz. Le agarró el culo y le dio un par de azotes suaves antes de irse. Ashley no tardó en acercarse al lugar de los hechos, y mientras cogía a su hermana por el

codo, la volvió hacia él.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenía treinta y dos años, cinco menos que Ashley, pero las comisuras de sus ojos estaban llenas de pliegues diminutos. Llevaba un carmín en los labios de un color frambuesa y se había aplicado un poco de albayalde en el rostro. ¿Ignoraba que las damas más encopetadas tenían la cosmética por un signo de vulgaridad propio de rameras y cortesanas?

»Conservaba la naricilla que causaba admiración cuando su dueña era sólo un pellizco de sonrosada frescura. Y su cabello rizado, que sumía en un éxtasis de embeleso a los hombres, tenía el mismo fulgor y la misma exuberancia rojiza del cabello de su madre. Y su corazón obsequioso era tan, digamos, tan semejante al de ella, y sus nervios eran tan quebradizos...

—¡Ashley! ¡Suéltame! Me haces daño. ¡Malo! —Se sonrió compungida, quizá porque él no la soltaba.

—¿Qué buscas aquí? ¿Qué estás buscando en la Feria?

—Me duele la mollera. Tengo encefalitis. Paso las de Caín.

—No dices más que tonterías, Eileen.

—Son los *séntomas*. Los arrastro todos. ¿Quieres que te los largue?

—Eileen, ¿como quién hablas ahora? ¿Cómo tengo que tratarte? ¿Me lo quieres decir?

—A buenas horas, hijito. Te las piraste de casa. Me duele. Me duele. Me duele.

—¿Quién era ese tipo de las alfombras?

—¡Ja! Nadie que te importe. Ashley, ¿tendré encefalitis?

—No tienes nada. ¿Te llevo al médico?

—Quita. ¿Me ves tan mal?

—¿Por qué te pones albayalde? ¿Por qué no llevas sombrero?

—Está de moda. Que no te enteras. Me estoy ganando el pan. —Él le pasó una mano por la melena y tomó un puñado de cabello como para sopesarlo. Acto seguido, cerró la mano y, por un instante, apretó el puño con fuerza antes de abrirlo—. Suelta loco. ¿No ves que se me está cayendo el pelo?

—Siempre has tenido un pelo precioso. Aún lo tienes.

—Me duele hasta las puntas. Por la encefalitis. No se lo vayas a decir a la tía. —Ella le acarició el rostro con una mano rugosa. La misma costumbre, la misma caricia de tía Amelia. Él la cogió de nuevo por el brazo.

—Me importa todo lo tuyo, Eileen. Y tú no eres así.

—¿Así cómo?

—Mírate. ¡Así!

—Pero si no estoy haciendo nada malo... —Se miró de arriba abajo—. Sólo ganándome unos chelines. Soy una señorita. Una señorita a la que se le cae el pelo. No vuelvas a tocármelo.

—Pensáis que toda la culpa es mía.

—No me hagas caso. ¿No ves que no hay que hacerme caso? Estoy para el arrastre.

—Ven conmigo. Vámonos.

—Que me dejes. Tonto, más que tonto. —Le dio una palmada en la mano. De repente, achicó los ojos—. ¡Ashley! ¿Te acuerdas a veces de mamá? ¿Y del asilo adonde la llevamos?

—Sí, Eileen.

—Yo fui poquísimos, ¿verdad?

—Eras pequeña. Y mamá se ponía agresiva y todo eso.

—¿Alguna vez te preguntaba por mí, en el asilo? —Él se detuvo a pensar qué fina era la línea que separaba las ficciones de las verdades.

—Cuando estaba lúcida, siempre. Me preguntaba si aún recogías a los perritos abandonados.

—¡Ay! Por qué tuvo que volverse loca.

—Vámonos, Eileen.

—¿Y tú? ¿Estás mejor? La tía y yo supimos que no salías de casa, que estabas encerrado allí como un oso. —Ella tomó sus grandes manos entre las tuyas tan pequeñas como queriendo darles calor. Su voz, la voz de Eileen, sus palabras, toda ella iba cambiando en presencia de Ashley, se adaptaba. Le había pasado siempre, se sometía al influjo de los otros. Por amabilidad era impresionable. Por complacencia. Se desesperaba por no ofender.

—La gente habla por hablar. Ya ves que salgo de casa. Estoy aquí, contigo.

—Tía Amelia y yo te queremos muchísimo. —Seguía con sus pequeñas manos entre las tuyas, tan grandes y, ahora, un poco inútiles—. Te duele tanto... Sé cómo debes sentirte. Y que por eso te encierras. Y sólo sales de noche. Para que nadie vea cómo te duele y cuánto la amabas. Si a mí me quisieran así...

—Vendréis a vivir conmigo. —Ella se rio. Y él lo hubiera dado todo por que su risa le recordase a la joven que Eileen había sido; pero ésta era una risa vieja, como fatigada.

—Estamos bien. Por éstas que sí. —Se soltó las manos para besar la cruz de sus dedos—. Tenemos nuestra casa. No te preocupes por nosotras. Queremos que te cuides.

—Vendréis. Pero hay algo que debo hacer antes. Algo urgente. Mucho. —Se estaba disculpando—. Cuando esto acabe iré a buscaros, vendréis a vivir a Park Lane. De ahí no podrán echarme ellos. Mientras yo pueda, no os faltará de nada.

—¿Quiénes son ellos?

—Ellos. Todos. La familia de Rebecca. Hasta que su herencia no pase a mis manos no dispondré de cuantiosos fondos —dijo, y se callaba la recompensa de las diez mil libras.

—Es tarde. Ahora tengo que irme. Tengo mucho trabajo —dijo ella de forma abrupta.

—Vendréis conmigo. —Era una especie de ruego. Tenía el rostro desencajado. Entonces los ojos de Eileen se ablandaron en los suyos. Asomó a ellos la calidez bajo el brillo húmedo, una blandura capaz de derretir universos de hielo. Acarició el rostro de su hermano y dijo mientras los ojos se le cargaban de niebla y de lágrimas:

—Eres bueno. No vayas a olvidarlo. Tú eres bueno. Bueno —le repetía sin cesar con voz quebrada, acariciándole un lado del rostro, suavemente, una vez y otra. Llorando se sorbió los mocos. Volvió a acariciarle la cara y, poniéndose de puntillas con un saltito, le dio un beso en la frente—: Recuérdalo. Fuiste siempre un hombre bueno. Mi pobre Ashley, mi hermano.

—Antes de que él pudiese detenerla, Eileen retrocedió. Y con sólo unos pocos pasos, desapareció casi entre el océano de público.

»Durante un instante, Ashley la vio agitar su mano, que se alzaba por encima de las olas, lejos de la orilla, diciéndole adiós. Vio cómo, diminuta, su hermana se perdía entre la espuma de la gente y se confundía con ella. Y luego ya no hubo modo de distinguirla, como un alga que la marea se va llevando a empujones mar adentro.

—¡Vendréis conmigo! ¿Me oyes? —gritó él—. ¡No voy a abandonaros! —Y en los labios le quedó el sabor a mar de sus lágrimas.

CAPÍTULO VIII

—1—

—Había transcurrido más de un mes desde la muerte de Rebecca —empezó diciendo esa mañana la señora Bale—. Desde entonces, ni la prensa había dejado de interesarse por los avatares de Ashley, ni los médiums más famosos de acudir a la llamada de las diez mil libras. —Eran la cinco de la tarde. Una nueva sesión daba comienzo—. Ashley permanecía en su casa rodeado de penumbras, de luces tenues. Había despedido a casi todo el servicio y se negaba a recibir a nadie que no fuese médium. Ni siquiera tía Amelia o Eileen, a quien no había vuelto a ver desde la Feria de Greenwich, lo visitaban. Y en cuanto a los miembros de su familia política, lo último que habría hecho cualquiera de ellos hubiera sido aparecer por allí.

»Hasta la fachada de la mansión de Park Lane había ido transformándose, corrompiéndose, adquiriendo una pátina lúgubre.

»A su alrededor ya se respiraba un aire quieto, malsano, crepuscular. Grietas que antes pasaban inadvertidas habían ido haciéndose más visibles, las telarañas brotaban en los rincones de los ventanales, las enredaderas, que hacía no mucho trepaban vivazmente, empezaban a marchitarse y una sombra de corrupción caía sobre la casa desde el cielo, como lumbre oscura.

»Decir que su dueño se consumía no es decir nada. Para él, cada nuevo día se derrumbaba sobre el siguiente, pues las opciones de que un milagro tuviera lugar, cuando nunca había creído en milagros, se encogían de hora en hora. Eso sí, una sola idea lo alimentaba: el juramento, las últimas palabras de Rebecca, a modo de consigna.

»Y el hecho de que todas y cada una de las seis palabras hubieran aparecido en el vidrio empañado, en casa de tía Amelia, escritas en columna y en orden exacto, lo llevaba a preguntarse cómo podría explicarse aquello.

»A diario se las repetía, por si pudiera inspirar al médium de turno, sentado en su presencia, con una vela por único testigo. Se las repetía al igual que salmodian palabras quienes han perdido el juicio o temen furiosamente perderlo.

»Un mañana llamó a las puertas de la mansión una joven, más que una joven una chiquilla, de rubios mechones, vestida con ropas humildes. Llevaba un abrigo de paño casi tan oscuro como el cielo encapotado, parecía haber resistido la crudeza de muchos inviernos. Y ocultaba su rostro una capota negra.

»La joven saludó al ama de llaves, quien, para estupor de la visitante, reaccionó con una frialdad aún más inesperada que de costumbre. La enjuta anciana, que llevaba el canoso cabello peinado con dos rodets, le preguntó qué se le ofrecía.

—¿Cómo? Disculpe; pero si usted me conoce...

—El señor Bale es muy estricto con las cualificaciones.

—Reponiéndose —continuó la paciente—, la joven dijo que su visita no guardaba relación con el mediumnismo; pero el ama de llaves se mantuvo en sus trece. El amo, agregó, había ordenado

que se impidiese la entrada a nadie que no se identificase como médium. No había excepciones.

»Fue indispensable que la joven se desatara la capota y, con expresión suplicante, le rogase, en nombre de Dios, que consultase con el amo. Sería una visita breve, dijo, tan sólo para interesarse por él. Dijo también que, en caso de que el señor Bale le negara el acceso, se comprometía a no permanecer en el *hall* ni un segundo más del tiempo imprescindible para ponerse el sombrero y salir por la puerta.

»El ama de llaves se disolvió escaleras arriba; y no habían transcurrido ni cinco minutos cuando reapareció en el único rellano visible de la escalinata, desde donde le dijo a la joven:

—Sígueme, señorita Higgins. —Ashley la esperaba de pie, vestido con una elegante bata oscura. Despidió al ama de llaves y, con la suavidad de una ráfaga de brisa, levantó la mano de la joven por la punta de los dedos y sus labios rozaron el dorso.

—Es un placer volver a verla, Adele. —Ashley era todo menos un extraño para la joven, pero ella estaba tan nerviosa que, antes de recuperar el pleno dominio de su mano, hizo una rápida y ligera genuflexión.

—El placer es mío.

—Y él la invitó a sentarse a la camilla. El ambiente era opresivo hasta el punto de que Adele tardó en acomodarse a la luz escasa. Sólo una vela iluminaba un cuarto que estaba poblado de libros. Tal vez con un par o tres de cuadros expuestos, paisajes londinenses y un poco tenebrosos, que ella no logró distinguir.

»Tras unas primeras frases, la chiquilla apreció los estragos del drama en el físico de Ashley. Su porte seguía siendo espléndido, pero su rostro estaba demacrado, con signos de agotamiento. Y su delgadez, la extraordinaria vivacidad de aquellos ojos descompuestos, las huellas que le surcaban la frente y las canas de un cabello que había tenido el color del pecado, describían un hondo sufrimiento. Le dolía verlo así.

»Y, sin embargo, habría dicho que estaba aún más guapo que antes. Habría jurado que Ashley Bale estaba hecho del tejido más frágil y sensible con que podía modelarse un caballero.

—¿Ha obtenido ya algún resultado? —preguntó ella cuando la conversación empezaba a languidecer. Él cruzó los brazos sobre una gavilla de papeles y, en silencio, negó con la cabeza. Los resplandores de los rayos iluminaban sus pálidas caras de modo intermitente.

—Le diría que es descorazonador si me hubiera hecho muchas ilusiones.

—Pero usted, precisamente usted, señor Bale, no daba crédito a todas estas cosas.

—Ya no sé a qué doy crédito —dijo mirando el taco de papeles y la pluma fuente que tenía al alcance de sus dedos. El primer papel del montón estaba emborronado sin orden ni concierto con palabras—. En ocasiones es como si cayeran en trance. Y entonces sus voces, las de los médiums, que parece que se arrastran desde el otro lado, no sé, me dan esperanzas. Pero son esperanzas, si he de serle franco, que duran poco. Duran mientras dejo hablar a las voces. Hasta que les formulo la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¡Embusteros! Dicen que es un estado extraordinario de conciencia. Dicen que el espíritu se posesiona de su voz. ¡Mienten, Adele! Todos y todas mienten —dijo con acento desesperado, y cogiendo el taco de papeles que tenía delante, blandiéndolo con las dos manos, agregó—: y tengo la prueba. Aunque quieran, no podrán embaucarme.

—Habría docenas y docenas de papeles en la pila. La dejó caer en la mesa con un golpe seco y

fue pasando un papel tras otro, febrilmente. Todos rellenos de principio a fin por una cara, de arriba abajo, de izquierda a derecha, con letras diversas, grandes, aparatosas. Se detuvo frente a una hoja en blanco, pues aún quedaban algunas inmaculadas. Resollaba. El flequillo le caía por la frente.

—¿Por qué no lo deja?

—Sí, ya imagino que a usted le parece pecaminoso. Como al padre Carmichael.

—Oh, señor Bale. De ninguna manera. No me diga eso. Yo creo que el único pecado es no vivir. No sé de más pecados.

—Ya —murmuró Ashley.

—Usted se mete en esta casa y renuncia, si puedo decirlo así, a lo único que tenemos. Mire, por qué no sale. Viva usted. Váyase lejos. Déjelo todo. Ella misma, estoy segura, desearía que usted viviese. Que viviese por ella, por los dos.

—¡Nunca! —Crispó los puños en un súbito estallido. Adele se sobresaltó—. Debe usted disculparme.

—Se lo suplico, no diga eso —contestó ella sin perder la compostura, pero con los labios temblorosos—. Me presento aquí, en su casa, sin más. Yo sí que no tengo disculpa. Voy a marcharme. —La joven hizo ademán de ponerse en pie; él posó una mano sobre la suya.

—No se vaya. Es sólo que usted no comprende porque no puede comprenderlo. —Ella se quedó paralizada. La mano de él sobre la suya, la mano fuerte y cálida de Ashley Bale ocultando su mano.

—Por qué no me explica. Quizá, entonces, comprenda. —Desasíó tímidamente la mano—. Antes me habló de una pregunta. ¿Qué pregunta, señor Bale?

—Se lo juré. —La cara de la muchacha fue una expresiva interrogación—. Le juré que intentaría comunicarme con ella a través de un médium. Rebecca, como usted sabe, creía a ciegas en la comunicación con los espíritus. Pues bien, estoy en pleno uso de mis facultades cuando le digo que la última noche, horas antes de su muerte, Rebecca me escribió seis palabras. Era una especie de mensaje convenido. Seis palabras, Adele. ¿Entiende ahora? Y así sabría que era ella. —La joven se estremeció. Afirmó con la cabeza—. Adele, yo tengo, yo estoy en la obligación de preguntarles cuál es el mensaje acordado. ¿Comprende? Cuáles son las palabras que escribió Rebecca. Y no las conocen. Nadie las conoce.

»Le daba tanto miedo la muerte... —continuó Ashley. La joven parpadeó, conmovida—. No es justo. No se lo merecía. Estaba tan llena de fuerza. —Se retorció una mano contra la otra—. ¿Qué le contaba, Adele, cuando estaban a solas? ¿De qué hablaban?

—La joven tragó saliva —recordó la paciente—. Qué podía decirle a ese hombre martirizado. Cómo aliviarlo si vivía con una fatídica obstinación; ahora bien, ¿no implicaba eso una cierta dignidad? ¿O era imposible no herir a nadie viviendo sólo para una idea? En aquel cuarto, al abrigo de la lluvia y los relámpagos, Adele puso la vista en los papeles con una mezcla de espanto y fascinación.

—Un poco de todo —contestó ella—. Yo la consideraba mi amiga. Sé que decir esto es muy atrevido.

—No es nada atrevido. Es la verdad.

—Señor Bale, yo sé pocas cosas; pero a veces leo la Biblia y las palabras de Dios sí que saben. Y consuelan, muy a menudo. ¿Quiere que lea algo?

—Ahora no, querida. Usted la tranquilizaba. Lo sé. Su espíritu es fuerte, Adele.

—Ojalá, pero no. No, no. —En la penumbra, el corazón le temblaba de escalofríos a la muchacha—. Sabe qué, señor Bale —dijo con el candor propio de su edad—. Déjelo usted. De veras, déjelo. Tengo entendido que es muy peligroso. Y que no todos los espíritus abandonan el cuerpo de la misma manera, con serenidad, ¿sabe usted? Olvídelo. El dolor cansa mucho. —La sonrisa de él se resolvió en una mueca.

—No puedo. Se lo juré. Comprometí mi palabra.

—Pero usted no tiene la culpa. Nadie tiene la culpa. Líbrese de la culpa.

—La joven deslizó ambas manos por la mesa hacia las manos de él, sin tan siquiera atreverse a rozarlas. Su expresión hablaba por ella, una expresión conmovida. Los temblores de antes remitían y una piadosa corriente de solidaridad había reemplazado en ella al miedo, al espanto, a la fascinación. Vencida por la intensidad que emanaba de aquel hombre, la fuerza y la intensidad de una idea fija, usted mismo, doctor, habría dicho que la joven estaba a su merced.

»La debilidad se apoderó de sus músculos y, con gestos reposados, Adele cogió la pluma y los papeles. Cerró los ojos, respiró hondo un par de veces y se quedó muy quieta. Su pecho subía y bajaba acompasadamente, los fogonazos de los relámpagos se atenuaban, ululaba el viento y una lluvia torrencial martilleaba en las ventanas. El humo de la vela ascendía haciendo espirales.

»Pudo transcurrir media hora o más, cuarenta o cincuenta minutos, si acaso una hora. Es difícil decirlo. La habitación en silencio. Ashley, impertérrito, tenía clavados sus ojos en la muchacha.

»De improviso, la chiquilla empezó a agitarse, vibraban sus párpados. Su respiración se volvió pesada y la mano derecha, que sujetaba la pluma fuente, sufrió ligeros espasmos. Aquello superaba con creces toda imaginación. Se prolongó durante uno o dos minutos. Luego volvió la calma, la respiración acompasándose, una quietud que venía de dentro y, afuera, el rumor vivo de la lluvia anegándolo todo.

»Entonces, fuese por la experiencia de un mes o por una súbita inspiración, aun a sabiendas de que era descabellado, Ashley preguntó en un susurro apenas audible:

—Rebecca, ¿cuáles fueron las palabras que escribiste en la ventana, la última noche?

—Y cuál no sería su consternación al ver que la mano de la joven, con breves movimientos sincopados, escribía seis palabras, una detrás de otra. ¿Y cómo cree, doctor, que pudo sentirse Ashley cuando, delicadamente, cogió el papel y, con los ojos saliéndosele de las órbitas, vio que eran las mismas palabras, transcritas en el orden exacto, que había escrito su esposa en el cristal, horas antes de morir?

—2—

—La familia de Adele era de extracción humilde, como tantas otras de este Londres, mal llamado esplendoroso —dijo la paciente.

»Su padre, Bill Higgins, llamado Bill el Tremendo porque casi valía y pesaba como dos que no valgan ni pesen mucho, tenía el carácter de los hombres que nacen para amar y proteger a su familia. Desde luego, no merecía ese apodo.

»Su hija Adele, la primogénita de los nueve vástagos fruto del matrimonio entre Bill Higgins y

Maggie, lo quería como se puede querer al mejor padre. Una tarde, un auxiliar de cirugía que visitaba la dársena de St. Katherine, donde Bill se dejó la piel durante años, y que luego se embarcó como cirujano de marina en las naves de Su Majestad, le soltó: «Oye, Bill, tienes que bajar de talla. ¿No te fatigas demasiado?». Y como era cierto que se cansaba, y que el futuro de su familia le traía a mal traer, Bill empezó a adelgazar.

»Era la época en que Adele lo abrazaba con una pena honda, casi con nostalgia, porque sentía que al consumirse aquel hombretón adelgazando, ella se quedaba con menos padre que amar. Era ese tiempo.

»Decía que Bill trabajó de sol a sol durante años en la dársena de St. Katherine, a un paso de la Torre de Londres, nuestro muelle más céntrico. Donde los barcos que proceden de las colonias descargan todo tipo de especias y están las mayores bodegas del mundo.

»Allí trabajó Bill durante años. Junto a esas casas renegridas que se orientan hacia el Támesis, que parecen bañadas en aceite, como sudadas. Rodeado de inscripciones y carteles y letras de todos los colores y tamaños, algunas de las cuales llaman la atención desde la otra orilla pues cubren los edificios de arriba abajo. Entre barcos, gritos, gaviotas que planean en círculo y barcazas, malecones, escaleras y cordajes. Entre bocanadas de aire cenagoso y olores a algas. Entre brisas con aroma a salitre, que suben del mar, como los barcos, río arriba. Entre olores a brea para el calafateo y a guiso y a fritanga de pescado y a madera que se descompone. Entre brumas y fríos y humedades. Y entre barriles y cajas y ratas y sacos, bajo los arcos de cobertizos y construcciones inmensas. Allí trabajó Bill durante años.

»Pertenece al grupo de operarios dedicado a transportar la carga entre los navíos y la dársena a bordo de pequeñas embarcaciones. Cuando ya no pudo más, cambió los muelles por una tiendecita de efectos navales en la zona de Bloomsbury, en lo que se denominaba la colonia de La Grajera, ya casi desaparecida, tomada por más inmigrantes irlandeses que ningún otro barrio de Europa.

»No era una ocupación tan física, lo cual no impedía que trabajase aún más duro que en la dársena. Bien es verdad que el dinero apuraba a una familia que ya iba por los cinco miembros, y que su esposa Maggie era una tierra fértil; pero otra razón lo movía a trabajar hasta casi embotarse los sentidos: Bill poseía la facultad de comunicarse con los muertos.

»Desde muy joven lo había sabido y había renunciado. Tenía intuiciones, una sensibilidad rara. Era un don extraordinario.

»Al principio había participado en sesiones mediúnicas, o espiritistas, un poco por juego y curiosidad. Hasta que le abrieron los ojos. Entonces descubrió que ese don, lejos de representar un placer, representaba una amenaza y una desventura.

»Esa revelación tuvo lugar en una de las sesiones que algunos empezaban a llamar «espiritistas»; palabra importada de Francia, «espiritismo». Si le parece, en adelante podemos servirnos de ella, aunque casi nadie conozca el significado de un movimiento que no ha dado aún con su gurú carismático. Fue una mujer quien le abrió los ojos a Bill. La médium, con diferencia, más dotada y más sensible que nunca conocería. Ella podría haber sido ese gurú.

»Era una mujer de pocos recursos materiales, pero colmada de riquezas por dentro. Entre los iniciados, una leyenda viva, una sabia, una estoica, una ignorante con la filosofía de la gnosis. Tal era su sensibilidad que no sólo podía comunicarse con presencias invisibles, sino intuirlos, incluso verlos, al parecer. En los mortales, veía más cosas. Sus premoniciones resultaban tan

certeras que el futuro apenas le deparaba secretos, pues todo futuro personal tenía la marca indeleble del destino, para ella.

»La verdad nos hiere demasiado. Así que juzgue, doctor, con qué peso cargaba la mujer que le abrió los ojos a Bill el Tremendo y que, en el fondo, sufría, pues su don también era una cruz. Imagínese una sabia que no quería saber, una iluminada que prefería el confort de la oscuridad, que ansiaba vivir de manera más alegre, más despreocupada, incluso frívola. Ella era esa mujer.

»Una noche, después de que el joven Bill alardeara de su don delante de unos pocos iniciados, ella se quedó a solas con él. Calladamente, le puso una mano en la cara, con los dedos separados, las yemas sólo en contacto con el rostro. Un gesto que, viniendo de ella, muchos habrían considerado para sí el privilegio de los privilegios.

»A continuación cerró los ojos y pasó el tiempo. Qué pudo decirle al pobre de él, qué vio en su porvenir, qué debió de explicarle y con cuánta convicción es un enigma. Pero Bill Higgins no volvió a participar en sesiones. Y si, años después, le habló a su hija mayor de aquella señora incomparable no fue para describirla, ni siquiera para mencionarle su nombre.

»Ahí, al parecer, empezó Bill a leer la Biblia. Le gustaba el Antiguo Testamento, las historias del Génesis, los Doce Patriarcas, la historia de Isaac y Rebeca. Se casó al poco. Llegaron los hijos. Recuperó un sedimento de tranquilidad que, si no le salvó la vida, tal vez le salvó el alma.

»Maggie, su esposa, era fecunda, adoraba los folletines. De tantos cuidados que requería, acabó convirtiéndose en un hijo más; pero Bill daba por bienvenido todo aquello, fecundidad y folletines, lloros y risas. Como dije, había nacido para proteger a los suyos. Y nunca se le habría ocurrido revelar nada a su hija mayor, si no hubiese detectado un mal día el rastro de su propia herencia en ella.

»Abreviemos. Fue unos meses antes de morir. Digamos que, por ciertas pistas, ciertas reacciones sensibles que él mejor que nadie supo descifrar, Bill adquirió la certeza de que Adele tenía la aptitud.

»Una noche, le pidió a su hijita que se lo demostrase. Pues bien, comparada a esta experiencia, ningún dolor pasado fue dolor para Bill. Adele, que era su alegría y su fortuna, Adele iba a sufrir su misma condena.

»La sacó del trance y, durante los meses que siguieron, hasta su muerte, tuvo ocasión de hablarle sobre los peligros de aquello y sobre la médium extraordinaria que le había abierto los ojos. Le repitió mil veces que no volviera a intentar comunicarse con los espíritus y que, por causa alguna, jamás de los jamases, se lo contase a nadie, ni siquiera a su madre.

»Bill logró su propósito. A veces, él y su hija leían juntos las palabras de Dios.

»Cuando, de manera fulminante, una embolia cerebral se llevó a Bill el Tremendo, Adele, que ya tenía quince años, se puso con su madre a la cabeza de la familia y de sus siete hermanos. En ese entonces, Maggie estaba embarazada de la pequeña Dora. Traspasaron la tienda de efectos navales, vendieron el cuchitril de La Grajera en donde vivían y se mudaron no lejos, a una casita decrepita en la zona más rural de Bloomsbury, el Campo de las Cuarenta Pisadas.

»Era el nombre de una explanada distribuida en parcelas irregulares, con pocas y malas construcciones y peor fama, pues en otro tiempo había sido el lugar propicio para duelos y escaramuzas entre pandillas rivales. Sin embargo, la casita tenía espacio para la decena que estaban a punto de ser, una porción de tierra cultivable entre campos cubiertos de brezo y, sobre todo, pagaban una miseria por el alquiler.

»Desde entonces había transcurrido más de un año. Poco a poco habían restaurado por sus propios medios la casita y los diez salían adelante. Si no fuese porque Maggie no era la más competente de las madres, porque sus embarazos eran difíciles y, todo hay que decirlo, porque se pasaba tantas horas leyendo folletines que pudiera pensarse que le iba en ello la vida... pero Adele era feliz con sus seis hermanas y sus dos hermanos. Y como nunca había degustado los goces de la independencia, y desde siempre había aceptado la responsabilidad conferida a la hermana mayor, tampoco experimentaba las urgencias de mezclarse con el mundo que afligen a los jóvenes.

»Con los extraños era extraña, desabrida; a menudo para proteger a sus niños. Pero una vez que cogía confianza, se movía de un lado para otro como un ser de cuento, para que los demás extrajesen ganas de sus ganas, fe de su fe, lo que fuese que se extrae de una vida fresca. Tenía dieciséis años.

»Verá, doctor, cuando él conoció a Rebecca allí, en Hyde Park, en la gran franja de terreno donde iba a levantarse el Palacio de Cristal, y cuando, a solicitud de Rebecca, empezó a frecuentar la mansión de Park Lane, la vida cambió para él.

Tadeus Cooper se enderezó en la silla y, con una indisimulada expresividad en el rostro, dijo:

—Señora, ¿por qué ha dicho «él», por qué ha dicho «para él»?

La paciente se lo quedó mirando con una cara de intensa concentración. Hasta que dijo, por fin:

—«Adele», doctor. He dicho «Adele». ¿Y quién si no?

—3—

—¿Cuándo regresó Adele a la mansión? —preguntó Tadeus Cooper a la paciente.

—En realidad, durante días, Ashley se desvivió aguardando su regreso. Ella le había hecho concebir ilusiones, le habló de su padre. Ashley no quiso presionarla, aunque le preguntó dónde vivía. No iba a permitir que se marchase por las buenas después de aquello. Necesitaba asegurarse de que la joven volvería.

»Algo había pasado que echaba por tierra su incredulidad o sus certezas, depende del punto de vista que utilice, doctor. La duda que carcomía a Ashley era la siguiente: si Rebecca estuvo siempre en lo cierto al creer en la comunicación con los espíritus, entonces, ¿conocía Rebecca el don de la muchacha? ¿Era fortuito que la chiquilla hubiera acertado, en el mismo orden, las seis palabras, el mensaje? ¿Existían casualidades así?

»Ashley se armó de paciencia. Le duró días. Tres días. Dejó de recibir a médiums, ordenó a su ama de llaves que se pusiera en contacto con los periódicos para que el anuncio dejara de publicarse. Y luego esperó y esperó y esperó.

»Tres días dan para mucho. Pueden llegar a hacerse eternos. Al cuarto, como no recibiese noticias de la joven y como, se dijo, tenía que hacerle entrega de las diez mil libras, decidió ir a su encuentro.

»Conocía el Campo de las Cuarenta Pisadas por las refriegas que en otra época le habían dado celebridad. La vivienda estaba al norte de la emblemática granja de las Capper, ya desaparecida. Las Capper, dos hermanas solteras que llevaban ropas de montar, sombreros de hombre y cuya

manía era galopar por sus tierras y asustar a los niños.

»Descabalgó al llegar al cercado, ató la montura a una estaca, empujó la puerta y se encaminó hacia la casa por un camino que dividía un pequeño huerto emparrado.

»La casita era de piedra muy sucia y gastada, con dos pisos. Una columna de humo salía por la chimenea. La puerta estaba entreabierta y de allí procedía un pequeño escándalo. Voces y gritos de chiquillería. Llantos, zapatazos y carreras. Una voz de mujer entonaba una canción de cuna.

»Ashley se detuvo y tosió. En una mano llevaba un maletín de cuero. Llamó con los nudillos, volvió a toser, ahora con fuerza. Entonces cesó el barullo y la canción de cuna se interrumpió. Abrieron la puerta de par en par y Adele se materializó allí mismo, con un bebé en brazos.

—¿Señor Bale? —dijo mientras Ashley se descubría—. ¡Señor Bale! —Se tapó la boca con una mano. Llevaba zuecos, faldones hasta los tobillos, un bonete de paja y un delantal con motivos florales bajo las ropas oscuras. El bebé se metió un pulgar entre los labios y succionó sin apartar los ojos de Adele.

—¿Era usted quien cantaba?

—Sí, señor Bale.

—Pues lo hace usted de maravilla; pero si no piensa invitarme a entrar, voy a quedarme helado. Hace fresco para ser junio, ¿no cree?

—Por dentro, la casa era aún menos espaciosa de lo que se diría por fuera —recordó la paciente—. Había una sala con paredes de piedra y muebles desportillados pero pulcros. También un pequeño hogar cuya lumbre chisporroteaba alegremente, y un sofá con trazas de haberse restaurado cuando los caballeros usaban peluca. Ocupando el centro geométrico de la superficie, una mesa cuadrangular y maciza.

»A ese espacio se abrían tres habitaciones, con cortinas echadas en vez de puertas. Al fondo, una escalera de mano conducía a la planta de arriba por un agujero. Había una mezcla de aromas a flores frescas, comida caliente y criaturas recién enjabonadas.

»Sin contar al bebé, eran tres niñas, más dos gemelas y dos niños, descalzos casi todos y de edades comprendidas entre los cinco y los quince años, por decir. Piernas flacas y huesudas. Y tan bronceadas como los rostros de sus propietarios. Unas y otras, caras y piernas, petrificadas en sus gestos o expresiones, como sorprendidas en alguna travesura.

»Pero las actitudes estáticas son muy incómodas, y como la tribu de niños adoptó en el acto al forastero, volvió a reinar un desbarajuste imponente.

—¡Adele! ¡Adele! —gritó una niña con dos trenzas del color de las espigas. Se había sentado en el sofá y las piernas le colgaban del sofá balanceándose—. ¡Cuéntanos un *cuante*!

—Pumpy, Eloise, Lizzy, Zac, Bertha, Blanche, Snif, hacedme el favor de sentaros en el sofá como hay que sentarse. —Ashley permanecía de pie, muy quieto en el medio de la estancia. En una mano el maletín, en la otra el sombrero. No era fácil ver a la joven a quien su esposa había reservado un afecto enternecido en esta muchacha vivaz y resolutiva, a la cabeza de una tropa de mocosos. Sin embargo, parecía en su elemento. Por lo demás, la casa tenía un regusto a exuberancia femenina que a él le resultó cautivador. De algún lugar surgió un niño que andaba a cuatro patas.

—¡Snif! ¡Tú también! —dijo Adele apuntándole con un dedo—. ¡Al sofá, he dicho!

—¡¡Adeeele!! —se oyó una voz femenina procedente de la planta superior—. ¡¡Por qué no cenamos!!

—¡Aún son las cinco, Maggie! —Miró a Ashley con una sonrisa de excusa—. ¡¡Luego!!

—¡¡Queeeeeé!!

—¡¡Sigue leyendo un poco tus folletines!!

—Las seis niñas y los dos niños rompieron a reír mientras se acomodaban en el sofá, bien apretujados, los más pequeños en el regazo de los mayores.

»Una de las gemelas, haciendo equilibrios en el reposabrazos, a punto estuvo de caerse. La segunda gemela, incrustada entre la equilibrista y otro, le dio un pescozón en el cuello. El único niño, excepción hecha del que andaba a cuatro patas, lucía una melena de bucles. La hermana de pelo liso, que tenía un clavel rojo en la oreja y entrelazaba su brazo con el del chiquillo, empezó a peinarle los bucles con los dedos. Él se volvió hacia su hermana y, con aire de coquetería, le dijo algo al oído sin perder de vista al forastero.

»El niño que andaba a cuatro patas se frotó el culo con la mano y tomó asiento en el suelo. Sacó una lengua de perrito sofocado, miró a sus compinches y todos empezaron a reír.

—Snif, no se te ocurra ladrar. No es momento para bobadas —le ordenó Adele. Como a la criatura que llevaba en brazos le dio el hipo, mandó callar al resto y se puso a mecer a Dora en los brazos hasta que se tranquilizó—. Quiero que me escuchéis.

—¿Y el *cuante*? —saltó Pumpy.

—¡¡*Cuaaaante!! ¡¡Cuaaaante!! ¡¡Cuaaaante!!* —prorrumpieron a coro.

—El caballero y yo tenemos que hablar de algunas cosas ahí fuera —dijo señalando con la barbilla hacia la ventana—. Si os portáis bien, os prometo que luego os contaré un cuento. —El niño de la melena de bucles le cogió el clavel a la hermanita cuyo brazo entrelazaba, se lo colocó entre los dientes y movió la cabeza arriba y abajo mientras todos se reían como locos.

—Zac, ¿eres el portavoz de la tribu? —Zac volvió a menear la cabeza con el clavel en la boca—. Para ser portavoz eres un poco silencioso; pero lo tomo por un sí. Espero que no me defraudéis. Maggie tiene dolor de espalda.

—Sí, sí... dolor de espalda —dijo Pumpy—. ¡¡*Follitiiiiines!! ¡¡Follitiiiiines!!* —Nuevo ataque de risas. Adele se llevó el bebé a la planta de arriba de donde regresó sin el delantal. Apenas salió con Ashley, los niños se acercaron a todo correr a una ventana y, desde fuera, se vieron siete caritas que aplastaban la nariz contra el cristal trazando un círculo imperfecto.

—Un rato sólo, señor Bale —dijo Adele mientras los dos se alejaban—. Maggie tiene dolor de espalda y el bebé...

—La felicito. Son unos chicos encantadores.

—Y muy traviesos —dijo ella abrazándose.

—Se va a resfriar. Permita que le ceda la capa mientras paseamos.

—Oh, descuide, señor Bale. Tengo que volver en cinco minutos. Ellos me necesitan. —Ashley le puso con suavidad su capa por los hombros. A continuación, dijo mientras cogía del suelo el maletín y salían del cercado:

—He venido a traerle esto. Es suyo.

—Cómo siento molestarle. ¿Olvidé algo en su mansión?

—Dentro hay diez mil libras. La recompensa que ofrecí al médium que tuviera éxito. —La muchacha se detuvo. Un rayo que aterrizara a sus pies no la habría detenido así.

—Nunca podría aceptarlo.

—Ya lo creo que puede. Es de justicia. Hágalo por ellos —dijo Ashley mirando hacia la casa.

Reanudaron el paseo.

—Imposible, señor Bale. Mi padre jamás lo aprobaría.

—Ashley. Llámeme Ashley. ¿Su padre no había fallecido?

—Sí. Pero, señor Bale... recuerde que mi padre tenía ese don. Y nunca cobró a nadie.

—Tenía intuiciones, creo recordar que me dijo.

—Las llamaba así. Sentía cosas. Como presentimientos con la gente que había muerto. Notaba su presencia. A veces, soñaba con ellos, con los muertos.

—¿Usted también?

—Sí, señor Bale.

—¿Por qué no me lo dijo antes, querida?

—Él me pidió que no hablase del don, que lo olvidase. Me suplicó que no volviese a intermediar entre la vida y la muerte. Me dijo que era muy peligroso. Una médium extraordinaria se lo enseñó.

—¿Su madre tampoco lo sabe?

—Pobre —murmuró inclinando la barbilla hacia el pecho—. Y no se lo vaya a decir, señor Bale. No lo entendería. Ella vive en su mundo. —Ashley se detuvo. La joven se detuvo con él. Se arrebuja en la capa.

—¿Y mi esposa, Adele? ¿Conocía Rebecca su don?

—No —titubeó—, tampoco.

—Sin embargo, ustedes pasaban horas charlando.

—Hablabamos de Dios y de mis hermanos y de cosas, señor Bale. A Rebecca le gustaba verme reír. Decía que le gustaban las risas. Su mujer era maravillosa.

—A ella le consolaban sus palabras, ¿no es eso?

—Las palabras de Dios —murmuró un poco tensa—. Historias de la Biblia. Mi padre me las leía. Me enseñó a rezar en silencio, sin curas ni tampoco iglesias.

—¿Como la historia de Isaac y Rebeca?

—¿La conoce usted? ¿Conoce la historia de Isaac y Rebeca?

—¿Por qué le gustaba oírlo a mi esposa?

—Rebeca, la mujer de Isaac, era muy bella y también fuerte. Fuerte de ánimo. Su fe era inquebrantable. Y de los dos que tenía, protegió a su hijo más débil.

—Usted y mi esposa tuvieron charlas que yo apenas conocí. —¿La había turbado? Sentía cómo ella se replegaba. Le recordó a la joven que acudía a Park Lane, a visitar a Rebecca, pero que guardaba las distancias con él. Notó que perdía la frescura que había irradiado un momento antes, en la casa, con sus hermanos. Y temió caer en desgracia ante sus ojos. Si no hubiera estado tan ciego, habría percibido cuánto se equivocaba.

—Perdóneme, señor Bale. Sé que no tenía que haber ido a su casa. Sé que no tenía que haberle enseñado el don. No fui con esas intenciones. ¿Me cree?

—La creo. Adele, chiquilla, no me entienda mal. Rebecca le tenía un profundo afecto. Usted era su amiga. No tengo ninguna razón para desconfiar de usted, al contrario. Le agradezco lo que ha hecho por mí. Prueba de ello... —dijo levantando el maletín—; en fin, supongo que estoy empeorando la cosa.

—Tengo que volver con los niños, señor Bale. —Se quitó la capa con apresuramiento y se la entregó—. Gracias por todo. —Se dio la vuelta con la intención de regresar.

—Adele, ¿los muertos nos oyen, nos ven, sienten como nosotros?

—No me pregunte, señor Bale. No quiera saberlo.

—Si accede a ayudarme, será nuestro pequeño secreto. Usted dijo que volvería a mi casa. Si supiera, si usted supiera cómo he estado esperándola... —Sopló una ráfaga de viento. De espaldas a él, la joven se abrazó. Ashley diría que tiritaba; como debatiéndose. Él no se aventuró a moverse. Temía romper algo muy frágil.

—Me da mucho miedo, señor Bale. —No se volvió.

—¿Como a su padre? —La joven asintió sin pronunciar una palabra—. Entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué fue a mi casa? ¿Por qué alardeó? —Se sentía cruel. Detestaba sentirse cruel. Odiaba la violencia. Odiaba el odio—. Usted sabía cuánto me importaba. Y que daría mi vida por comunicarme con mi esposa. Y usted no ignoraba con qué escepticismo, por decirlo suavemente, he mirado siempre estos temas.

—Lo hice por eso, señor Bale. Sólo por eso. Porque no quería que se burlase más de usted toda esa gente. —Y se puso a andar hacia la casa.

—¡Adele! ¿Me ayudará? ¿Querrá hacerlo? ¡Adele! —La muchacha se volvió sin dejar de abrazarse. Con un gesto de cabeza le dejó muy clara su intención. Y después reanudó la marcha con sus andares jóvenes.

—Nunca lo olvidaré, Adele. Estaré esperándola, Adele. —Pero no tuvo la certeza de que la muchacha aún pudiese oírle.

CAPÍTULO IX

—1—

Al día siguiente, Tadeus Cooper se citó con la enferma muy de mañana en el cuarto del hospital de Bethlem.

Estaba animoso como en pocas ocasiones. Esperaba que la terapia generase los efectos que buscaba el doctor Russell; pero el plazo concedido por Monro pendía sobre ellos. Lo cual explica su impaciencia por que la mujer reanudase la historia cuanto antes. Eso pensamos.

—Era la segunda vez —comenzó la paciente— que Ashley y la joven se encerraban en la sala de los libros. La salita en donde se habían celebrado todas las sesiones con los médiums, aquellos farsantes, y en donde la muchacha había logrado el milagro que cambiaría la existencia de Ashley para siempre.

»Adele le descubrió qué es lo que sentía cuando se quedaba en trance. El hormigueo, las manos, los temblores, una indefinible sensación de sofoco y, por último, cómo se agudizaban sus sentidos. Y después, el indoloro sometimiento, que decía su padre. Su padre, que le había enseñado a temer el don, la magia oscura que obraba en ella. Su padre le reveló que, durante el trance, el médium no era más que un instrumento.

—¿En manos de quién? —preguntó Ashley.

—No estoy segura, señor Bale.

—Ashley. Llámame por mi nombre. Intenta explicármelo.

—Mi padre decía que un alma es un espíritu encarnado, que el cuerpo no es más que una envoltura y que un alma se puede reencarnar en otro cuerpo. Y también tomar posesión de él.

—¿Qué más decía tu padre?

—Que la muerte del cuerpo no cambia la naturaleza del espíritu.

—¿Qué significa eso?

—Que conserva, bueno, verá, que conserva las aptitudes intelectuales y morales que tenía, todos sus rasgos adquiridos en vida.

—¿Y el médium?

—Un intermediario. Decía que las manifestaciones mediúmnicas son comunicaciones inteligentes, sensibles. Y por eso son peligrosas. Y por eso me pidió que no volviese a intentarlas. Todo se lo enseñó una médium extraordinaria.

—Me has hablado de ella. Adele, ¿lo habías hecho antes, intermediar?

—Desde entonces, he cumplido sus deseos. Hasta ahora —y continuó—: Las almas de las personas que se han ido hace poco están cerca de la vida porque la echan de menos. La densidad de sus cuerpos espirituales es lo que hace que podamos convocarlas; pero no es imprescindible que las personas hayan fallecido hace poco para que respondan. Depende del grado de sufrimiento que experimenten.

»Lo mejor es que un espíritu que entre en la nueva vida se libere de la vieja. Entonces, ya

nunca podremos comunicarnos con él, sólo recordarlo. Mi padre decía que eso es lo mejor, recordar a nuestros muertos. Y que lo otro es malsano y doloroso.

—¿Por qué doloroso?

—Porque los espíritus que no se liberan sufren y nos hacen sufrir. —Se apoderó de sus labios un ligero temblor—. Señor Bale...

—Ashley.

—Ashley. Lo mejor sería que no pudiésemos volver a contactar con su mujer. ¿Entiende? Significaría que está en paz.

—¿Qué más te decía tu padre? —Le cogió las manos por encima de la mesa.

—Los espíritus leen nuestros pensamientos —afirmó ella estremeciéndose—. No podemos escondérselos, ni siquiera los más íntimos. Me pidió que no volviese nunca a intentarlo porque...

—¿Sí, Adele?

—Porque el pensamiento es lo que los atrae, y no la acción de escribir o cualquier otra. Porque la escritura es sólo un canal para que los visitantes, para que los muertos puedan manifestarse. La médium extraordinaria se lo demostró.

—Seremos muy cuidadosos. Muchísimo —dijo Ashley, que retuvo sólo un instante más sus manos entre las suyas—. Y, ahora, dime. ¿Qué consejos tenías que darme? —Ella exhaló un pequeño suspiro y trató de recomponer su discurso.

—Haga la invocación en nombre de Dios. Recuerde que entre los espíritus que se manifiestan no hay espíritus completamente felices. Siempre hay algo de infelicidad en dejar esta vida.

—Entendido, Adele.

—Sobre las preguntas. Podría haber preguntas que ella no contestase. Téngalo bien en cuenta. En ese caso, no se preocupe. Déjelo estar.

—Entendido.

—No haga preguntas sobre el porvenir.

—Ninguna sobre el porvenir. ¿Puedo preguntar la razón?

—Por si acaso. No lo sé. No es conveniente. Bueno, si usted quiere, puede preguntar cómo se encuentra ella. Y también sobre la naturaleza de sus sufrimientos o de su felicidad.

—Comprendo.

—Y también puede pasar que usted pregunte o, incluso, que sin preguntar, la escritura no se detenga. A veces pasa.

—¿Y entonces?

—Déjela. Su esposa sabe qué contarle. Y otra cosa. No me haga volver, no me despierte salvo que fuera imprescindible. Deje que suceda de manera natural. No intervenga. Cuando ella no me necesite pasará, poco a poco. No se me ocurre qué más decirle.

—Ashley apretó los labios y asintió con la garganta oprimida —recordó la paciente—. Cómo ignorar que Adele estaba asustada, que tenía sólo dieciséis años. Quiso transmitirle seguridad, hacerle sentir que la protegía y que no iba a permitir que le hiciesen ningún daño. Como en respuesta, tal vez, a sus deseos, Adele cerró los ojos y el silencio los envolvió a los dos como una ráfaga de viento frío.

»Él dejó transcurrir los minutos. Al fin, un largo rato después, asistió a los mismos reflejos que ya conocía: la floreciente excitación, la respiración irregular y desacompañada, los párpados vibrando en rápida sucesión. Siguiendo el consejo de la joven, recurrió al nombre de Dios, y

cuando invocó a Rebecca, sólo entonces la mano de Adele empezó a sufrir espasmos y la pluma cobró vida en sus dedos.

»Supo, ya desde un principio, que su mujer tenía que hacerle partícipe de algo, que sobran las preguntas.

»Escuchaba sólo el rasgueo de la pluma, línea tras línea. La certeza de que su esposa se hallaba entre ellos disipó sus interrogantes. Dando por cierta las observaciones de la muchacha, supo que su mujer aún lo necesitaba, comprendió que exigía su ayuda. De repente lo supo.

»Cuando Adele acababa una hoja, él la apartaba sin leer y ella seguía escribiendo en otra hoja en blanco. Así había rellenado la médium varios papeles. Con los ojos cerrados, el pelo rubio recogido en un moño, pálida como el alba. Se diría aún más joven de lo que ya era.

»Por un instante, le dominó el abierto deseo de echarle un vistazo a esos papeles, pero no se atrevió. La joven le había aconsejado paciencia, una norma que debía ser observada en general.

»Luego, en algún momento, Adele abrió los ojos. No pronunció palabra, apenas se movía. Con avidez, desde su asiento, Ashley miraba los papeles. Después, mucho después, la muchacha los cogió y, sin revisarlos, le hizo entrega de ellos.

»En vilo, Ashley recorrió las líneas irregulares. Devoró las hojas sin levantar el rostro, inmerso en una estupefacción creciente, un asombro sin límites. Al acabar, sus ojos eran los de alguien que hubiera asistido a un deslumbramiento.

—Léelas, Adele. Tienes que leerlas —dijo blandiéndolas en su cara. Pero ella se limitó a mover negativamente la cabeza. Sin perder tiempo, Ashley soltó los papeles en la mesa, se puso en pie, se inclinó sobre la joven y, tomando sus manos entre las suyas, dijo:

—Tengo que irme, pequeña. Ahora tengo que irme. Es muy importante. —Sólo eso. Y, aunque vaciló, no más le dijo—: Después hablaremos. —Y se precipitó hacia la puerta dejando a la muchacha sola.

La paciente cogió la jarra y escanció en los vasos. Tadeus Cooper, disimulando un ligero temblor, esperaba. La paciente apuró despacio el vaso entero.

—Señora Bale. —Su maletín estaba sobre la mesa. Pasó la mano por él de forma inconsciente —. ¿Qué fue lo que transcribió la médium en las hojas? Tal vez ahí radique parte del problema y parte de la solución.

La mujer volvió a llenarse el vaso.

—Todo a su tiempo, doctor. Todo a su tiempo.

—2—

—Esa misma tarde —continuó la reclusa—, mientras tenía lugar la sesión mediúmnica en casa de Ashley, los marqueses de Osborn-Sherry aceptaron las tarjetas de visita de Preston y Larry Peabody. Claro que ninguna familia de buena cuna se permitía ignorar que Preston y Larry eran los hijos del exnegrero Peabody, a quien salían las libras por las orejas.

»Y eso que los Osborn-Sherry encarnaban la más rancia nobleza británica, según el *Burke's Peerage*, el libro de la genealogía oficial.

»No tenían descendientes y vivían, enraizados como acacias, en la Osborn-Sherry House, el

lujoso invernadero dinástico.

»La casa había sido edificada en Kensington a principios del XVIII, cuando Kensington era sólo un pueblecito a las afueras de Londres y el West End no existía más que en las mentes urbanísticas más febriles. Los antepasados del actual marqués habían ido vendiendo terrenos, y así hasta la actualidad. Al octogenario, y duodécimo marqués de Osborn-Sherry, y a su esposa, miembros de dos de los linajes con más escudos de armas del reino, les quedaban sólo las influencias reales y las comisiones de los picapleitos más ambiciosos de Londres.

»El mayordomo, tras anunciar a Preston y Larry, que vestían de etiqueta, los hizo pasar al salón central del primer piso. Una estancia de techos muy altos, con molduras pintadas de dorado hasta la mitad de las paredes, panoplias ecuestres, tapices descoloridos por el discurrir del tiempo y la acción de la humedad, y un suelo que recubría una alfombra turca. Allí, camuflados entre sillas, mesas, divanes y otomanas, esperaban los marqueses.

»De pie, junto a la chimenea, sobre cuya repisa una cabeza de ciervo juzgaba todo piadosamente, un caballero de piel terrosa y coronilla calva sopesaba un reloj de cadena.

»Tampoco el decrepito marqués, célebre por su fobia a las dentaduras postizas, había tomado asiento.

»Era flaquísimo, afrancesado, a saber por qué, y lucía una nariz prodigiosamente aguileña. Vestía como un Borbón en la época de Robespierre y era incorruptible para las modas y los pensamientos. Y Dios es testigo de que llevaba toda una vida sin cambiar de moda ni pensamiento. Vestía medias de seda, levita de terciopelo escarlata, camisa de muselina de encaje y una pequeña peluca blanca. Se envaró tras el respaldo de una silla y, embargado por el sentimiento de su propia importancia, se puso a exhibir mohínes de aprobación o saludo.

»La marquesa, de opulenta carnalidad, tendría unos veinte o veinticinco años menos que el marqués. Iba tocada con una tiara de plumas de avestruz y una profusión de joyas, perifollos y faldones de satén. La pobre padecía el tormento de la gota, lo cual explica que recibiera a los Peabody despatarrada y con un pie vendado. Se decía que era una amante de los niños y que, si algo no perdonaba a su esposo, era el débil afán que había puesto el marqués en reproducirse. Tras ofrecer su mano y hacer las presentaciones, empezó.

—Nos han hecho el honor de traer a los niños, ¿verdad, señores? Nos gustaría tanto conocerlos. ¿Cómo se llamaban?

—Stephen y Matthew —se apresuró a decir Preston. Larry, sentado en una silla contigua a la de su hermano, esbozó una ligera expresión de desaliento—. *Milady*, ¿no sería más conveniente darle la palabra al letrado antes de hacer pasar a los niños?

—*Queaffs leffades* —farfulló el marqués frotándose las manos. A través de su monóculo miró a Preston de la cabeza a los cordones de los zapatos.

—Mi esposo, señor Peabody, está de acuerdo —tradujo la marquesa, y dirigió la atención hacia el caballero de la coronilla calva, que guardaba el reloj de cadena en un bolsillo del chaleco—. Nuestro querido Cyrus Haggard, uno de los primeros juristas de la ciudad de Londres, nos favorece hoy con su presencia, según quedamos. Pues bien, Cyrus, ya que todos conocemos las pretensiones de los señores Peabody, afine. ¿Cómo ve el asunto?

—Si me permite, *milady*, deseo establecer una diferencia —dijo Cyrus Haggard, que tenía una marcada entonación nasal y una gran verruga que brotaba de una aleta de su nariz—. Según la tradición del Common Law, debemos distinguir entre *personalidad jurídica*, *capacidad jurídica* y

capacidad de obrar. —Se pasó una mano por la sien entrecana y continuó—. En tal sentido, la *personalidad jurídica* se refiere a la habilidad abstracta de una persona para ser objeto de obligaciones legales. La *capacidad jurídica* es más específica, y define la habilidad de una persona para asumir actos legales particulares. Y por último, la *capacidad de obrar* define la capacidad de ejercitar esos derechos y asumir esas obligaciones por sí mismos, sin representación de terceros. —Súbitamente, el mismo mayordomo de antes irrumpió ahora con el servicio del té.

—Hoy vamos tardíos —dijo la marquesa—. ¿Hay alguien a quien no le apetezca el té?

—Gracias, *milady*. Yo prescindo —dijo Cyrus Haggard.

—James, sirva a todos excepto al señor Haggard, que prescinde. Continúe, Cyrus. —El mayordomo obedeció entre el tintineo de las tazas y los platos.

—Bien se comprende que el ejercicio de la capacidad de obrar se encuentra subordinado a la posesión de requisitos adicionales, como la edad o como ciertas capacidades —continuó tranquilamente el abogado—. Por consiguiente, la capacidad de obrar puede ser restringida cuando se considere que las personas son incapaces de proteger sus propios intereses. Éste, y no otro, es nuestro caso.

—Y, entonces, Cyrus, ¿son justas las pretensiones de nuestros invitados? —preguntó la marquesa.

—El derecho es siempre justo, *milady*, no así la ley. Nosotros apelaremos al derecho o a la ley, según. A no ser que desistan de que se declare irresponsable a su cuñado...

—Señor Haggard —tomó la palabra Preston—, estamos seguros de que Ashley Bale es un caso perdido. Y tenemos plena confianza en su experiencia.

—¿Desean privar al señor Ashley Bale de la custodia de sus hijos? —preguntó el abogado.

—¡Ah, eso también! —respondió Preston—. No es justo para las criaturas. —Larry desvió la vista hacia sus pies.

—Estoy seguro —dijo el picapleitos.

—Además —indicó Preston—, nos parece impropio, una locura, que mi cuñado disponga de cuantiosos fondos para recompensar a estafadores que se hacen pasar por médiums.

—Comprensible —dijo Cyrus Haggard—. No se debe favorecer a un cuñado así.

—¿Médiums, ha dicho? —susurró la marquesa con una mano en el pecho y demudada—. ¡Qué excitante novedad! Para nosotros, señor Peabody, una familia que, sin faltar a la verdad, podría afirmarse que tiene más de quinientos años, ésta es una noticia de carácter novedoso.

—Por desgracia, *milady*, para nuestra familia nada de esto es motivo de satisfacción —alegó Preston como viniéndose abajo.

—Claro, claro —afirmó *milady* con aire de condolencia mientras miraba a su esposo.

—Será precisa una declaración judicial de incapacidad a solicitud de parte —intervino el abogado—, en vista del comportamiento poco afortunado del señor Ashley Bale.

—Entonces, Cyrus —dijo la marquesa—, ¿se encargará del caso de los señores Peabody?

—*Milady*, me congratulo de que un apellido tan célebre, al que sus señorías estiman en lo que vale, considere la posibilidad de contratar mis servicios —y dirigiéndose a Preston—: Señor Peabody, es mi deber prevenirles de que, en estas circunstancias, cualquier actuación procesal conllevará un inevitable grado de escándalo para el buen nombre de su familia.

—Oh, Cyrus, no adelante acontecimientos, no ponga causa a los escándalos —alertó la marquesa.

—*Esffánffallo!* —dijo el marqués, que ladeó la cabeza inclinándose un poco hacia delante como un loro.

—Sí, querido, sí —asintió la marquesa, muy compungida, volviéndose hacia su esposo.

—Nuestra familia, señor —dijo Preston—, no puede permitirse más extravagancias.

—Natural —apuntó *milady*, que se arrellanó más confortablemente en la otomana—; pero el señor Peabody Preston sabe cómo manejar los escándalos. ¿Recuerda, Peabody Preston, cuando unos desaprensivos propalaron el infundio de que estaba usted tan endeudado que incurría en prácticas irregulares de Bolsa?

—Envidia, *milady* —dijo Preston—. Envidia.

—Lo mismo pensamos nosotros —apoyó la marquesa—. ¿Y los niños? ¿Por qué no trae a los niños, Peabody Preston? ¡Vaya! ¡Vaya usted a por los niños!

Y eso hizo Preston —indicó la señora Bale—. Se levantó de la silla, al igual que su hermano, y se acercó a la puerta. Él mismo la abrió y, haciendo una breve indicación con la cabeza, mandó pasar a Stephen y luego a Matthew, a quien empujó con suavidad por la nuca.

»Stephen cogió de la mano a Matthew y los dos imitaron a su tío, que los guio hacia la otomana en donde la marquesa había varado. Una vez frente a *milady*, Stephen soltó a Matthew, estiró el cuello y le dijo algo al oído, entonces el menor se quitó la gorra.

—¡Qué interesantes pequeños! —dijo la marquesa. Y señalando a Matthew—: Bueno, éste no es tan pequeño.

—Pues es el menor —dijo Preston.

—*Arbarrs craffurs* —farfulló el marqués.

—Mi marido no sale de su asombro. —Ambos vestían de oscuro. Matthew, pantalones bombachos, una chaqueta corta sin cuello, provista de botones de metal, y camisa blanca. Stephen, un trajecito con chaleco y también camisa del mismo color.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó la marquesa.

—Stephen, señora. Y él es Matthew.

—Éste es igual que su padre, tan guapo —dijo la marquesa—. Y Matthew es... tan peculiar... Criaturas, acercaos, ¿queréis mucho a vuestro padre?

La paciente se detuvo. Tenía la mirada errática. Cooper dudó si suspender la sesión.

—Doctor, no sé lo que viene luego. ¿Por qué?

—No se preocupe.

—La mansión de Ashley no estaba lejos de la Osborn-Sherry House, ambas en el lujoso West End. ¿Cuánto invirtió Ashley en llegar a la Osborn-Sherry House? ¿Qué sucedió en ese intervalo, desde el instante en que Ashley finalizó la sesión, dejó de releer la transcripción de la médium y salió de su casa y el instante en que irrumpió en la Osborn-Sherry House? ¿Qué habría ocurrido si ese paréntesis de tiempo hubiera sido más largo, si Ashley no hubiese llegado a tiempo de ver con sus propios ojos lo que vio? —Hizo una pausa—. Doctor, ¿por qué no lo recuerdo? ¿Usted lo sabe?

—Quizá porque usted no estaba allí. O quizá porque nadie se lo contó. O quizá porque tampoco quedó registrado testimonio escrito de lo que ocurrió en ese paréntesis de tiempo. En otras palabras; quizá, señora Bale, carece de fuentes para saber lo que ocurrió durante ese intervalo.

—¿No puede decírmelo con más claridad, doctor?

—Continúe, por favor. ¿Qué más recuerda?

—Yo supongo que los marqueses, incluso el letrado, incluso Preston, supongo que no dejaron de incomodar a los niños, de interrogarlos.

»Lo único que sé con seguridad, lo que sí puedo garantizarle es que Ashley llegó a la Osborn-Sherry House, llamó a la puerta, cogió al mayordomo por el cuello, se adentró en el vestíbulo con él y le hizo una pregunta, una sola.

»Después apartó a todo el que se interpuso, subió al primer piso, abrió sin ceremonias la puerta que lo separaba de sus hijos y, despeinado, sudoroso, desprovisto de su bastón y su sombrero, la camisa arrugada y entreabierta, con el aspecto de un demente tomó a Stephen y a Matthew, los abrazó apretándolos contra sí, levantó la vista y dijo:

—Malditos sean todos. Debería matarlos como a perros.

—Cogió de la mano a los niños y salió de allí con la misma determinación que había empleado para entrar —dijo la señora Bale—. Seguro que la huella que Ashley dejó en la Osborn-Sherry House no le hizo ningún bien, y confirmó los temores sobre su salud mental; pero, doctor, a un hombre que hablaba con su esposa muerta, ¿qué podían importarle las sospechas que los vivos se formaran de él?

La paciente, agotada, dejó de hablar. Cooper la miraba angustiado, a punto de lanzarle la pregunta: «¿Cómo sabía Ashley que sus hijos estaban allí, en la Osborn-Sherry House?». Pero recordaba la cara de impotencia de ella cuando no sabía algo que se creía en la obligación de conocer, y por eso se limitó a decirle:

—Perfectamente, señora. Por hoy, vamos a dejarlo aquí. Continuaremos mañana. Quiero que descanse.

—3—

Cooper suspendió la sesión prevista para la tarde no sólo con el fin de que la paciente descansara, sino porque pensó que a él le convendría ordenar ideas.

Experto en confesiones y testimonios, Cooper no imaginaba que el experimento fuese a resultarle tan duro. Y lo peor estaba por llegar. Por esa causa había concertado una cita con el doctor Russell en el Reform Club del cual era miembro el venerable alienista y cuya atmósfera no podría ser más opuesta a la atmósfera del manicomio.

Claro que Cooper nunca había puesto un pie ni el Reform Club ni en ningún otro. El exclusivismo que destilan todos los clubs de caballeros, empezando por el Brook's, que había frecuentado gente como el Bello Brummell o el rey Jorge IV, lo intimidaban. Y eso que, con arreglo a las preferencias del doctor Russell, el suyo era el más liberal y el más progresista de todos. La cruda verdad era que a Cooper le disgustaba la sola idea de pasear por Pall Mall, la calle en donde se encontraban algunos de los más célebres clubs.

Y bien, ahora estaba allí, en Pall Mall. Se había puesto su traje menos gastado y una pajarita de un blanco amarillento. Aun así, sólo le permitieron la entrada cuando dejó de tartamudear y, por fin, se le ocurrió hacer alusión al doctor Russell.

Subió a la primera planta y lo vio fumándose la pipa de costumbre, apoyado en el antepecho

que se orientaba al atrio central, hacia donde se derramaba un torrente de luz que provenía de la cubierta de vidrio.

—Amigo mío —dijo el doctor que, enderezándose, le estrechó la mano. Cooper se quitó el sombrero hongo—. Por su bien, espero que no tenga ningún compromiso. Me ofende si no me acompaña a cenar.

—No quiero molestarle, doctor, y por la mañana me espera la paciente.

—Usted no molesta, Cooper. Y algo me dice que su visita tiene que ver con nuestra hermosa dama. ¿Me equivoco?

Pese a las huellas de la edad, el doctor Russell aún seguía tratando a enfermos mentales durante diez o doce horas diarias. Y resultaba lógico. Con sus gestos plácidos, el traje arrugado con restos de ceniza, la barba de apóstol y el humo envolviéndolo como una aureola, qué hombre podía infundir más confianza que el doctor Russell.

—No se equivoca —dijo Cooper.

—Cuénteme, ¿qué le preocupa? —Y, apoyándose de nuevo en la balaustrada, se volvió hacia el atrio y siguió fumando a su gusto.

—Doctor Russell, ¿usted cree en el mundo de los espíritus?

El distinguido alienista hizo arder la cazoleta, y al rato observó:

—Verá, no he dedicado tiempo a examinar el tema. Por otro lado, lo mismo daría que lo hubiese hecho. Estaré con un pie en la tumba y seguiré pensando que el mundo visible ya encierra demasiados misterios como para dedicarme al invisible.

—Mal asunto, la muerte —dijo Tadeus Cooper.

—Le presento mis disculpas por no ir con más frecuencia al hospital. Tengo demasiado trabajo. Soy un viejo estúpido.

—Es usted un médico admirable.

—Y luego esa maldita gente del Bethlem, esos burócratas que están más preocupados por su reputación que por sus pobres enfermos, me exasperan. Cooper, me exasperan.

—No crea que no lo comprendo.

—¿Ha ocurrido algo con nuestra paciente que deba conocer?

Con agilidad, Tadeus Cooper sacó varios papeles de un bolsillo interior de la chaqueta y, desdoblándolos, se los mostró. El médico dejó la pipa a un lado y cogió las hojas.

—¿Recuerda esto? Fue una de las primeras transcripciones de la escritura automática. La que se refiere al encuentro en la mansión de los Osborn-Sherry. ¿La recuerda?

—Cómo olvidarla —dijo el doctor Russell echándole un vistazo a las hojas.

—Dígame, doctor Russell, ¿cree posible que alguien, llamémosle médium, concibe usted que alguien pueda transcribir en un papel lo que ocurre de manera simultánea en un lugar alejado? Buen Dios, ¿cómo es posible que lo supiese?

Ahora el doctor repasaba las hojas sin perder detalle.

—El relato de la paciente ha llegado a este punto, por lo que veo.

—Sí, sí.

—Y, por supuesto, le impone.

—No me lo explico.

—No obstante, ya lo hemos hablado. Quizá la persona que transcribió esto disponía de una información de la que nosotros carecemos. Quizá disponía de toda la información. ¿No cree?

—Todo indica que no. Todo indicó siempre que no. La investigación...

—Amigo mío, espere. —El médico posó una de sus gordezuelas manos en el antebrazo de Tadeus Cooper—. Nuestro mundo es una región de sombras y olvidos. A mi edad, éste es mi credo. Sé que representa una pobre ayuda para un hombre como usted, que ha de habérselas con sus fantasmas y con los de una enferma mental. Pero, si le sirve, Cooper, le doy mi palabra de que no se imagina cuán a menudo lamento haberle embarcado en esta empresa.

—Yo me presté. Con todas las consecuencias. Es sólo que ella necesita saber tanto como yo lo necesito. Y esto no se lo confesaría a nadie. Sólo a usted.

—Marque una cierta distancia con la paciente. No cometa el error de no hacerme caso. —Carraspeó—. No olvide que para catalogar como demente a una persona, no basta con que esa persona declare que se comunica con fantasmas.

—Eso fue al principio, antes de que nosotros, de que usted se hiciera cargo. Ya no dice eso. No habla nunca sobre sí misma.

—Peor, Cooper, peor. Porque si esa persona demuestra una actitud asocial, si su experiencia fue tan traumática que la lleva a olvidar su pasado, entonces estamos ante una persona desequilibrada. ¿Lo tiene presente?

—Sí, doctor Russell.

—Dígame, ¿ha recordado algo desconcertante para ella misma?

—Hasta ahora, lo único que la desconcierta es no recordar.

—Nuestros recuerdos tienen mucho de ficción. Los manipulamos. Recordamos imaginando. Lo que más le importa a nuestra cabeza no son los hechos, sino el mejor modo de darles sentido, narrarlos con coherencia. —Le devolvió los papeles y cogió la pipa—. Y su desafío, si no me equivoco, es enfrentarla a cada uno de los sospechosos, estimularla para que los recuerdos que desgrane se parezcan más a los nuestros.

—Ésa es una vía muerta, doctor. Se niega a hablar de sospechosos. Se niega a considerar que sea un asesinato. Sigue convencida de que fue un suicidio.

—Lo que hace es negarse a que usted introduzca cambios en su versión de los hechos.

—En general, sí.

—La señora Bale ha estado en ruinas, Cooper. Ha sufrido tanto que aún no puede ni hablar de su vida. Durante más de un año no ha existido, ha hecho desaparecer su identidad para no continuar sufriendo. Para no sentir, se entregó a la muerte, dejó de ser, dejó de existir. El dolor excesivo actúa así, arrasándonos.

—Ahora también sufre. La he visto sufrir como un alma en pena.

—Es normal. Al principio, cuando la internaron, decía que hablaba con fantasmas. Después se bloqueó, se paralizó, dejó de hablar y ya no quiso saber nada del mundo. Le voy a contar algo. El poeta Keats denominó LA CUALIDAD CAMALEÓNICA a la habilidad de «tolerar una pérdida del yo y una pérdida de racionalidad para recrearse a uno mismo en otro personaje o en otro entorno». La paciente se recreó en una muerta. Para sobrevivir, mató su pasado.

—¿Y si le mostrase las transcripciones? —preguntó Cooper señalando las hojas.

—No provoquemos una nueva crisis. No la obliguemos a mirar lo que aún no está preparada para ver. Hay que llevarla de la mano hasta el punto en que ella se conteste a la gran cuestión: ¿qué papel ocupa esa historia de fantasmas, esa historia de amor, en su vida, cómo encaja ella en la historia?

—Doctor Russell, quedan pocos días.

—Que haya vuelto a hablar, a contar ese relato, para ella excepcional, que haya aceptado el trato que usted se dignó ofrecerle ya es un éxito, ¿no cree?

—El mérito es suyo, doctor, no mío.

—La confianza se la brindó usted. El trato se lo ofreció usted: «A cambio de recuperar sus recuerdos y su vida, cuénteme, señora Bale, la historia que tan bien conoce».

—Pero ¿qué haremos si vuelve a reaccionar contra la verdad?

—¿Contra la verdad?

—Sí, como hizo cuando fue internada —afirmó Tadeus Cooper—. ¿Qué haremos?

—En aquel entonces, estos estúpidos la obligaron cuando no estaba preparada. Ni siquiera le permitieron que se explayase. Le mostraron por la fuerza recortes de periódico, noticias, todo. — El médico inhaló varias caladas consecutivas—. Paciencia. Es usted un gran detective, querido Cooper. Mejor que el famoso Allan Pinkerton, de Chicago.

—Es escocés.

—Confíe en su talento. Recuerde cuando la tragedia se publicó en los periódicos. «El caso Peabody: ¿Crimen o suicidio?». Recuerde cómo no se dio por vencido y cómo triunfó.

—Doctor Russell, si supiera cuántas veces deseé no haber triunfado.

—No obstante, cumplió con su deber. ¿Me equivoqué al pensar que el detective que se había hecho cargo del caso era el único que podía interpretar el papel de terapeuta? No, no me equivoqué. —Tadeus Cooper se guardó las hojas. Abajo, el trasiego de caballeros cruzando el patio impecablemente vestidos era constante. Entraban unos; salían otros—. Oiga, amigo mío, ¿qué tal se encuentra? ¿Qué siente cuando ella le habla con esa convicción extraordinaria?

—Me gustaría saber todo lo que ella parece que sabe.

—¿Ha hecho alguna alusión a la historia de Isaac y Rebeca?

—Lo que dice es verosímil, reconforta. ¿Por qué no habría de ser como ella dice que es?

—¿Se ha referido a la historia de Isaac y Rebeca, Cooper?

—Sólo de pasada. —Miró hacia el patio, la gente que aparecía por una puerta y desaparecía por otra—. ¿Cree que me equivoco, que hago mal sintiendo lo que siento?

—Al revés; pero sea cauto. Marque distancias. Los dos sabemos que ella le contará más, mucho más. Resista. Debe estar preparado. ¿Qué espera de ello, si todo sale bien?

El detective cogió el sombrero hongo con las dos manos y le echó una larga ojeada a su interior.

—Un poco de paz. Aún la echo tanto de menos, a Mary. —El detective se pasó una mano por la cara—. Sé muy bien que no debería decir esto.

—Tonterías —dijo el médico, que lo tomó del brazo y lo condujo hacia la escalera—. Desahóguese conmigo. Y si en algún momento no se siente con ánimos y prefiere abandonar, no tiene más que decírmelo. ¿Estamos? —Cogidos del brazo, iniciaron el descenso—. Podemos seguir charlando frente a unas pescadillas al gratén. Y le advierto que no aceptaré una negativa por respuesta.

Y Tadeus Cooper sonrió sin ganas y se dejó llevar.

CAPÍTULO X

—1—

—¿Vienes a jugar con las ardillas o qué? —preguntó Matthew, sentado en la hierba.

—Papá está solo. Tenemos que acompañarlo —dijo Stephen.

—No quiero. —Stephen se agachó.

—Muy bien, pero no te alejes. ¿Me oyes?

—Voy a jugar con las ardillas. ¿Vendrás más tarde? —dijo Matthew.

—Te estás volviendo un caprichoso.

—Lo siento.

—Bah, deja de sentirlo. —Stephen lo soltó con el mismo tono en que su abuelo le decía a Preston: «Deja de arrepentirte».

—Pero es que lo siento. Y, Stephy, ¿qué haremos cuando vengas de hablar con papá?

—Daremos de comer a las ardillas. —Matthew aplaudió.

—¿Y qué pasará entonces?

—Pues que las ardillas se acercarán con timidez a por la comida, pero si haces algún movimiento en falso o si intentas acariciarlas con tus manazas...

—¿Entonces qué?

—Se escaparán corriendo —dijo Stephen. Matthew lanzó una carcajada estruendosa.

—Ashley había optado por llevárselos a Regent's Park a dar una vuelta —prosiguió diciendo la paciente. Empezaba una nueva sesión. Eran las nueve de la mañana—. Hacía tanto que no salía con sus hijos que le avergonzaba pensar en ello. Con todo, era verdad, no tenía fuerzas para ocuparse de Stephen y Matthew como debiera. No mientras no acabase lo que había empezado.

»El problema es que sus hijos, su hermana, tía Amelia, todos eran infinitamente menos reales que su esposa muerta, cuyas palabras habían sido transcritas por una joven con un don extraordinario. Así que debía ser cuidadoso y dar su importancia a cada cosa. Mientras se demostrase que Rebecca lo necesitaba, no la abandonaría. Ya tendría tiempo más tarde para sus hijos, para tía Amelia, para Eileen. Tiempo para pensar.

—¿Y por qué se escaparán corriendo? ¿Porque son muy listas? —preguntó Matthew.

—No sé si son muy listas. Tienen intuición. Algo que les alerta del peligro.

—¿Cómo el silbato de la policía, Stephy?

—Sí, como el silbato de los *peelers*. Por eso escapan. Porque olfatean el peligro. —Matthew olfateó el aire como jugando y dijo:

—¿Es miedo?

—Puede.

—Ven pronto, Stephy.

—Pero lo sucedido el día antes —dijo la señora Bale—, que Preston y Larry hubieran arrastrado a sus hijos a la casa de unos ridículos marqueses sin que él tuviera noticia, las

intenciones que ocultaban, todo eso consternaría a cualquiera en su sano juicio. Al borde estuvo de abalanzarse sobre Preston, en la casa de los Osborn-Sherry. Y si logró contenerse fue sólo porque las consecuencias para él habrían sido nefastas.

»Tenía que serenarse y tranquilizar a los niños. Por eso esta mañana los había llevado a Regent's Park, para ver el zoo, el canal, los senderos que lo rodeaban, las arboledas. Y por eso él mismo paseaba, para serenarse, mientras sus hijos se dedicaban a jugar en la hierba.

»Vio cómo Stephen se acercaba. Era un lugar apacible, sin gente cerca. Había podido oír algunas palabras que intercambiaron los niños; además, Matthew hablaba siempre en un tono bastante alto. Cuando su hijo mayor estuvo a su altura, Ashley fue terminante:

—Recuérdalo. No quiero que volváis a salir con nadie sin mi permiso, Stephen.

—¿Ni siquiera con tío Preston y tío Larry?

—Con nadie. —Miraba a Stephen y, físicamente, veía su reflejo veinte años atrás; sin embargo, era el vivo carácter de su madre, apasionado, celoso, protector. Stephen velaba siempre por Matthew, aquel ser grandullón y desvalido que ahora, más que nunca, necesitaba de su apoyo. La noche de la muerte de Rebecca, los dos habían visto y escuchado una disputa de sus padres que no tenían que haber visto ni escuchado. Y por todo lo que aquella disputa significó y trajo consigo, Ashley siempre había evitado preguntar a su hijo mayor: «¿Qué oísteis, detrás de la puerta, aquella noche?».

—Stephen, ¿por qué os llevaron a la casa de los marqueses?

—Tío Preston dijo que querían conocernos. —El pequeño caminaba junto a él, con las manos cruzadas por la espalda, como él. Más allá, Matthew trataba de llamar la atención de una ardilla.

—Stephen, estaré ocupado por un tiempo. Cuando acabe, traeremos a tía Amelia y a Eileen a vivir con nosotros. Haremos viajes. Todo cambiará. ¿Te apetece?

—Sí. A Matthew le gusta viajar.

—Ashley miró a su hijo pequeño alejándose al encuentro de las ardillas, se diría que pisaba cristales.

»Matthew había llegado dos años después que Stephen y era como su madre, sonrosado, el cabello color miel, los ojos azules de ella; pero carecía de algo, o le sobraba algo para igualarse a los demás niños. Excepto en los últimos tiempos, tenía siempre una expresión de incredulidad risueña, de sorpresa indolora, la boca desdibujada.

—¿Ocupado con qué, padre? —preguntó Stephen.

—Tu madre me necesita. —Lo dijo sin pensar. Por un momento, no tuvo la percepción de estar hablando con su hijo de catorce años.

—¿Mi madre muerta? —Le dirigió una mirada de asombro. Ashley le rodeó los hombros con el brazo.

—Está esperando mi ayuda.

—No te entiendo. —Se había equivocado al hablarle así a Stephen. Se había equivocado.

—Tengo que averiguar cosas, Stephen. —De forma brusca, el pequeño hizo ademán de apartarse. Su padre lo liberó con suavidad del abrazo.

—Matthew y yo también te necesitamos.

—Stephen.

—Pero no te vemos apenas. Siempre estás con esa señora.

—Se llama Adele. Era amiga de tu madre.

—Qué más da cómo se llame —dijo Stephen. Su padre le acarició la cabeza—. Matthew está distraído cada vez más tiempo. Ya ni siquiera me pregunta si es verdad que ya no nos quieres.

—¿Cómo se te ocurre decir algo así, que no os quiero? —Ashley se detuvo, y su hijo con él. Desvió la vista y se quedó mirando al pequeño Matthew, que sería siempre como ahora, confiado. ¿Era realmente confiado? ¿Confiado como lo es, por ejemplo, un animal doméstico? Se arrepintió de la idea.

—Ya no nos miras igual. Matthew lo nota. Nos miras de otra manera. Sobre todo a él.

—No digas cosas raras. Me parece que ya eres mayorcito —dijo Ashley sin perder de vista a su hijo menor—. Necesitamos tiempo. Tiempo para curarnos.

—Matthew estaba sentado junto a un árbol. Había roto el envoltorio de papel con la comida, ahora diseminada a su alrededor. Dos ardillas se acercaban a él con recelo, a pausas. Las miró con la cabeza ladeada y la lengua hinchándole la mejilla. Para zanjar la conversación, Ashley decidió ir a su encuentro.

—Padre —dijo Stephen—, no nos dejes —hablaba como un adulto. No parecía natural del todo. Ashley se volvió conmovido. Las palabras de su hijo eran manos que le retorcían algo por dentro, en lo más hondo—. ¡Mi madre fue mala! ¡Y por eso se murió!

—Hijo, no hables así.

—¡No se habría muerto si hubiera sido buena!

—Te prohíbo que digas eso. —Y entonces dio un paso hacia él, su niño, al que había visto crecer y acunó en sus brazos. Con un disgusto teñido de amargura, ciego de impotencia, alzó el brazo sobre la cara de su hijo y apretó un puño con voluntad irresistible. Un puño que hubiera podido triturarlo todo, hasta el pasado.

—¿Me vas a pegar, padre? ¿Como pegaste a mamá?

—Y, de repente, como quien toma conciencia de sus actos, dejó caer el brazo en el aire —concluyó la señora Bale—. Y volviéndose, humillado, dolorido, echó a andar en busca de Matthew, que se había quedado tendido en la hierba, solo, rodeado de migas de pan.

—2—

—Sin embargo —continuó la paciente—, Stephen tenía razón, al menos, en que su padre pasaba cada vez más tiempo con Adele.

»Días más tarde, Ashley acompañó a la muchacha y a sus hermanos al Museo Británico para ver la colección egipcia, la más importante reunida fuera del país del Nilo.

»Quería que la chiquilla estuviese animada, y como fuera que los trances suponían para Adele un desgaste enorme, estaba dispuesto a conducirse con la mayor de las gentilezas.

»Les habló de las maravillas de un museo fundado para reunir piezas de todas las civilizaciones y exhibirlas. Les dijo que la mansión originaria, la casa Montagu, en el barrio de Bloomsbury, había sido demolida seis años antes y, como hacía falta más sitio, se estaba terminando otra en el mismo emplazamiento. Se quedaron con la boca abierta cuando les habló de los faraones y de las momias, las pirámides y la barca solar, los tesoros reales y las cámaras secretas. Qué mundo de prodigios aquél.

»La tribu lo había escuchado expectante, todos como polluelos hambrientos. Y entonces Ashley, delante de la hermana mayor, se comprometió a llevarlos a ese museo. Y de no haber tenido sólo unos meses, también la pequeña Dora habría participado en la expedición.

»De modo que allí estaban, de punta en blanco y muy formalitos, Pumpy, Eloise, Lizzy, Zac, las gemelas Bertha y Blanche, ya mayorcitas y con el pelo recogido, Snif (sobre sus dos piernas y no a cuatro patas), y a la cabeza de los siete, Adele toda radiante.

»Los pequeños entraron en el edificio a medio terminar y, guiados por Ashley, desfilaron hacia la Sección de Antigüedades Egipcias.

»Como era martes, había menos público que durante el fin de semana, lo que les permitía disfrutar más a su antojo. Pumpy, que adoraba los cuentos como nadie y cuyas trenzas doradas se bamboleaban con alegría, cogió de la falda a Adele cuando se internaron en la sala de momias, sarcófagos y ataúdes.

»Zac, con su melena de bucles, iba del brazo de su hermana Eloise, ambos como dos enamorados.

»Ashley les habló del culto a la muerte, del proceso de limpieza y purificación de las momias con resinas, perfumes y aceites aromáticos, del fajado del cuerpo y su inhumación; pero se guardó de decirles cómo su propia visión de la muerte había cambiado, gracias a Adele. Con qué lujo de detalles comprendía ahora las creencias de los egipcios. Donde antes veía superstición, veía ahora sabiduría; y donde antes brotaba sólo desconsuelo, brotaba ahora la fuente de la esperanza.

—Y, entonces, si lavaban tanto a las momias, ¿por qué están tan sucias? —preguntó Zac. A través de la mampara de vidrio, analizaba como un estudioso un ejemplar de momia. El resto de la tribu dirigió una mirada interrogativa a Adele que, con un dedo sobre los labios, contuvo los brotes de euforia. Ashley multiplicó sus esfuerzos para no reírse y contestó:

—Porque tienen miles de años.

—«Muerte y castigo eterno a quien abra este sarcófago», se leía al pie de una urna de cristal.

—¿Es una maldición? —preguntó la pequeña Lizzy a su hermana. Tenía el cabello corto de un chico y la cara cubierta de pecas.

—Pero si tú no sabes leer... —se oyó decir a alguno.

—Afirmativo —dijo Adele—. Es una maldición.

—¿Y qué es una maldición? —le preguntó Lizzy.

—Un aviso. Para que a nadie se le ocurra despertar a los que duermen.

—¿Por qué van a despertarlos? ¿Roncan?

—No, Lizzy. Duermen en paz.

—Lizzy bostezó. Había sarcófagos recubiertos con láminas de oro, ajuares funerarios y un cofre de alabastro con cuatro vasos canopos en donde se introducían las vísceras de la momia. En una vitrina, bien resguardado, una réplica a pequeña escala de el *Libro de los muertos*, con sus hojas de papiro y sus jeroglíficos e ilustraciones.

»Poco a poco, los niños se fueron desperdigando por la sala, según sus propios intereses. Iban y venían propagando la información de unos a otros, al oído, como espías. Sin carreras, pero con una urgencia alegre, marchaban de acá para allá. Los mayores cuidaban de los pequeños, a los que llevaban cogidos de la mano.

—Adele —dijo Ashley a la joven, en un aparte—. He abierto una cuenta a tu nombre por una suma equivalente a la recompensa. Ese dinero te pertenece.

—No puedo aceptarlo.

—Estás en tu derecho. Pero yo estoy en el deber de entregártelo. Y si algún día cambias de opinión, el dinero estará esperándote.

—Mi padre no lo aprobaría.

—Seguro que tu padre habría consentido, sólo por esta vez.

—Ashley —dijo ella posando una mano en su antebrazo—, la policía está investigando la muerte de Rebecca. Van a interrogarme de nuevo.

Al punto, Tadeus Cooper dejó de escribir en su agenda. Se enderezó en el asiento y fijó la vista en el rostro demudado de la señora Bale.

—Una investigación —repitió la enferma, y se detuvo momentáneamente, cegada o deslumbrada por algo—. «La policía está investigando la muerte de Rebecca». Poco más o menos esas fueron las palabras de Adele. Y Ashley repuso:

—Lo sé. No te preocupes. Acabo de contratar los servicios de un detective privado.

—¿Un detective privado? ¿Qué es?

—Un investigador. Como un policía que trabaja para quien lo contrata.

—¿Y por qué lo ha contratado, Ashley?

—Adele, éste no es el mejor momento.

—Perdóneme. ¿Por qué no me contó hasta ahora lo del detective? —Ashley, desconcertado por la vehemencia de la joven, dijo en voz baja:

—Porque la policía no averiguará nada que Arnold Peabody no quiera que averigüe. Y yo deseo llegar hasta el final.

—¿Qué final, Ashley? ¿Fue un crimen?

—No creo; es decir, seguro que no. —Se quedaron en silencio un rato, sin moverse.

—Me parece que es peligroso seguir con las sesiones —dijo Adele.

—Pero ella me necesita. Necesita mi ayuda. Está esperándome. Pequeña, no volveré a pedirte nada cuando esto acabe.

—Ya no le pertenece, Ashley. Y no soy tan pequeña. —Se sopló un mechón de cabello que le caía sobre la frente y luego bajó la cara y fijó la vista en sus viejos zapatos.

—Tienes razón. Eres toda una mujer. Valiente, generosa. —Ella metió las manos bajo las axilas, como Pumpy tenía por costumbre.

—Usted ha dicho que no volverá a pedirme nada cuanto acabe.

—Eso he dicho.

—Pero ¿y si no acaba nunca?

—Explícate.

—Los visitantes son a veces manipuladores porque no están en paz. Tienen la capacidad de preocuparnos, de hacernos infelices. Se lo dijo la médium extraordinaria a mi padre. —Ashley puso un dedo bajo su barbilla y la obligó a mirarlo.

—Adele, las palabras de Dios nos asisten. ¿Me ves preocupado? ¿Me ves infeliz? Hacía tiempo que no era tan feliz como ahora. —Ella se iluminó por dentro. Que era feliz. Acababa de oírlo de sus labios.

—Y a veces mienten —contestó—. ¿Cómo podemos estar seguros de que nos dicen la verdad?

—Mi esposa no me mentiría. Y tengo la prueba. Debes leer las transcripciones de tu puño y letra. Todas sus palabras, todo lo que nos ha dicho hasta ahora. Debes permitirme que hablemos

de ello.

—Es mejor que no.

—Si no me mintió en vida, ¿cómo iba a mentirme ahora?

—De repente, se dieron cuenta de que no había nadie más que ellos dos en la sala y los siete niños —dijo la señora Bale—. En silencio se habían reagrupado y parpadeaban mirándolos desde abajo.

»Ashley, consciente del estado de Adele, tomó la iniciativa.

—¿Os gusta que os digan la verdad? —preguntó a los niños.

—Sssshhhhhh... —dijeron al unísono, con ayuda de expresivos movimientos de cabeza.

—A los egipcios también. —Hizo una pausa estudiada—. Pensaban que había que vivir de acuerdo con la verdad y no con la mentira. La mentira volvía pesado el corazón; la verdad lo volvía leve. Por eso, cuando alguien moría, los dioses cogían una balanza y contrapesaban su corazón con una pluma que simbolizaba la verdad. El corazón debía pesar menos que la pluma para que el difunto reposara feliz por los siglos de los siglos.

—¿Y si pesaba más? —preguntó Zac, que hablaba sólo episódicamente.

—Entonces, si pesaba más —adujo Ashley—, era devuelto a este mundo, para que hiciera frente a las consecuencias de sus actos. —Y, con un gesto, arrastró a la tribu hacia la siguiente sala del Egipto antiguo mientras tomaba a Adele por el brazo.

—3—

—Estaban sentados en dos mullidos sillones de orejas, frente a frente —continuó hablando la reclusa. Tadeus Cooper escuchaba con un puño apoyado en la mejilla. De vez en cuando tomaba notas—, a un lado, un hogar sin lumbre; al otro, una mesita auxiliar sobre la que reposaba una botella con un tercio de oporto.

»Poco antes, el mayordomo le había anunciado la visita de su cuñado. Ashley ordenó que lo acompañasen a la sala en donde, un buen día, hizo colgar todos los retratos de los Peabody, antes desperdigados por la mansión. Era el único cambio que se había permitido desde la muerte de ella.

»La primera impresión que pudo llevarse Larry debió de ser angustiosa. Allí dentro no había modo de distinguir la noche del día y hasta el vestíbulo desprendía un intenso olor a humedad; pero la gran sorpresa quizá se la deparó Ashley, pues si esperaba hallar a un hombre recluido en su dolor, era un hombre, en apariencia, dueño de sus emociones quien le recibía.

—Vuestro matrimonio —dijo Larry—era para mí una fuente inagotable de asombros.

—¿Has venido para hacerme un catálogo de ellos? —preguntó Ashley, con su copa intacta.

—Puede que sí, puede que no. —Saboreó el oporto—. Hace una hora hubiese apostado a que me echarías de un puntapie *et voilà*, aquí estamos, compartiendo una botella.

—Larry, sé por qué tu hermano llevó a mis hijos a la mansión de los Osborn-Sherry. Y si los niños no hubieran estado presentes, créeme, os lo habría hecho pagar. —Larry se pasó dos dedos por el fino bigote y la perilla.

—Me enferma pensar que entre los míos y tú nunca se tendieron puentes. Eras un soplo de aire

fresco.

—¿Alguna vez has tenido fe en alguien, Larry?

—¡Caramba! Pues sí. Un par de veces —dijo el joven Peabody muy circunspecto—. Experiencias irrepetibles; quiero decir, que no repetiría.

—Digamos, hubo dos veces en que no fuiste un cínico.

—¿Quién es lo que parece? En mi caso, a la sobria y nada tierna edad de ocho años, mi padre quiso hacer de mí el hombre que seré a los ochenta. Eso te marca.

—Si tú lo dices.

—Me convertí en el orgullo de Arnold Peabody, el negrero, para decepción de mi madre, que miraba, y sigue mirando, más por los ojos de su primogénito. Hasta que, mansamente, me deslicé del pedestal abajo y me convertí en esto que ves, un fracasado.

—¿Debería compadecerte?

—*Au contraire!* En realidad, soy todo lo malo que mi padre veía en mí, sin nada de lo bueno que esperaba ver. Y hay que hacerle la justicia de admitir que acertó. A lo que él llama «virtudes que caracterizan a los Peabody» —se inclinó un poco hacia Ashley—, yo lo llamo miseria moral; pero... —volvió a apoyarse en el respaldo y se quedó mirando la copa como situándose ante otra perspectiva—, no he venido a tu casa para hablar de mí.

—¿A qué has venido? —El menor de los Peabody bebió un largo sorbo y, dejando por primera vez la copa en la mesita, se levantó con visible pesadez y se puso a examinar los retratos de sus antepasados—. Os haré enviar todos los cuadros. —Con un destello de sonrisa, Larry se paró ante uno de ellos y, cruzándose de brazos, ladeó la cabeza. Transcurrió un lapso.

—Por mí, quémalos. —Volvió a tomar asiento en su sillón, cogió su copa y mojó los labios—. Sabes, durante un tiempo te odié más que nada o a nadie en el mundo; pero no por las razones que te odiaban ellos. Ellos te odiaban porque eras de condición pobre; yo te odiaba por haberte casado con Rebecca.

—Nada nuevo, hasta aquí.

—*Odio*. Es una buena palabra.

—Es una palabra odiosa.

—A mí me hacía sentir vivo. Nunca te hablé de mi primer amor. Fue un sirviente. Para mi edad, un viejo. Él tendría unos veinte años. No llegamos ni a rozarnos. Pero me sentí sucio y lo odié con furia. Qué vivo me sentí, por vez primera. Yo te he odiado por veinte, Ashley. Tú me arrebataste lo que más quería.

—No fue ésa la intención.

—Lo sé; pero entonces... —dijo dando por entendidas muchas cosas con un gesto de la mano—. Rebecca me quería sin condiciones. Ella me daba la fuerza que yo no tenía, me enseñó a no avergonzarme de ser quien era. Nadie, mujer u hombre, tuvo más influencia en mi vida. —Él mismo cogió la botella y se escanció—. El año antes de conocerte hicimos un viaje a Italia los dos solos. ¿Te lo dijo?

—No. —Disimuló como pudo la sorpresa.

—Pasamos una semana visitando todo lo visitable. Y también nos divertimos. Yo me sentía orgulloso de ella. Tan especial, tan distinta. Era más libre que un hombre libre. Gracias a ella tuve mis primeras experiencias sexuales. Ella me dio la fuerza, me prestó el impulso.

—Me gustaría saber por qué me lo estás contando.

—Eran chicos muy jóvenes, ¿comprendes?, hermosos en su pobreza. De cuerpos tan dulces que dolía mirarlos. De ojos tan tristes y duros que lo habían visto casi todo. Vendían su amor. Yo nunca me hubiese atrevido a acercarme a ellos.

—¿Y Rebecca?

—Ella se encargaba del asunto, para mí. Los llamaba, los atraía. Les pagaba, cuando correspondía pagar; y cuando no, actuaba de cebo para su hermano. Me quería.

—¿De cebo?

—Atraía a los chicos. Los recibía sentada, se reía, bebíamos, comíamos. Esa clase de chicos no come todo lo que debiera y bebe mal y a destiempo.

—¿Se acostaba con ellos?

—Los compraba para mí, cuando hacía falta. —Bebió de nuevo.

—¿Se acostaba con ellos, Larry?

—Oh, no vayas por ahí, querido. Yo qué sé. ¿Qué importa? Tampoco he venido aquí para hacerme esa clase de preguntas. Qué horror, estoy hablando demasiado. Vivimos con opresivos códigos morales. Tratamos a las mujeres igual que a niñas; pero un día llegará en que se liberen, y mientras, de tarde en tarde, nace una mujer más libre que el resto. Rebecca era una de esas mujeres más libres.

»Tenía esa cualidad majestuosa. Era indómita; era adorable. Sólo alguien como ella aceptaría que, por casarse con el joven que amaba, su nombre fuese marginado por la alta sociedad de Londres. Sí, estoy hablando demasiado. —Dejó la copa en la mesita.

—Debemos terminar esta conversación.

—Por Dios Todopoderoso, querido, pero si me falta lo que he venido a decir.

—Acaba, Larry.

—Mi hermana creía en la vida eterna. Lo de morir le daba pavor. Desde niña.

—A todos nos pasa. ¿No crees?

—Su miedo superaba toda descripción. Quería vivir para siempre. —Tras un silencio, Ashley dijo con deliberada intensidad:

—Y lo consiguió. —Larry aguardaba.

—¿Lo consiguió? —preguntó finalmente.

—Su alma está viva.

—¿No eras tú un ateo confeso?

—He cambiado de parecer.

—¡Y de qué forma!

—Nos amábamos —dijo Ashley con un dejo de impaciencia. Larry se aclaró la voz.

—Bien. Os amabais. El amor siempre arroja luz en lo oscuro, los dos lo sabemos; pero voy a decirte algo. Ya no está entre nosotros.

—¿Alguna otra revelación? —Ashley se levantó. Larry hizo lo propio—. Franqueza por franqueza, Larry, estoy harto de esta charla sin ton ni son.

—¡Rebecca, Rebecca, Rebecca! Admitámoslo, también se equivocaba, mentía, manipulaba como los demás, etcétera. Te diré algo. Era expansiva y alegre, muchos hablarían de su personalidad como irresistible. He aquí el modo que había adquirido su timidez. Por timidez, se había vuelto osada; por inseguridad se había vuelto segura; pero luego se arrepentía y sentía rencor hacia la gente. Sus rencores se habían endurecido como raíces.

—Eres demasiado profundo para mi gusto, Larry. Y ahora, ¿debo agradecerte tus consideradas reflexiones?

—Respóndeme. ¿Qué has hecho durante las últimas semanas?

—Todos lo sabéis. No guardo ningún secreto.

—Obviamente no —dijo Larry, como debatiéndose con los efectos del alcohol—. ¿Publicando anuncios en los periódicos? ¿Prometiéndole elevadas recompensas? ¿Recibiendo a farsantes y mistificadores? ¿Y mientras? ¿Te has parado a pensar que, mientras tanto, tus hijos necesitan un padre y mi familia rastrea el medio de aprovechar en su beneficio tus excentricidades?

—¿Te refieres al procedimiento judicial que estudia el abogado de los marqueses? —Larry bajó el tono para decir:

—Ignoro cómo has podido enterarte, pero te suplico que no me metas en la misma cesta que a mi familia. El que haya venido a tu casa, ¿no prueba que no me lo merezco?

—Aquí estás. Pero ¿por qué, Larry, estás aquí?

—Tus hijos son también los hijos de mi hermana. Los niños no tienen la culpa.

—Larry, mi paciencia se agota. Tengo una cita.

—Paciencia... Sí, ésta es tu casa, y yo nunca he sido paciente. —Las huellas del oporto eran cada vez más indisimulables—. Es un defecto congénito en la familia.

»Mi padre no es paciente, mi hermano tampoco, y la mayor parte de estos venerables fantasmas —dijo extendiendo los dos brazos hacia los retratos de los Peabody—, eran seres muy, pero que muy poco pacientes; en especial, con sus esclavos. Rebecca no era paciente; de hecho, sé bien cómo se las gastan los impacientes cuando anhelan de manera temblorosa.

»Ay, la impaciencia del corazón, del ardor de los placeres, de las supremas ansias de vivir cada día. Nuestro apellido es el vaso de todas las impacencias. Las llevamos en la sangre. Los Peabody somos seres inconteniblemente sensuales, hemos vivido siempre con las pasiones a flor de piel.

—Ahórrate toda esta cháchara, Larry. Quiero que salgas de aquí.

—¿La joven Adele te espera?

—Haré que te lleven a casa en coche. —Tiró del cordón de la campanilla.

—¿Sabes por qué nos gustaba Rebecca?

—Por qué, Larry.

—Porque intuía cuál era nuestro punto débil, nuestra flaqueza. Esa zona blanda, vulnerable, que nos empeñamos en ocultar. Y, desde ese momento, estabas a su merced. ¿Cuál es tu punto débil? —Ashley no mostraba intención de contestar—. Yo te lo diré, si me permites: tu necesidad de refugiarte en alguien.

—Vas a marcharte, Larry.

—Cuidate de ellos. Sus influencias son excesivas. Deberías intentar comprender.

—¿Tu padre y tu hermano? Como ves, no te meto en la misma cesta.

—Protege a tu familia y permite que a los muertos los juzgue el cielo. Hazme caso.

—No, Larry. Hazme caso tú a mí. Diles que si intentan quitarme a mis hijos, iré en su búsqueda y les partiré el corazón. Diles que no me cabrá una gota de piedad en el pecho.

—Querido, no me malinterpretes, pero no podré permitir represalias. Estoy demasiado bien educado. Todos sois mi familia, y siempre me veré obligado a defenderla.

—Llamó a la puerta el mayordomo —apuntó la señora Bale—. Ashley, con displicencia, le

hizo saber que el señor Peabody se disponía a marcharse y que el coche debía estar disponible en el acto para él.

»Luego le estrechó la mano al pequeño de los Peabody. Y antes de verlo salir de su casa por última vez, oyó a Larry preguntarle desde muy lejos, con una voz que podía ser más la voz de un recuerdo que la suya:

—¿Cómo es posible que conocieras el contenido de la conversación con los marqueses? — Ashley fijó la vista en él y repuso:

—Porque tu hermana me lo dijo.

Y Tadeus Cooper, que escuchó con claridad la réplica en boca de la paciente, decidió no recordarle que Rebecca sólo podía decírselo a través de las transcripciones.

CAPÍTULO XI

—1—

—Durante muchos días de aquel eterno y cálido verano —empezó a decir la paciente esa mañana —, la joven Adele pasó más horas con Ashley que con los suyos.

»Cuando Adele podía, y ni mucho menos podía siempre, celebraban una larga sesión de escritura. En la salita de los libros, a la luz de la vela. Lo que durase dependía tanto del estado de receptividad de la médium como de la presencia invocada por Ashley.

»La chiquilla, exhausta por el esfuerzo, al acabar se sentaba en una butaca. Sacudida por los temblores, respiraba hondo. Y, doctor, si tiene la bondad de imaginarse un corazón que sonríe y se estremece, los latidos de su corazón eran sonrisas estremecidas.

»Ella y Ashley estaban en el mismo cuarto, respiraban el mismo aire, se comprendían. Por si fuera poco, ella estaba haciendo algo por él. No podía codiciar mayor consuelo. Pensaba que su padre, aunque desaprobara su conducta, la habría perdonado.

»No se le habría ocurrido decir a nadie lo que pasaba entre ellos. Que llegase un enjambre de rumores era de esperar; pero de su boca no saldría nada que pudiese comprometer más la reputación de Ashley Bale. Y en caso de que él hablase, ella no lo desmentiría, porque las palabras de él eran su brújula, como para Ashley las palabras de Rebecca.

»Él no había vuelto a insistir en que leyera los textos de las comunicaciones, los que procedían de la escritura automática. Los revisaba sin decir palabra y, al terminar, Adele era testigo de cómo dejaba los papeles bocabajo. A la joven no podía extrañarle ese reflejo, ya que ella se había negado siempre a leerlos. ¿No lo veía a él en paz y tranquilo? Pues ya estaba. Y si el precio era el agotamiento y descuidar a una madre y a unos hermanos que no comprendían del todo sus ausencias, pagaba ese precio y ese dolor con gusto.

»Cuando ella recobraba fuerzas, Ashley la acompañaba a casa en su landó; o vencía la resistencia de la joven y procuraba distraerla de mil modos.

»Un día la llevó a dar un paseo en barco por el Támesis.

»El vaporcito, que resoplaba acatarrado, hacía un trayecto bajo todos los puentes que cruzaban el río. Adele nunca había gozado de semejante perspectiva. El puente de Londres, desde donde partía el ferrocarril que circulaba sobre unos elevados arcos de ladrillo, y el de Southwark, con sus tres arcos de hierro, y el de Blackfriars, con sus columnas jónicas, y el de Waterloo, con sus característicos pilares góticos. Una vez rebasado el puente de Waterloo, Adele se quedó atónita con la silueta de la basílica de San Pablo destacándose entre el mar brumoso de tejados y campanarios, igual que Ashley en la contemplación de la chiquilla.

»Más tarde, desde el puente de Westminster avistaron la famosa abadía que se alzaba en el aire con sus dos torres cuadradas. Y, alrededor de ellos, la corriente oscura y turbia por la que circulaba todo tipo de barcas, un ir y venir de chalanas o lanchones. Hacia la orilla, las fachadas recubiertas de hollín, los tejados negros, los muelles y las dársenas interminables,

esclusas y bosques de mástiles hasta donde alcanzaba la vista. Era un paisaje con un algo que hipnotizaba.

»Otra vez, antes de dar comienzo a la sesión, Ashley la recibió con un regalo que la hizo suspirar. Adele casi desfalleció. Fruto de ello, las dificultades posteriores de la chiquilla para sumirse en trance.

»Eran tres vestidos de princesa, como se suelen llamar. Tres exquisiteces de cuerpo ajustado, faldas con crinolina y botonaduras que iban desde arriba hasta los pies. Vestidos para jóvenes de clase alta, con todos sus complementos. Adele nunca había ni soñado con esa clase de vestidos. Le subió el calor a las mejillas y se sintió flotar lejos del suelo mientras se los probaba.

»Con el primer vestido fueron al teatro a ver un Shakespeare, cuyo palco olía, como es característico de los teatros de Londres, a paja húmeda, cordial de regaliz y cerezas. Con el segundo a una ópera italiana en el Covent Garden. Y con el tercero asistieron al *Réquiem* de Mozart en la sala de conciertos Exeter Hall, a cargo de la recién fundada New Philharmonic Society. En las tres oportunidades llegó a casa a medianoche, ebria de júbilo, preciosa y admirada, al igual que una moderna Cenicienta.

»La llevaba a restaurantes propiedad de refugiados franceses, que se inauguraban con gran éxito a orillas del Támesis. Comían con las manos arenques y caballa que traían los pescadores de Billingsgate y se contaban anécdotas. Se interrumpían el uno al otro. Me refiero a que se reían juntos, por extraño que parezca. Y a veces Ashley sorprendía en la mirada de ella ese fuego que se alimenta de sí mismo y que reconocen sólo quienes alguna vez han sido víctimas de las jugarretas de Cupido.

»Visitaron la Torre de Londres, cuyos siniestros muros Adele no había cruzado. Como dos amantes, pasearon por calles y avenidas que la joven no frecuentaba mientras él la iba instruyendo sobre curiosidades. Y al igual que una extranjera más, con Ashley se sorprendía hasta de ver a caballeros con flores en el ojal que se remangan los pantalones para no mojarlos en los charcos.

»Y una tarde especialmente calurosa, después de una sesión intensa, una tarde en que la joven creyó ver una sombra que velaba la sonrisa de Ashley, dieron un largo paseo por los confines de Hyde Park y comieron pasteles de crema y hojaldre con chocolate caliente. Sin embargo, la chiquilla no se desprendió en toda la tarde de una angustia que le aplastaba el pecho.

»Porque, efectivamente, hubo un antes y hubo un después de ese paseo.

»Hasta entonces, Adele había encontrado a Ashley por momentos en paz, alegre, esperanzado. Al menos, con ella. A partir de entonces, empezó a advertir cómo se volvía más hosco y taciturno. Ya ni mencionaba las transcripciones.

»Bien es verdad que ella le había dejado claro que prefería ignorarlas, que su mente no debía ser más que un canal neutro y que, con ese fin, lo ideal era no saber. Digamos, no obstante, que había otra razón para que ella no quisiera saber; pero ¿a quién podía interesar la clase de ensueños que incubaba el corazón de una chiquilla enamorada?

»Y la inquietud de la muchacha crecía.

»Se preguntaba por el súbito cambio de Ashley. ¿Era su carácter? No, ella no lo pensaba; pero entonces, había algo más. Y si había algo más, tenía que ver con las transcripciones. Y si tenía que ver con las transcripciones, eso incluía a... Rebecca.

»Recordaba haberle oído decir a Ashley que su mujer lo necesitaba, que había algo que le correspondía hacer por ella. Y el mero hecho de recordarlo, la estremecía. La obsesionaba

perjudicar a Ashley y también pensar demasiado. Y para eso lo mejor era la ignorancia, no saber, no tomar partido. ¿Por qué se torturaba de ese modo?

»Ay, tendría usted que haber visto a la chiquilla por entonces. Tendría usted que haberla contemplado. Cómo habían madurado su cuerpo, la expresión de su cara. Hasta sus ademanes. Parecía haber sufrido una alteración química toda ella.

»La frescura de su rostro, en contraste con la palidez que consentía la moda, le daba un aspecto lozano y saludable. Aquellos ojazos de corzo hacían pensar en la tibieza del terciopelo. Y su mirada era una de esas, doctor, que mueven a creer que lo comprenden todo. Y los labios, aunque finos, como los llevaba siempre entreabiertos, daban la sensación de que aspiraban más aire que el resto. Y su cabello, tan rubio que atrapaba la luz por débil que fuese, no lo llevaba recogido en un moño, como antes. Ahora se lo peinaba con un estilo moderno. Una delicada trenza, unos rizos que le caían por la frente y lista.

»Simplemente, doctor, cuando a instancia de él se arreglaba, la joven se convertía en una damita deliciosa.

—2—

—Sólo un par de días después del paseo por Hyde Park —dijo la señora Bale— sucedió algo que obligó a la joven a decidirse.

»Eran las cuatro y cinco o cuatro y diez de la tarde de un lunes de julio. Los dos estaban sentados a la mesa camilla, oscilaba la llama de la vela. Las cortinas estaban echadas, como de costumbre. La médium cogió la pluma fuente entre los dedos, apoyó el antebrazo sobre un rimero de papeles en blanco y respiró con suavidad.

—Adele —susurró Ashley—. Gracias.

—Eso dijo: «Adele. Gracias». Él siempre le daba las gracias antes de empezar cada sesión. ¿Cuántas llevaban? ¿Doce, quince? Adele no las contaba. De todos modos, para ser sincera, si se entregaba era porque el mismo acto de entregarse la hacía feliz.

»Se prohibió seguir pensando, meterse en honduras al borde de un trance. Tenía la seguridad de que el amor se equivoca menos que el odio. Y se quedó con eso.

»Después cerró los ojos y, como ella decía, se encomendó a las palabras de Dios. Le pidió: «Ponme a salvo de presencias indeseadas». Y trató de vaciar su cabeza.

»En otras ocasiones, antes de abismarse en la inconsciencia, había alcanzado a oír, desde muy lejos, la voz de Ashley invocando a su esposa en nombre del Señor. E incluso, alguna vez, en un siguiente paso, le había oído decir: «Rebecca, ¿estás aquí? ¿Estás entre nosotros? Amor, no te he abandonado»; pero esa tarde, la muchacha sintió que su voluntad se fundía como nieve bajo el sol.

»Simultáneamente, en los Seven Dials, tía Amelia estaba en su casa, sola, como casi siempre en los últimos meses.

»Ya apenas salía de ella. Por la vista y los problemas circulatorios, y también porque su mente (como le había ocurrido a su hermana pequeña, la madre de Eileen y Ashley) se deterioraba con rapidez; pero esa tarde un destino cargado de fatalidad iba a envolverla en una ilusión de dicha.

»Le adelanto, doctor, que cuando Eileen abrió con su llave y, de manera imprudente, entró con

aquel caballero, muy achispados uno y otro, lo que menos podía figurarse era que tía Amelia aún no estaba dormida.

»Porque, a esas horas de la tarde, tía Amelia solía dormir largas siestas. Siestas que concluían abruptamente sólo cuando Eileen, a las ocho o a las nueve regresaba con algo para cenar, antes de volver a marcharse. Pero esa tarde la anciana arrastraba los pies de acá para allá. Se lo había recomendado el médico, para no quedarse inválida de las piernas.

—Tía, tía, ¿estás despierta? ¿A estas horas? —preguntó Eileen al verla desde el umbral de la estancia en la que moría el estrecho pasillo. El acompañante de Eileen se descubrió e hizo una torpe reverencia con la gorra de cuadros.

—¿Y este caballero? —preguntó la tía muy risueña.

—Su futuro esposo —se anticipó a decir el hombre. Si su vista hubiera sido la de antes, la anciana habría distinguido a un tipejo de aspecto macizo y facciones bastas cuya limpieza distaba de ser irreprochable. El hombre hizo ademán de acercarse, pero como su aliento olía a vinazo, Eileen se interpuso.

—Ahora tenemos prisa, ¿a que sí? —le costó decir a Eileen, a quien todo le daba vueltas.

—Como tú digas, preciosa.

—¿De veras vais a casaros? —preguntó la anciana mirando por turnos a uno y a otro.

—Señora, en cuanto me dé su bendición, la pongo de patitas en el altar.

—¡Oh! —exclamó la anciana entrelazando las manos bajo la barbilla—. ¡La tiene! Hágala feliz. Se lo merece. ¡Oh, Señor! Avisaremos a tu hermano, Eileen. Déjame darte unos besos. —Y arrojó sus brazos en torno al cuello de su sobrina—. Habrá que preparar el ajuar. Su hermano, señor, es un caballero, pero su esposa falleció hace poco y está desconsolado. Su boda lo llenará de alegría. Es muy buen hombre.

—Veraaaá... señora —dijo el intruso—, yo soy un mal hombre. —Tía Amelia se quedó mirando al vacío como si la observación hubiese dado vuelo a su fantasía y dijo:

—No hay hombres malos, señor; sólo hombres que tienen mala suerte.

—Pues qué bien —voceó el tipejo—. ¿Vamos al cuarto, Eileen?

—Eileen es una mujer afortunada —volvió la anciana a la tierra—. Ha sido muy, muy querida. Y, además —susurró—, tenemos un poco de dinero ahorrado.

—¿Ah, sí? —dijo él—. ¡Caramba! —Y rodeó con un brazo a Eileen por la cintura—. No me habías dicho nada, picarona.

—Seremos muy felices los tres —dijo tía Amelia—. Ya lo verá como sí.

—La mano de la médium se movía como a tirones, con gestos espasmódicos —explicó la señora Bale—. Pasaba sólo a veces. Lo normal era que la pluma se deslizara sin violencia.

»Después de cotejar cada sesión con el texto resultante, Ashley había aprendido el significado de una escritura atropellada, frenética: era que un conflicto se desencadenaba en el interior de la joven, un combate silencioso que, al despertar, Adele nunca recordaba. Y como lo último que él quería era angustiar de preocupación a la chiquilla, y aún menos brindarle argumentos para suspender las sesiones, se callaba; pero los indicios rara vez habían sido tan ostensibles como hoy.

»Se fijó en el rostro de Adele. Eran cambios sutiles que revelaban que la cosa no marchaba pacíficamente.

»Tenía la cabeza inclinada contra el pecho, nada extraordinario; pero desde el principio su

rostro se contraía y sus párpados, ahora cerrados, se agitaban. Aparte de ello, el ritmo era furibundo, la escritura avanzaba sin pausa. En consecuencia, no había posibilidad de hacer preguntas. Y, sobre todo, que la pluma rasguñase el papel con frenesí evidenciaba que Rebecca tenía algo que comunicarle. Tal vez algo de importancia.

»Ashley se puso tenso, empezó a alarmarse, estaba intrigadísimo. Y, de pronto, una idea se abrió paso en su mente.

—Señora Amelia —había dicho aquel hombre antes de llevarse a Eileen dando tumbos por el pasillo—, échese una siestecita mientras mi futura esposa y yo nos vamos un ratito a charlar. ¿Sí?

—De modo que tía Amelia se dirigió a la mecedora, la cabeza en un estado de dulce suspensión, la sonrisa colgándole de los labios. Se sentía muy vieja. Las formas de los jóvenes le eran extrañas. No comprendía. Ya no. En su juventud, que una mujer permitiese la entrada de un hombre en su hogar, incluso entre gente humilde, hubiera representado un oprobio; pero los tiempos y las modas cambian. Además, iban a casarse. Vivirían los tres juntos. Se querían muchísimo. Y se precipitó en el sueño pesado de una criatura.

»Ni le dio tiempo a escuchar, ni su oído se lo hubiese permitido, el escándalo que dio comienzo en el dormitorio en donde se había encerrado su sobrina con el hombre. Él la asió por las muñecas, frágiles como tallos. Las muñecas de Eileen, que tenían una vena verde y fina como las nervaduras de una hoja en primavera.

»La atrajo hacia sí. Le metió la lengua entre los labios, la besó como quien odia. Luego la tumbó en la cama y se apropió de aquel pelo soberbio. La abofeteó un par de veces, le quitó salvajemente parte de la ropa. La dejó medio desnuda, entre las risas entrecortadas, nerviosas, de ella. Y, tras desnudarse él mismo de cintura para abajo y exhibir un miembro grueso, la penetró sin consideraciones.

»Aunque el alcohol había aturdido a Eileen, no se le ocultaba la agresividad de un cliente que, como muchos, había solicitado sus servicios y una cama. Sólo que, hasta entonces, el tipejo le había caído simpático. La había hecho reír tanto, y ella hacía tanto que no se divertía que, en vez de entregarse en una callejuela, había accedido a la petición de la cama por el mismo precio.

»Además, estaba acostumbrada a la violencia de los hombres; pero, éste... después de ponerse en pie y subirse los pantalones, le preguntó dónde guardaban el dinero. Y ahí lamentó Eileen su imprudencia.

»No le dio tiempo ni a temblar cuando el tipo insistió, abrió una navaja y la amenazó. No le dio tiempo. Su pecado era ser demasiado confiada, complaciente. Buscaba congraciarse. Y sólo al ver cómo, con una indiferencia que más bien era una cólera fría, el criminal le sajava el cuello de oreja a oreja, cayó en la cuenta de la gravedad de su error.

»La idea acabó de tomar forma en la cabeza de Ashley y se impuso al protocolo de las sesiones. Apartó la silla con sigilo, se puso en pie, rodeó la mesa, se colocó justo detrás de Adele y, casi respirando a sorbos, leyó la hoja a medio escribir.

»La letra era muy crispada, pero después de días de lecturas y relecturas, estaba en disposición de entenderla.

»Lo normal hubiera sido que permitiese a la muchacha acabar la hoja. Lo normal era que, una vez escrita, él, muy atento y desde su silla, le retirase el papel y la médium continuara en el siguiente. Y en ningún caso Ashley leía los textos hasta que no se daba fin a la sesión y Adele abría los ojos o despertaba. Al igual que nunca, «salvo que fuera imprescindible», había dicho la

joven, debía hacerla regresar.

»Terminó de leer lo escrito mientras Adele terminaba la hoja y, en lugar de retirarla, la cogió con dedos temblorosos. Volvió a la primera frase, ofuscado por un terremoto interior.

»Fue siguiendo con la vista una frase tras otra. Bisbiseando repasaba cada línea. Con espanto, leía y leía. El rostro bañado en sudor frío, las piernas flaqueándole, aterrado. Dejó caer la hoja en la mesa. Adele, arrojada a una escritura incesante, retorció las palabras de manera convulsiva, era para creer que algún diablo le murmuraba al oído.

»Ashley siguió leyendo a medida que la muchacha transcribía. Las letras danzaban en el folio. Cada nueva frase un nuevo suplicio. ¿Cuánto tiempo más necesitaba? ¿Cuánto más esperaría?

»La nueva hoja ya iba por la mitad y la coherencia era absoluta. También con respecto al contenido de la anterior. Pensó en leer de atrás adelante, todos los papeles; no obstante, perdería un tiempo precioso. Y había que actuar de inmediato. Rebecca jamás le había mentado.

»Cogió a Adele por los hombros. Siempre a su espalda, acercó los labios a su oído y, mientras la sacudía con cuidado, musitó:

—¡Adele! ¡Pequeña, despierta! ¡Despiértate! ¡Tenemos que irnos!

—No la despertó para que la muchacha lo acompañase; al menos, no fue su idea —dijo la señora Bale—. La despertó porque no podía dejarla sola, transcribiendo lo que transcribía. Un cándido modo de conjurar los hechos reales.

»En los Seven Dials, Eileen permanecía inerte. La cama empapada en sangre, el colchón despanzurrado. Su cadáver bocarrriba, en el suelo, en medio de un charco oscuro a medio secar.

»El asesino emprendía la búsqueda en el segundo dormitorio, el cuarto de Ashley. Al igual que antes, fue abriendo y volcando los cajones uno por uno, sacó las ropas y lo demás, desperdigó todo por el suelo y rajó el colchón con la navaja. Era frío, minucioso. Y tenía tiempo, calculó. Había pasado por la habitación en donde la vieja dormía profundamente, pues sus ojos dejaban entrever una ranura blanca, como los perros. Se encargaría de ella más tarde. Cada poco se paraba a escuchar sus ronquidos.

»Al acabar con el segundo dormitorio, entró en la última estancia. La vieja seguía roncando. Tanto si se despertaba como si no, bastaría con un golpe. Lo dejaría para el final, justo antes de irse, después del dinero.

»Lo reconoció todo o casi todo. Abrió, registró, sacó, extendió, rebuscó, desordenó. Por último, vio unos pocos libracos en un estante. Se acercó. Los revisó uno tras otro. En el último, el más grueso, había varios fajos de billetes entre las páginas.

»De repente, le llegó el traqueteo de un coche que se acercaba a toda velocidad, el galope de unos caballos, los relinchos al frenar en seco. El carruaje se había detenido justo bajo la ventana.

»El tipo se acercó con prudencia. Del coche salieron disparados un hombre, una mujer y un *bobby* que lucía el sombrero de tubo y blandía su porra con el característico brazalete indicando que estaba de servicio. Los tres dirigieron la vista hacia arriba al tiempo que él se retiraba. Los oyó subir las escaleras; golpear amenazadoramente la puerta.

»El *bobby* apartó a Ashley y a Adele. Sacó un llavero, eligió una de las muchas llaves que pendían del aro y hurgó con ella en la cerradura hasta que cedió.

»Ashley fue el primero en entrar, doctor. El cuartito en el que dormían tía Amelia y su hermana, en donde Eileen se había encerrado con su asesino, era la primera estancia del corredor. Y la puerta estaba de par en par...

»El *bobby* llegó antes que nadie a la salita, en donde, aparentemente, tía Amelia dormía en su mecedora. La ventana estaba abierta. Un visillo se hinchaba y flameaba...

La paciente se detuvo. Cogió el vaso, bebió, lo dejó en la mesa. Se quedó cabizbaja, los brazos sobre los muslos, rendida. Cooper aprovechó el receso para abrir el maletín que tenía a sus pies, eligió algo, extrajo unos papeles y se los tendió a la paciente mientras decía:

—Quiero que le eche un vistazo. Por favor.

Era una letra nerviosa, difícil de descifrar. La paciente revisó los papeles, se puso a leerlos. De puro asombro, su cara se desfiguró.

—¿Qué es todo esto?

—El resultado de unas de las sesiones mediúmnicas.

—¿Tiene en su poder las transcripciones? —preguntó ella mirándolo a los ojos. Cooper, con un vago temor, asentía—. ¿Las transcripciones de Adele? ¿Está seguro del todo?

—Completamente.

La señora Bale se concentró en los papeles. Se tomó su tiempo. Al acabar fue cuando dijo:

—Pero si es, palabra por palabra, lo que acabo de contarle sobre el crimen de Eileen...

—Lo sé.

—¿Y me asegura que es una de las comunicaciones de la médium? —preguntó acalorada.

—Se lo aseguro.

La paciente recorrió con la vista el último folio, a medio escribir.

—¿Me está dando a entender que yo soy la médium, que yo soy Adele?

—En absoluto. Quédese tranquila. Le doy mi palabra de que no es usted ninguna médium.

—Entonces, ¡explíquemelo! ¿Por qué lo sabía? ¡Explíqueme cómo he podido saberlo!

Durante una fracción de segundo, Cooper temió que Monro, el mandamás del Bethlem, estuviera a la escucha, que se valiese de esta reacción impetuosa para volver a ceñirle la camisa de sujeción. Él mismo temió desviar la vista hacia los micrófonos de la lámpara, cosa que hacía en momentos de inseguridad.

Sin embargo, cogió la mano de aquella mujer torturada y recordó que su fuerza era la fe que ella depositaba en él. Entonces, convencido de que había que ir despacio, el detective sólo añadió, en voz muy baja, a fin de que nadie salvo ella lo escuchase:

—Confíe en mí. Se lo ruego. Confíe en mí como yo confío en usted.

—3—

—¿Mi siguiente recuerdo? —dijo la paciente más tarde—. La mansión de Park Lane, una noche bochornosa de verano.

»La ventana de la habitación permanece abierta. ¿Es una sala de estar? El sudor y la humedad se adhieren a la piel. Ashley se seca el rostro con un pañuelo, los cánticos de los grillos proceden del jardín del patio, el día murió hace un par de horas. Primer piso. Tía Amelia, en una silla de ruedas. Junto a la ventana, de pie, con una mano apoyada en el marco inferior, Ashley mira hacia lo alto. El perfume de las flores dormidas, como embalsamado en el aire. No corre ni un soplo de viento. Una luna de marfil cuelga en un cielo con millones de estrellas que parpadean. Todo hace

el efecto de una noche tropical.

»El jardín, en el gran patio de la casa, tiene una vegetación lujuriosa. Hay helechos, madre selvas, enredaderas colgantes que se entretejen y un sinnúmero de plantas, algunas de ellas enormes. Hay unos cuantos árboles, diría que alisos y cedros, y un pequeño estanque en el medio con nenúfares y lotos. Contrasta vivamente con el interior y la fachada de la casa, de día en día más lúgubres. Quizá porque su mujer lo cuidaba y le tenía un gran apego, Ashley ha dado orden de que el jardín se cuide como en vida de ella.

»Es evidente, aunque no sepa decirle cuándo ni cómo, que Eileen ya ha sido enterrada. Es evidente, por la conversación que va a desarrollarse entre ambos, que tía Amelia vive en la mansión de Ashley y que han transcurrido varios días desde el crimen de Eileen. Ni la anciana ni el sobrino visten de luto.

»En la estancia, por toda iluminación, un candelabro de seis velas.

—Hasta aquí llega la fragancia de las flores, Ashley. Es como estar cerca del jardín del Edén.

—¿Te acerco a la ventana, tía?

—Oh, no te apures. Estoy en la gloria. ¿Cuánto hace que se fue a París?

—Dos semanas, casi.

—Parece que haga mil años —dijo tía Amelia exhalando un suspiro—. Tenía que casarse.

—Es ley de vida.

—Me había hecho a la idea de tenerla más cerca. ¿Puedes creerlo? Los viejos somos así. La señora Pool, la dueña de la tienda de empeños, ¿sabes quién te digo?

—La señora Pool, sí.

—Me decía siempre: «Mira Amelia, no te engañes, se casará y volará del nido, te abandonará como nos han abandonado a todos, es lo normal». Y yo le decía: «Pero señora Pool, ¿qué daño le hace a usted lo que yo piense?».

—La mala víbora de la señora Pool.

—No hables así. No hay gente mala; sólo con mala suerte. A las personas con mala suerte les gusta soltar verdades a la ligera. Puede que tuviera razón la señora Pool. Puede que yo me engañase; pero ¿qué mal hay en engañarse un poco, lo justo para ir tirando?

—Qué razón tienes.

—Tú también te casaste. Y nos dejaste solas. Te fuiste de casa. Es ley de vida. Nunca pensamos que no nos querías por eso. ¿Nos estábamos engañando, Ashley?

—No, tía. No.

—Cuánto te queríamos.

—Y yo a vosotras.

—Pero tú te debes a tu familia.

—Agradecía que la cabeza de la anciana siguiera los pasos de la de su madre —continuó la señora Bale—. Se conoce que venía de herencia, esa fragilidad del alma. Cómo si no su tía habría podido hacer frente al asesinato de Eileen.

—Tu mujer es un ángel. Nos quería y nos quiere. Y nosotros también la queríamos y la queremos; pero lo último era estorbaros.

—Por no mencionar que se engañaba también con respecto a que su esposa las quería. Jamás Rebecca las quiso. Las detestaba. Con o sin razón, se la comían los demonios de los celos. Y ni ella ni Eileen osaron poner un pie en Park Lane desde que vieron que Rebecca se negaba a

recibir las. Ashley solía echar mano de todo tipo de justificaciones. Hasta que un día Eileen vio a Rebecca en el jardín, entre las plantas gigantes, tan tranquila. Ni siquiera había pasado a saludarlas y Ashley sorprendió a su hermana observándola. Rebecca no había tenido ni la deferencia de ocultarse.

»Cuando él tenía necesidad de verlas, para saber de su vida o dejarles algún dinero a espaldas de Rebecca, sentía siempre que Roscoe lo seguía por las calles.

—Tía Amelia, recuerda lo que dijo el médico, debes descansar. Son casi las once. — Experimentó una punzada insoportable de culpa. No las había amado ni protegido como debió. Por eso había muerto Eileen.

—¿Crees que tu hermana escribirá pronto? —preguntó la anciana con voz soñadora. Ashley se acercó a ella.

—El día menos pensado llegará una carta y será de Eileen. Nos dirá que París es casi tan bonito como Londres; pero que le falta su querida tía. —Cogió la cara de la vieja entre las manos y le dio un beso en la frente.

—Qué tonto —se rio dándole una palmada en la mano—; pero qué tonto. —Él empujó la silla hacia la puerta—. Ashley. ¿Y tú mujer?

—Ya no está con nosotros. Murió hace algún tiempo. —La anciana volvió la cabeza hacia un lado, como buscando la sombra de él.

—Ay. ¿Murió?

—Sí, tía.

—Él se desplazó hasta la puerta, la abrió, luego sopló las velas del candelabro y sacó la silla del cuarto.

»Después de la escena del jardín, cuando fue vista entre las plantas por Eileen, al día siguiente o al otro, Rebecca le preguntó si la perdonaba. «¿Me perdonas?». Pero él ya había aprendido que nada se olvida y optó por el silencio. Sirvió de poco. Acabaron enzarzándose en una larga disputa que duró horas.

»Llevó a su tía al dormitorio. Una vez allí, la cogió en brazos, la ayudó a ponerse el camisón y la acostó. No se fue hasta que ella no se hubo quedado dormida. Después se dirigió a la salita en donde celebraban las sesiones mediúmnicas. Tocó la puerta con los nudillos. Una voz femenina dijo: «Adelante».

»Bajó el picaporte, empujó y la puerta se abrió del todo. Enfrente, sentada a la mesa, Adele lo miraba a través de la penumbra con ojos entre conformados y resueltos. En sus pupilas la llama de una vela titilaba con lúgubres fulgores.

—A finales de julio, Arnold Peabody se trasladaba a Sussex durante cinco días para asistir a las carreras de Goodwood —dijo la paciente—. Las carreras de caballos, doctor, la gran diversión inglesa. La única que un americano como él adoptó sin reservas.

»Además, la Copa Goodwood es uno de los eventos que marca el fin de la Temporada. Y, en ese ámbito, el concurso de apuestas más exclusivo. Junto con Ascot; o más, si me apura, pues no

todos pueden desplazarse sesenta millas al sur de Londres para apostar.

»Al patriarca Peabody le gustaban los caballos casi tanto como las mujeres jóvenes. Por otra parte, las apuestas eran altas. Así que, entre esto y aquello, anualmente acudía a su cita.

»Arrastraba con él, si no a toda, a parte de la familia para las cinco jornadas de carreras; pero este año trágico, el único que se ofreció a acompañarlo fue Preston. Y el viejo consintió pero, con buen ojo, redujo a dos las noches en Sussex.

»La cosa es que la tercera y última tarde, la buena armonía entre ambos saltó por los aires, como el viejo imaginaba que ocurriría. Después de estirar las piernas, habían vuelto a sentarse en la tribuna de abono, reservada a las clases pudientes. Provisto de sus binoculares de teatro, el viejo barría el circuito.

»En la extensa campiña de los alrededores, para el pueblo era un festejo. Se comía, se bebía y se bailaba en un maremágnum de apetitos desbocados.

—¿Se dejó guiar por ti cuando decidió casarse? —interrogó Preston en un tono plañidero. Tenía un purito encendido en la mano. Su padre, con su puro humeando entre los dientes, seguía con atención los caballos de la siguiente carrera—. ¿Te hizo caso, escuchó tus consejos? ¿Hizo lo que cualquier muchacha de la buena sociedad? Yo, sin embargo, siempre he dado más de lo que podía. Y ya estoy harto. ¡Quiero lo que me merezco! —El viejo se sacó el puro de la boca.

—¡Aleluya! —exclamó con los binoculares pegados a sus anteojos y la chistera bien calada—. ¡Ben-Brush! ¡Fíjate en Ben-Brush! ¡Qué tío! ¡Vaya corvejones!

—La culpa fue mía. Permití que otros ocupasen mi lugar. Cuando yo era el mayor. —Al revés que su padre, Preston no hizo el amago de dar utilidad a sus binoculares. Le colgaban del cuello como un cachivache mientras fumaba el purito. El viejo cogió su purazo, tosió, pareció a punto de escupir; pero los binoculares siguieron clavados a los ojos. Preston tosió igual que su padre.

—¡Y Omaha! ¡Uy Omaha! ¡Uy Omaha! ¡Y Lord Murphy! Un poco joven; pero qué silueta, qué hechuras, qué esbeltez. ¡Qué finura de potro!

—Tenía que haberme impuesto; pero aún no es tarde.

—¡Mierda! ¡Exterminator! —dijo Arnold Peabody sin apartar una pulgada los binoculares—. Dicen que descende de Flying Childers, el primer campeón, el tatarabuelo de Eclipse, el caballo invencible. ¡Ridículo! Esos cerdos lo divulgan para amedrentar. ¡Ánimo Ben!

—Nunca te preocupaste de mí. ¿Qué hago yo preocupándome por nadie? Yo era el primero. Pero te volcaste con mi hermana. Siempre ella. ¡Ridículo!

—Dan 4 a 1 por Exterminator. ¡Buenas patas! —El viejo separó por un instante los binoculares de sus ojos, oprimió el purazo con los labios y aspiró una bocanada. Oteaba el horizonte. Caballos y jinetes merodeaban muy nerviosos por la línea de salida. Preston se llevó a la boca el purito. Expelió el humo.

—Padre, si ahora no paramos los pies a Ashley, se quedará con todo el dinero de mi hermana, un dinero que es de la familia.

—¡Cierra el pico! ¡Van a dar la salida! —Se acopló de nuevo los binoculares.

—Es un loco de atar. Está dilapidando el dinero en recompensas a médiums. —Sonó un pistoletazo y las monturas se lanzaron en pos de la meta. Poco más de dos millas. El público jaleaba. La carrera más importante de la tarde, en la que más había apostado el patriarca. A favor de Ben-Brush.

—¡Vamos Ben! ¡Métele un repaso, hijo! ¡Dale una alegría a papaíto!

—Nunca quise dedicarme a los negocios. Lo hice por ti. Porque quería que te sintieras orgulloso. Ni siquiera me gustan las carreras de caballos.

—Pues lárgate. Déjate de lloriqueos. Tienes cuarenta y ocho años. —Abajo, en la campiña, la plebe sacudía los sombreros en el aire. En la tribuna, la gente de buena crianza también estaba tensa, pero respetaba las formas.

—Stephen y Matthew son tus nietos, y mis sobrinos. Habrá que poner en su lugar a Ashley, devolverlo al arroyo de donde salió.

—¿Y tú crees que tu hermana querría eso? ¡¡Corre, Ben!! ¡¡Reviéntalo, pequeño!! —Encaraban el tramo final. Exterminator y Ben-Brush lideraban con ventaja. El descendiente de Flying Childers y Eclipse le sacaba medio cuerpo al favorito de Arnold Peabody. El barullo era ensordecedor.

—Mi hermana está muerta, padre.

—No te desfondes, muchacho. Por todos los diablos. —Iban igualados, cabeza con cabeza.

—Mi cuñado no quiere recibirnos. Sólo recibe a la médium. ¿Piensas que es un buen modelo para Stephen y para Matthew? —Y entonces, cuando lo más verosímil era que los dos caballos pasaran juntos a la historia de la Copa Goodwood, en el tramo final de la recta de meta, Exterminator dio un acelerón definitivo. Y entre el alboroto del público, el descendiente de Eclipse traspasó la línea con un cuerpo de ventaja sobre Ben-Brush.

—¡Mierda! ¡Por los clavos de Cristo! —Tiró al suelo lo que quedaba del puro y lo pisó con saña. Otro tanto hizo Preston con el resto de su purito.

—O ponemos en marcha el procedimiento legal, o el día menos pensado se largará con tus nietos. Se marchará de Londres y desaparecerá de nuestra vista. —El anciano miró a su alrededor, como quien saliera de un sueño, y dijo apoyándose en el bastón:

—Creí que esto ya estaba zanjado. Esperaré a los resultados de la investigación de la policía y luego decidiré. Vamos, necesito una copa. —Preston le pisaba los talones.

—Pero eso no quita para que podamos incapacitarlo. Él mismo ha contratado a un detective privado.

—¿Cómo que a un detective privado? —El viejo, sin volverse, se rascó la barba blanca.

—Te lo dije, padre; pero tú nunca me escuchas. Lo sé por una doncella. —El viejo, renqueando, se encaminaba hacia la salida—. ¿Para qué me hiciste ir a casa de los Osborn-Sherry si no pensabas poner en marcha el procedimiento?

—Arnold Peabody no te hizo ir a ninguna parte; ni siquiera te obligó a venir aquí.

—Déjame que te ayude —dijo Preston poniéndose a su altura.

—¡Saca, inútil! —El viejo apartó el brazo—. Te informé de que Haggard era el abogado con mejores influencias, el único que sabe cómo untar a determinados jueces, íntimo y asesor de los Osborn-Sherry. ¿Fue así o no fue así?

—Por eso me cité con los Osborn-Sherry, padre.

—¿Te dije yo que llevaras a mis nietos a casa de esa gente, inútil? —El viejo se detuvo sofocado.

—Padre, yo creí...

—Tú siempre estás creyendo. —Reanudó la marcha. Bajando las escaleras de la tribuna para salir, Preston añadió:

—Mi cuñado se comunica con el espíritu de mi hermana a través de esa médium, Adele. —El

viejo volvió a pararse, resollando se apoyó con fuerza en el bastón. Miró a su primogénito con expresión escandalizada.

—¿Tú sabes el disparate que estás diciendo?

—La doncella es digna de crédito. Nos ha puesto en bandeja la razón para incapacitarlo.

—No voy a repetirlo, Preston. Esperaré a los resultados de la investigación. Luego decidiré.

—Y se dirigieron al bar, que ya estaba a la vista.

La paciente bebió un poco, se aclaró la garganta y volvió a beber. Había sido una sesión larga. Cooper recogió sus pertenencias, cerró el maletín y se levantó.

—Dejémoslo por hoy. Lo último que quiero es fatigarla.

—Doctor —dijo ella, que seguía sentada—, una pregunta.

—¿Sí?

—La escena que acabo de relatarle, en Goodwood.

—Sí.

—La carrera de caballos. Arnold Peabody y su primogénito.

—Mmm.

—¿También fue transcrita por la médium?

Era una pregunta alentadora. A Cooper se le escapó la vista hacia los micrófonos de la lámpara.

—Sí —dijo con gravedad—. ¿Desea usted ver las hojas?

Ella sacudió vigorosamente la cabeza a derecha e izquierda y dijo:

—Ahora sé que no es la primera vez que pasa, que ha habido más veces y más escenas.

—Sí —dijo Tadeus Cooper—. Ha habido más veces. Y más escenas.

—¡Señor!

—Descanse. Ahora descanse. —Cogió el maletín por las asas—. Volveré mañana.

CAPÍTULO XII

—1—

—En lo esencial, la muerte de Eileen no cambió las cosas —dijo la paciente. Eran las nueve de la mañana. Un día menos para que el plazo concedido por el director Monro expirase—. Pocas semanas después, las sesiones mediúnicas se reanudaron. A principios de agosto, mientras la luz declinaba y la tarde se volvía negra.

»Para la joven médium, Ashley mostraba una indiferencia con respecto a todo lo que no fueran las sesiones que rayaba en lo atroz.

—¿Incluso frente al crimen de Eileen? —preguntó Cooper.

—Incluso frente al crimen de Eileen. Un crimen que llevaba camino de darse por no resuelto, entre que el asesino no había dejado el menor rastro y que tía Amelia no estaba en condiciones de recordar. Por desgracia, ni el apellido de Eileen ni su oficio propiciaban que los pocos agentes destinados a la investigación se esmerasen.

»Entonces, ¿por qué Adele satisfizo los ruegos de Ashley? ¿Por qué continuó sumiéndose en trance?

»Podría haber dicho NO. Habían matado a Eileen y la joven se sentía intimidada. De acuerdo con lo que decía su padre y la médium extraordinaria que lo había aleccionado, los trances podían comprometer la salud del médium. Y aplazar el final significaba asumir mucho más riesgo.

»Pues bien, doctor, hasta ahora yo pensaba que los sentimientos de la chiquilla en relación con Ashley lo explicaban todo. Y hacía mal.

—¿Ya no piensa lo mismo? —preguntó ansioso Tadeus Cooper.

—Ciertas informaciones que usted me ha proporcionado me han hecho cambiar de opinión.

—La escucho.

—Algunos de mis recuerdos fueron transcritos por la médium en estado de trance. Usted me lo ha probado. Me lo ha demostrado con papeles por delante. Textos que fueron transcritos, no hay otra explicación, para prevenir a Ashley, para ponerlo sobre aviso, para alertarlo. ¿Qué otra razón podría haber?

»La presencia de Stephen y Matthew en la casa de los Osborn-Sherry, el crimen de Eileen, que no llegó a frustrarse por cuestión de minutos, la carrera de caballos en Goodwood... en los tres casos, si es que no hay más casos, Rebecca estaba previniendo a su esposo. Le advertía de la inminencia de un peligro, de una desgracia. Está clarísimo. ¿No lo ve usted como yo?

—Continúe.

—Si estoy en lo cierto, la joven Adele debió de preguntarse qué derecho tenía a interrumpir ese intercambio. ¿No era posible que Rebecca hiciese alguna otra revelación y que, gracias a sus dones, la muchacha pudiera impedir más desdichas, ayudar a Ashley?

—¿Usted cree que fue así? —preguntó Cooper, con un punto de ardor en el tono.

—Estoy convencida. Pero déjeme decirle que, para la médium, la actitud de Ashley, día tras

día, era la mejor prueba de que algo marchaba mal.

»Si Adele hubiera visto que la obsesión de Ashley era saludable, una celebración de la vida más que un argumento en su contra, se hubiera entregado sin reservas.

»Pero no. Las ojeras de Ashley eran ya permanentes, su piel de un color cetrino y no había prenda sobre la que no se pudiera afirmar que se había confeccionado para un hombre dos veces más corpulento. Las transcripciones, ¿no estaban haciéndole más daño que bien?

»Una de esas tardes, cuando estaban a punto de comenzar, sentados como siempre el uno frente al otro, Adele se armó de resolución, soltó la pluma y le dijo:

—Ashley, me gustaría leer las hojas transcritas. ¿Me lo permite?

—No —dijo Ashley con rotundidad. Asomó al rostro de él como una expresión de pasmo, fruto quizá de su propia respuesta—. Quiero decir; siempre dijiste que no era buena idea. Que era desaconsejable. ¿Qué ha cambiado de ayer a hoy?

—Estoy segura de que Adele se asustó —continuó la señora Bale—. De todas las posibles respuestas, la única que no había considerado era una negativa tajante. La luz de la vela hacía que brillasen unas gotitas de sudor por encima de los labios de la muchacha.

—Llevamos mucho tiempo. Muchas semanas, Ashley.

—Ha habido paréntesis —y como dulcificando el tono, agregó—: Pequeña, ya sé que faltan palabras para decirte cuánto te agradezco lo que haces. Te recuerdo que hay una cantidad en efectivo a disposición tuya y de tu familia esperándote. Dime, ¿qué necesitas?

—No quiero nada. No es eso, Ashley.

—Si no es eso, ¿de qué se trata?

—Que no es normal.

—¿A qué te refieres?

—Un intercambio así, tan prolongado. Me gustaría saber a qué atenerme. —La muchacha se envalentonó—. Me gustaría echarles nada más que un vistazo. Con usted delante. —Él aparentaba medir todas las posibilidades en juego, la gravedad de sus consecuencias.

—Adele, si lo entendí cuando me lo explicaste, y creo que lo entendí; incluso, después tuve ocasión de hojear algunos libros sobre el tema, es contraproducente que el médium esté demasiado al tanto de lo que transcribe.

—Todo es extrañísimo. Y han matado a su hermana, Ashley.

—El mensajero, tú me lo explicaste, debe estar lo menos contaminado posible. Debe soportar el menor número de prejuicios para que todo vaya como la seda. Lo decía tu famosa *médium extraordinaria*, ¿recuerdas?

—No creo que sea tan grave leer las comunicaciones. A veces me siento muy asustada.

—Precisamente. Si algo te ocurriera, ¿cómo podría perdonármelo? Estoy aquí. Estoy contigo. No te abandonaré. Tienes toda mi gratitud. Sé buena y dime que lo entiendes. —Ella entendía. Era su deseo más grande. Se obligaba a ello. A entender. Adoraba que él se lo pidiera.

—Si le parece que es lo mejor...

—Sí, pequeña. Es lo mejor.

—Por lo menos, respóndame a una pregunta. —Tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar—. Es una impertinencia. Lo reconozco. —Él respiró aliviado, ¿lo capta, doctor? Era consciente de que una pregunta lo separaba del final de la crisis. Y estaba dispuesto a cerrarla en seguida.

—¿Era feliz con su esposa? —Él apoyó los codos en la mesa y, cabizbajo, se pasó una mano por la nuca—. Algunas veces yo lo miraba a escondidas. Parecía siempre tan infeliz. Suena horrible preguntárselo. —Él irguió la cabeza.

—Qué joven eres. La pasión nos lanza fuera de nosotros. No es clemente ni permisiva, su tarea no es hacer felices a los hombres. ¿Tiene la felicidad algún significado, o es una tierna invención que hace rodar el mundo?

—Es que usted no me parecía feliz, Ashley.

—Yo no traté de ser feliz —siguió él—. Rebecca. A su lado, qué cobarde fui siempre.

—¿Estaba usted enamorado de ella? —Nadie diría que él escuchaba a Adele, sino que se daba a sí mismo ciertas explicaciones.

—Mi padre abandonó a mi madre. Y ella nos abandonó a nosotros. ¿Fueron valientes? Si lo fueron, nunca les perdonaré esa clase de valor. Los amores de los hombres no se diferencian tanto, ¿sabes? Las historias se repiten. ¿De qué sirve abandonar un amor por otro? ¿No es ya bastante afortunado quien conoce una vez el amor? —Adele sorbió por la nariz. Tenía un nudo en el pecho y tiritaba como un pétalo bajo una lluvia desmenuzada. De haber estado en pie, se le habrían doblado las piernas, habría caído de rodillas ahí mismo.

—¡Perdón! —dijo la muchacha, que le tendió los brazos por encima de la mesa—. Perdón por ser tan estúpida.

—Adele. —Le apretó las manos, como volviendo en sí. Transcurrió un lapso—. Dime, ¿prefieres que lo dejemos por hoy? —Pero sus ojos, los ojos de Ashley, brillaban como llenos de un reflejo enloquecido. La muchacha repuso que no y, conmovida, volvió a coger la pluma entre los dedos.

—2—

—No hacía falta ser médium para presentir que algo temible se fraguaba. El aspecto enfermizo de Ashley, sus reacciones, su ansia. ¿Me comprende? —dijo la reclusa—. Cualquiera en el lugar de Adele se hubiese alarmado; pero ¿a qué se debían esos síntomas? ¿Qué razones ocultaban?

»Una cosa. El miedo se apoderaba de Adele. Se lo garantizo. Ahora bien, para que la chiquilla actuase, fue preciso no sólo que movilizara todo su valor, sino que coincidieran tres acontecimientos. ¿Me deja exponérselos? Me parece que será mucho más fácil y que usted entenderá.

—Por favor —dijo Tadeus Cooper.

—El primero no descubre nada sobre Ashley o Rebecca; sin embargo, fue verdaderamente inquietante. Verá, muy pocos días después de la última discusión, una tarde, Adele lo siguió por las calles.

»En la casa, la chiquilla lo había encontrado abstraído, como ausente. Él le había dicho que pensaba salir a dar un paseo al acabar la sesión. En los últimos tiempos, ya no se permitía invitarla a sitio alguno, no la acompañaba en el trayecto de vuelta a la casita de labranza. Daba órdenes a su cochero, la despedía en la puerta principal y volvía a encerrarse en la mansión.

»Y en ocasiones ni la acompañaba a la puerta. En ocasiones, ni salía del cuarto sombrío.

»Adele ya no se formaba ilusiones con respecto a la evolución de Ashley; aunque sufriera por él.

»De modo que esa tarde lo esperó a pie firme. La temperatura había descendido; aun así, en una discreta bocacalle lo esperó. Al cabo de una hora, con los faroles ya encendidos, lo vio salir y siguió sus pasos. Eso fue lo que hizo.

»Él llevaba su capa, pero ni bastón ni sombrero. Caminaba casi arrastrando los pies, se diría sin rumbo, lo que pronto se reveló muy inexacto.

»Lo siguió por Park Lane adelante hasta llegar a la tercera gran intersección. Allí Ashley giró a la izquierda y enfiló Curzon Street, una de las más exclusivas calles del distrito de Mayfair. Adele redobló el paso. Lo seguía a distancia, pegándose bien a las verjas o a las fachadas por instinto, para evitar ser descubierta en caso de que él se volviese. A pesar de la hora y de los pocos viandantes, era inmune a los peligros de la calle. Había llegado a un punto en que habría vendido la paz de su conciencia para que él recobrase la suya.

»De nuevo Ashley torció a la izquierda, ahora por Queen Street, y de nuevo Adele lo imitó. Lo perdía de vista sólo cuando él giraba en un cruce; entonces ella se apresuraba, a pasitos cortos, para que la sombría silueta de él no se le escapase.

»Ashley pronto dejó atrás la calle y desembocó hacia la mitad de Charles Street, en donde tomó a la derecha y avanzó en dirección oeste un largo trecho. Sin apresurarse, con la cabeza gacha, fue a salir a Berkeley Square. La placita cuyo espacio verde, lleno de árboles y bancos, es un oasis de paz en el cogollo del Londres más céntrico.

»Una vez allí, Ashley recorrió como un sonámbulo la plaza cuadrangular hasta que llegó al número 50, un señorial edificio de dos plantas, supongo que le sonará, doctor, el número 50. Creo que no hay vecino en Londres que no haya oído hablar del 50 de Berkeley Square, una de nuestras mansiones más célebres.

La paciente hizo un alto y Cooper, que había roto a sudar, afirmó sin abrir la boca.

—Después, Ashley tomó asiento en un banco frente al número 50, de cara a la mansión —continuó la señora Bale—. El banco estaba en un sendero que separaba dos secciones de césped. Adele se quedó a una distancia razonable, al abrigo de uno de esos árboles plantados el año que estalló la Revolución francesa y que, con toda justicia, se cuentan entre los más antiguos del centro. Desde allí divisaba una parte de la inmóvil silueta de Ashley, que sobresalía del respaldo del banco.

»Es necesario decir esto, doctor: No todo el mundo conoce que el primer caso del edificio ubicado en el número 50 de Berkeley Square, a la sazón un hotel, se remonta a 1839. Y, sin embargo, ahí empezó la leyenda de esa casa, la más viva y la más muerta de Londres, dicen. La que comunica este mundo con el otro.

»1839. El año en que los periódicos dieron notoriedad a la casa.

»Cierta noche de invierno de 1839, se registró en el hotel un sujeto bien vestido, con pinta de caballero, un tal Sir Errol Cavendish. Esa noche era el único huésped registrado.

»Hubo tres testigos presenciales, el dueño del hotel, un empleado y un *bobby* que conversaban en el vestíbulo justo cuando el señor Cavendish hizo su aparición, en torno a medianoche. Pues bien, una media hora después de que el huésped subiera al cuarto que se le adjudicó, los tres oyeron un breve alarido. Dejaron transcurrir unos minutos. El dueño no se decidía, el empleado aguardaba órdenes y el *bobby*... bueno, aunque su turno hubiera terminado, se mantenía muy

alerta.

»Al principio, pensaron que el grito se debía a una pesadilla; sin embargo, a petición del *bobby*, el propietario acabó por ceder. Y allá subieron.

»Llamaron a la puerta. Como estaba cerrada, el dueño, con la bendición del policía, se valió de su llave, entraron, uno tras otro, y lo que descubrieron fue... nada. Todo conforme era debido, ningún desorden, la ventana de guillotina cerrada. Registraron el ropero, ni rastro de Cavendish.

»Vieron, incluso, que el arcón de madera, a los pies de la cama, estaba en su sitio, la llave metida en su cerradura. Al *bobby* se le ocurrió mirar dentro, dio vuelta a la llave, puesto que estaba cerrado, y, ¿qué fue lo que descubrió y, según los tres confesaron más tarde, nunca olvidarían?: El cadáver de Sir Errol Cavendish en una postura forzada e inverosímil, con los ojos abiertos y una crispada expresión de pánico.

»Las circunstancias (la puerta del cuarto cerrada por dentro, el arcón cerrado y la llave puesta, la ventana sin rastro de haber sido abierta o forzada, el hecho de que no hubiera más huéspedes en el hotel y las declaraciones idénticas de los tres testigos) eran tan extraordinarias que, entre los amantes de lo oculto, corrió el rumor de que esa alcoba estaba habitada por una presencia sobrenatural.

»Un año después, como sabrá, se divulgó el caso del joven Robert Warboys, que, aceptando una apuesta, decidió pasar la noche allí, en el cuarto maldito. Logró convencer al propietario con la condición, impuesta por éste, de que durmiese con un arma.

»La habitación estaba en el segundo piso, encima de la del dueño. El propietario se fue a la cama a medianoche y, tres cuartos de hora más tarde, oyó un disparo arriba. Encontró al joven encogido, como en estado de *shock*. Con la pistola aún humeante y en su rostro la mueca de terror más pura que el dueño hubiese visto hasta entonces, si descontamos la que Sir Errol Cavendish se reservó para su último suspiro. Y, al igual que Sir Errol Cavendish, Robert Warboys estaba muerto.

»Más adelante se conocieron otras anécdotas y otras víctimas, a cada cual más truculenta; pero el suceso más comentado ocurrió cuando la casa ya estaba abandonada, en 1843. Una noche, dos marineros de Portsmouth, Robert Martin y Edward Blunden, que se habían quedado sin un chelín después de jugárselo todo en las tabernas, se metieron en la habitación maldita por la ventana.

»Ya en el interior, hicieron fuego en la chimenea con lo que hallaron, astillas y vestigios de muebles. Y bien, cuando el sueño los vencía (todo esto según Robert Martin, que pudo huir por la misma ventana por la que había entrado), los goznes chirriaron al abrirse la puerta muy despacio, el pasillo se iluminó con una luz sucia y un soplo de aire glacial se mezcló con la atmósfera del cuarto.

»Una presencia luminescente, que el propio Robert Martin no quiso o no estuvo en condiciones de describir, penetró en el dormitorio, se acercó a Edward Blunden, pálido y rígido como estaba y, con una sola mano en su hombro, hizo que éste se desplomase sin vida.

»Ésa, doctor, fue la casa frente a la cual Ashley permaneció sentado e inmóvil por espacio de dos horas. ¿Le sorprende? —Pero Cooper se guardó de responder. Sentía la piel recorrida por escalofríos—. Pues a la joven médium, aterida detrás de su árbol, no le sorprendió en absoluto.

—Ha dicho dos horas —dijo Cooper—. ¿Qué ocurrió luego?

—Nada. Eso es lo perturbador. Él se levantó y, con la misma atonía de sonámbulo con que había recorrido la distancia que separaba su hogar de Berkeley Square, desanduvo sus pasos.

—¿Y la médium fue tras él?

—Sí. Con evidente riesgo para ella a esas horas, Adele sólo recurrió a un coche al cerciorarse de que él entraba en su casa y cerraba la puerta, sin volverse.

—3—

—El segundo acontecimiento que influyó en Adele para que pusiera en práctica su plan, sobrevino a los pocos días.

»Coincidió con la siguiente sesión, desde la tarde en que la joven siguió a Ashley hasta Berkeley Square. Porque, no sé si ya lo he dicho, doctor, las sesiones no tenían una frecuencia diaria. Por lo pronto, la joven llevaba el peso de ocho hermanos y una madre; pero es que, además, so pretexto de que la fatiga enturbiaba sus facultades, Adele las iba espaciando. Piense usted que avanzar a tientas, como avanzaba, la llenaba de pavores. Le venía a la mente su padre y un resto de prudencia le aconsejaba no abusar de los trances.

»Esa tarde, como tantas, se sentó frente a él, con los papeles y la pluma, la vela humeante en el centro de la mesa, echadas las cortinas; sin embargo, y esto era nuevo, la chiquilla presentía en los repliegues más sensibles de su alma como una expectación de algo espantoso.

»Allí estaba, haciendo lo imposible por que Ashley no perdiese el contacto con Rebecca, desviviéndose para que no se precipitase en un abismo de desamparo y arriesgándose. La muchacha sentía que, una vez juntos, en la lobreguez de aquel cuarto, Ashley y ella se rodeaban de mentiras, mistificaciones y peligros.

»De modo que, espontáneamente (ahí no hubo decisión ni hubo cálculo), volvió a tomar la pluma y cerró los ojos; pero no para sumirse en trance, sino para fingirlo, escuchar las preguntas formuladas por Ashley, improvisar las respuestas de Rebecca y, entonces, a ver qué pasaba.

»La solución era arriesgadísima, claro.

»Aunque conocía textos de escritura automática, no sabía determinar el tono y el contenido de las palabras de Rebecca, pues al principio se había negado a leerlas y luego él se lo había impedido. Y suponiendo, siempre suponiendo que fuese Rebecca la que se adueñaba de sus trances. Además, podía ocurrir muy bien que Ashley detectase contradicciones, incongruencias, despropósitos en la transcripción y, entonces, si él la desenmascaraba, el menoscabo a su mutua confianza sería irreparable. Por no saber, incluso dudaba de si mantenía abiertos los ojos en la inconsciencia; según Ashley, no había una regla fija.

»A pesar de todo, Adele observó los prolegómenos con una verosimilitud irreprochable. Después, envió las señales de que estaba inmersa en un sueño raro, su voluntad entregada y que las voces llenaban de ecos toda su mente.

»Lo primero que le sorprendió fue que Ashley no hiciera la invocación en nombre de Dios, como ella le había aconsejado.

—Rebecca, ¿estás aquí? —Oyó que preguntaba con voz anhelante. En el último momento, Adele por poco no se echó atrás. Dispuesta a mentirle, a engañarlo, sintió la misma repugnancia que experimentaba él por la mentira. Realmente, se preguntó a sí misma, ¿se atrevería a hacer algo tan abyecto?—. ¿Estás aquí? Querida, si estás aquí... vuelve conmigo. ¡Vuelve, Rebecca! ¡Entra en

tu casa!

—Adele se estremecía. Con el corazón brincándole en el pecho, su mano empezó a moverse. Ashley enmudeció.

»Forzó una letra convulsa, su propia letra aunque nerviosa y deformada. Una letra que no difiriese de la que había entrevisto al acabar las primeras sesiones, cuando Ashley insistía en que leyese los textos, cuando ella se negaba. Escribió: « Siempre estoy contigo».

»Él hablaba susurrando. Y en la oscuridad, en la ceguera, Adele podía imaginarse como la destinataria de las preguntas de aquel hombre, no como una mera transmisora.

—Dime, querida, ¿qué tengo que hacer? —preguntó Ashley. Adele se quedó consternada. No tanto por ella, o por las posibilidades que se le ofrecían, como por él. La pregunta estaba demasiada cargada de sumisión, de expectativas—. No he dejado de pensar y pensar desde la última vez. Cuéntamelo, Rebecca, dímelo todo.

—¿Qué tenía que decirle, doctor? ¿Hasta dónde llegaba la complicidad de dos espíritus tan unidos y tan irreconciliablemente separados?

»Para que él no sospechase, Adele apretó aún más la pluma entre los dedos. Había que extraer más información de sus palabras, contemporizar con sus perspectivas. Tenía motivos para pensar que quienes buscan respuestas, acaban escuchando lo que ansían.

»Iba, pues, a garrapatear unas frases vagas, algo que no la delatase. Se concentró en la letra, un poco crispada, no demasiado. Y entonces, ahí mismo, cuando ya la tinta de la pluma manchaba el papel, resonó una voz que redujo a escarcha hasta la fibra más cálida de su ser:

—¡Déjala descansar, por favor! ¡Déjala descansar! —Fue un milagro que Adele no soltase la pluma, que no abriese los ojos de repente. Algo dentro de ella le ordenó petrificarse. La silla de Ashley chirrió. Él se había levantado, tal vez. Adele sintió cómo decía, con voz cargada de asombros o de inseguridades:

—Pero... ¿qué... qué estás haciendo aquí? —Silencio. De pronto, oyó sus pasos, los conocía. La joven se debatió para no entreabrir los ojos. Aguzó el oído. La sangre le palpitaba deprisa. Los pasos se alejaban de la mesa—. Tú no deberías estar aquí. ¿Cómo es posible?

—¡Deja que mamá descanse! ¡No hables más con ella! ¡Por favor! —La voz de un niño, el puro lamento de una voz a la que le cuesta vocalizar, eso era.

—¡Matthew! Ven aquí. No llores. No debes temer nada.

—Por favor, por favor, por favor. —Ahora sonó más amortiguada, aunque el niño gemía con desconsuelo. Adele pensó que lloraba sobre su padre, la cara enterrada en él. La médium se aterrorizó al notar cómo una gruesa gota de sudor se le escurría por la nariz.

—¿No ves que todo es un juego, Matthew? No es más que un juego de adultos. —Se oían quejidos intermitentes. El llanto amainaba poco a poco—. Un juego. Nada más. Los mayores, como los niños, juegan. Pero ¿qué estabas haciendo tú aquí?

—Jugar a espías.

—¿Lo ves? También tú estabas jugando. —Matthew callaba—. Y, ahora, ven con tu padre. Ven.

—Se imaginó que Ashley lo había cogido de la mano —dijo la paciente—. Oía quejidos y pasos. Oyó cómo salían y cerraban la puerta.

»Adele se atrevió a abrir los ojos, se secó el reguero que había dejado el sudor. Después soltó la pluma y apoyó los codos en la mesa. Apretó los ojos con las palmas de las manos como si quisiera lavarse la tristeza; pero la tristeza, imborrable, se quedó. Ella temblaba.

»Cuando Ashley estuvo de vuelta, le sobrecogió ver que Adele estaba consciente. La chiquilla dijo que acababa de despertarse con palpitaciones. Que le había costado recordar quién era y dónde estaba. Le preguntó si había ocurrido algo inusitado. Él negó sin palabras y, con expresión comprensiva, repuso:

—Tuve que ausentarme, Adele. No volverá a ocurrir. Es preferible que suspendamos la sesión. —Por toda respuesta, la muchacha se puso en pie con una sonrisa tibia—. Mañana —dijo él con acento misterioso—, mañana es un día importante. Vamos, te lo contaré mientras te acompaño.

—4—

—Y aún hubo un tercer acontecimiento, el último que acabó de decidir a la joven médium: aquello que Ashley le contó mientras la acompañaba a la puerta. Pero antes, déjeme decirle. No me interrumpa.

Tadeus Cooper se acomodó en la silla, se cruzó de brazos.

—Al día siguiente, después de la comida, en la casa de Adele, todos se afanaban en silencio. Cada uno tenía su ocupación. Pumpy, Lizzy, Eloise, Zac, Snif, las gemelas Bertha y Blanche y por supuesto, la hermana mayor. Todos menos la madre, Maggie, que convalecía en su dormitorio, arriba, recuperándose mientras leía folletines y velaba el sueño de Dora.

»Adele repartía entre todos las últimas tareas domésticas. Porque Adele pasaría la tarde y la noche fuera, no regresaría hasta el día siguiente.

—¿Cumpliréis cada uno con lo vuestro? —preguntó la hermana mayor.

—Siiiiiiiiiiiiiiiiiiii —se oyó como un rumor de caracola.

—¿Snif? No te oigo. —De cuatro patas, Snif pasó a dos a velocidad de vértigo y dijo:

—Guau.

—Confío en ello. No me gustan las mentiras. Ah, y si Maggie necesita algo, lo que fuera...

—¡¡Adeeeeeeele!! —aulló Maggie desde lo alto—. ¿Ya te fuiste?

—¿Qué pasa, Maggie?

—¿Llegó el último fascículo de *El judío errante*?

—¡¡Aún no, Maggie!!

—Maggie adoraba a Eugene Sue —recordó la señora Bale—. Ya sabe, los folletines franceses, Paul Feval, *Los misterios de Londres*, Ponson du Terrail, todo eso. Y, por descontado, nuestros *Penny Dreadful*, esas revistas cargadas de historias de sangre y horror. Le chiflaba lo novelesco, adornaba su vida. Se pasaba las horas muertas con lecturas de impacto, lacrimógenas o terribles. La distraían. Huir de la realidad era fascinación para ella. ¿Irresponsable? ¿Ingenua? ¿Absurda?

»Fuera como fuese, algo en ella se sentía poderosamente atraído por frivolar, el chismorreo, estar a la última de las rencillas de los nobles, los escándalos amorosos y financieros, las aventuras morgánicas de las familias de sangre azul. La lectura por entregas le proporcionaba esa clase de satisfacción, que era su debilidad y su refugio.

»Pero sigamos. Adele le había dicho a su madre que debía cuidar a una amiga muy enferma, y claro, que dormiría en su casa. Maggie era la única que esa tarde se comportaba con la misma exasperante normalidad de siempre. El resto parecía una tribu de luto por la desaparición de su

caudillo.

»Después de las últimas advertencias, la hermana mayor se puso el abrigo negro, un sencillo bonete de algodón del mismo tono y se ató una lazada bajo la barbilla. Siete hermanos, solemnes como agustinos, la acompañaron hasta la puerta.

»Adele les dio un beso a todos y echó a andar por el sendero. Era la primera vez que no pasaba la noche en casa. Los niños estaban perplejos. Cuando Adele hubo salido del cercado, la pequeña Lizzy corrió a su encuentro ante la expectante pasividad de los otros.

»La joven se dio la vuelta y la vio llegar a su altura. Lizzy, abrazándola por las caderas, apoyó la cabeza en su vientre. Su hermana mayor se agachó para tomar a Lizzy en los brazos.

—Lizzy, ¿qué pasó?

—Queríamos preguntarte. —Lizzy jadeaba—. Adele, todos queríamos preguntarte por qué no te quedas. Y que supieses también que si no puedes decirnos la verdad, nosotros lo comprendemos. Y que te vamos a querer lo mismo. —Adele le acarició la cabeza, enternecida.

—Dile a tus hermanos que el señor Bale me necesita. Y que tengo que ayudarle. Diles que ésa es la verdad. Y que es un secreto entre nosotros. —La peinó con la mano, la besó en el nacimiento del cabello y la bajó—. Anda, ve.

—Y también ella se alejó con premura, para que los niños la perdiesen de vista cuanto antes.

»La cosa es que la sesión se celebró a media tarde. Luego, al despertar la médium, dio comienzo la parte más delicada del plan. Un plan que la chiquilla había meditado mucho y cuya ejecución acordó la víspera, cuando Ashley la acompañó a la puerta y le dijo que la noche siguiente no iba a dormir en casa.

—Esa revelación, ¿fue la tercera circunstancia? —preguntó Tadeus Cooper.

—En efecto. Fue providencial que Ashley le anunciase que tenía intención de pernoctar fuera; lo que, en la práctica, significaba que la mansión quedaría semidesierta por la noche. Piense que los pocos domésticos que aún quedaban solían retirarse a sus dependencias de la última planta a las nueve, hora a partir de la cual, por orden del amo, no se les veía rondar por los pasillos.

»Así que el plan, que fue tomando cuerpo desde la noche en que la muchacha siguió a Ashley hasta Berkeley Square, y luego cuando Matthew apareció en el cuarto, en plena sesión y por sorpresa, tenía ahora su oportunidad. Y esto era aún más cierto si pensamos que Adele conocía el sitio en donde Ashley guardaba la llave.

—¿Qué llave? —preguntó Cooper.

—Espere.

—¿Le dijo Ashley dónde pasaría la noche? ¿Le explicó la razón? —preguntó Cooper, cada vez más excitado.

—Se refirió a que era un sitio muy especial para Rebecca y para él. «Un sitio muy especial», de donde el matrimonio salió reforzado, en donde él estaría más unido a ella que en ningún otro. Pero lo dijo con una cierta tristeza, o así lo interpretó Adele.

»Sin duda, la parte más delicada del plan fue el comienzo, una vez que terminó la sesión mediúmnica. Como su éxito estribaba en que Ashley no la acompañase fuera del cuarto, tendrían que despedirse allí, forzosamente, donde celebraban las sesiones.

»Y eso no era lo normal, aunque pasaba. Cuando la comunicación, el texto recién transcrito, impresionaba a Ashley demasiado, la joven se despedía y lo dejaba solo con sus pensamientos. O bien le decía que nunca se perdería en la casa, y cerraba la puerta; de hecho, la conocía mejor que

muchos miembros de la familia y habría podido explorarla a oscuras.

»Conocía la distribución de sus dependencias, y todas y cada una de las estancias del primer piso. Las de la zona pública, en el ala izquierda (integrada por las salas y los salones), y las de la zona privada, en la derecha, donde había alcobas, gabinetes y salitas, como aquella en donde celebraban las sesiones.

»Pues bueno, como Adele había temido, la despedida fue delicada. Ashley insistió en acompañarla con una solemnidad que no tenía ni pies ni cabeza, parecía una despedida diferente de las otras. Así que ella tuvo que obligarlo a sentarse de nuevo. Dijo que no iba a permitir estupideces, por favor, después de todo no se despedían para siempre. Y lo amenazó con quedarse allí mientras no le hiciera caso.

»Ashley dejó ver una sonrisa mustia y volvió a tomar asiento. Ella lo besó en la mejilla, cerca de la comisura de los labios, le dijo que hasta la vuelta y, con el rostro encendido, salió dando casi un portazo.

»Miró a un lado y a otro. A media tarde, como era de prever, la mansión estaba desierta por esa zona. Enfiló el tramo de pasillo, dobló el recodo (no olvide, doctor, que estaba en la primera planta; no olvide que los corredores de las tres plantas tenía forma de L en ambos extremos). Avanzó deprisa. Dejó atrás la escalinata hasta llegar a la zona pública, en el ala opuesta, traspuso el recodo simétrico, recorrió el último tramo y abrió la tercera puerta, que era de doble hoja.

»Sabía que la estancia menos visitada era, con diferencia, la sala de baile. Entró a ciegas. Conocía cada rincón. Las telas de brocado, los cuadros, las arañas con lágrimas de cristal. Como la difunta señora, también ella había acariciado las sillas y sillones adosados a las paredes, cada espejo y cada uno de los candelabros y relojes que decoraban las repisas de mármol, testigos mudos de los vales que le habría gustado bailar. No le costó elegir un buen sitio para resguardarse, tras un espacioso sofá de terciopelo de Utrecht, en un ángulo de la sala.

»Tenía tiempo. Y dejó que el tiempo transcurriese.

»Soñó despierta con vestidos y emociones cálidas, con sus fantasías de muchacha. Y si primero escuchó rumor de pies y conversaciones remotas, después ya no escuchó nada, se acurrucó y los sueños y las cosas se borraron de su pensamiento.

»Cuando despertó, todo era oscuro como un corazón sin lumbre. Empezó a recordar. Jesús, ¿qué hora era? Se acercó a las cortinas de una de las puertaventanas, las describió un poco para que entrase algo de luz de los faroles. El reloj de una repisa marcaba las once y veinte. Había dormido más de tres horas. Con razón estaba aterida.

»Se dirigió furtivamente hacia la puerta, que abrió con lentitud. Se quedó un buen rato allí, acechando. Nada. La negrura del pasillo no podía ser más prometedora ni podía significar más que esto: la servidumbre estaba en la última planta, recogida en sus habitaciones.

»Se quitó los zapatos. Con sólo una idea fija, se deslizó a lo largo de la pared del corredor. La gran pregunta (¿dónde guardaba Ashley a buen recaudo los papeles de las transcripciones?) era su única luz.

»A medio corredor se detuvo, alarmadísima, creyendo escuchar algo. La madera, que había crujido, y reanudó la marcha.

»Había llegado al convencimiento de que los papeles estaban en uno de estos tres sitios: o en la salita en donde celebraban las sesiones, o en el gabinete de trabajo de Ashley, o en su dormitorio, estancias todas situadas en la zona privada. Y, puestos a elegir, ¿no era más lógico que

los guardase bajo llave, la llave cuyo escondrijo le había revelado cuando aún le contaba todo y no tenía secretos para ella?

—¿Es la llave a la que antes se refería? —preguntó Cooper.

—La misma.

»De todos modos, lo bueno era que nadie entraba en las habitaciones privadas del amo sin su permiso, y que la servidumbre miraba con aire receloso, más bien con pánico, la salita de las sesiones. No fue casual, doctor, que una parte de la servidumbre se despidiese antes incluso de que Ashley optara por reducir el servicio a la mínima expresión.

»Se decidió por la salita y relegó el gabinete de trabajo y el dormitorio para el caso de que esa búsqueda no diese frutos.

»Esperó en la puerta, sin atreverse. Los zapatos en una mano, en la otra el picaporte. Lo bajó, empujó muy suave y se encerró allí, en donde tantas horas había pasado sin verdadera conciencia de sí misma. Dejó las gruesas cortinas echadas, por si acaso. Cogió de un anaquel una vela y la encendió.

»Se inclinaba a pensar que Ashley había escondido allí las hojas. Pensó que su destino natural, y verá por qué, era alguno de los cajones distribuidos en la parte baja de la biblioteca, por debajo de las estanterías.

»Se dirigió al tabique más próximo, la palmatoria por delante. Se puso en cuclillas. Confirmó, según ya imaginaba, que el primer cajón estaba cerrado con llave. Fue de uno a otro, cambió de tabique sin éxito. Todos los cajones estaban cerrados. La llave cuyo escondite Ashley quiso mostrarle en el pasado con un aire de complicidad, ¿seguiría en el mismo sitio? Porque la llave a la que antes me refería, doctor, no era otra que la llave que cerraba esos cajones. Aun así, ¿Ashley habría escondido en alguno de ellos los papeles?

»El cuarto era rectangular. Dos butacas estampadas al fondo. Cerca de la puerta estaba la camilla redonda, a su alrededor varias sillas. En la pared de la ventana, un par de anaqueles, un reloj de péndulo y varias acuarelas de paisajes muy londinenses, como le gustaba pintar a Ashley.

»Intentó serenarse, ir despacio. Se situó frente al reloj de pared. En el cristal de la esfera, el reflejo de un rostro cadavérico deformado por la llama. Imaginó a un criado descubriendo su tenue luz en la habitación que todos temían y entrando. Por mucha flema que tuviera el sirviente, la expresión más horrorizada no sería la de ella.

»Luego se puso de puntillas, tanteó la parte superior del reloj de péndulo. Y entonces, al fondo, junto a la pared, palpó algo metálico. Lo cogió. Miró el llavín a la luz de la vela. Era el mismo que Ashley le había enseñado una vez, por casualidad, sin darle importancia, cuando no ocultaba las hojas e insistía en que ella las leyese.

»El sudor bañaba sus manos. Comprobó que el llavín abría el primero de los cajones. Respiró complacida. Luego abrió los restantes, dejó la palmatoria a un lado y rebuscó. Los cajones quedaban abiertos. Maquinalmente iba pasando de uno a otro.

—¿Las encontró? —preguntó Cooper en un hilo de voz—. ¿Encontró las hojas?

—En uno de los últimos cajones. Un grueso paquete atado con una cinta de tela carmesí.

»Se puso a leerlas. Fue pasando las páginas escritas de arriba abajo, con la vista clavada en su propia letra; unas palabras que no eran suyas.

—¿Y?

—Doctor, debo creerle, ¿a que sí? Usted no me mentiría.

—Se lo prometo.

—Cuando me dice que hubo escenas, como la presentación de los hijos de Ashley en la casa de los marqueses de Osborn-Sherry, o como el crimen de Eileen, o la carrera de caballos de Goodwood, sabe Dios cuántas más fueron transcritas por la médium... usted no me miente, ¿verdad? Debo creerlo.

—Leyó la escena del crimen de Eileen. Le mostré las hojas.

—Es cierto, ¿a que sí? Son las comunicaciones originales.

—Absolutamente.

—Júremelo como Ashley juró. Júremelo por su esposa.

Cooper se quedó inmóvil, emocionado, los dos al borde de traspasar todas las líneas.

—Se lo juro. Y se lo juraría a cualquiera que nos estuviera escuchando. —Tomó por el asa el maletín y lo depositó en la mesa.

Entonces, la paciente, que parecía leer sus pensamientos, fue rotunda:

—No quiero verlas. No quiera enseñármelas. Ninguna más, nunca más. Usted, doctor, me lo jura; yo le creo. Sin embargo, escuche. Atiéndame. Si son las transcripciones originales, ¿por qué yo recuerdo...?

—¿Qué recuerda?

La señora Bale se echó hacia delante. Apartó la jarra de agua y, con los brazos semiextendidos, las palmas hacia abajo, lo miró a los ojos diciendo:

—Recuerdo que había docenas de papeles. Docenas de hojas escritas, producto de muchos días de transcripciones. Y eso a pesar de que las sesiones no eran diarias. Y el caso, doctor, es que todas esas hojas escritas por una cara, esos cientos de líneas, unas torcidas, otras rectas, esos miles de palabras transcritas no siempre con el mismo pulso —Cooper asentía con la cabeza—, esas hojas emborronadas por la médium hasta más allá de lo razonable...

—¿Sí?

—Todas las palabras, doctor, que Dios me asista, eran una y otra vez la misma, la única palabra, una y otra vez repetida: «VEN, VEN, VEN».

—¿Sólo una palabra?

—Eso es lo que yo recuerdo. Sólo una idea, señor Cooper: «VEN, VEN, VEN».

—5—

—Adele estaba sentada en el suelo con todas las hojas diseminadas a su alrededor. En su rostro, el sello de la ansiedad. Qué infeliz era. Muy infeliz. Y, lo más grave, presentía una mano tenebrosa detrás de este mal sueño.

»Le costaba llevar aire a los pulmones. Se ovilló abrazándose las piernas. Pensó en las palabras de Dios, como le decía su padre que hiciese. «Nunca estarás sola si crees en las palabras de Dios», decía Bill el Tremendo. Y así empezó a tranquilizarse, poco a poco, y empezó a hilar cabos.

»El estado físico y mental de Ashley había ido agravándose en los últimos días, se dijo. Luego, estaba su intención de pasar esta noche en un sitio «muy especial» para el matrimonio. «Un sitio

de donde éste había salido reforzado», dijo, pero cuya mención no denotaba felicidad por su parte. Por último, se le vino a cabeza la formalidad de Ashley, casi solemne, al despedirse de ella. Todo concordaba con el descubrimiento que acababa de hacer.

»“VEN, VEN...” decía Rebecca, siempre Rebecca, según recuerdo. “VEN...”. Durante páginas y páginas de letra apretada, convulsa. Era su letra; pero eran las palabras de Rebecca. Las palabras de una muerta.

»Póngase en la piel de la joven. Era sencillo deducir el significado de esa única palabra. Por consiguiente, ¿de quién podía echar mano ahora? ¿Quién podía ayudarla a averiguar *el sitio donde él estaría más unido a ella que en ningún otro?*

»Mientras se ponía a rebuscar en los cajones alguna pista, tuvo intención de despertar a la servidumbre; pero qué podían saber los sirvientes que quedaban, incluida el ama de llaves y alguna que otra doncella chismosa.

»Pensó en despertar a los padres de Rebecca o a sus hermanos. Y qué les diría. ¿Que se había escondido en la mansión de Ashley aprovechando su ausencia? ¿Que había forzado sus cajones privados? ¿Que era una médium dotada, como ellos quizá supiesen, y que el espíritu de Rebecca entraba en comunicación con su esposo? Para alertarlos sobre qué cosa.

»El asunto se le iba de las manos. Había estado muy sola con él. La intimidad brindaba ventajas; pero su reverso era éste: no tenía posibilidades de recurrir a nadie.

»Mientras tanto, revisaba una agenda de Ashley. De atrás adelante. Y entonces, cuando ya estaba pensando en compartir con cualquiera el suplicio de su agitación, se topó, en la letra D, con la palabra «detective».

»Había un solo detective en la agenda. Se le ocurrió pensar que tenía sentido, uno solo. Debía de ser el detective contratado por él. Eso se había grabado en su memoria. La bronca charla que habían mantenido en el museo, en la Sección de Antigüedades Egipcias, cuando Ashley declaró que había contratado a un detective porque no se fiaba de la policía.

»Adele tomó nota de sus señas. Con cierta lógica, se figuró que, en ocasiones, los detectives eran los guardianes de los secretos más íntimos de sus clientes.

»Cada minuto contaba. Le faltó tiempo para meter los papeles en el cajón. Guardó la agenda, cerró con llave, volvió a dejar el llavín en su sitio y ordenó todo. Cogió los zapatos (que no se calzó hasta ganar el vestíbulo), apagó la vela y salió de la casa tan rápido como la llevaron sus piernas.

»Ya en Park Lane, no tardó en divisar un coche. Llamó la atención del cochero, le dio las señas que figuraban en la agenda de Ashley y se montó en la cabina.

—Señora Bale —intervino Cooper sin apenas resuello—, ¿recuerda el nombre o el apellido del detective?

—No, ningún nombre. Ningún apellido.

—¿Su dirección?

—Una callejuela situada en la City, cerca de la catedral de San Pablo. No sabría decirle más. —Cooper sintió que se abría una sima a sus pies. Despacio se ensanchaba. Y allí, en el borde, inmóvil, a la espera de un resbalón, a punto de despeñarse estaba él—. Un edificio de dos plantas, con probabilidad dos viviendas, muy poco señorial. En una ventana del primer piso, el piso que interesaba a Adele, se veía luz. Le dijo al cochero que la esperase. Bajó del coche. Arriesgándose a todo, golpeó con la aldaba de bronce en la puerta.

»Era más de la una de la madrugada. Adele se distanció de la puerta y voceó algo, gritó. Ni siquiera en Londres, convendrá conmigo, está todo el mundo despierto a la una de la madrugada. El cochero debió de quedarse mudo al ver cómo una joven tan formal en apariencia montaba aquel escándalo.

»Resumiré, doctor. Hay datos que, por desgracia, se me nublan en la memoria.

»Un hombre salió a la única ventana con luz del edificio. Hubo un breve intercambio de frases entre Adele y ese hombre, frases que debieron de ser decisivas para un tipo acostumbrado a desligar con rapidez lo grave de lo episódico. No me pida que recuerde las frases. Sé, creo saber que la luz se apagó en la ventana y que, en un abrir y cerrar de ojos, el detective se reunió con ella en la acera.

—¿Recuerda cómo era ese hombre? —preguntó Cooper.

—No. Pero él sí recordaba a la médium. Sabía quién era, qué papel desempeñaba en la vida de Ashley Bale. Debió de hacerse una composición de lugar con una rapidez de vértigo, pues como Adele había presumido, sabía mucho de Ashley; o, si no mucho, lo suficiente.

»Llevaba un maletín, doctor. Como el suyo, aunque éste es un maletín de médico. El detective, abriendo la portezuela a la muchacha, le dijo al cochero:

—Hotel Mivart. En Mayfair. Dése prisa. No hay tiempo que perder.

—De camino, Adele terminó de contarle la peripecia que no cesaba de reprocharse y que no justificaba el fin que perseguía: ayudar a Ashley, salvarlo de sí mismo. El detective la escuchó hasta que, sin previo trámite, abrió su maletín y sacó un billete viejo y arrugado que le tendió. La nota tenía visibles huellas de sangre reseca y su contenido era, más o menos, el siguiente:

Me llamo Rebecca Peabody. Condúzcase mi cadáver a casa de mi esposo, el señor Ashley Bale, Park Lane 137.

»La chiquilla se quedó pasmada. Era la letra característica, inclinada hacia delante, de Rebecca. Cómo tomarse aquel delirio. El coche traqueteaba sin descanso.

—Ese hombre, el detective, le explicó a Adele el contenido del billete, ¿no es cierto? —preguntó Tadeus Cooper.

—Todo es un poco confuso, pero sí. Se lo explicó —dijo la enferma—. El papel, la nota aquella no era reciente, ¿sabe? Habían pasado doce años, le dijo el detective, desde su escritura. ¡El billete tenía nada menos que doce años! Matthew aún no había nacido.

—Doce años —dijo Cooper. Y tomó la iniciativa—. Apuesto a que el detective le explicaría cómo doce años atrás, Rebecca Peabody, la excéntrica hija del financiero Arnold Peabody, intentó poner fin a su vida en la habitación número 50 del hotel Mivart abriéndose las venas. —La señora Bale, abrumada, asintió como agradeciéndole que la relevase de la obligación de recordar.

—¿Lo intentó, doctor? ¿Intentó matarse? Siempre me quedará esa duda.

—Apuesto a que le explicaría cómo esa decisión trágica de Rebecca tuvo su origen en una serie de hechos que estallaron la víspera.

»Ashley y Rebecca llevaban tres o cuatro años casados entonces. Tiempo suficiente en muchos hombres para que el fascinado culto de los amantes, y que en Rebecca aún latía con violencia, se agote. Mientras su entrega era la de siempre, la de él se extinguía, si alguna vez existió. Mientras a ella una disputa la conducía a beber unas gotas de cloroformo para conciliar el sueño, él se

lamentaba con una cambiante mueca de fatiga.

»¿Alguna vez él había estado cerca de amarla como un verdadero enamorado? ¿Alguna vez él había estado a la altura del ardor de ella? ¿Alguna vez, a pesar de sus intenciones y de la pobre opinión que le merecía su físico, Rebecca se había resignado a que su marido no la amase como ella a él? —Eran imaginaciones, se preguntó Tadeus Cooper, o su retórica se estaba contagiando de la retórica de la paciente—. ¿Puedo continuar?

—Continúe —dijo la paciente—. Hay más. Mucho más.

—La víspera, él insistió en que el pañuelo perfumado con la inicial S bordada, el pañuelo que Rebecca encontró en el abrigo de Ashley, estaba allí por azar. Que lo había recogido del suelo con intención de devolvérselo a su dueña y que lo había dejado en el bolsillo, olvidado.

»Que el pañuelo fuera de Susan, la mujer de Larry, sirve como ejemplo de hasta dónde puede llegar la fatalidad. Si tan sólo hubiera pertenecido a Maud, la mujer de Preston, la cosa no habría pasado a mayores; pero Susan, una coqueta impenitente, Susan, de quien Rebecca venía sospechando...

»Porque Rebecca sospechaba. Siempre había sospechado de ésta o de la otra. También de Susan. Conocía la orientación sexual de su hermano pequeño (la propia Rebecca le había dado alas para volar solo, en cierto viaje a Italia). Y conocía la insatisfacción de Susan, su encanto, su debilidad. Hay una insatisfacción de los nervios que vale tanto como la insatisfacción del corazón. Y no hacía falta ser un lince para interpretar los ojos que ponía Susan en Ashley.

—Cuando Rebecca encontró el pañuelo en su bolsillo —tomó la palabra la señora Bale—, padeció un calvario comparable a la viva repugnancia que le inspiró. Las discusiones dieron paso a los reproches. Hace doce años, la noche siguiente al calvario de la disputa, Rebecca, por primera vez desde que estaban casados no durmió bajo el mismo techo que Ashley.

—Lo hizo en el hotel Mivart, no lejos de su casa. En Mayfair —dijo Tadeus Cooper—. Habitación número 50.

—El dueño del hotel Mivart, James Edward Mivart, a quien en su día el futuro rey Jorge IV, entonces príncipe de Gales, convenció para que abriese un hotel de categoría en Mayfair, solamente alojaba a ricachones o a personalidades.

»Esa noche, en la habitación número 50 se oyeron sollozos. Algo se partió con estrépito. Alguien pareció tropezar y caer. Se abrió la puerta del cuarto y se cerró. Después se oyeron pasos alejándose por el pasillo y un silencio sepulcral. Un médico de la aristocracia que pernoctaba en la habitación contigua lo oyó todo, avisó al gerente y salvó *in extremis* a Rebecca de morir desangrada.

La señora Bale se detuvo.

—¿Tiene algo más que decirme sobre esa noche? —preguntó Cooper.

—No mucho más. El médico se encargó de su traslado a un hospital, y gracias al billete que fue hallado en el tocador (el mismo que doce años más tarde el detective mostraba a la chiquilla en el coche que volaba en dirección al Mivart), fue posible informar a su esposo.

—Avancemos doce años —dijo Tadeus Cooper—. Ese detective y Adele, ¿qué se encontraron al llegar al hotel Mivart?

—Doctor, es complicado persuadir al gerente de un hotel respetable de que, según fundadas sospechas que se remontan a doce años y que tienen que ver con una mujer, hoy difunta, es necesario forzar la puerta de una de las habitaciones. La habitación número 50. Sobre todo,

cuando quien trata de persuadir al gerente no es un prestigioso médico que se aloja en la habitación contigua, sino un detective sudoroso y una chiquilla asustada.

—¿Y qué más? —preguntó Cooper.

—Usted sabe, estoy segura, lo que pasó. Queda por ver qué es lo que no sabe.

—Cuénteme qué se encontraron el detective y la chica.

—El cuerpo exánime de Ashley, tendido en la cama y desangrándose gota a gota. Había intentado matarse cortándose las venas en la cama en donde su mujer había fracasado por muy poco, doce años antes, si es que Rebecca puso toda su voluntad en matarse. Y, como ella, fracasó Ashley. Por muy poco.

—Entonces, la habitación número 50 del hotel Mivart, ¿era el «lugar especial»?

—Evidente.

—¿Y esa expresión? ¿Por qué el matrimonio «salió reforzado» de allí? ¿Qué quiere decir?

—Pero, doctor, se habían hecho tanto daño, tantísimo... que estaban encadenados. El uno al otro. —Hubo un compás de espera. Ella aprovechó para beber, y luego dijo—: Y ahora, después de todo, ¿se atreve a seguir sosteniendo que Rebecca fue asesinada?

—Más que nunca —contestó Cooper.

—6—

—El negro Roscoe, ningún otro criado, iba sirviéndoles el té —dijo la paciente.

»Arnold Peabody acordó que se reuniesen en la estancia más polvorienta y menos frecuentada, en la sala de baile. Puede que para impresionar a Cyrus Haggard. Es sólo una suposición. Para darle pruebas de cómo vivía el perturbado de su yerno, a quien era preciso atar corto.

»Se habían sentado en un grupo de sofás y sillones de terciopelo de Utrecht. Allí estaban el patriarca y la matriarca Peabody, junto al señor Haggard. El nuevo letrado de la familia para asuntos civiles fue el único que prescindió del té. Estaban Larry y Susan, Preston y Maud, y, sorpréndase, doctor, la joven Adele Higgins.

»Al acabar de servir el té, el negro Roscoe fue a situarse a espaldas de su amo, lo bastante cerca como para no perderse detalle.

»Adele, con las piernas juntas, permanecía sentada en el borde de un sillón, cerca del escondite que pocos días antes había improvisado. Con los brazos rodeó el sombrerito negro que reposaba en sus rodillas.

—... Y esta notable joven —dijo Arnold Peabody, pasando la mirada de uno a otro—, la señorita Higgins, nos honra al acompañarnos en una reunión familiar. No es la primera vez. Mi agradecimiento en nombre de la familia. Sin su ayuda no llegaríamos lejos, ¿verdad o no, señor Haggard?

—Verdad, señor Peabody. —Adele habría deseado que el sillón de terciopelo de Utrecht se la tragase.

—Gracias a Dios, mi yerno está fuera de peligro, después de unos días debatiéndose entre la vida y la muerte. Y es justo ahora cuando hay que tomar una decisión. —Aquí, el viejo miró al letrado—. Una decisión apropiada.

—Excelente noticia, que esté recuperándose —dijo el señor Haggard, y se acarició la verruga que le nacía en una aleta de la nariz. Lucía un sello dorado en el meñique. Fiel a sus hábitos, abrió la tapa del reloj de bolsillo con un golpe seco.

—Su salud física ya no es motivo de alarma —afirmó el patriarca—, pero...

—Está como una chota —saltó Maud con la taza en el aire.

—¡Maud! —se oyó decir a Preston entre dientes.

—Mi querida nuera —apostilló el viejo—, tan sensible como un menhir.

—¡Como un menhir! —se admiró Larry—. ¡Oh, espléndido, *mon père!*

—Larry es bilingüe casi de nacimiento —tradujo Susan dirigiéndose a Cyrus Haggard.

—Qué graciosa es Susan —intervino Anne Rose. Y miró a diestra y siniestra con una mueca risueñamente postiza—. Tiene un carácter horrible.

—Vaya —dijo Larry pasándose dos dedos por el bigote y la perilla. Anne Rose hizo una seña a Roscoe para que se acercase a ella por detrás—, el ingenio de los Peabody vuela hoy por las nubes.

—No levanto ninguna liebre, señor Haggard —continuó el patriarca—, si digo que la salud física de mi yerno ya no está en peligro; pero sí su salud mental. Ninguna liebre.

—¡Ni la más mínima! —dijo Preston. El sombrerito de Adele se deslizó pierna abajo.

—¡Perdón! —susurró la chiquilla cogiéndolo del suelo, y bajó la cara.

—Tráeme unas tijeritas —dijo Anne Rose en voz baja al negro Roscoe.

—Hasta que pasó lo del hotel Mivart —continuó el viejo—, no era mi intención remover la cosa. Por lo menos, mientras la investigación policial estuviera en curso.

—¿Aún sigue abierta la investigación policial, señor Peabody? —preguntó el abogado.

—Puro trámite; pero sí.

—Convengo —reconoció el letrado. Cerró la tapa y se guardó el reloj de cadena.

—Rebecca no siempre dormía bien —dijo Arnold Peabody—; sobre todo cuando se disgustaba por algo. Recurría al cloroformo de manera puntual. Fue un accidente.

—El asunto, vuelvo a decirles —tomó la palabra el abogado— es que, en nuestro ordenamiento jurídico, toda propiedad de la esposa, ya sea adquirida antes o durante el matrimonio, pasa a ser controlada por el marido. Y, por otra parte, la difunta determinó que si ella moría antes, su esposo pasaría a tener la plena disposición de los bienes.

—Pero qué injusticia —exclamó Preston.

—Se me parte el corazón, hermano.

—Larry, querido —terció Susan—, tienes más corazones que vidas tiene un gato.

—Por eso estamos en la obligación de velar por los intereses de mis sobrinos. ¿No es así, señor Haggard? —dijo Preston.

—Muy comprensible —contestó el abogado—. En nuestros días, mujeres como su difunta hermana, con patrimonios muy sustanciosos, se han visto sujetas al control financiero de sus, me permitiré decirlo sin tapujos, escasamente acaudalados maridos.

—Dígalo como suena. Maridos que pertenecen a clases desfavorecidas —dijo Maud.

—Pero guapísimos —dijo Susan.

—Sigue respirando por la herida, amor —contraatacó Larry—, y acabarás salpicándonos de sangre.

—Al matrimonio sólo aportó bienes mi hermana —dijo Preston.

—¡Ingentes! ¡Bienes ingentes! —recordó Maud.

—Entiendo —dijo de forma muy circunspecta el señor Haggard, y señaló—: se les presenta a ustedes la oportunidad de hacer justicia al apellido Peabody, limitar los derechos de Ashley Bale y velar por los de Stephen y Matthew.

—Explíquenoslo, señor Haggard —dijo Arnold Peabody—. Estamos en familia.

—La clave es una declaración jurídica de incapacidad. Ashley Bale es incapaz de gobernarse por sí mismo en la esfera jurídica y menos de cuidar como es debido a sus dos criaturas. La demencia es una causa manifiesta que debería privarle de la custodia de sus hijos y de la administración de sus bienes.

—Pero Ashley no está loco —se alzó la voz tímida de Adele.

—Como una cabra, hijita —observó Maud. Preston se incorporó y casi abalanzó sobre la muchacha diciendo:

—Si ofrecer mediante anuncios una recompensa de diez mil libras a quien se comunique con los muertos, o si hablar con mi hermana fallecida durante más de dos meses sin apenas salir de esta casa, despreocupándose de sus hijos, o si un frustrado suicidio cortándose las venas en la habitación de un hotel, si todo eso no demuestra que no está en sus cabales, no sé qué puede demostrarlo. Pregúntale a los marqueses de Osborn-Sherry qué piensan de la salud mental de mi cuñado.

—Conozco a más de un juez que ahí vería razones más que suficientes, señor —dijo el picapleitos. El negro Roscoe regresó con las tijeritas, que puso en la mano de Anne Rose, y volvió a colocarse a la espalda de Arnold Peabody. Anne Rose empezó a cortar los hilos que sobresalían de una de sus mangas.

—Adele, querida —empezó el viejo, que se echó hacia delante. Apoyó los antebrazos en las piernas, entrecruzó las manos y la miró por encima de los lentes—. Ashley no está bien. Y mis nietos corren peligro con un padre que no está bien. Nos ocuparemos nosotros. Hay que protegerlo de sí mismo. ¿Nos vas a ayudar?

—Cómo —se ahogó en la duda la muchacha.

—Diciéndonos la verdad —contestó el viejo.

—Pero Ashley no está loco. Se equivoca. En el hospital, razonaba bien. Reconoce a los demás, recuerda todas las cosas.

—Adele, muchacha... —dijo el patriarca por lo bajo.

—Es un hombre inteligente y sensible —siguió la chiquilla.

—¿Qué hacíais allí dentro, en esa habitación, a oscuras, los dos? —preguntó Maud—. ¿Crees que estamos ciegos y sordos?

—Niña —suspiró el viejo—, si quieres ayudar a Ashley, debes contarnos. Tú sabes más que los domésticos de esta casa.

—Todos contra Ashley, pensaba Adele. Y en el medio estaba ella, doctor. Por mucho que dijese la servidumbre, nunca sería lo mismo que si ella hablaba. ¿Traidora? Pero él había intentado matarse. ¿Y si callar era peor para Ashley? Ya empezaban a tratarlo de loco.

—¿Nos lo vas a decir? —la intimó Preston. Podía palpase la mirada que el viejo lanzó a su hijo.

—Estoy muy nerviosa.

—Adele, mira —insistió el patriarca—. No tienes que hablar ahora, si no quieres. Bastará con

que expliques lo que hacíais en esa habitación delante de un juez, ¿sí?

—Yo aprecio al señor Bale —tartamudeó Adele—. Lo aprecio mucho.

—¿Erais amantes? —La voz de Maud se quebró con un gallo—. ¡Lo sabía!

—Dejad en paz a la muchacha —intervino Larry.

—Diles qué hacíais allí dentro. —Fue Susan quien habló—. En cuanto se lo digas te dejarán en paz. Te lo digo yo.

—Estáis atosigándola —declaró Larry. La chiquilla se aferró al sombrero, lo abrazó con fuerza contra el pecho. Tenía los ojos empañados. Anne Rose seguía cortándose los hilos de la manga.

—Es un buen hombre —dijo Adele—. Les doy mi palabra de que no está loco. No lo está. — De súbito, la chiquilla se puso en pie y salió corriendo de la sala y, en ese instante, las tijeritas de Anne Rose cayeron al suelo, con las puntas abiertas.

—¡Maldición! ¡Maldición! —exclamó el viejo que, sin levantarse, alejó de una patada las tijeritas—. ¡Roscoe! ¡Rápido! ¡Trae sal! ¡Habéis visto hacia quién apuntaban? —Más o menos todos lo negaron.

—Imposible ver nada, con los reflejos que tienes, padre —dijo Larry.

—¿Por qué? —preguntó el abogado—. ¿Qué significado tienen las tijeras, señor Peabody?

—Símbolo de muerte repentina —explicó Larry.

—Ah, bien —respondió sin perder la calma el picapleitos. Y, a continuación, como habiendo asimilado lo ocurrido—: de todas formas, no se preocupen. Aun sin el concurso de la joven, será fácil alegar demencia.

—Y a la médium le faltó tiempo para ir al hospital en donde reposaba Ashley y despertarlo, para contarle con todo lujo de detalles la encerrona —concluyó la enferma.

CAPÍTULO XIII

—1—

—Definitivamente —siguió diciendo la señora Bale—, Arnold Peabody dio vía libre a su abogado para interponer la demanda. Y esa misma tarde, Larry y Preston se reunieron con el viejo en su mansión de Park Lane.

—¿Crees que era necesario, padre, llegar a esto? —preguntó Larry, el único que seguía de pie, con una copa en la mano—. Acabará teniendo pesadillas con nosotros, su propia familia. — Estaban en el gabinete de trabajo del viejo. Allí donde aún le gustaba pasar las horas al patriarca, detrás del escritorio. Dirigiendo el curso de sus rentas como desde Rhode Island había dirigido el curso de sus barcos.

—Larry, por qué no pones a funcionar tu cerebro para las cosas prácticas —soltó el viejo con las gafas en la punta de la nariz y el puro humeante en la mano.

—Se trata de mi cuñado y mis sobrinos.

—Cuánta comedia —dijo Preston, que fumaba un purito sentado del otro lado del escritorio, con una pierna sobre otra—. Mi hermana está en el cementerio por culpa de ese oportunista.

—Es sólo tu opinión, querido —contestó Larry.

—¿Dónde tienes la cabeza? —preguntó el mayor—. ¿Estás o no de nuestro lado? ¿Por qué me acompañaste a la mansión Osborn-Sherry? ¿Por la hospitalidad de la aristocracia?

—Si no fueras quien eres, Preston, hace tiempo que te habría enviado a mis padrinos —dijo Larry, que se miraba cuidadosamente las uñas—. Y te adelanto que mi puntería es excelente.

—He dicho que así procedería, y así procederé —zanjó el patriarca—. No voy a consentir que mis nietos estén a merced de ese padre.

—Nunca quiso a Rebecca —dijo Preston descargando de ceniza el purito—. Se casó por su dinero. ¿Sabías, Larry, que ha contratado por su cuenta un detective privado?

—¿Un detective privado? —preguntó estupefacto Larry.

—Me lo dijo una sirvienta de toda confianza.

—Esto se pone interesante —dijo Larry.

—Por mí puede contratar a todo el Departamento de la Policía Metropolitana —intervino el patriarca, y añadió Preston:

—Siempre que no sea con nuestro dinero.

—El gran error de mi hermana —dijo Larry— fue no contratarte como administrador. Si alguien tenía que desplumarla, mejor que fuera de su propia sangre.

—Peor no le habría ido que dejándose aconsejar por ti. Un cínico orgulloso.

—No os he llamado para que os pongáis a pelear —soltó el viejo.

—Mi hermano no ha superado la minoría de edad —dijo Preston—. No da golpe desde que el mundo gira y pretende darme lecciones morales. ¡Ridículo!

—¡Cínico orgulloso! —se regodeó Larry—. Me gusta.

—De los dos, Larry, yo he sido el único que ha estado siempre con papá.

—No me llames esa mierda: «papá». —Dejó el puro en el cenicero.

—Ay, mi envidioso hermano —siguió Larry. Preston se levantó—. No sé, pero empiezo a distinguir en tu cara un tinte verdoso que se extiende a medida que te excitas.

—¿Te figuras que tu vida es mejor que la nuestra? —alzó la voz Preston.

—Pregunta por pregunta. ¿Llega el momento de arrojarte el guante? —El viejo se estrujó la cabeza entre las manos.

—¿Sabes por qué mi hermana te prefería, Larry? Es muy sencillo. Porque eras el enfermo, el sodomita.

—¡¡Preston!! ¡Cierra tu boca y vuelve a sentarte! —Apagó el puro en el cenicero—. ¡Y tú, Larry, deja en paz esa condenada copa! Te estás convirtiendo en un auténtico borracho. —Preston obedeció a su padre y Larry, en un gesto conciliador, posó la copa en un anaquel de la biblioteca—. Os he llamado para que sepáis que acaba de presentarse la demanda de Haggard. Y que las perspectivas son excelentes.

—Qué gran noticia, padre —dijo Preston—. Te felicito.

—Guárdate las felicitaciones y resérvate para tu mujer. —Se quitó los anteojos—. Hoy vas a alegrarle tanto el día que tendrás que emplearte a fondo por la noche.

—Pero ¿se puede saber qué te he hecho ahora, padre? —El patriarca arrastró la silla hacia atrás y se levantó con esfuerzo.

—A mí me gustaría saber qué pecado cometió Ashley, si no es mucho pedir —dijo Larry volviendo a coger la copa.

—No permitiré que el tipo gaste una libra más de un dinero que no le pertenece —repuso Arnold Peabody—. Aparte de eso, me importa poco su vida.

—Se casó con mi hermana, padre —dijo Larry.

—Tu hermana está muerta. —El viejo salió de detrás del escritorio y, con las manos cogidas a la espalda, se dirigió hacia la salida diciendo—: ¿Has oído o no que acaba de contratar a un detective privado, Larry? No se fía de nosotros.

La paciente se detuvo, agotada. Cooper aprovechó para hacer un último intento, quedaban tan pocos días...

—Señora —dijo Cooper. Sacó un pañuelo para secarse la cara—, ¿usted recuerda la investigación del detective privado?

Ella le lanzó una mirada vacía.

—No pierde la esperanza, ¿verdad, doctor?

—Quiero lo mismo que usted. Quiero que salga de este manicomio.

—Rebecca no fue asesinada, doctor; pero eso Ashley no lo sabía. Aún no podía saberlo. Y en una cosa tenía razón el viejo Peabody: Ashley no se fiaba de ellos. No se fiaba de nadie.

—Entonces, ¿la investigación del detective...?

—No llegó a puerto alguno —dijo ella, dominada por un nerviosismo creciente—. Como la investigación de la policía. En realidad, no habría hecho falta que el viejo utilizara sus influencias, salvo con la Iglesia. Rebecca se suicidó.

Tadeus Cooper se guardó el pañuelo y, poco después, dijo:

—¿Cómo puede estar tan segura? —Y, a renglón seguido—: Permítame que le muestre las transcripciones. Permítamelo.

—¡Para qué! ¡No me interesan! ¡Me repugnan! ¡Son engañosas! Ya me ha enseñado usted suficiente. Son la voz de una muerta; no de una persona viva. —Con el tiempo se había ido operando un cambio sutil en la señora Bale. Si al principio de la terapia hablaba con naturalidad de la muerte y de la ausencia, si antes se refería a los difuntos como a vivos, ya no—. Pruébeme usted la vida con la vida. Hábleme del amor y de los sueños.

»¡Rebecca merecía vivir! No me hable de las comunicaciones de una médium. ¿Cree que le hicieron algún bien a Ashley? —Se calló y, como arrepintiéndose—: ¡Oh, sí, contactó con ella, gracias a Dios! Volvió a ella, y ella volvió a él; pero Rebecca no se habría matado si él no hubiera sido un cobarde.

—Tranquílcese —dijo Cooper con voz suave—. Sólo trato de ayudar, compréndame.

—¡¡Pruébemelo!! —dijo ella exasperada—. Que no fue un suicidio. Pruébemelo sin transcripciones espiritistas. —Entonces Cooper se levantó, se colocó detrás de la paciente y posó las dos manos sobre sus hombros mientras ella decía, cada vez más bajo—: Pruébemelo, pruébemelo, pruébemelo... Pero no puede probarme nada. No tiene nada.

Y él comprendió que regresar al cementerio de Highgate era irremediable, si deseaba hacerse con la prueba más valiosa de todas.

—2—

Así que debía intentar probárselo. La paciente se lo imploraba. Lo cual suponía un gran avance, ¿o no? Es lo que pensamos nosotros.

Lo peor era el regreso a Highgate, pasar por el mismo trago. Si en la primera ocasión había desfallecido, ¿qué le esperaba esta vez?

Devorado por los temblores, Cooper esperó a Flint, el vigilante, en la misma verja de entrada al cementerio. Bien pudiera pasar que todo él se estremeciera de frío, sólo que no hacía frío. Llevaba su maletín. Se caló el sombrero y, con la torpeza propia de alguien que lleva guantes, se abrochó el último botón de la chaqueta.

Como en su otra incursión a Highgate, caía la tarde, el vigilante se demoraba. Se hizo el propósito de llegar hasta el final, ahora sí. Y el primer paso era no desmayarse.

Por último, apareció Flint, muy sigiloso, con su aspecto de bucanero, el hombro encogido. El detective se hubiera jugado el mostacho a que lo había hecho esperar adrede.

Antes de girar la llave en la cerradura, Flint extendió la mano a través de los barrotes. Entonces, Cooper depositó en ella cuatro soberanos de oro, uno más que la primera vez.

—Señor Flint, me dejará entrar en la cripta. Y también espero que me ayude.

—¡Ni hablar! —dijo el otro abriendo la verja.

—No me guarde rencor, hombre.

—Por mí, haga lo que le dé la gana.

Nuevamente el bucanero lo guio por las consabidas veredas sin empedrar. Por encima y alrededor espesura, lápidas, estatuas de querubines, terrazas y escaleras. Atravesaron la arcada egipcia y siguieron por el pasillo que bordeaban los panteones privados.

—Debe creerme, señor Flint. No hubo ninguna aparición.

—Por mí...

—Ningún fantasma. Se lo digo en serio. Nada.

—Entonces —lo dijo sin volverse—, ¿por qué se desmayó?

—Creí escuchar algo.

—El fantasma. Quería ponerse en contacto con alguien.

—Oiga, señor Flint...

—El fantasma.

—¿Usted piensa?

—Me apuesto el cuello. Lo que fuese venía del valle de las Sombras.

—Si usted lo dice, que lleva cuarenta años aquí.

—Le pedí que me dejase quedarme. Nada. Y encima le da un vahído. Le advertí que estaba pálido.

—No tengo ninguna queja de usted, señor Flint.

—Puede que lo haya ofendido. A mí me hubiese ofendido. Ándese con ojo ahora.

—Lástima. Fue una gran oportunidad.

—Laméntese ahora, laméntese. —El señor Flint rezongó algo intraducible. Qué nido de pavores aquel sitio, pensó Cooper—. Llevo más de cuarenta años aquí. ¡Y aún no he visto ni una sola aparición! Maldita sea mi estampa.

Siguieron adelante, Cooper mareado. Después de cruzar buena parte del cementerio llegaron al templete. Subieron la escalera. Una vez arriba, Cooper lo miró muy fijo.

—Señor Flint, ¿y si me ocurriera algo ahí dentro? ¿Qué pasaría con usted?

Flint parpadeó y, elevando los ojos al cielo, meneó la cabeza. Se recolocó el pañuelo mohoso que llevaba atado a la frente, escupió a un lado y, con fingida espontaneidad, dijo:

—No pienso interferir.

—No lo enfoque de esa manera. Haga el favor de ayudarme.

—Mmm. No sé.

—Hablo en serio. Lo necesito.

—¿En serio, serio?

—Muy de veras, señor Flint.

—¿Ahí dentro? ¿Con usted?

—Exacto. Abriremos el ataúd.

—¡Madre Santísima!

—No le prometo que ocurra nada; sólo que necesito su ayuda. —Y lo más grave es que no mentía—. Ahora, abra esa puerta.

Y el cobrizo semblante del bucanero pareció reflejar los fulgores del tesoro.

Ya dentro, Flint encendió las antorchas que colgaban de las paredes y cerró con llave.

El detective soltó el maletín con cuidado, se agachó, lo abrió, se quitó los guantes y los metió dentro. Movié en el aire unos dedos agarrotados, se puso las gafas de la otra vez, se apoderó del maletín, cargó con él bajo el brazo y, medio ciego por las gafas y todo, dijo con voz de mando:

—Sepulcro.

—¿Cómo dice?

—Que me lleve hasta el sepulcro, señor Flint.

El vigilante, con un respeto que rayaba en la pleitesía, obedeció hasta situar al detective junto a

la lápida de mármol.

—Palanqueta del 4 —dijo Cooper, transido de dignidad, señalando con un dedo el interior del maletín. El vigilante se zambulló en las profundidades del maletín y emergió con una palanqueta. Estaba admiradísimo.

—Ésta es del 2. Palanqueta del 4.

Flint repitió la operación de búsqueda. Le entregó una palanqueta más grande.

El detective se acercó a la lápida. La examinó a muy corta distancia y empezó a hurgar con la palanqueta en el intersticio que unía la lápida al basamento. Hurgando dio la vuelta entera al sepulcro. Luego devolvió la herramienta al vigilante y dijo:

—Palanqueta del 2.

Flint volvió a zambullirse y le pasó la más pequeña. Armado con ella, Cooper repitió la operación, recorrió todo el perímetro. Regresó al punto de partida con la herramienta apuntando al bucanero, y dijo:

—Ganzúa.

Flint cogió la palanqueta y le pasó la ganzúa.

—Descúbralo —dijo Cooper con la ganzúa en alto.

—¿Qué?

—Ataúd. Que lo descubra.

El vigilante desplegó una energía heroica con el fin de apartar la lápida.

—Señor Cooper —masculló Flint sin aire cuando ya tenía la lápida en el suelo, apoyada contra el basamento del sepulcro—. ¿Nota alguna presencia?

—Apártese.

Con la nueva herramienta, Cooper atacó la cerradura del ataúd. Los chirridos se propagaron por todas partes. Se unieron al restallido de las antorchas.

Empezó a notar de la cerradura cedía. Al poco, entregó la ganzúa al vigilante.

—Maletín. —Flint tardaba en obedecer—. Que la guarde en el maletín.

—Sí, señor.

—Tapa —ordenó, temblando de pies a cabeza—. Fuera.

Flint, con las manos en el borde de la tapa, parecía como en estado de arrobamiento. Por fin, apretó los dientes, levantó la hoja, la arrastró como pudo y amortiguó su caída. El contenido del ataúd quedó expuesto.

Cooper se acercó a los restos de la víctima, pero eludió mirar hacia donde había estado la cara.

—Pinzas.

Flint sacó unas pinzas largas, lo único que encontró digno de tal nombre.

Tadeus Cooper las blandió en el aire un instante y luego las orientó hacia uno de los bolsillos exteriores de la chaqueta. El frac, la blusa, la corbata de lazo, las vestimentas de la víctima estaban impolutas. Deslizó las pinzas en el bolsillo, desvió la cabeza hacia un lado y, poco después, sacó las pinzas con delicadeza. Sujetaban un papel doblado por la mitad. Tomó el papel entre dos dedos. Era, por fin, suyo.

Lo desdobló resoplando, la cara lustrosa por el sudor. Aunque el papel estaba sucio y ligeramente deteriorado, era tan legible como año y medio antes. Volvió a doblarlo.

—Tapa y lápida.

El vigilante obedeció sin rechistar. Le llevó un buen rato.

Cooper guardó el papel en el maletín. Se quitó las gafas y tomó asiento en el suelo, con la espalda apoyada contra la piedra, bajo una de las antorchas. Hizo ejercicios respiratorios. Por último, Flint tomó asiento a su lado.

—La mujer que vino antes que yo, hace año y medio... —dijo Cooper.

—Yo no sé nada, señor Cooper. Soy una tumba.

—No se haga el listo. ¿O ya no recuerda que me lo reconoció? La mujer que estuvo aquí hace año y medio, esa mujer le pagó por hacer lo mismo que ha hecho y para que sellase la lápida. Séllela en cuanto me retire.

—¿Y el fantasma?

—No es culpa mía, señor Flint. —No pudo reprimirse, después de lo que le había cobrado y le había hecho pasar el bucanero. Se levantó—: Cuatro soberanos de oro pagan lo que pagan.

—3—

Cooper tomó un coche para llegar a tiempo a su casa.

Hizo la casualidad que su incursión a Highgate y la visita del muchacho coincidiesen en la misma tarde. La casualidad y la urgencia. El plazo del director Monro se agotaba y esta reunión con el chico, de por sí ya reticente a quedar con Cooper, era impostergable.

El caso es que cuando el detective llegó a su piso, extenuado y nervioso, tuvo un presentimiento, sintió un vago malestar. Se quitó el sombrero y se dirigió a la habitación de los pájaros. Abrió la puerta. Sus pequeños amigos parecían felices, pero él se fue directo hacia una jaula.

Se quedó con la nariz pegada a los barrotes y el desánimo lo atenazó.

Hector estaba bocarriba, las patas ya rígidas. El detective abrió la portezuela y cogió al periquito, lo sostuvo en la mano y todo lo abarcó el silencio.

Se fue al estudio con él, allí donde había compartido con Mary horas y años de vida.

Tomó asiento en el diván, frente al óleo de Mary. Se quedó así, con Hector en la mano abierta, mirando su cuerpecito detrás de las gotas calientes, prendidas de sus pestañas.

No lloraba sólo por Hector, lloraba por todos. Por sus pájaros. Por él mismo y por Mary. Por Ashley y por Rebecca y por el joven con el que se había citado y que estaba a punto de llegar. El joven que había accedido a venir. Hacia quien sentía, por ello, gratitud.

Levantó los ojos. Tantos mapas, libros, periódicos, instrumentos y artilugios. Tanto orden y escrupulosidad en su trabajo y en su vida.

En este mismo piso, muchos años atrás, su esposa y él habían dado clases a niños. Los dos maestros. Les gustaba la docencia y leer, resolver acertijos, las aventuras del espíritu. Viajaban juntos en los sueños, con la mente; otros viajan con las piernas y su corazón no se mueve del sitio. Les gustaban los enigmas raros, los crímenes sin resolver, por lo que tenían de juego y desafío. Así empezó la cosa.

Reunían pistas, coleccionaban periódicos, lanzaban hipótesis. Al principio, simultaneaban su afición y las clases, luego montaron la agencia y dejaron las clases. *MyT. Agencia de detectives.*

Tenían clientes. Cada vez les iba mejor. Fue años antes de que el famoso Allan Pinkerton montara su agencia en Chicago, con aquel lema que hizo fortuna: «Nunca dormimos»; sin embargo, Mary y él fueron los primeros.

Y ahora todo se enmohecía y avejentaba. De Mary aún guardaba sus vestidos, el olor ya tenue de sus ropas conservándose en el ropero. No concebía desprenderse de nada suyo, aunque ya raramente trabajaba en casa y cuando volvía era sólo para dormir. A veces, por demorar la vuelta, daba largas caminatas por la ciudad.

Pensaba en la paciente del Bethlem a todas horas. En adelante, no aceptaría más casos. Éste, que ya había resuelto año y medio atrás, sería el último. Y con él pondría fin a su carrera. Y cambiaría de hogar. Y cambiaría de vida.

—Mary, Mary —dijo mirando con fijeza el cuadro—. ¿Y si es ella la que está equivocada y los médicos del Behtlem los que aciertan? ¿Y si está trastornada, Mary? ¿Y si no hay más allá que esto?

»Dime algo. Ojalá pudieras hablarme. Ojalá pudieras oírme. Si al menos supiese que estoy en el buen camino; pero no sé cómo ayudarla. No sé.

»¿Recuerdas cuando decidiste trabajar conmigo, hombro con hombro? Estudiabas, me ayudaste a aprender. Buscabas y reunías pruebas, te inventabas hipótesis. A veces te quedabas estudiando por las noches, dándole vueltas a esto y a lo otro. Ojalá estuvieras aquí.

»¿Crees que entregarse a la esperanza es muy malo? Pues, a menudo, cuando ella se pone a hablar, siento que tiene razón, que los muertos que nos amaron nos esperan.

De repente, Cooper oyó unos golpecitos de la aldaba. Es él, pensó. Ya está aquí. Se levantó del diván, dejó a Hector en el escritorio, con delicadeza. Mientras se dirigía hacia la entrada dijo: «Ya voy. Ya voy». Procedió a secarse los ojos con el pañuelo y se lo guardó antes de abrir la puerta.

El joven vestía ropas negras, como la última vez que lo había visto, y llevaba el cabello rubio peinado con raya al medio. Tenía ojos oscuros y enormes, cercados por violáceas ojeras, y una cicatriz con forma de anzuelo le surcaba la mejilla.

El muchacho sonrió de manera franca y acogedora. Irradiaba vitalidad o inocencia ese rostro. ¿Y acaso no era lo natural, siendo como era tan joven, aunque hubiera vivido tanto? Tenía dieciocho años.

—Buenas noches, señor Cooper. —Se estrecharon la mano—. ¿Mal momento?

—Por el contrario. Gracias por venir. —Y Cooper lo condujo hasta el saloncito, en cuyo sofá se sentaron—. ¿Desea tomar algo?

—En otra ocasión. —Miró hacia la ventana con ojos relucientes—. Ésta es una noche cálida, ¿verdad?, una noche muy poco londinense.

—A mí me gustan los días cortos.

—¿No son tristes?

—No me haga caso. Soy casi un viejo. Un hombre de rutinas.

El muchacho puso una expresión entre atónita y defraudada. Para Cooper, aquel joven de talentos singulares desafiaba cualquier análisis. Puede que el detective deseara ver más de lo que había.

—Señor Higgins, necesito que me responda a una pregunta.

—Adelante.

—¿Es posible, en verdad, comunicarse con las almas de los difuntos?

El chico se incorporó un poco en el sofá, entrelazó las manos y bajó la cabeza.

—¿Me ha llamado por eso?

—No se ofenda. Déjeme ser franco y decirle que sí.

—Estoy muy ocupado, señor Cooper—repuso el joven—. Tengo muchas obligaciones familiares.

—Por qué me ha rehuido todo este tiempo.

—Sé lo que quiere de mí. Pregúnteme por qué he venido. He venido porque sé que le debo la vida —dijo el muchacho mientras se pasaba una mano por la cicatriz con forma de anzuelo. Cooper sintió que la viveza de sus ojos se apagaba, envejecía, se volvía vidriosa. El joven volvió a mirar hacia las profundidades de la noche y, con un acento en el que había un soplo de caridad, preguntó—: ¿Ha llorado, señor Cooper?

—Responda a mi pregunta, si no le incomoda. ¿Es posible comunicarse con las almas de los difuntos?

El joven miraba hacia afuera, a través de la noche.

—Sí, es posible. Los muertos nos esperan.

—¿Seguro?

—Del todo. ¿Algo más, señor Cooper?

—Sí, hay algo más. ¿Me ayudaría a contactar con mi esposa?

El muchacho, con la vista aún fija en la ventana, se puso en pie. Cooper hizo lo propio.

—Ya no me dedico a esas actividades.

—Pagaré lo que haga falta. Le daré lo que usted quiera.

—No quiero dinero. Nunca he cobrado un penique. Además, no soy la persona que busca.

—Usted es médium.

—Lo fui. Pero esa persona murió.

—Se lo suplico, ayúdeme.

El muchacho lo miró de frente. La juventud se había retirado de su cara.

—Señor Cooper, ¿ya ha aprendido a creer?

—Sí, creo.

—Pues escuche lo que voy a decirle: me interesan más los vivos que el mundo de los ausentes.

—Hasta hace no mucho usted contactaba con ellos.

—¿Y no demuestra eso que todos cambiamos? ¿Que el dolor nos cambia?

—Usted es sólo un muchacho. ¿Tanto le cuesta apiadarse de quien fue joven un día y amaba los días cálidos y largos de verano, como usted?

—Golpea bajo, señor Cooper —dejó caer el chico—. Eso no está bien.

—Verá, no es sólo por mí; es por ella. Y usted desea tanto como yo que salga del manicomio. Ayúdeme a liberarla.

—Señor Cooper, haga su trabajo y saldrá.

—Si yo tuviera la experiencia, todo sería más sencillo.

—¿Qué experiencia?

—Si usted me ayudase a contactar con el otro lado.

—Tarde o temprano ocurrirá, señor Cooper.

—Usted no quiere entenderlo. Yo podría ayudarla mejor.

—Se equivoca. Los contactos con el mundo invisible nunca ayudaron a vivir ni a comprender más o mejor.

—Habla como un anciano, y no es más que un niño.

—Demasiado peligroso. Me da miedo. Eso terminó para mí.

—¿Es su última palabra?

—Sí, señor Cooper. —El detective lo acompañó hasta la puerta y, antes de despedirse, el muchacho dijo—: señor Cooper, ¿ha llegado a *la historia de Isaac y Rebeca*?

Cooper se quedó pensativo. Estuvo a punto de decirle que para eso, precisamente para eso, acababa de estar en la tumba de Highgate; pero al final se lo calló.

—Cuando llegue, como usted sabe, significará que todo ha terminado —afirmó el chico—. Tenga fe en las palabras de Dios.

El detective volvió al estudio con el desánimo en el rostro. Vio el cuerpecito de Hector que reposaba en la mesa. Aún no sabía qué hacer con él.

—4—

—En cuestión de días —dijo la reclusa— Ashley se restableció de la tragedia del Mivart. Al menos, físicamente. Y aunque fuese pronto para afirmar que la había superado, su actitud con los otros cambió. Eso desde luego. La serenidad parecía haberle ganado terreno a la culpa, a la desesperanza, a lo que quiera que lo había devastado. Y Adele respiraba agradecida.

Tadeus Cooper escanció agua de la jarra en el vaso de la paciente y en el suyo. Eran las nueve y veinte de la mañana.

A las nueve en punto había llegado al hospital de Bethlem tras una noche agitada, precedida de una tarde en Highgate y con el joven médium. Se caía de cansancio, había dormido poco; pero el momento de entregarse a fondo era éste, la fase crucial de la terapia.

La paciente bebió. Cooper tomó lápiz y agenda. Ella prosiguió diciendo:

—Aquella tarde, Ashley se había desplazado a la casita de labranza de Bloomsbury, en el llamado Campo de las Cuarenta Pisadas, ya sabe, el hogar de Adele. Hacia finales de agosto, el día era espléndido, lleno de luz. Los niños, Pumpy, Eloise, Lizzy, Zac, Snif y las dos gemelas, Bertha y Blanche, jugaban al aire libre, en la pequeña parcela donde cultivaban berros de una calidad excelente y un poco de todo.

—¡Ashley, Ashley! ¡Mira lo que puedo hacer! —bramó Pumpy, la que adoraba los cuentos, bocabajo mientras se apoyaba en las manos y sus trenzas doradas como espigas casi rozaban el suelo.

—Llevaba horas haciendo de actor y espectador. Casi la tarde entera, puesto que había llegado justo después del almuerzo, cuando Maggie se acostaba para leer sus folletines.

»Adele supervisaba el huerto de las legumbres con la pequeña Dora en brazos. Le propinaba al bebé palmaditas muy suaves para que eructase.

»Como hacía tiempo, desde la tarde en que visitaron el Museo Británico, que los niños no veían a Ashley, estaban que se subían por las paredes.

»Además, notaban, con sabiduría intuitiva, que su hermana mayor se relajaba en presencia de

él. Hasta sus broncas y reproches, cuando Ashley estaba con ellos, adquirirían un tono más risueño, más indulgente, más tolerante.

—¡Ashley! ¿Vienes a jugar? —preguntaron las gemelas Bertha y Blanche. Las dos más morenas y formalitas del grupo. A sus doce años, hacían del juego una actividad que les hubieran recetado.

—Adele se regocijó viendo cómo Ashley había recuperado algunos kilos. A ojos de la muchacha estaba incluso más encantador y saludable que antes de las sesiones. Las canas no hacían sino realzar su atractivo.

»Snif aparecía y desaparecía. La mayor parte del tiempo a cuatro patas.

»La pequeña Lizzi estaba llena de dudas. Entonces se le subía toda la sangre a la cara y las pecas se le marcaban más de lo normal. Acribillaba a Ashley a preguntas cuando no le daba tironcitos de los faldones de la chaqueta, lo que aprovechaba él para aupársela a los hombros. Y en cuanto a Eloise y a Zac, ambos femeninos por igual, podían pasarse horas sembrando un esqueje o escardando en la tierra a la búsqueda de tesoros, pero siempre cerca del resto de la tribu.

»Atardecía, empezaba a refrescar. Adele apremió a los niños a meterse en casa, pues deseaba estar un rato a solas con Ashley, antes de que se fuese. Maggie seguía dentro, ahora haciendo la cena. Ya la había visto asomada a la ventana espiando con discreción.

—Venga, despedíos de Ashley. Maggie os está esperando para cenar. —Acabaron obedeciendo. Adele los acompañó a casa y acostó al bebé. Soportó la mirada escrutadora de Maggie y regresó para acompañar a Ashley hasta el caballo.

—Demos un paseo, Adele. Hace una tarde deliciosa.

—Un rato sólo. Maggie está haciendo la cena. —Se sonrió con timidez.

—La sangre es lo único que permanece. Tienes una familia envidiable.

—Los niños le quieren mucho.

—También yo a ellos.

—¿Cómo están Stephen y Matthew?

—Bien, bien —dijo Ashley—. Sabes, con parte del dinero de Rebecca, pienso llevar a mis hijos y a tía Amelia al continente. Un largo viaje. —Adele se sobrecogió. El dinero de Rebecca, las intenciones de su familia, el abogado que el viejo Peabody había contratado. Le había contado la encerrona a Ashley; y él como si nada—. Quiero compensarlos por todo. Por la falta de dedicación. Por mis errores. ¿Me perdonarán algún día?

—Quiéralos. No necesitan más.

—Adele se abrazó mientras paseaban por el sendero, del otro lado de la valla —recordó la señora Bale—. Que Ashley conociera la existencia de la demanda para incapacitarlo, o que existía la posibilidad de que perdiese la custodia de los niños y estuviese tan sereno la dejaba a merced de una angustia indisimulable.

»De frente, el sol se ocultaba en las montañas. Se notaba que era un sol entristecido, se parecía mucho a la resignación de la gente pobre.

—Con Eileen llegué tarde; pero eso no sucederá con Stephen y Matthew. Y quiero que los últimos años de tía Amelia sean los más dulces de su vida. Hasta ahora no he sido más que una fuente de decepción para ella.

—Estoy segura de que no. —Ashley hablaba, o eso creía la joven, como si su esposa y todo lo relacionado con ella se hubiera desvanecido, borrado de su memoria.

—Y los niños tienen toda una vida por delante, ¿verdad?

—Sí —dijo la muchacha—. Toda una vida. —Naturalmente, si la citasen a declarar en el infame juicio, ella haría lo imposible por beneficiarlo. Declararía, ya no digamos, en su favor, diría la verdad, apelaría a la equidad y benevolencia de los jueces; pero tenía la sospecha de que todo cuanto hiciera sería inútil frente a las relaciones del mejor abogado y al dinero de los Peabody.

—No les he dado motivos para ser felices; pero, a partir de ahora, se los daré.

—Salieron de la vereda —continuó la señora Bale—. El terreno ascendía en suave declive. Los árboles y la campiña de los alrededores tenían el encanto de lo salvaje, de lo no domesticado. Adele admiraba las cosas naturales, se deleitaba en su contemplación. Por eso siempre le había caído bien Rebecca. Por eso y por su fuerza. La fuerza y el valor de quien no se conforma.

»Notó que él la miraba como solicitando su aprobación. Era un hombre cambiado y el mismo; pero reconocía en este Ashley al caballero que la había impresionado muchos meses antes, cuando se conocieron.

»Fue en la gran franja de terreno de Hyde Park, al sur del lago Serpentine, donde iba a levantarse el Palacio de Cristal. Una mañana en que el cielo estaba encapotado, Adele acompañó a su madre. Maggie había pospuesto la lectura de sus amados folletines porque ardía en deseos de ver el sitio en donde se erigiría la estructura para la Gran Exposición. Pero había mucha gente y la chiquilla se tropezó con aquella dama elegante, o bien la dama, que cojeaba ayudándose de un bastón, tropezó con ella.

»Adele quedó seducida por su efusividad, su cautivadora sencillez. Le encantó aquella dama con tan pocos remilgos, algo impropio de las clases altas británicas.

»Vio cómo un caballero alto y de anchas espaldas volvía sobre sus pasos. La dama lo presentó como su marido, el señor Bale, Ashley Bale, y siguió hablando con ella y con Maggie. Al final, la dama las invitó a su mansión de Park Lane. Por supuesto, Maggie nunca acudió; pero ella sí. Recordaba mejor el nombre de su esposo Ashley que el de ella. Y empezó a frecuentar la mansión de Park Lane por él. Por él, sobre todas las demás razones.

—Les fallé a mis hijos. Ellos confiaban en mí, y yo les fallé. No supe estar a la altura.

—No debe usted decir eso, Ashley —dijo Adele.

—De pronto, la joven se sentía abatida, con el cansancio de muchas semanas expandiéndose por su piel. Se sentaron en una roca, frente a la última punta colorada de un sol que se moría.

»Adele conocía la razón de Rebecca para seguir invitándola. Por qué después de la primera visita a Park Lane, aquella dama le había suplicado que la visitase otro día, y después otro, y después con frecuencia. Porque Adele hablaba de la fe y de las palabras de Dios, del más allá, como de familiares queridos, y eso, de algún modo, consolaba a aquella ricachona rebosante de vida y de complejos.

»Sí, claro que Rebecca le gustaba; la admiraba, pero la verdadera razón por la que siempre acababa volviendo a Park Lane no era ella. Nunca lo fue.

»Atardecía y Ashley continuaba mirándola, como estudiando su perfil. Absorbía sus rasgos con una atención reconcentrada. Creía en ella, resultaba evidente, en su limpieza de alma, en su generosidad desprovista de mezquindades.

»Ay, si Ashley descubriese que también ella había escarmentado y aprendido a mentir, pensó. ¿Y si supiera que la propia muchacha le había confesado a Rebecca que era médium? ¿Adele

habría podido explicárselo? ¿Que lo había hecho no tanto para impresionar a su esposa como para que la siguiese invitando a frecuentar la casa? ¿Habría podido explicarle que Rebecca y ella, que hablaban acerca de lo divino y lo humano, acerca de las palabras de Dios y el Antiguo Testamento, hablaron también sobre los fraudes y los falsos médiums, y sobre el modo de poner a unos y a otros en evidencia? ¿Habría podido explicarle que Rebecca había propuesto, medio en serio medio en broma, una especie de consigna de seis palabras para evitar los fraudes y descubrir a los impostores?

Cooper escuchó a la enferma sin apenas respirar. Porque si Adele conocía el mensaje convenido, las seis palabras, ¿quizá se había hecho pasar por médium con Ashley?

Le habría preguntado a la enferma cómo podía conocer ella ese dato, algo tan íntimo, un secreto entre Rebecca y Adele. Se lo habría preguntado, de no ser porque esto figuraba así, escrito en una de las transcripciones de la médium, y él lo sabía.

Entonces, ¿era Adele una farsante? Y, en ese caso, ¿las transcripciones eran mentira?

—Perdónese —le dijo Adele pensando casi más en sí misma—. Perdónese.

—Supongo que tienes razón —dijo Ashley—. Pequeña, pasado mañana...

—¡Su aniversario, Ashley! No crea que lo olvido. Y no crea que no recuerdo exactamente cuántos años cumple.

—Voy a celebrar un almuerzo con toda la familia. Y me gustaría que asistieras.

—¡Cielo santo! ¿Se está burlando de mí?

—Más que un encuentro, es una disculpa, una muestra de desagravio, de confianza.

—¿Una disculpa?

—De ahora en adelante todo será distinto entre ellos y yo. Una persona a quien tú conoces, y que ha trabajado para mí, ya no trabaja. Y eso es motivo de alegría.

—No le entiendo, Ashley.

—Es la persona que te acompañó al hotel Mivart, pequeña.

—¿El detective?

—No encontró pruebas sospechosas. Él mismo me recomienda que lime asperezas, ya sabes. Una reconciliación. El aniversario, me ha dicho, es una buena excusa. ¿Vendrás?

—Oh, Ashley. No puedo. No debo. No pienso ir.

—En medio de las sombras, la última luz se deshacía en el aire —dijo la señora Bale—. Soplaba una brisa fresca y el cielo estaba limpio. Parecía el último refugio de la verdad sobre la tierra. Los ojos de Adele se encontraron con los suyos.

»Y entonces la muchacha se dejó ir, se abandonó. Se sintió elevar en el aire del atardecer, ingrávida como el polen.

»Cerró los ojos, acariciada por la brisa y la luz que se marchaban, los labios entreabiertos y maduros, el corazón laténdole deprisa, toda vuelta hacia él. Hacía él, que le decía, con voz insegura y demasiado real para su gusto:

—Quizá tengas razón, pequeña. No quisiera hacerte pasar un mal rato. Te acompañaré a casa. Tu familia estará esperándote.

CAPÍTULO XIV

—Dos días después —continuó hablando la paciente—, el clan Peabody se dio cita en la casa de Ashley, alrededor de una mesa divinamente servida.

»El anfitrión quiso que no faltase nadie. Tampoco Stephen, ni siquiera Matthew. Lo que debía decir les concernía a todos. Al final, formaban parte de la misma familia, y qué familia no oculta secretos. Pues bien, la hora de exponer los suyos había llegado. Tenían derecho a saber.

»De modo, doctor, que allí estaba el patriarca Peabody y Anne Rose y el negro Roscoe, sin el cual, vaya a saber por qué, el patriarca no se sentía completo. Estaban Larry y Susan, Preston y Maud, su hija Charlotte, y el anfitrión y sus hijos. Juzgue el extraño ambiente que podía respirarse allí, en un comedor alumbrado por candelabros de plata.

»Si por usted fuera, lo recuerdo, deberíamos observar esa fórmula que consiste en reunir a los sospechosos hasta que se revela el nombre del asesino. Me alegra, doctor, que abandonase un recurso más propio de un artista limitado que de un médico.

—Las comidas familiares más estremecedoras —dijo Larry, que brindaba con un comensal invisible mientras el mayordomo empezaba a servir— son las más inesperadas.

—Pongo en duda —dijo Susan—, que para ti haya reuniones de familia estremecedoras.

—Pues, querida, por eso bebo con carácter preventivo. —Se oyó la risotada de Charlotte. El patriarca, mirando por encima de los lentes, dijo:

—Larry, deja de enredar. Y menos hoy. No estamos para celebraciones.

—Es el aniversario de Ashley —dijo Larry poniéndose serio—. E invitarnos a compartir con él esta velada es también motivo de celebración.

—Papá —dijo Maud—, Preston y yo queremos, querríamos aprovechar esta ocasión para daros a todos una feliz noticia.

—¿Es que todo el mundo quiere celebrar algo? —preguntó el viejo—. No sé qué noticia puede ser feliz en días aciagos.

—Padre —se quejó Preston—, no hables así. La vida continúa. Tenemos que seguir adelante. Y unidos. ¿No es cierto, madre?

—Naturalmente que sí —dijo Anne Rose apretando el antebrazo de su esposo—. ¿No?

—Suéltame. —Se zafó con brusquedad el patriarca—. ¿Os queda algo de sensatez? Si fuera más joven me largaría a los confines del mundo y empezaría de cero.

—Qué cosas tiene este hombre —dijo Anne Rose—. Lo dice sin querer.

—Papá —dijo Maud—. Estoy embarazada. —El tintineo de la cubertería quedó en suspenso.

—¡Ohhhhhh! —exclamó la matriarca con las manos cruzadas sobre el pecho.

—¡Loados sean los fértiles! —dijo Larry, cada vez más entonado—. Charlotte, en el futuro te enternecerás recordando aquellos años en que fuiste hija única.

—¿Es eso cierto? —preguntó el viejo Peabody quitándose las lentes.

—Hoy hemos tenido la confirmación —dijo Maud.

—Sí, padre —dijo Preston con la boca llena y una sonrisa obediente.

—Señora Bale, ¿me disculpará si le pido que me escuche? —murmuró Cooper—. Es absolutamente necesario. —La paciente asintió con un gesto de perplejidad—. Ayer, cuando nos despedimos, usted me pidió algo. ¿Lo recuerda? Debe recordarlo. Insistió en ello.

—¿A qué se refiere?

—Exactamente usted me dijo: «Pruébemelo». ¿Recuerda usted?

—Pues, con franqueza...

—«Pruébemelo, pruébemelo». Así me lo pidió, de ese modo. Que le probase que la muerte de Rebecca tuvo su causa en un crimen.

—No sé qué tiene que ver con lo que estoy contando.

—Mucho que ver. Muchísimo.

—¿Continúo o quizá no le interesa?

—Una cosa más. ¿Recuerda quién le aconsejó a Ashley que celebrase la comida en familia, quién le recomendó que aprovechase el aniversario como pretexto? ¿Recuerda de quién fue la idea?

—Ya se lo dije. Fue el detective. Ashley le comentó a Adele que el detective se lo había sugerido. Que el aniversario era una buena excusa para limar asperezas.

—Entonces, confíe en mí, sepa que el detective no sólo le aconsejó que celebrase una reunión en familia. Le dijo, además, que estaba muy cerca de saber quién había matado a Rebecca; pero que necesitaba cerciorarse.

La paciente se llevó las manos a la barbilla y las entrelazó, movió la cabeza a derecha e izquierda de manera resignada y continuó hablando:

—Resumiendo. Después de las felicitaciones que recibió Maud y todo eso, ya en los postres, el anfitrión bebió un trago de su copa y, para asombro general, dijo:

—La echamos de menos. Cada uno de nosotros, a nuestro modo, la echamos de menos. Por eso me pareció que debíamos reunirnos. Aquí, en su casa. Seguro que si ella nos está viendo esta noche, se alegrará.

»Sé que pensáis que no fui el esposo que se merecía, ni el mejor padre para mis hijos. Os he pedido que vinierais, sin embargo, porque no quiero esconder nada de lo que pasó aquella noche, la noche de su muerte; ni tampoco después. Tengo la esperanza de que, con el tiempo, mis hijos descubrirán razones para enorgullecerse de su padre, y vosotros, para no avergonzaros de mí.

—El detective —de nuevo interrumpió Cooper a la paciente—, vuelvo a decirle, el detective le dijo a Ashley que creía conocer la identidad del asesino; en otras palabras, que necesitaba confirmar su hipótesis. Así que no le facilitó nombres; pero le aconsejó que, con cualquier excusa, convocase a los miembros de la familia que estaban presentes durante la última cena de su esposa.

—¿Por qué pone a prueba mi confianza en usted, doctor?

—Porque necesito que recuerde. Porque hicimos un pacto, y lo cumpliré. No voy a decepcionarla. —Y, sin darle tiempo, atacó:

»Entonces Ashley se refirió a su aniversario. Y el detective asintió. Era, dijo el detective, la mejor de las excusas para reunir a todos. Para no levantar recelos. Una vez reunidos, debía explicarles cómo su mujer, aquella noche, le suplicó que contactase con su espíritu, si fallecía antes que él. Y cómo escribió un mensaje. Seis palabras en columna. Escritas en el cristal empañado de una ventana. Una especie de consigna para que Ashley descartase el fraude y tuviese la certeza.

»Esa consigna, le dijo el detective, debía revelársela a toda la familia. Y, a continuación, el detective mencionó seis palabras. SEIS.

Como debatiéndose, la señora Bale se retorció las manos por encima de la mesa y, con evidentes signos de excitación, continuó diciendo:

—La familia al completo estaba muda y consternada, nadie probaba bocado. Prestaban toda su atención mientras Ashley se explicaba:

—La noche de su muerte recordaréis que me levanté de esta misma mesa y que, poco más tarde, Rebecca me siguió. Me encerré en el gabinete de la primera planta. Rebecca abrió la puerta y entró. Discutimos un largo rato, estábamos nerviosos, habíamos bebido. Ya conocéis la debilidad que provocaba en ella la idea de la muerte.

»Siempre consideré un fraude todo lo que rodea a los contactos con espíritus y sus manifestaciones. No hice de ello un secreto; pero tampoco justifica, en absoluto, mi actitud aquella noche. Mi mujer sufría. Ella me preguntaba, una y otra vez, por qué negaba yo las evidencias, por qué negaba la fe. Cómo reprochárselo. Esa noche ha llenado amargamente mis días. Debéis escucharme hasta el final.

»Mi mujer no sólo creía que el espíritu no se extingue; creía que para los vivos existen modos de contactar con los muertos. Y esa noche llegó a tal punto la discusión entre nosotros que me hizo un ruego incomprensible. Un ruego que me heló la sangre en las venas. Me suplicó que si ella moría antes que yo, contactase con su espíritu a través de un médium. Después se acercó a los ventanales y escribió en un cristal empañado unas palabras en columna. Fueron seis palabras. Y me dijo:

¡Ésta, ésta será nuestra consigna! Así sabrás que soy yo quien habla a través del médium. Así sabrás que no hay fraude, ni mentira ni nada de lo que tú desprecias. ¡Júramelo! ¿Me lo vas a jurar? ¿Tendré que arrodillarme?

—Anne Rose Mortiner —prosiguió la paciente— soltó un chillido ahogado y se llevó un pañuelo a la boca. El viejo Peabody rodeó a su esposa con un brazo.

Tadeus Cooper volvió a intervenir:

—Ahora, atiéndame. Por el amor de Dios. —Su única certeza a estas alturas era que para esto se había comprometido, para esto lo había contratado el doctor Russell—. Cuando el detective le mencionó a Ashley, una por una, las seis palabras que debía pronunciar, las palabras que, supuestamente, Rebecca había escrito, Ashley reaccionó. Con un destello de asombro en los ojos, respondió que ésas no eran las palabras de Rebecca, en modo alguno. Que estaba equivocado. «Sí», dijo el detective, «es cierto; pero usted les transmitirá una consigna falsa, y no la verdadera».

»El detective dijo que ése era el plan. Pretendía que Ashley mencionase seis palabras equivocadas. Y le dijo que estuviera atento, a continuación. Todo lo atento y concentrado que le fuera posible para asistir a las reacciones de cada uno de los comensales, pues allí, entre ellos, estaría el asesino o asesina de Rebecca Peabody.

La paciente, encogida sobre sí misma, miraba a Cooper con ojos de animal apresado.

—Ashley calló —dijo la paciente—. Por voluntad propia, ¿sabe usted? Para sosegar. Estaba, no recuerdo haberlo dicho, en la cabecera de la mesa. Así que tenía una visión incomparable de todos y cada uno de ellos. Acabó de referirse a las palabras que Rebecca había escrito en el cristal, sin pronunciar ninguna, y observó el efecto que hacía su comentario en los

demás.

»Los gestos, los matices en los tonos, la compasión y el llanto sofocado, la mofa o el desaire, la inquina, la impotencia, los celos. Todo estaba allí.

»El primero que se atrevió a decir algo fue el viejo Peabody.

—Y bien —empezó diciendo, con acento torturado—, ¿qué palabras fueron esas que escribió mi hija antes de morir?

—Señora —insistió Tadeus Cooper poniendo una mano en las suyas, ahora entrelazadas sobre la mesa—, dígame las palabras que pronunció Ashley. ¿Qué palabras fueron las que mencionó Ashley en presencia de la familia?

Notaba Cooper que la paciente se estremecía bajo la piel. Su mirada había ido perdiendo brillo, como si aquel precipitarse del relato la sumiera en un vértigo. Alguien que renuncia a escapar, desesperado, tendría esa mirada. Cualquier actriz que fingiera estar loca habría envidiado esa luz eclipsándose.

El detective echó un vistazo a la lámpara, allí donde estaban camuflados los micrófonos. Habría rezado, si en su ánimo hubiesen cabido las oraciones.

—Adelante —dijo Cooper—, dígame cuáles fueron esas palabras. Las palabras que mencionó Ashley delante de todos.

Y, de manera similar a como una médium transcribe las voces del ultramundo, salió de los descoloridos labios de la paciente una, y después otra, y así hasta seis palabras seguidas. Intentó retirar las manos, pero Cooper se lo impidió.

—¿Y qué hizo Ashley? —preguntó el detective—. ¿Qué ocurrió a continuación? Trate de recordar. —Las manos seguían en poder de Cooper como dos pájaros.

—Observaba. Escuchaba.

—¿Qué observaba? ¿Qué escuchaba?

—A ellos. A todos.

—¿Y entonces?

—Lo siento, doctor. No puedo seguir.

—Sí que puede. —Le apretó sus manos como pájaros, la retenía en tierra—. ¿Por qué los observaba? ¿Por qué los escuchaba?

Ella logró soltarse, alzó una mano hasta los ojos, con la palma hacia fuera.

—¡Porque sí!

—¿Qué ocurrió? ¿Qué sucedió después de observarlos, después de escucharlos?

—No podía creerlo... Era horrible...

—¿Qué era horrible?

—No podía creerlo. No podía creerlo —dijo con voz infinitamente digna, infinitamente quejumbrosa.

Cooper temía una interrupción. Volvió a mirar la lámpara. Si la respuesta de la paciente a sus presiones desembocaba en un colapso nervioso, daba por hecha la intervención de los médicos. Agarró su mano alzada y la posó en la mesa.

—Concéntrese en mí —dijo el detective. Ella lo miraba con algo parecido al terror. Cooper abrió el maletín y cogió el papel extraído de los restos que descansaban en la tumba de Highgate —. Mire estas palabras. Fíjese en ellas. Seis palabras escritas en columna. El papel estaba en el ataúd de Rebecca. Yo mismo he ido a recuperarlo. ¿Confía en mí? —Sostuvo el papel delante de

su rostro. Ella se deshizo en un gemido. El tiempo apremiaba. Apremiaba tanto—. ¿Confía en mí? —casi gritó—. Hábleme. —Cooper escuchó el inconfundible chirrido de una puerta que se abre a lo lejos y que no podía significar más que una cosa. Entonces, por fin, la paciente afirmó con la cabeza—. Confía en mí. Bien. Pues dígame, ¿son las mismas palabras que usted acaba de mencionar? ¿Son las mismas palabras que Ashley mencionó en presencia de toda la familia? —La llave forcejeaba con la cerradura—. Responda. —Conservaba el papel en una mano, frente a ella, que seguía mirándolo muy fijo—. «Pruébemelo», me dijo usted. «Pruébemelo. Pruébemelo». ¿Recuerda? Y ahora yo le pregunto: ¿Son las mismas palabras?

Y ella negó. Lo hizo. Negó y negó con la cabeza.

—¿Y sabe por qué? —preguntó Cooper—. ¿Sabe por qué no son las mismas? —Dos corpulentas enfermeras lo cogieron por los brazos. Lo levantaron del asiento. Una tercera miraba—. Porque éstas —blandió el trozo de papel— son las palabras auténticas de Rebecca. Escritas por su asesino después de leerlas en el cristal. ¡Quítenme las manos de encima!

En silencio, las dos enfermeras lo soltaron mientras la otra se ocupaba de la paciente. Cooper habría hecho caso omiso, pero la señora Bale comenzó a sufrir espasmos. Sacudían todo su cuerpo.

—¿Por qué ahora precisamente? ¿Por qué nos interrumpen ahora? —reaccionó él

—Doctor... doctor... —dijo ella con el poco aliento que le quedaba.

CAPÍTULO XV

—1—

—Tome asiento —dijo—. Vamos —aconsejó el doctor Monro a Cooper.

El cuarto de los micrófonos, o de las escuchas, no era contiguo al de la paciente, pues había uno intermedio para amortiguar las voces. Todas las habitaciones del ala oeste, donde se alineaban las dependencias de las mujeres, eran idénticas; pero el cuarto de los micrófonos se había acondicionado para que los doctores siguieran la terapia al minuto.

Las paredes estaban recién encaladas y desnudas. Impersonales. Como sucedía con el cuarto de la enferma (con la excepción de un lienzo muy visible), para dar una impresión de pulcritud y respeto. Impresión que distaba mucho de la fama que tenía el Bethlem.

El silencio era tan absoluto como artificial. Hoy no había en el aire risotadas, ni gemidos, ni chillidos, ni carreras. Damos testimonio de ello.

Una gran mesa, rodeada de sillas, ocupaba buena parte de la estancia. Sobre ella, un artilugio que terminaba en una gran rosa de latón. Del artilugio salía un largo cable que, recorriendo media alfombra, trepaba por un tabique, se perdía en el techo y atravesaba la habitación contigua hasta la siguiente, donde se conectaba a los micrófonos, ocultos en la lámpara de hierro.

Sentado a la mesa, aparte de Cooper, el doctor Russell. Y también el director Monro, el cirujano jefe de la institución y el joven doctor Freeman, provisto de sus destellantes lentes redondas. Los tres con batas blancas.

—Así que —dijo Monro mostrando el papel que el detective le había enseñado a la paciente—, ¿disponía usted de una prueba concluyente que nunca fue aportada en el proceso?

Cooper esperaba esta reunión, aún más difícil que la última. No la temía; la esperaba. Algo en él se había fortalecido. Había traspasado alguna línea. No sabría explicarlo como no fuera diciendo que estaba más próximo a la paciente que a nadie.

—Devuélvamele. —Cooper se guardó el papel—. ¿Por qué me han hecho salir? ¿Por qué precisamente ahora? Exijo una explicación.

—La enferma estaba sufriendo un ataque de pánico —repuso el director.

—Resistía. Libraba su propia lucha. ¿No estamos aquí para ayudarla a luchar y a resistir?

—¿Va a darme lecciones acerca de cómo tratar a una demente, señor Cooper?

—No es ninguna demente.

—Ya llegaremos a eso. Por lo pronto, si saliese a la luz que usted ocultó esta prueba, su reputación profesional se resentiría. Como mínimo.

—No perdamos de vista, señores —intervino conciliadoramente el doctor Russell—, que estamos aquí, reunidos, por razones psiquiátricas, y no por razones jurídicas.

—Una paciente desequilibrada. Una pobre mujer —precisó el director Monro—, que soporta las tensiones a que ustedes dos la someten, y que esta institución desaprueba.

—Se están pasando de la raya —apostilló el cirujano jefe.

—A pesar de lo cual, nuestra colaboración ha sido lisa y llanamente irreprochable —concluyó Monro.

—Hemos tenido que volver a ponerle el chaleco —añadió el joven doctor Freeman.

—¿La han inmovilizado? —se exaltó Cooper mirando al doctor Russell—. Sólo conseguirán paralizar su mente.

—¿No creen que ya han ido demasiado lejos? —preguntó el director Monro.

—Quedan dos días —respondió el doctor Russell—. Hoy y mañana, director Monro. Y existe un compromiso por escrito.

—Salvo —recitó Monro—, «si el estado mental de la paciente empeora de manera ostensible y prolongada hasta el extremo de hacer aconsejable la suspensión y, en su caso, la interrupción definitiva de la terapia».

—Confío en que no se le hayan administrado sedantes, según lo acordado.

Monro hizo cabalgar su réplica sobre las palabras del doctor Russell:

—No se le ha administrado NADA.

—Presentaré una queja formal ante el Comité de Inspectores si lo hace —advirtió el doctor Russell—. Por obstruir el procedimiento, a dos días de su finalización.

—Empiezo a estar muy harto de ustedes —dijo Monro.

—Solamente ponen obstáculos —dijo Cooper—. Cuando debiéramos concentrarnos en alguien que ha padecido una experiencia extraordinaria.

—¿¿Experiencia qué?? —preguntó el cirujano jefe—. ¿He oído lo que he oído?

—Está loca —declaró Monro.

—Distorsiona los hechos a su conveniencia —enfaticó el doctor Freeman—. Su versión se contrapone a la realidad.

—Ustedes, los tres, están deseando que fracasemos —dijo Cooper.

—Y usted está obsesionado con nosotros, señor Cooper —dijo Monro—. Y encima nos acusa. Después de provocar la crisis de esa desdichada, nos acusa. Acaba de afirmar usted que no está loca y que ha sufrido una «experiencia extraordinaria», señor Cooper.

—Director Monro —alegó el doctor Russell—, estamos en la obligación de culminar esta experiencia. Son horas cruciales. Ustedes son testigos.

—Intervención —dijo el cirujano jefe—. Tres pequeñas incisiones, para empezar. Me hago responsable.

—Y, permítame, doctor Freeman —dijo el doctor Russell—. No hay dos versiones contrapuestas.

—¿Usted también, doctor Russell? —intervino Monro—. ¿Es que la versión de esa mujer no es ilusoria, no es propia de una alienada?

—Su versión —siguió diciendo el doctor Russell— y la nuestra se complementan. Intentamos encender una llama en la paciente.

—Con franqueza, director —dijo Freeman—, no entiendo al doctor Russell.

—Lo comprenden ustedes muy bien —repuso entre dientes Tadeus Cooper.

Monro trató de arrinconarlo:

—A ver, explíquenos, detective, qué ha querido decir con eso de que la paciente sufrió «una experiencia extraordinaria». ¿Sigue manteniendo que la señora Bale no es una demente?

Se lo jugaba todo a una respuesta. Qué más daba mentir. Reconocer, delante de ellos, lo que

pensaba o quería pensar, que la señora Bale no estaba loca y que los mundos de los vivos y los muertos se comunican, lo habría desautorizado. Tanto esfuerzo para nada, si lo trascendente era otra cosa. Lo trascendente, lo decisivo era confirmar aquello en lo que había deseado creer.

—Sí, es una demente —dijo el detective.

—¿Reconoce que está loca? —preguntó Monro.

—No estaríamos aquí si estuviera en sus cabales, supongo.

—Entonces, ¿por qué antes lo negó?

—Estoy muy tenso. Necesito hacer mi trabajo. ¿Por qué no quieren comprenderme?

—¿Qué ha querido decir con que ella padeció una «experiencia extraordinaria»? —se resistió Monro.

Tadeus Cooper se detuvo a pensar.

—Explíquennelo ustedes, que son los especialistas. —Se hizo un largo silencio—. Lo único que sé es que ella ha sufrido como pocas personas. Es una mujer sensible, con temperamento artístico. Tenemos una oportunidad de curarla.

—¡Curarla! —exclamó el cirujano jefe con desdén.

Medió una pausa. Y, por fin, el director se despachó a gusto:

—Usted ha establecido un vínculo de afecto con la enferma, señor Cooper, que deja mucho que desear. Lo que siempre nos pareció un gran riesgo, tratándose de alguien sin preparación psiquiátrica. Esperemos que su contumacia y la del doctor Russell no la perjudiquen aún más. Ahora bien, pase lo que pase, voy a garantizarles que el nombre de esta sagrada institución no se verá puesto en entredicho.

»Disponen, según lo acordado, de la jornada de hoy y de mañana. Se hacen ustedes responsables, en presencia de testigos, de las consecuencias que sobre la salud de la paciente se deriven de sus actos. Y quiero decirles que, en el peor de los escenarios, me empeñaré en que recaigan sobre ustedes todas las sanciones que correspondan.

—2—

Cuando, más tarde, le permitieron acceder a ella, a la paciente, el detective estaba listo para lo peor.

Y, ¿qué era lo peor?

Podían haberla sedado, por más que Monro lo negase; o ella podía estar derrumbándose, o haber sucumbido a una de esas parálisis mentales de pronóstico incierto. Podía ocurrir que se hubiese abandonado a la desconfianza. ¿Y si, después de la crisis, estaba impedida para afrontar el desenlace? Todo eso era lo peor.

Rehusó tirar de ese hilo de pensamiento. Una de las corpulentas enfermeras giró la llave, empujó la puerta y, acto seguido, Cooper penetró en el cuarto y se quedó solo, con ella.

Verla así, tranquilamente sentada, no era lo que el detective había esperado.

En la mesa ya no estaban ni la jarra ni los vasos. Habían ceñido a la mujer la camisa de la locura. Cuando levantó los ojos y se quedó mirando a Cooper absorta, la desolación parecía reflejada en ellos, cargados como estaban de suspiros.

Cooper se sentó a la mesa con movimientos vacilantes. Sacó de un bolsillo el trozo de papel con las seis palabras en columna y lo dejó en la mesa, bien a la vista.

—¿Cómo está? —No la tocaría. Se impuso esa regla. Mantendría la distancia y no la tocaría. Sentía pavor ante la posibilidad de asustarla—. ¿Cómo se encuentra? ¿Podemos seguir hablando? Nos queda poco tiempo. Hoy y mañana. —Ella lo miraba impertérrita—. No puede rendirse. Nos necesitamos mutuamente.

No tengas prisa, pensaba. Siete años esperando. Desde la muerte de Mary. Podía esperar otro poco. Siete años acostumbrándose a la soledad de los ecos. Conocía esos páramos que separan unos abismos de otros. A la fuerza era un ave solitaria.

—Esas palabras —ella miró el papel que el detective había rescatado de la tumba— no eran las que Ashley mencionó en la mesa, ante la familia.

—No —dijo el detective—. No lo eran.

—Sin embargo...

—¿Sin embargo?

—Ashley les reveló a todos ellos las palabras de la consigna.

—¡No! —La veía lúcida, consciente de todo. Gracias, Señor. Nada era irreparable todavía.

—Las palabras que Rebecca escribió en la ventana —dijo la paciente—. Ashley era culpable de tantas cosas; pero esa noche quería sincerarse con todos. Contarles la verdad. Estaba amargamente arrepentido. Quería contarles la verdad.

—¡Averiguarla! Eso es lo que deseaba a toda costa. ¡Averiguar la verdad! —dijo Cooper—. No eran las palabras de Rebecca. Era una consigna errónea, a propósito.

—A propósito.

—El detective —dijo Cooper con la voz en sordina, muy despacio— le aconsejó una consigna equivocada. Deliberadamente. Los dos, el detective y Ashley, sabían que era errónea, ¿comprende? El propósito era hacer reaccionar a los comensales.

—¿Y estas palabras? —preguntó ella mirando el papel.

Cooper estuvo tentado de repetirse: «Son las palabras auténticas de Rebecca. Escritas por su asesino o asesina después de leerlas en el cristal». Pero se contuvo.

—Ahora, permítame continuar. Y cuando lo necesite, interrúmpame, tome la palabra. —Cogió su pañuelo y se secó el rostro. Luego lo guardó sin saber hasta dónde lo conduciría el relato y absorbería la paciente la información—. Después del aniversario, de la comida familiar, Ashley volvió a citarse con el detective. Fue un encuentro muy breve. ¿Lo recuerda?

La paciente negó con la cabeza.

—Por qué se vieron, según usted —preguntó ella.

—Porque Ashley estaba desesperado. No podía creerlo. Era incapaz. Necesitaba la confirmación, la certeza de que la persona de quien sospechaba el detective era la misma que lo había desconcertado a él en la comida. La única que reaccionó como el detective había vaticinado. —Se detuvo un instante. La paciente lo dejó proseguir—. Ashley fue a verlo una noche a su casa. La vivienda, un edificio de dos plantas, estaba situada en una calle de la City, cerca de la catedral de San Pablo. Usted misma la ha descrito. —La paciente sólo seguía mirándolo. Cooper trataba de mantener la calma—. El detective le indicó que le acompañara a su despacho, un estudio amplio, con un diván y un montón de libros, periódicos, cachivaches de laboratorio y dos sillas a ambos lados de una mesa.

»Ni siquiera accedió a sentarse cuando el detective le invitó a hacerlo. De modo que allí mismo, de pie, sumido en la impaciencia, Ashley le preguntó de quién había sospechado. Y el detective dijo: «¿Ha reunido a toda su familia? ¿Ha actuado como le sugerí?». Pero Ashley tan sólo esperaba respuestas, no preguntas. El detective recalcó:

—Oiga, señor Bale. Alguno de ellos, durante la cena, reaccionó como yo predije, ¿verdad?

—Y, de repente, le dio un nombre. Sin más. El detective mencionó un nombre. Se lo repitió con tal firmeza que el pánico se desató en Ashley. «Dígame la verdad. Estoy en lo cierto, ¿verdad?», preguntó el detective.

»Pero Ashley, muy excitado, puso en cuestión la certidumbre que transmitía el detective, la confianza que demostraba en sus procedimientos. Incluso le preguntó, si tan seguro estaba, cuáles eran sus razones para estarlo y cómo era posible una deducción tan enloquecida. «Tenía indicios. Ahora estoy seguro. Ésta es la confirmación, señor Bale», dijo aquel hombre. «No, usted no tiene ningún derecho», replicó Ashley. Y, de manera inexorable, dio media vuelta para irse.

»Ashley se había negado a escuchar más. Rechazó los intentos del detective por explicarse — continuó diciendo Cooper—. Consideraba una extravagancia y un error de cálculo la estrategia de aquel hombre, un modo ingenioso de justificar sus honorarios cuando ni la policía había descubierto indicios reales que llevasen a conjeturar la existencia de un crimen. Qué pronto, señora Bale, había olvidado Ashley que ni él mismo, sin hablar ya del viejo Peabody, creía en la eficacia policial y que por eso había contratado los servicios de un detective privado.

»Salió de la City una persona desquiciada. Corría y corría, el corazón despavorido, ansioso, ávido de verdades. Porque si de algo estaba seguro era del modo, del único modo en que podría conocer la verdad sobre lo ocurrido la noche de la muerte de Rebecca.

Tadeus Cooper se detuvo. Se secó las manos con el pañuelo. De pronto, se dijo, la paciente lo contemplaba con una pena imprecisa.

—¿Ha terminado? —preguntó la reclusa. Él asintió con una mueca. Ella bajó la vista y se balanceó un poco, atrás y adelante—. Me parece que fue al día siguiente de la cena familiar en la mansión, o al otro, no me acuerdo bien, cuando Ashley invitó a dar un paseo a Adele por el centro.

»Se vieron por la mañana. Él estaba muy nervioso. La ciudad bullía como bulle siempre. Londres, hecha de contrastes. Londres y sus gentes y su incesante actividad despojada de sentido. —Cooper iba a preguntarle en dónde se citaron, por dónde paseaban; pero, en este punto nada importaba eso.

»¿Sabe qué es Londres? Una amalgama enfermiza de grupos. Grupos de procedencias, intereses y riqueza muy diversos entre sí. Costará generaciones lograr que convivan civilizadamente; pero esto es la modernidad. Vamos del lujo a la más desesperanzada miseria, y de la riqueza a la desolación en pocas calles. Niños vestidos con harapos se agolpan en una callejuela, entre barriles y montañas de basuras. Mientras, atraviesa la avenida un carruaje con tres lacayos agarrados detrás. Y los atascos y las multitudes y los vehículos. Fíjese en el carrito de mano del vendedor ambulante de cerveza de jengibre y en las hordas de obreros que marchan sin pausa pero sin prisa.

»Es un día soleado de principios de septiembre. Incluso en días soleados reina en Londres una nieblecilla producto de la humedad y del humo del carbón de piedra. A lo lejos, la gran cúpula de San Pablo. En una esquina, un par de muchachas venden rosas y camelias a un hombre con chistera. Más allá, un charlatán suelta un arenga y convoca a un público entregado a la

extravagancia de los artistas callejeros. Se oye el sonido quejumbroso de un organillo. La acera en la que da el sol ya está plagada de toldos rayados, y en la de enfrente, un muchacho al que flanquean vendedores de frutas y verduras toca la armónica. Disimulando, pasa por delante una tropa de golfillos y, de pronto, uno llama la atención del resto y señala un globo aerostático que sobrevuela la ciudad.

—¿Cómo estaba Ashley? —preguntó Tadeus Cooper.

—Inquieto, ya se lo he dicho. Lo que tenía que decir a la chiquilla no era fácil.

—Estoy asustada —dijo Adele—. Le pasa algo. Lo encuentro distinto. Se parece al Ashley preocupado de antes del accidente. —Era cierto. Todo en su rostro insinuaba esa verdad callada. Seguían paseando y el globo aerostático siguió elevándose hasta reducirse a un punto en el cielo.

—Tú eres mi último recurso.

—Ashley, ¿ve como no me equivocaba? —dijo ella, con su preocupación en carne viva.

—No tengo a quien recurrir.

—Tendría mucha gente a quien recurrir, si quisiera, antes que a una pobre chica. —Ashley obligó a detenerse a la joven, tomó sus manos entre las suyas y puso en palabras la franqueza elemental de su egoísmo:

—Necesito que invoquemos a mi esposa una vez más. —La chiquilla torció el gesto. Se doraba en el fuego de sus entrañas una mezcla de emociones—. Una última vez, pequeña. Nunca jamás volveré a pedirte nada. No volverás a verme. —Ella desprendió sus manos. Se las metió bajo las axilas, como hacía Pumpy.

—Pero, si yo no quiero que se vaya...

—¿Me ayudarás?

—Ashley, no debemos ni pensar en ello.

—Me siento avergonzado; pero te necesito aún más de lo que me avergüenza pedírtelo.

—Haría por usted cualquier cosa. Lo que fuera —dijo Adele, cuya faz había adquirido un tono febril—, pero eso no.

—¿Por qué no, pequeña?

—Porque es muy peligroso, después de lo que pasó. Si mi padre está viéndonos, será un padre infeliz.

—Adele, si en algo me aprecias...

—Le aprecio muchísimo.

—... Ayúdame. —Seguían inmóviles en medio de la calle, sin ver nada o a nadie que no fuera a ellos.

—No me haga hablar. Se lo suplico.

—Tú eres mi único apoyo, Adele.

—Rebecca lo llamó. No sólo contactó usted con ella; lo llamó. Lo ha estado llamando, de un modo u otro, todo el tiempo.

—Esto ha cambiado mis creencias y mi vida.

—No quiere escucharme —dijo la chiquilla con más determinación—. Decía mi padre que la voluntad de los muertos, a veces, no es la voluntad de los vivos. Se lo enseñó aquella médium extraordinaria de quien le hablé.

—Bueno. ¿Y?

—Pues que ellos no siempre renuncian a sus tentativas. Y entonces, en esos casos, acechan el

momento favorable. ¿Me entiende?

—No. Lo siento mucho.

—Mi padre decía...

—Siempre tu padre.

—Decía que algunos echan de menos sus cuerpos. Sienten una nostalgia pavorosa.

»Y, la verdad, ya no querría ni ver esas transcripciones que hace mucho que no quiere enseñarme; pero estoy segura de que ella lo llamó. De algún modo, lo hizo. Y por eso tuvo lugar el accidente en el hotel Mivart.

—No pienso hablar de eso que tú llamas accidente, Adele; aunque, y es bien triste decirlo, parece que es lo único que deseas.

—¿Cómo puede hablarme así? Estuvo al borde de la muerte. ¿Cómo puede pedirme lo que me está pidiendo? Nadie sabe lo que ella intentaría, si la dejásemos.

—Estás refiriéndote a mi esposa.

—Pero ya no está con nosotros, Ashley. Y es voluntad de Dios que así sea.

—La chiquilla se llevó una mano a la boca, doctor, porque guardaba en la memoria aquel horror de páginas escritas. Cientos de líneas, producto de horas de transcripciones. Páginas y páginas que había revisado, a escondidas, una noche, en el cuarto en donde ella se sumía en trance. ¿Se acuerda, doctor?

»Todas aquellas hojas cuyo contenido no tengo idea de que fuese el que usted me ha asegurado que era y que, en parte, me dio a leer antes de que me negase. No, en las transcripciones Adele no leyó escenas que prefigurasen el futuro, no leyó avisos del cielo, no leyó alertas, ni presagios, recuerde lo que ella recordaba haber leído: una palabra que se repetía hasta el frenesí. Una palabra que no era suya, pero que había sido transcrita, de su puño y letra, infinidad de veces en todas y cada una de las páginas: «VEN, VEN, VEN...».

La paciente se detuvo. Paseaba los ojos por el aire, como un ciego. Cooper no bajó los brazos y dijo:

—¿Y Adele no le preguntó a Ashley por qué deseaba una última sesión?

—Naturalmente que sí; pero, doctor, ¿tanto le cuesta admitirlo? ¿Acaso usted no querría despedirse de su esposa?

Cooper, con un supremo esfuerzo, se sobrepuso.

—Ahora, si tiene la bondad, présteme atención. —Su sangre galopaba—. Ashley no sólo quería despedirse de su esposa. No sólo. Y para convencer a la muchacha, empleó el último recurso que le quedaba. Le dijo la verdad.

»Le dijo cómo el detective contratado, a quien Adele ya conocía, sospechaba que alguno de los asistentes a la última cena de Rebecca la había matado. Que el detective no estaba seguro de la identidad del asesino, pero que tenía un modo de asegurarse.

—Pero, doctor...

—Ashley —siguió Tadeus Cooper—, Ashley dijo a la muchacha que, en opinión del detective, quien reaccionase en la fiesta de aniversario como él había augurado, sería el asesino. Ashley confesó a la chiquilla que, en efecto, una persona había reaccionado así, como el detective había predicho, y que estaba consternado. Si ya la sola idea del crimen era una aberración, la identidad del asesino era monstruosa.

»No obstante, terminó diciendo Ashley, ahora tampoco podía sacarse de la cabeza aquello,

como si nada hubiera sucedido. Necesitaba saber la verdad o la incertidumbre lo mataría. Acabaría con la poca salud mental que le quedaba. Y sólo alguien estaba en condiciones de suministrarle esa verdad: la propia víctima, su esposa. Rebecca, nadie más.

»Los dos, Ashley y Adele —dijo Cooper a la paciente— seguían parados en la acera mientras el mundo bullía en torno a ellos. Y justo antes de reanudar el paso ocurrió. De la boca trémula de la joven salió la pregunta.

—¿Quién fue esa persona, Ashley, la de la fiesta de aniversario, la persona que reaccionó como predijo el detective?

—Y Ashley se lo dijo. Se lo dijo —concluyó Tadeus Cooper.

CAPÍTULO XVI

–1–

Cooper salió del hospital de Bethlem y tomó un carruaje sin destino exacto, pues aún más que otras noches le costaba hoy volver a casa, en donde seguiría devanándose los sesos.

Mañana era el último día, la última sesión, y era dudoso que lograra reposar unas horas. Pensaba: ¿Qué significa, en el fondo, la curación de la paciente? ¿Qué ganaba él con que ella se curase? ¿No significaría el fin de sus mejores esperanzas, en caso de que las sesiones mediúnicas hubieran sido un fraude y la paciente estuviera loca?

Y, sin embargo, nadie deseaba más prestar ayuda a esa desdichada que él, tal era su cargo de conciencia. Qué no daría por que ella le probase que Mary lo esperaba en alguna parte, en uno de esos caminos que conducen al Más allá.

Al poco rato, y sobre la marcha, dio instrucciones precisas al cochero para que lo condujese a las dársenas. Dijo que le gratificaría si le daba un paseo por Limehouse. El cochero transigió, a Dios gracias, y Cooper tuvo la oportunidad de recorrer el mismo itinerario de Ashley la noche previa a la última sesión mediúnica.

Desde la dársena de Saint Katherine, río abajo por Wapping y, finalmente, hasta Limehouse, justo antes del gran meandro del río en donde se alza la isla de los Perros y los grandes muelles de las Indias Occidentales. Limehouse, la zona de los fumaderos de opio más legendarios de Londres.

Se sentía tan próximo a Ashley que la ansiedad y la angustia se lo disputaban.

Comprendía bien cómo debió de sentirse Ashley durante esa última noche. Podía seguir el curso exacto de sus pensamientos, de su derrumbe. Por eso casi ordenó al cochero detenerse y pensó en bajarse y cruzar el arco de piedra. El arco que daba al callejón oscuro y a la casa del opio, siguiendo los pasos de Ashley aquella noche, año y medio antes.

Ordenó al cochero dejar atrás el arco de piedra. Miraba por la ventanilla. Lloviznaba y recorrían callejuelas espectrales. Aparte de las luces del coche, se orientaban gracias a esporádicos faroles que empañaba una niebla amarillenta.

Por encima de los techos bajos de las casas, de las chimeneas, contra el cielo oscuro se erizaban los mástiles de los barcos como ángeles de la oscuridad. Se hubiera podido creer en los rumores, pues afirmaban que allí vivían las gentes más perversas de Londres: los reclutadores de barcos, inmigrantes sin recursos que emborrachaban a indigentes, a extranjeros, a jóvenes inexpertos para hacerles firmar contratos abusivos. O las «tigresas», como eran llamadas, que engatusaban a los marineros en los tugurios clandestinos para drogarlos, mientras sus compañeros los desplumaban y convertían en víctimas de los abusos más ultrajantes.

Era allí donde los fumadores de opio corrían a refugiarse de la luz, buscando alivio. Era allí adonde Ashley acudía desde muy joven.

El coche traqueteaba y los reflejos de los charcos eran turbios y vibraban entre el lodo.

Vio talleres cerrados, viviendas con las ventanas a oscuras, casas en ruinas, fábricas abandonadas. De vez en cuando, una sombra furtiva atrancaba las fallebas al pasar el coche. Oyó el chillido ronco de una gaviota a lo lejos y el cochero fustigó al caballo esperando que le diesen nueva orden.

Sólo más tarde, cuando la bruma apenas permitía distinguir nada, y todavía bajo los efectos de la ansiedad y de la angustia, el detective ordenó al cochero que diese media vuelta.

—2—

—De manera que, si la he entendido correctamente —empezó a hablar Tadeus Cooper con muchas precauciones—, ¿Ashley convenció a la muchacha para invocar una última vez a Rebecca?

—Pero Adele impuso un requisito, una condición —repuso la paciente.

A Cooper le hubiese gustado insistir: «Para convencer a la médium, le dijo el nombre del asesino»; sin embargo, se contuvo. Quedaban muchas horas por delante.

Tras el paseo por la zona de los muelles, anoche, el detective había dormido poco. Eran las nueve en punto de la mañana del último día. La paciente llevaba el chaleco de sujeción y, sobre la mesa, como en otras ocasiones, una jarra con agua y dos vasos.

Reparó en que había olvidado el maletín en el cuarto de los micrófonos, en donde había estado antes, con los doctores. Decidió que, mientras no le hiciera falta, no se detendría. Cualquier parón podría ser decisivo, cualquier minuto era un minuto precioso.

—¿Qué condición? —preguntó el detective.

—Que hubiera un testigo esa noche, aparte de ellos, alrededor de la mesa. —Se detuvo—. La muchacha estaba encogida de miedo. No confiaba en Ashley. No confiaba en Rebecca. No confiaba en nadie.

—¿Tenía que ser alguien en particular?

—La condición fue sólo que hubiera una tercera persona. —De nuevo, un alto—. Quiero decirle, doctor, que algunas secuencias se conservan en mi memoria un poco esquemáticas; pero relucen como destellos. Y ahora vayamos a lo que nos importa.

»Después de arrancarle el consentimiento a la joven y despedirse de ella, al caer la noche, Ashley se hizo conducir por su cochero hasta las dársenas.

—Disculpe. Sobre ese testigo, ¿recuerda algo? ¿Qué gestiones hizo Ashley?

—No lo sé. Fuera quien fuera, debió de aceptar el ofrecimiento.

—¿Qué le induce a pensarlo?

—Porque sé —rectificó—, porque estoy segura de que, al día siguiente, hubo una tercera persona alrededor de la camilla. —Sobrevino un silencio más cargado de respuestas que de preguntas—. ¿Conoce usted, doctor, las inmediaciones de las dársenas a altas horas de la noche, ciertos lugares en donde reinan las sombras y los pecados se vuelven más clandestinos que en ningún otro rincón de la ciudad?

—Si se refiere a los fumaderos de opio, algo he oído.

—Por esas callejuelas no suelen pasar los carruajes. Los cocheros se niegan; en especial, por la noche. Están llenos de patios y casuchas degradadas. En cada una se alojan varias familias.

Ésta era una de esas casitas bajas, de un solo piso, ubicada en un callejón oscuro al que se accedía entrando por un arco de piedra. Tenía las ventanas rotas y cubiertas con trozos de madera.

»Esa noche, la víspera de la última sesión de espiritismo, Ashley ordenó a su lacayo que volviese para recogerlo en dos horas. Llamó a la puerta de la casucha de un modo que hacía suponer una contraseña. Un pasador se descorrió penosamente. Lo recibió un chino con coleta, que lo hizo pasar a un vestíbulo salpicado de velas, moscas y farolillos orientales de color escarlata. Una vez dentro, traspasaron una cortina de abalorios. El silencio tenía un espesor enfermizo.

—¿Ashley había estado antes allí?

—Oh, sí. En ésa y otras casas. Durante años. Desde muy joven. Y el humo. Recordaré mañana y todos los días de mi vida ese humo, quién que haya estado allí lo olvidaría.

»Era una sala. Sin divisiones ni tabiques. Y había colchones por doquier, un par de esterillas de juncos en el centro y una gran mosquitera en un rincón. Había una lámpara de aceite encendida. Sobre los colchones se distinguían cuerpos en posturas inverosímiles, con las miradas disecadas, extraviándose. Como espíritus que yacieran apaciguados en las sombras, todavía prisioneros de la carne.

»A quienes desean descansar de sí mismos, ¿les quedan muchos más recursos?

La paciente hizo una pausa y miró la jarra y los vasos.

—¿Quiere un poco de agua? —Ella asintió con la cabeza. Cooper se levantó, la hizo beber un par de sorbos y volvió a sentarse. Notaba cómo los miedos se le volvían cautelas.

—Estuvo en aquel refugio el tiempo convenido —continuó la paciente—. Dos horas no suponían ningún riesgo. Al día siguiente su cabeza estaría limpia de rabia y culpa. No obstante, cuando su cochero regresó a por él, tuvo casi que arrastrarlo hacia la puerta.

—¿Estaba muy intoxicado?

—Tenía experiencia con la droga. Sólo que una parte de él se resistía a seguir luchando. Prefería olvidar.

La paciente bajó la vista. Cooper se apretó una mano contra la otra, sobre la mesa, los dedos crispados. Qué sabía él de la locura y de la muerte, qué sabía sobre cómo tratar a esa mujer de la manera más acertada. Por qué el doctor Russell no le había aleccionado más sobre el mejor modo. Lo más extraordinario, sospechaba, es que no había reglas absolutas. Lo más desesperante es que estaba al final del camino.

—Ya en su mansión —siguió la paciente—, Ashley durmió largas horas. Con sueños densos, plagados de imágenes irreales. Su cochero lo había ayudado a tumbarse en la cama, aunque, para entonces, Ashley ya era dueño de sí plenamente.

»Se despertó alrededor de las nueve. Se había fijado la última sesión para las ocho de la tarde. Quedaban, pues, once largas horas, si bien tenía pensado recoger a la médium con una más que prudente antelación.

»Sea como fuere, el caso es que esa última mañana, Ashley estaba desayunando cuando un criado le hizo entrega de un billete en una bandeja de plata. El criado le transmitió que, según el mensajero, el asunto revestía un carácter de urgencia extrema.

»No bien leyó la nota, salió corriendo hacia la casa de su cuñado, en Regent's Street. A pesar de las desavenencias con los Peabody, reservaba para Larry un afecto no muy distinto del que se experimenta por un hermano díscolo.

»Lo condujeron a la antesala del dormitorio. De pie estaba Susan, la mujer de Larry, con un pañuelo metido en la boca. También Preston y Maud, esta última abrazaba por los hombros a su cuñada, así como el viejo Peabody y Anne Rose. Todos alrededor del médico, que hablaba en susurros, con la autoridad de quien imparte una doctrina secreta.

—He venido lo más rápido que he podido —masculló Ashley. Susan lo miró por encima del pañuelo. Y si hay miradas elocuentes, pocas habrán sido como la de ella.

—Tú tienes la culpa. ¡Tú y tu mujer! —dijo—. ¡Los dos! —Y ocultó el rostro en el pecho de Maud, que se la llevó a parte.

—Mi hijo quiere verte —dijo Arnold Peabody—. Ha insistido demasiado. ¿Cree usted que es aconsejable, doctor?

—Ya nada es aconsejable —repuso un viejo caballero con voluminosas patillas unidas al bigote y un monóculo que le colgaba del pecho—. Sea breve. Hay que impedir que se fatigue más de lo necesario.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Ashley.

—La bala le ha perforado un pulmón —dijo el médico con acento resignado.

—¡Mi pequeño Larry! —gimió Anne Rose.

—Te está esperando —dijo el patriarca impasible.

—Entró y con suavidad cerró la puerta. Fue como penetrar en otro mundo. Sobre una de las mesillas de noche, un quinqué proyectaba una luz muy tenue sobre el dormitorio. Había dos camas gemelas. Una permanecía intacta; en la otra, Larry yacía inmóvil, con los ojos cerrados y los brazos por fuera del embozo. Su tez había perdido todo rastro de color.

»Ashley cogió una silla, recorrió el espacio que lo separaba de la cama y tomó asiento.

—Larry. Estoy aquí. —Un instante después, el pequeño de los Peabody entreabrió los ojos. Se habría dicho que miraba a través de una nube. Una semisonrisa lánguida se perfiló en su boca.

—Hola, querido... Me parece que las tijeritas apuntaban hacia mí... Mi padre tiene razón al ser tan supersticioso... Unas tijeras abiertas son mal augurio... —Ashley creyó que deliraba—. Sobrestimé mi puntería... Pero no hay que arrepentirse, como dice el viejo. Volvería a repetirlo. Veinte pasos... Un caballero que ame los trayectos no debe renegar de sus destinos.

—Por Dios, Larry. ¿Te has batido en duelo?

—Intenté darle una chispa de emoción a mi vida. Se conoce que me propasé.

—No hables demasiado.

—Me quedan unas pocas palabras... Y por Osiris que pienso consumirlas. Y además, es necesario.

—¿Qué ocurrió?

—Te dije, te dije que me vería obligado a defender a mi familia...

—Me acuerdo.

—Pues la defendí —dijo exhausto—. Un pisaverde... Quiso ensuciar el honor de mi hermana y el tuyo. No podía permitirlo. —Tomó aire. Respiraba trabajosamente. Ashley, atónito ante la revelación, se debatía entre preguntar o no—. El tipejo tuvo la osadía de decir, en mi presencia... que tu hijo menor, Matthew, era ilegítimo.

—¿Te has batido por un comentario tan despreciable? —Posó una mano sobre su antebrazo.

—Que Matthew no era hijo tuyo, se atrevió a decir el ínfimo patán.

—Estaría borracho.

—No estaba borracho, no.

—Por el amor de Cristo, ¿y qué más daba?

—Imperdonable —salmodió—. No iba dejar sin castigo la ofensa... Quería que lo supieses.

—Larry... —Se aferró con más fuerza a su antebrazo.

—Me he deslizado de estupidez en estupidez durante años... Hasta la meta. Esta misma madrugada. Al menos, quería para mí un final digno. Que sirviera para algo.

—Sigues maltratándote.

—Un inútil... Tenía razón el viejo. Siempre la tuvo.

—Eres uno de los mejores hombres que conozco.

—No mientas al final. A los dos nos gustan las verdades. Por eso me caíste bien siempre. Al contrario que mi familia, a la que quise, pero que siempre me ha caído muy mal... si exceptúo a Rebecca. —Cerró los ojos y volvió a tomar aliento antes de emerger nuevamente. Las palabras y la luz lo incomodaban—. Hay gente que espera lo mejor de ti...

—Lo sé.

—Pues no hagas como yo... que frustré toda expectativa. Ha sido uno de mis mayores pasatiempos: frustrar expectativas sobre mí. Ashley, en nombre de los niños, sé el mejor de los padres... Y no te fies de los Peabody... No somos gente de fiar.

—Es la mayor exageración que he oído nunca. Y tú eres el vivo ejemplo. —Volvió a cerrar los ojos. Se mantuvo callado. Daba la impresión de haber caído en un sopor profundo. Se oía el tictac del reloj de pared. Ashley hizo ademán de levantarse.

—No te vayas.

—Necesitas descansar, Larry.

—Déjame elegir mis descansos... mientras pueda. —Entreabrió de nuevo los ojos—. El otro día, en tu casa... ¿qué ocurrió? Se suponía que era una celebración. Cumplías años, querido; pero vi tu semblante... Estabas desencajado. No puedes engañar a un moribundo. No debes. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué de pronto dejaste de hablarnos? ¿Qué ocultabas?

—¿Ocultar?

—¿Qué... qué te propones? —Por toda respuesta, Ashley puso la otra mano sobre él sin decir nada. Se hubiera pensado que el herido reunía sus últimas fuerzas para decir:

—Está bien. Está bien. No hables si no quieres, pero escúchame... Si hay vida después de la vida... me acercaré a mi hermana para decirle esto: Ten paciencia... La paciencia de la que carecen los Peabody... Ni se te ocurra esperarle, por ahora... Vivirá lo suyo, volverá a amar, quién sabe, tendrá más hijos. No te aflijas. Ha de seguir. Es ley de vida... Y está bien. Todo está bien. Que así sea.

—Ashley permanecía con la cabeza gacha —recordó la señora Bale—. Iba a decir alguna cosa, pero de repente advirtió que Larry se había agotado. ¿Dormía?

»Se puso en pie lentamente y aún se quedó allí, erguido, mirándolo entre la indecisión y la incredulidad. Con la esperanza de que algo que no sucedería sucediese.

—El menor de los Peabody murió al día siguiente, por la tarde —siguió la señora Bale—. Ashley no volvió a verlo con vida porque, apenas salió de Regent's Street, fue a recoger en su landó a la joven médium.

—¿Por qué no podemos ir con vosotros, Adele? —preguntó Pumpy mientras se enredaba una trenza dorada entre los dedos y miraba por turnos a su hermana y a Ashley.

—Porque no —dijo Adele.

—¿Y eso? —saltó Eloise, cogiéndose del brazo de Zac. Éste lanzó una exclamación entrecortada y meneó la cabeza de arriba abajo y de abajo arriba.

—¡Póoorque, póoorque, póoorque, póoorque...! —empezó con la cantilena Pumpy, a quien siguieron los demás.

—Acechaban las nubes. Ashley se quedó con ellos, bajo el emparrado, a la espera de que Adele entrase en la casa a despedirse de Maggie. Se había encariñado con la tribu. Se preguntó cuántos, de los nueve, preservarían con el tiempo una pizca de este aroma.

»La joven médium subió a la planta en donde estaban los dormitorios.

—Maggie, me voy —dijo desde el umbral de la puerta. Maggie tenía su habitación repleta de libros, revistas y fascículos. Por todas partes había pilas en equilibrio. Avanzaba por la vida pariendo criaturas y leyendo folletines—. ¡Te vas a quemar las pestañas con tanta novelería!

—Su madre estaba tumbada en la colcha, con la bata puesta. Se levantó de la cama, se quitó los lentes y los guardó en el bolsillo de la bata. Echó un vistazo a la cunita de Dora.

»Era una mujer baja y sólida Maggie, de unos cuarenta y cinco años. Su cabello cardado tenía el color pardusco de la bruma londinense, el puré de guisantes, como era conocida la niebla; pero la tez y los ojos de Maggie eran los de su hija mayor. Llevaba una bata a cuadros que le quedaba enorme y olía a Bill, según ella. Una bata que no se quitaba de encima.

—¿Ya? —preguntó sólo. Y entonces se acercó a Adele y se plantó delante de ella.

—La muchacha creyó que iba a besarla, pero no. Lo que hizo fue doblar hacia arriba la manga derecha de la enorme bata de Bill. Era cómico verla actuar, moverse; sin embargo, lo que vino a continuación no tuvo nada de cómico, fue diferente a todo lo que Adele había conocido de su madre hasta entonces.

»Maggie le puso, con ternura, la mano en la cara a su hija. Con los dedos separados, las yemas en contacto con el rostro, como muchos años antes había hecho con Bill el Tremendo, incluso antes de convertirse en su esposa. Un gesto aquel que, en esa época y viniendo de ella, muchos habrían considerado para sí el privilegio de los privilegios.

»Luego cerró los ojos y pasaron los minutos. Adele consternada, enmudecida. Ahora comprendía tantas, tantas cosas. Las novelas, los folletines, la necesidad que su madre tenía de huir, los sueños, los chismes, la exigencia autoimpuesta de relegar su don y matar un pasado durante el que fue conocida como la más extraordinaria de las médiums. Su madre.

»Cuando Maggie abrió los ojos estaba repentinamente demacrada.

—Mamá... —dijo Adele—. Mamá...

—Tienes que irte, ¿a que sí? —dijo Maggie. Y su sonrisa era nueva, o tan antigua que para Adele era lo mismo. Adele, a quien no le quedaban palabras—. Confía en Él, mi amor. Sé fuerte. —Se abrazó a su madre, con nostalgia de hija. La estrechó con toda la sed que sus brazos tenían de ella. Su madre, que olía a Bill, que tanto sabía. Y después salió corriendo, doctor, corriendo para encontrarse con Ashley, su destino.

La paciente se detuvo con la vista en la mesa. Cauteloso, el detective esperaba.

Ella movió la cabeza arriba y abajo, despacio, sin asomo de coquetería, pero con un cansancio triste, dolorido.

—¿Sabe lo único que le preguntó la muchacha a Ashley, lo único que le preguntó durante el trayecto hasta Park Lane? —siguió la paciente—. Estaba tan asustada... Pues bien, le preguntó si había conseguido alguien para la sesión. Es decir; antes de montarse en el landó, ni siquiera le constaba. Ya ve usted. Hubiese celebrado el ritual igualmente, sólo con Ashley, para él.

—Despreocúpate —respondió Ashley—. Estará en casa, esperándonos.

—Oscurecía —dijo la señora Bale— cuando llegaron a la casa de Park Lane, en donde alguien, la tercera persona, los aguardaba. Ashley dio órdenes de que no se los molestase.

—Adele y esa persona, ¿se conocían? —sucumbió el detective.

—No lo sé. —Cooper percibió un quiebro en su voz—. De lo que sí estoy segura es de la meticulosidad con que Adele preparó el último ritual.

»A solicitud de la muchacha, Ashley encendió dos velas en sus palmatorias y las puso en la camilla. Las gotas de lluvia empezaban a resbalar por los cristales alargándose. La joven sugirió que se cerrasen las contraventanas. Luego tomaron asiento los *dos hombres* —dijo con claridad la paciente, a Cooper no se le escapó— y la chiquilla posó en la mesa, justo delante de Ashley, un pequeño crucifijo. Todo lo hacía sin prisas, con firmeza mansa, atenta a los detalles, como siguiendo un protocolo preciso del que estaba ausente cualquier huella de inseguridad. Cuando la muchacha se sentó, lo hizo frente a Ashley. La tercera persona estaba entre ambos.

»Más tarde, la médium cerró los ojos, la pluma en su mano. Empezó a murmurar una especie de oración. Puedo recordarla porque la repitió muchas veces:

—Oh, Señor, dame fuerzas. Presérvame, si es tu voluntad, del orgullo. Favoréceme para que me asistan las presencias de la luz. Hazme digna del valor de mis padres. No permitas que confunda la verdad y la mentira. Y si vinieran sobre nosotros las tinieblas, concédenos tu auxilio y tu perdón.

—Le dijo a Ashley que, hasta caer en trance, haría ella las invocaciones. Le sugirió que formulase, más que nunca, preguntas claras, que no se prestaran a confusión. Le aconsejó que dijera o preguntase lo que tuviese interés en preguntar o decir y que, después, no prolongase la sesión, que la despertase. Algo inédito: que la despertarse.

—Mantenga en la mano el crucifijo. Todo el tiempo —le advirtió.

—Sí —dijo él. Dijo—: Gracias, pequeña. —Y, lo crea o no, eso fue todo.

Entonces, Tadeus Cooper, por sorpresa, pero tal y como tenía muy meditado, introdujo las réplicas que la tercera persona había proferido entonces, aquella tarde, en esos momentos previos al trance:

—¿Cuál es mi función? ¿En qué puedo ser útil?

La paciente se quedó inmóvil. ¿Recordaba?

—¿Función? —respondió la señora Bale—. No tenga ningún miedo. Pase lo que pase, está a salvo. Es usted un testigo, alguien que suma y hace fuerza. Eso fue lo que la médium le dijo.

—Sí, pero... ¿En qué puedo ayudar? —siguió Tadeus Cooper. Tenías frescas las respuestas y

las preguntas. Sabía qué palabras vendrían ahora y después.

—Fe. Tenga fe —dijo la señora Bale.

—*Ya no tengo eso que me pide* —dijo Cooper, recordando—. *Deme alguna indicación. Dígame, al menos, qué va a ocurrir.*

—No sería bueno para nadie saber tanto. Usted suma y hace fuerza. Tomémonos las manos, dispuso la médium, que estiró los dos brazos por encima de la mesa con las palmas hacia arriba. Cuando llegue la hora, no antes, sabrá lo que tiene que hacer.

La paciente se acercó aún más a la mesa, se ovilló contra el borde en una postura forzada, oprimidos sus brazos por el chaleco de fuerza, los ojos hundidos en su propia oscuridad. Cooper alargó un brazo en su dirección, con la palma hacia arriba, igual que aquella remota noche la médium. La paciente continuó hablando:

—Adele cerró los ojos. Su mano izquierda cogía la mano del tercer asistente; en la derecha, la pluma. Ashley, como en tantas ocasiones antes, estaba listo para retirar cada folio.

»Se oía, de manera amortiguada, el caer de la lluvia en los cristales. Las dos velas humeaban. La médium efectuó varias inspiraciones y espiraciones, y luego su respiración se volvió suave y cadenciosa y sus labios se agitaron sin que saliera de ellos ruido alguno. Dejó de llover, se desbordó el silencio como se desbordan las horas de la noche. Un silencio como jamás he oído. La casa entera estaba muda. Entre esas cuatro paredes, se notaba el espanto de un peligro inexplicable.

—Rebecca, te doy la bienvenida a mi alma —dijo por fin la médium.

—Un aire frío envolvía la habitación, un aire casi compacto, que temblaba. Como el peso de la conciencia era aquel aire latente, una amenaza.

»Ashley rompió a sudar. Apretó en su mano el crucifijo.

»Podiera decirse que allí, entre ellos, se transmutaba algo. Algo para lo que no están hechas las pobres palabras de los hombres, un fermento de vida arcana, impalpable, una suerte de murmullo. Definitivamente les invadía la convicción de que no estaban solos. Y la sensación de una cierta repugnancia física y también de un cierto consuelo. Si la pasión mueve la vida, el cuarto entero latía. Era el fin y el principio de algo. Quizá lo encuentre increíble todo esto, doctor. Sería una verdadera lástima. ¿Me considera loca?

—No —dijo Cooper empapado en sudores.

—Rebecca, te doy la bienvenida a mi alma —volvió a decir la médium, que emplazaba a la muerte. El consuelo avanzaba como el terror, imparable.

—Rebecca, te doy la bienvenida a mi alma. —A la inquietud sucedía la paz, a la paz un destino impenetrable. Doctor, ¿me comprende ya?

—Sí, la comprendo.

—Se soltaron las manos. Tal vez empezó la médium, que hizo menos presión en la de su compañero.

»De repente, Adele abrió los ojos, que estaban en blanco, como en ese estadio avanzado de los sueños en que la persona duerme profundamente. Respiraba rápido. Las pupilas agitándose por arriba con un frenesí de vértigo. La mesa pareció tambalearse. Se derrumbaban las leyes eternas. Lo que pasaba no tenía precedentes en aquel cuarto.

—Está aquí —dijo Ashley.

—*Rebecca, querida mía* —intervino, de nuevo, Tadeus Cooper—, dijo Ashley, *¿quién te*

mató?

—Una ráfaga de aire —continuó la paciente como en trance—, una ráfaga imposible en una habitación cerrada a cal y canto, sin aberturas al exterior, estremeció las llamas de la velas. Se apagó una, con un siseo. El humo salió de la mecha y fue succionado por la penumbra. Después las sombras se adueñaron de los rincones.

—*Rebecca, quién te mató* —repitió Tadeus Cooper.

—Los ojos blancos, inconscientes de Adele —aseveró la paciente— se movían remolineando de manera desquiciada, buscando por dónde salirse. La médium empezó a escribir a sacudidas, una palabra detrás de otra. Quebraba el silencio el rasgueo de la pluma sobre el papel, las gotas de sebo de la vela.

—Hasta casi llenar la página —dijo Tadeus Cooper.

—Hasta casi llenar la página —consintió la paciente—. De pronto, la muchacha se detuvo, suspendió la escritura, el aire de la habitación más y más frío, los tres exhalaban vaho por la boca.

—¿Qué hizo Ashley? —preguntó Tadeus Cooper—. ¿Qué fue lo que hizo Ashley?

—Se apoderó de la hoja. La leyó desde la primera hasta la última línea, unos ojos con hambre de letras leerían así y, después... después la rompió, rompió en pedazos la hoja con furia incontenible mientras gritaba: «¡No! ¡No! ¡No!».

—En la hoja había un nombre escrito y repetido hasta la saciedad —dijo Cooper. Quería aparentar templanza. Su corazón parecía de otro, se desvivía por escapar del pecho.

—Por qué iba a recordarlo —gimió la paciente.

—¿Había un nombre! ¿Qué nombre era ése? —preguntó Cooper.

—¡Oh, Señor! ¡Señor! —exclamó la paciente. Su voz, como arrastrada por el viento que viene del mar. Lejana, como el arrullo de las caracolas—. Ayúdame, te lo suplico.

—Era el mismo nombre que Ashley temía —dijo inexorable el detective.

—Adele siguió escribiendo. Escribió varias frases, luego se detuvo. Ashley le arrebató con brutalidad la hoja y, antes de romperla, leyó: «Mi querido. He vuelto. Estoy aquí. No volveremos a separarnos». Eso decía. Fue lo último.

—¿Y después? ¿Qué sucedió? —preguntó Cooper.

—Se le cayó la pluma de la mano. Sus ojos, los ojos de la médium, trepidaban horriblemente. Se conoce que buscando hacia dónde mirar, por qué rincón salir, escapar de sus órbitas. Los párpados no servían para contener ya esos ojos. Era una cosa extraordinaria. De arriba abajo, el cuerpo entero de Adele se rebelaba, abandonado a sus fuerzas.

»En esa fase, el consuelo había desaparecido. Quedaba sólo como un éxtasis de asombro, un sobrecogimiento sin límites y el frío. Un frío helador, más que inhumano, los encogía a los tres sobre sí mismos.

»A Ashley se le resbaló el crucifijo de los dedos. Tanto él como la tercera persona, con los sentidos embotados, quietos en sus sillas. Y entonces Adele, o su cuerpo, igual que si algo pesado la hiciera vacilar sobre sí, osciló, empezó a perder el equilibrio, a desplomarse, a derrumbarse. Fue cayendo de lado y se golpeó contra la esquina de un mueble. Ninguno de los dos hombres supo reaccionar a tiempo.

»Justo ahí se apagó la última vela, como maldecida.

»Y cuando Ashley se levantó, a oscuras, y el otro descorrió las cortinas y encendió las velas, la muchacha yacía en el suelo, con un profundo arañazo en la mejilla.

»Estaba tendida, de costado, doblada sobre el vientre. A la vista, un tobillo desnudo. Si existieran las hadas, sería el tobillo de un hada. Un ángel corpóreo no tendría una expresión más dulce. Y de no ser por el hilo de sangre que resbalaba por su mejilla, hubiera sido fácil apreciar que el araño tenía una curiosa forma de anzuelo.

»Y entonces Ashley reaccionó. Sí, reaccionó. Se arrodilló frente a ella, la abrazó, la estrechó contra su pecho y le dijo muchas veces:

—Pequeña, no te vayas. Vuelve, Adele. ¡Vuelve, pequeña! ¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Vuelve! —Fue la tercera persona que estaba allí, a quien es posible que deba la vida la joven, quien tomó la iniciativa de trasladarla a un hospital. Y la muchacha no recuperó el conocimiento hasta muchas horas después.

La paciente se quedó callada, inmóvil.

—Señora Bale, ¿y Ashley? —preguntó Cooper—. ¿Sabía usted que no volvió a ser el mismo?

—Si lo supe, lo he olvidado.

—El contenido de la última transcripción, la respuesta a la pregunta de quién asesinó a Rebecca le dejó graves secuelas mentales.

—¿Qué pregunta? ¿Qué respuesta? Lo ha dicho usted, no yo —dijo la señora Bale—. A mí no habrá podido escucharme eso. ¿Lo he dicho? ¿He hablado de crimen yo en algún momento?

—Sin embargo...

—¿También conserva los papeles de esa última sesión? —preguntó ella con desafiante lucidez.

—Usted sabe, y así lo asegura, que los papeles de la última sesión fueron destruidos por Ashley después de leerlos.

Y, súbitamente, para alivio y satisfacción de Cooper, la paciente usó la respuesta que él esperaba. Un recurso que él mismo esgrimía en los primeros compases de la terapia, cuando estaba desorientado:

—¿Cómo sabe usted tanto sobre lo que ocurrió esa noche, en esa habitación, doctor?

Para no verse aún comprometido, el detective pensó en callar; pero no quedaba mucho tiempo y estaba asqueado de medias verdades. Lo que deseaba era apoderarse de toda, la verdad entera, en estado puro. ¿Qué más podía perder si había perdido a Mary, que yacía bajo una lápida blanca desde hacía más de siete años? De modo que le contestó:

—Porque yo llevé a Adele al hospital. Yo era la tercera persona que participó en la última sesión.

Cooper le dijo a la paciente que no le preguntase nada todavía. Le pidió que se tumbase a descansar. También él necesitaba un respiro. Tenía los nervios agotados.

Se levantó y estiró las piernas sin salir de la habitación. Se detuvo a mirar por la ventana, hacia el patio, y echó en falta el maletín; pero como no quería dejarla sola, escribió unos apuntes en su agenda y se concentró en relajarse, preparado para un último impulso.

Si su propio estado anímico hacía sospechar, aumentaría el riesgo de que interrumpieran la última sesión; de ahí que no protestase por el chaleco de fuerza. Ver a la paciente con él puesto lo

enfermaba, pero descartó decírselo a Monro. No quería exponerse a desbaratar nada entre la señora Bale y él.

—Permítame que la ayude a acostarse —le dijo—. Quiero que descanse media hora.

Tenía que hacer uso de la astucia. No iba a permitir que se le escaparan los detalles, perder terreno en la partida que jugaban. Miró el suelo con baldosas blancas y negras que tan poco le gustaba. Debía asegurar sus posiciones y avanzar, ir más adelante. Eran las once de la mañana.

La tregua duró más de cuarenta minutos. Volvieron a la mesa. El uno frente al otro.

Como temía después del último toma y daca, surgió la pregunta:

—¿Quién es usted? —preguntó la paciente. Cooper ya lo había previsto.

—Si está preparada, déjeme continuar. Hágame caso.

Tomó el partido de jugársela.

—Quiero que medite su respuesta —empezó Cooper, y se detuvo antes de seguir—: Rebecca pensaba que nunca sería objeto de una pasión romántica; pero tenía la esperanza de que su amor podría cambiar a Ashley. ¿Fue ésa la única razón que la movió a casarse con él?

—Estaba enamorada.

—¿Cree usted que el amor, por sí mismo, explica su boda? ¿Qué necesidad tenía de casarse con alguien que no la amaba?

—¿Quién dice que Ashley no...? ¡Habla usted como el viejo Peabody! —Cooper se mantuvo firme. Se había prohibido enredarse en discusiones—. Rebecca se sentía asqueada. No soportaba ese trato. No soportaba que trataran así a las mujeres.

—¿Así cómo?

—¡Como niñas! Y a ella, más que a nadie, la trataban como una niña enferma. En especial, su padre. Le fastidiaba aquello. Estar sobreprotegida. Le daba náuseas. Estaba, sobre todo, harta del viejo. ¿Se puede querer a un padre y odiarlo? Yo se lo diré. Es imposible no querer a un padre; y es muy posible odiarlo.

—Su padre, ¿qué le decía?

—Que el mejor de los hombres era como la peor de las mujeres. Que los hombres no amaban a las feas. Que su familia la querría siempre y que a su lado estaría mejor que con cualquier oportunista.

—Entiendo.

—Usted no puede entenderlo. Es un hombre. A Rebecca toda esa prédica le parecía repulsiva, le parecía ignominiosa, interesada. En el fondo, sabía que al viejo le enternecía que no fuese hermosa. Que Dios la perdonase, pero seguro que su padre, en cierto modo, se alegraba de su cojera. Mejor que no fuese una mujerona. Así estaría siempre a su lado.

»Ahora bien; ¿quién era Rebecca? ¿No era una mujer de carácter? ¿No lo fue siempre? Estaba dispuesta a refregarles a todos, mucho más al viejo, su libertad, su independencia.

—Su padre le advirtió que Ashley no era el hombre que merecía.

—Oh, sí. El viejo caníbal no se calló. Le dijo que ese muerto de hambre le haría daño, que la haría sufrir desde el primero al último día. Que sólo perseguía su dinero, que así cavaba su propia fosa.

—Pero Rebecca no claudicó.

—¿Y por qué iba a claudicar? ¿Qué había que le importase más que aquel hombre, doctor? Su matrimonio representaba una victoria. Frente a su familia y los prejuicios, frente a las coerciones

de la sociedad y frente a su padre.

—En algo tenía razón el viejo —señaló Cooper—. Su esposo la haría sufrir. Los celos la hicieron sufrir. ¿Había alguna razón para sus celos?

—¿Quién conoce la razones del corazón? Un amante celoso ve más lejos que nadie.

—¿Me está diciendo que él tuvo relaciones fuera del matrimonio? —preguntó el detective con ingenuidad deliberada.

—Le estoy diciendo que Rebecca conocía el pasado de Ashley. Lo que se había visto obligado a hacer para llevar dinero a casa. —Se ruborizó un poco—. Sus relaciones sexuales para que su hermana y su tía pudieran comer caliente. Toda aquella suciedad de Haymarket, donde niños y niñas se prostituyen. Él se lo dijo. No se lo ocultó. Como tampoco sus coqueteos con el opio.

»Y ella no pudo olvidarlo. A veces preguntaba a su esposo qué hacían con él los hombres que lo compraban, o qué le pedían que hiciera para ellos. Eso la excitaba y la torturaba. Fantaseaba con él, carne con carne, en manos de aquellos viciosos por los que se dejaba amar. La verdad era sucia. ¿Tal vez le atraía lo sucio? ¿Tal vez eso explica todo? ¿Explicaba que hubiera pagado por favores sexuales cuando viajó a Italia con su hermano Larry?

»Siempre temió que le arrebataran a Ashley. Su piel, que ansiaba acariciar a todas horas. Su alma, que tal vez no había poseído nunca. Puede que sólo Eileen y tía Amelia hubieran poseído su alma. Puede. Ah, si él la traicionase. Si él le traicionaba, se lo dijo con claridad, estaba dispuesta a llegar a todo.

—¿Como qué? —preguntó Cooper.

—A todo. ¡Lo que fuese!

—¿A responderle con la misma moneda?

—Por qué no.

—¿A tener una aventura?

—Por qué no.

—¿Él la traicionó? ¿Le fue infiel? ¿Cree que el pañuelo de Susan en su abrigo lo demuestra?

—No. No lo creo; pero qué importa.

—¿Y Rebecca? ¿Se acostó con alguien?

—¡Volvería a hacerlo! —repuso muy exaltada—. Y volvería a aceptar las consecuencias.

—¿Pagó a un joven, quizá, por sus servicios?

—Pagó a un joven por despecho.

—¿Era la primera vez que lo hacía, pagar a un joven por un favor de carácter sexual?

—No lo sé, doctor.

—Acaba usted de decirme que en el viaje a Italia, acompañada de Larry...

—Es posible. No lo recuerdo. Mejor sería preguntárselo a Larry.

—Mucho me temo que ya no es posible.

—Por qué no preguntarme si pagó a Ashley por favores sexuales.

—¿Pagó a Ashley por acostarse con él antes de que se comprometieran?

La paciente se detuvo. Como alguien que pierde el hilo, alguien que no sabe o se esfuerza por no saber. Cooper se arrepintió de haber ido tan lejos; sin embargo, ella retomó la palabra.

—Rebecca llevó a un muchacho de la calle a un hotel con merecida fama de discreto, pues alojaba sólo a ricos y personalidades.

—Dígame el nombre de ese hotel.

—Hotel Mivart. Habitación número 50. Pero Ashley la perdonó.

—El hotel en donde Rebecca...

—El mismo en donde Rebecca intentó matarse.

—Esa misma noche.

—Sí, esa misma noche. Horas después, obligó al muchacho a irse y ella se quedó allí, para expiar su pecado.

—Un médico que pernoctaba en la habitación contigua —dijo Cooper—, recuérdelo, oyó sollozos, golpes, la puerta que se cerraba, pasos alejándose por el corredor. ¿Por qué no me dijo usted que Rebecca estaba con alguien en el cuarto?

—No lo recordaba. Ahora lo recuerdo.

—¿Por qué trata una y otra vez de defender a Rebecca?

—Porque ella no tenía la culpa. Nunca tuvo la culpa.

—Como es lógico, Ashley no tardó en saber que Rebecca se había alojado en el hotel con un joven —dijo el detective—. ¿Está segura de que él la perdonó?

—¡Sí! Él la perdonó. Ashley la perdonó.

—Sin embargo, desde ese día el matrimonio no volvió a mantener relaciones sexuales.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Discúlpeme, pero así es.

—Estaba viva. Sentía el ardor de su sangre por dentro, no como él, que jamás la había dejado satisfecha en la cama. Algo que se agravó con los años. ¿Por qué? ¿La engañaba? ¿Seguía acostándose con clientes, como antes, cuando se vendía? ¿Por eso era inapetente? ¿Por vicio, por asco, por miedo, por hartazgo? ¿Era un mentiroso compulsivo, o es que el hambre de Rebecca no había logrado despertar la suya? En ese caso, ¿qué amante queda en un marido que se espanta de su mujer? Alguien que entregaba tanto como ella, ¿tenía derecho a recibir sólo migajas?

—Sus palabras me traen a la memoria la disputa entre ellos —dijo Tadeus Cooper—. La última noche, la noche de la muerte de Rebecca. —La reclusa apretó los ojos. Hubo una expresiva pausa, un titubeo. Luego el detective puso el énfasis que se pone en una oración desesperada—: Fue una discusión violenta. Evidentemente dolorosa. —De nuevo, pausa. Y, por fin—: ¿Por qué lo hizo, señora? ¿Por qué Ashley abofeteó a su mujer? ¿Qué se dijeron a la cara aquella noche, antes de que los niños empujasen la puerta y entrasen con las camisas de dormir y los ojos soñolientos?

—Él la abofeteó. Miserable. Miserable.

—¿Por qué la abofeteó?

—La disputa fue a más. Se cruzaron reproches. Se lo arrojaron todo a la cara. Son peores los reproches entre amantes que se quieren.

—¿Qué le dijo Rebecca?

—Se dijeron tantas cosas. —Hablaba cabizbaja, meciéndose adelante y atrás.

—¿Le descubrió o recordó algo? ¿Le descubrió o recordó algo sobre lo que le hubiese mentido, o hubiera supuesto una traición?

—No hay mentira ni traición que duela más que la verdad. ¿Cuánta, buen Dios, soportaremos?

—Se lo preguntaré de otro modo. En cierta ocasión, ya muerta Rebecca, Ashley fue a pasear con sus hijos a Regent's Park. El mayor, Stephen se quejaba de que su padre ya no les prestase atención, de que los mirase de otra forma; sobre todo a Matthew. ¿Recuerda?

—Sí, sí... —dijo ella en un hilo de voz.

—«¡Mi madre fue mala! ¡Y por eso se murió!» le dijo Stephen a su padre. ¿Por qué dijo eso, señora Bale? ¿Qué escucharon los niños a través de la puerta entreabierta del gabinete?

Abrumada, la paciente bajó la vista, murmurando:

—¿Qué escucharon esos niños a través de la puerta. Qué le dijo Rebecca a su esposo que provocó su ira descontrolada. Qué le dijo para que la abofeteara. Recuerda. Doctor... Recuerda... Doctor...

—¿Por qué se batió en duelo Larry, señora Bale? ¿Recuerda por qué recibió un balazo en el pecho?

—Para limpiar una ofensa vergonzosa.

—Para limpiar una ofensa vergonzosa. Para preservar un secreto vergonzoso. Para que el secreto no adquiriese carácter de rumor —dijo Cooper. La paciente alzó la vista con lentitud. Su rostro aparecía transfigurado, como el de una mártir. Una cara de rasgos imprecisos, con la luz de esa blancura peculiar de las apariciones. Una claridad entre siniestra y fosforescente que produjo en Cooper el efecto de una alucinación—. La puerta no estaba cerrada. Los niños lo escucharon todo. ¿Puede usted escuchar lo que escucharon los niños? ¿Puede usted escuchar lo que Rebecca dijo a su esposo antes de que él le pegase?

—Su amor hecho esquivarlas...

Veía ceder a la paciente, acomodarse a los hechos que se imponían. Tal vez, toda curación conlleva un desengaño.

Cooper prolongó la pausa como sólo un buen médico del alma habría hecho.

—Los niños vieron y oyeron lo suficiente antes de entrar —dijo el detective. ¿Sería posible que sólo ahora, hacia el final, aprendiera a dirigir la terapia?—. Los niños, aparte de Ashley, fueron los únicos que la vieron escribir en el cristal de la ventana —continuó diciendo Cooper mientras sacaba de un bolsillo interior la hoja llena de arrugas y dobleces que contenía las seis palabras en columna—. Los únicos que conocían las palabras de la consigna.

Y la paciente, que no asintió ni desmintió, se equivocaba al pensar que lo más duro había pasado; pero acertó al preguntarle a Cooper:

—¿Quién ocultó esto en el sepulcro, doctor? —Y se refirió al papel que estaba en la mesa, con las seis palabras a la vista.

—Dígame usted.

—Se lo suplico. Se lo estoy suplicando.

—Ashley lo ocultó —repuso el detective—. Ya estaba trastornado; pero el trastorno mental no fue, con certeza, la única causa que explica su conducta.

—¿Qué más razones hubo? —preguntó, pálida como el yeso seco.

—Lo ocultó para salvar a su hijo.

Silencio. Era un silencio aquel sin alternativas.

—¿Quién fue el asesino, doctor? ¿Qué nombre figuraba en la transcripción de la médium que Ashley rompió en pedazos?

—Pero usted ya lo sabe. El asesino fue la persona que escribió estas seis palabras para no olvidarse nunca de ellas. Quien las borró del cristal empañado para que su padre no las recordase.

Y, después, Tadeus Cooper apoyó las manos en los muslos y se levantó.

Se fue del cuarto porque sintió que estaba al borde de desmayarse y porque necesitaba su maletín.

Avanzó por el corredor con andares entorpecidos, escoltado por las dos enfermeras hasta la estancia en donde los médicos permanecían a la escucha.

Compadecía a la paciente y se compadecía de sí. E imaginaba las consecuencias que resultaban de la demencia, o de la cordura de una mujer que podía estar loca o podía estar cuerda.

Una de las enfermeras llamó con los nudillos. Sin más, Cooper bajó el picaporte y entró en la habitación de los doctores. Vio, alrededor de la mesa, al director Monro, al resto y a dos o tres médicos que conocía de manera superficial. Todas esas batas blancas, como espectros, sin verdadera consistencia ni compasión. Por otro lado, también él llevaba una bata blanca.

El doctor Russell, su apoyo, era el único que conservaba la chaqueta del traje.

Barrió con la vista el cuarto y descubrió su maletín sobre una mesa auxiliar, en un rincón, junto a otros maletines y documentos apilados. Fue hacia allí como un autómata, verificó su contenido y salió sin intercambiar palabra con nadie.

Ya fuera, en el pasillo, notó cómo una mano apretaba su hombro. Se detuvo, más por cansancio que nada. Cualquier obstáculo físico, por leve que fuera, lo hubiese retenido.

—Cooper —susurró una voz amigable—, está haciendo un trabajo portentoso. —El detective se volvió hacia el doctor Russell—. No se venga abajo. La curación depende sólo de usted. — Pero el detective no conservaba energías para responder. Le flaqueaban las piernas—. ¿Le ha llegado el turno a la historia de Isaac y Rebeca, amigo mío?

Y todo hizo suponer que Cooper afirmaba.

Reanudó el paso. Se detuvo ante la puerta frente a la cual puede que no volviera a detenerse, una de las dos enfermeras giró la llave y después lo dejaron dentro.

Se quitó la bata de médico, que ya no necesitaba. La colgó del respaldo de su silla y volvió a sentarse a la mesa, de donde la paciente no se había movido. Puso el maletín en lo alto, junto a la hoja arrugada que contenía las seis palabras en columna. Lo abrió y sacó un recorte de revista. Quien hubiera visto sus manos relucientes de sudor nunca habría adivinado su oficio.

—Tenga la bondad de leer esta noticia. ¿Reconoce al muchacho de la ilustración? —preguntó el detective.

La paciente se concentró en el amarillento recorte. Ni siquiera figuraba la fecha y el contenido había sido fragmentado.

En la ilustración aparecía un niño de pelo oscuro, con una sonrisa cautivadora, que concordaba mal con la letra a que daba paso. La paciente leyó:

... Y, por fin, se acalló la espiral de rumores cuando, en el día de ayer, se resolvió el misterio de su muerte, acaecida en la casa propiedad del matrimonio, en Park Lane, hace más de cuatro meses.

Ahora sabemos que la tragedia, que tan inesperadamente golpeó a la poderosa familia Peabody, no tuvo su causa en el suicidio, sino en el crimen que perpetró uno de los dos hijos, y primogénito del joven matrimonio Peabody.

Stephen, de catorce años, acorralado por un súbdito de Su Majestad que honra un oficio tan novedoso como el de detective privado, se confesó autor del parricidio. Nuestro héroe, que

prefiere preservar el anonimato, dedicó semanas a investigar con éxito cualquier sombra de indicio.

En sucesivas ediciones ampliaremos la noticia, pero según fuentes bien informadas, cuando el pequeño monstruo se sintió perdido, decidió entregarse a la policía y confesó cómo hizo uso de cloroformo líquido mezclado con brandy para matar a su madre.

Tamaña atrocidad, en épocas menos indulgentes, conduciría al asesino directo a la horca; sin embargo, como todo hace suponer, hoy día nuestros juzgadores se conformarán con penas de prisión en Newgate. Y menos mal, pues si el proyecto de los reformatorios juveniles llega a buen puerto...

Se hubiera dicho que la mujer sentada frente a Cooper, con la camisa de fuerza, había perdido toda expresividad, había agotado toda aptitud para sentir dolor.

—Stephen era un buen chico —afirmó ella con una voz sin inflexiones, mientras dejaba el recorte en la mesa, junto al papel con las seis palabras en columna—. Amaba entrañablemente a su medio hermano.

—Señora, detrás de la puerta los niños escucharon lo que Rebecca le dijo a su esposo. Y para Stephen fue una catástrofe. Aquella noticia transtornaba el mundo de sus afectos, significaba una profunda traición. Que su padre no fuera el padre de Matthew.

»Una traición y una mentira. Al propio padre y a su hermano. ¿No podía ser que Matthew hubiese nacido así, inocente y desvalido como un ángel sin alas, por el pecado vergonzoso de su madre?

La paciente miró la ilustración del recorte y, sin dedicarle ni una mirada a Cooper, se dirigió a él con frialdad:

—El detective sospechaba de Stephen.

—Sí, todas las pistas conducían a Stephen —suscribió Tadeus Cooper—; pero el detective necesitaba cerciorarse, confirmar que la persona que había borrado las palabras en el cristal empañado era él, era Stephen. El detective se había puesto en el lugar del niño, en su cabeza de catorce años, y se preguntó: ¿Quién si no el asesino podía estar interesado en borrar una especie de contraseña que servía, o ayudaba, o permitía contactar con el espíritu de la persona que él había asesinado?

—Una confirmación para acosar y perder a un niño.

Cooper se obligó a continuar.

—Recuerde el aniversario de Ashley, la comida en familia, la treta que le sugirió el detective para que el asesino se delatase en la mesa. Recuerde.

—No necesito recordar más, señor Cooper. Me ha estado engañando todo este tiempo. —No levantó la vista—. Dígame, ese papel... guardado en la tumba de Rebecca... Si Ashley lo ocultó allí para salvar a Stephen, ¿cómo sabía usted dónde estaba escondido?

—En realidad... Stephen me lo entregó. De manera voluntaria.

—¿Después de acosarlo?

—Las cosas, verá, no fueron exactamente...

—¿Después de arrinconarlo? ¿Después de perseguirlo y mortificarlo con interrogatorios, con amenazas?

—No, no.

—Usted desconoce el significado de la palabra *compasión*, señor Cooper.

—Era mi trabajo.

Ella hizo una pausa, siempre con la mirada fija en la ilustración.

—Así hablaría un detective, no un médico del alma.

Cooper se sentía tan fatigado que se le subía la rabia a los ojos.

—No tengo ningún derecho a discutirlo.

—Así hablaría alguien que estaba en la lista de contactos de Ashley, en su propia agenda.

—Sí, señora Bale.

—Alguien que, por encargo de Ashley, se dedicó a investigar la oscura muerte de Rebecca.

—Desde luego, señora Bale.

—Porque, en realidad, Ashley sospechó siempre que su esposa había sido asesinada hasta que se trastornó, hasta que descubrió el nombre del asesino y entonces su cabeza ideó una versión alternativa, la versión del suicidio, una versión más... soportable. Sin crimen y sin castigo. Una versión en la que él, y sólo él, cargaría con la culpa. ¿No es así, señor Cooper?

—Rigurosamente así, señora Bale.

Parecía milagroso, pero, ¿no empezaba la paciente a recordar lo principal? ¿No debería sentirse recompensado en lugar de sentir cómo se adueñaba de él esta rabia ciega? Ella levantó, por fin, los ojos.

—Alguien que acompañó a la joven médium al hotel Mivart para salvar, *in extremis*, la vida de Ashley.

—Sí, señora Bale.

—Alguien que sugirió la estratagema para que el criminal se traicionase en el aniversario de Ashley.

—Sí, señora Bale.

—Que participó como testigo en la última sesión de espiritismo, y que por eso conocía, casi palabra por palabra, las réplicas que se dieron los tres participantes.

—No se equivoca.

—Que conserva en su poder las transcripciones que yo me he negado a revisar.

—Sí.

—Y que residía, o tal vez aún resida, en una callejuela de la City, un edificio de dos plantas, cerca de la catedral de San Pablo.

—En efecto, señora Bale.

—«Un súbdito que honra el oficio de detective privado», nuestro héroe, cuyo último gran mérito, por el que pasará a la historia de la crónica negra, fue resolver el caso del niño que asesinó a su madre.

—Sin embargo, déjeme decirle... —titubeó Cooper. Ya no sabía si lo hostigaba la furia o la amargura.

—El responsable de que ese niño se pudra en una cárcel durante años, entre miseria y desperdicios —dijo, implacable, ella.

—... que, en realidad...

Faltaba lo peor; sin embargo, lo haría a todo trance. Se vengaría de ella curándola.

—La misma persona en quien deposité mi confianza desde el principio de esta mentira —dijo la paciente—. ¿Debería seguir llamando *terapia* a un simulacro? El mismo que se ha hecho pasar

por quien no era, y que ha roto el pacto de buena fe que nunca hubo entre un médico que nunca existió y una enferma que nunca admitió serlo. El mismo que busca pruebas de la supervivencia del alma. No era usted un médico; era usted menos que un hombre: un embustero, un farsante.

»Hasta aquí llega su culpa, señor Cooper, hasta esta sucia orilla. ¿Aún no se ha dado cuenta de que estamos en un purgatorio? Mire, no le deseo más que una cosa, que purgue eternamente su culpa. Así aprenderá a rezar. Entre reproches.

Y, sin pensar, el detective abrió su agenda y, ojeándola, echó mano de su último recurso.

—Señora, ¿no le extraña que en el Red Lion, la taberna de los Seven Dials, todos los allí presentes rodearan a Ashley y lo mirasen con arrobo mientras apostaba en la mesa, con el deshollinador? ¿Se mira de esa forma a un simple caballero? ¿No le extraña que el criado negro estuviese ojo avizor, desde fuera?

—Ninguna argucia le servirá, señor Cooper.

—¿Tampoco le extraña recordar con todo lujo de detalles lo que sucedió en el Red Lion, estando Ashley solo como estaba, rodeado de una parroquia de desconocidos?

La paciente no contestaba. La ilustración de Stephen, el recorte de prensa, junto al papel que contenía las seis palabras en columna, absorbía su atención.

—¿No le extraña que desde el primer día haya atacado a Ashley y eximido de toda culpa a Rebecca, que sólo Ashley haya sido blanco de sus críticas?

Tanto había memorizado Cooper las preguntas que acudían a sus labios como juramentos a los labios de los amantes.

—¿No le extraña la actitud de Ashley, un descamisado, exigiendo que su prometida, hija de uno de los hombres más ricos de Londres, abandonara su fe en favor de la suya para casarse, cuando él ni siquiera creía en Dios? ¿No le parece inverosímil?

Se aventuró más lejos. Sentía cómo su culpa se transformaba en rabia. Y sentía la rabia acuciándolo a seguir.

—¿No le da que pensar que Ashley padeciera sonambulismo?

Y matizó:

—Dígame, si se concentra, ¿no escucha todavía *el chirrido inconfundible de un dedo que fricciona un cristal cubierto de vaho* en la casa de tía Amelia?

Notó cómo ella pestañeaba, en un destello, tal vez, de vacilación.

—¿No es increíble que durante la disputa del matrimonio, la noche de la muerte de Rebecca, Ashley la abofetease, él, que no soportaba la violencia de los hombres, que habría dejado que le pegasen antes de abofetear él a nadie, ya no digo a su mujer?

La paciente volvió a mirarlo.

—Piénselo —dijo Cooper—. ¿Por qué se puso usted tan nerviosa al intentar recordar los nombres de los padres de Ashley?

»¿No le extraña que en el dictamen forense que le mostré sólo figuren las conclusiones y no el nombre de la víctima? ¿Desea verlo completo?».

Pero ella continuaba sin responder.

—¿Y no le extraña que este recorte —señaló la noticia con la ilustración de Stephen— esté fragmentado de modo que no se lean los nombres de sus padres, los padres de Stephen?

»¿De veras no le asombra que en Italia, con su hermano pequeño, Rebecca hiciese de cebo a los posibles amantes de Larry? ¿No le parece, cuando menos, difícil de creer, en nuestros tiempos,

por transgresora que fuese una mujer como Rebecca?

»¿Y por qué insiste en llamarla «Rebecca Peabody» en vez de *Rebecca Bale*, el apellido de su esposo?

»Y, dígame, la causa legal por la que los Peabody iniciaron el procedimiento de incapacitación de Ashley Bale, su... locura, ¿no le da que pensar?

»¿Y por qué recuerda lo que recuerda? Debo decirle que las fuentes de su relato no pueden ser más que tres: o estaba usted en el lugar de los hechos, o le contaron lo que ocurrió, o sus recuerdos proceden de las transcripciones, pues algunos sucesos están de modo literal reproducidos en ellas. El caso es que ninguna de esas tres fuentes excluye a las otras y, precisamente, esa posibilidad, ¿no le parece reveladora? ¿Por qué se ha negado a leer las transcripciones?

Sin dejar de mecerse, la paciente repuso:

—Las transcripciones que Adele leyó en el cuarto de espiritismo, la noche que se escondió en la casa de Ashley, sólo contenían una palabra repetida: «VEN, VEN, VEN».

—Eso es falso. Usted misma ha reconocido sentirse desconcertada con las transcripciones. ¿Y sabe por qué? Porque esa palabra, VEN, está sólo en su cabeza. Porque, en verdad, era la llamada que subyacía en los textos de casi todas las transcripciones, su último sentido, digamos; pero el contenido literal era otro. Puedo enseñárselas, si es su deseo. Puedo enseñarle casi todas las transcripciones.

—Ya no está usted en disposición de que me crea ni una de sus palabras, señor Cooper. —Pero su tono de voz la desmentía. La desmentía.

—Y, dígame, ¿no le da que pensar que la habitación de las sesiones estuviera decorada con un par de acuarelas de paisajes londinenses, tenebrosos, espectrales, como aquel paisaje de allí? —preguntó señalando con un dedo la acuarela que colgaba de un tabique. Y mientras la paciente miraba el cuadro, él continuó:

»¿No le extraña que Ashley tocase el piano, que amase la pintura, la música, los libros?

»¿O que, cuando Ashley entró en la casucha del opio, mientras el chino de la coleta lo guiaba, usted dijera: «El humo, recordaré mañana y todos los días de mi vida ese humo, quién que haya estado allí lo olvidaría?».

Cooper percibió cómo ella ahogaba una exclamación.

—¿O que, aquí mismo, usted haya sido sometida a un tratamiento de desintoxicación de opio?

»Por favor, hágame caso aunque me aborrezca. Lea en voz alta las palabras de la consigna. Las palabras en columna que figuran en ese papel de ahí —dijo señalando el trozo de papel que había rescatado de la tumba—. Ódieme si quiere, pero léelas.

No pensó que ella consintiese; sin embargo, obedeció como una niña:

—La
historia
de
Isaac
y
Rebeca

—Ésas —dijo Tadeus Cooper—, y no otras, fueron las seis palabras que Rebecca escribió en el cristal empañado de la ventana. Las palabras que su hijo Stephen copió en ese papel después de

matar a su madre. ¿No le sorprende que el episodio bíblico preferido de Rebecca fuese, qué casualidad, la historia de Isaac y Rebeca?

Avanza, se dijo Cooper.

—¿Le extrañará si le digo que el vigilante del cementerio de Highgate, un año y medio antes de que yo recuperase el papel —y lo señaló con un dedo—, acompañó a una dama a cierta cripta, y que esa dama le pagó por abrir cierto sepulcro? ¿Le sorprende si le digo que la dama ocultó ese papel en la tumba?

»¿Me creará si le doy mi palabra de que los restos que reposan en esa tumba están enfundados en un traje de etiqueta?

»¿Y que el nombre que figura grabado en el mármol no es *Rebecca*, sino *Isaac, Isaac Peabody*; es decir, el nombre que aparecía registrado en el hotel Mivart?

»Perdóneme. Porque ahora debe usted perdonarme casi todo —dijo Cooper. Respiró con fuerza y preguntó:

»¿No recuerda lo que usted y yo y todos sabemos, o deberíamos saber desde el comienzo, y tal vez hemos olvidado, que ASHLEY es un nombre tanto de varón como de mujer?

El detective se levantó de la silla y, sin vacilar, se acercó a la paciente. Acostumbrado a ver cómo se ajustaban los chalecos de fuerza, en un abrir y cerrar de ojos la liberó de él. Tomó sus manos con las palmas hacia arriba, de modo que la cara interna de sus muñecas quedase a la vista, y dijo:

—Por el amor de Dios, mire estas marcas. Tenga la bondad de mirarlas. ¡Mírelas! Son incisiones. Son las cicatrices de ASHLEY BALE, la mujer que hace algo más de año y medio, en el hotel Mivart, no dudó en seguir los pasos de su esposo muerto, ISAAC PEABODY.

—¿Sí? —dijo la paciente, que tembló como un reflejo en el agua.

—Isaac, que la llamaba de mil maneras, que la atraía hacia él para volver a estar juntos gracias a los dones de un joven médium, y que cuando el suicidio de Ashley se frustró, entonces... lo intentó de otro modo.

—¡Sí...!

—Isaac, el segundo de los tres hijos del financiero Arnold Peabody, el menos atractivo de ellos y el más apasionado, el que padecía una cojera crónica y se enamoró desesperadamente de una mujer sin recursos. Ashley se llamaba aquella hermosa mujer de la que se enamoró Isaac Peabody. Ashley Bale.

—Sí.

—La mujer que, en la última sesión mediúmnica, vio cómo el joven médium, el hijo de Bill Higgins, cayó al suelo, inconsciente. Con un profundo arañazo en la mejilla, sangrando. Y a quien tal vez salvó o rescató de las garras de los muertos abrazándolo mientras le decía: «¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Vuelve!».

CAPÍTULO XVII

—1—

El despacho era amplio pero austero, con toda la sobriedad de alguien, como el director Monro, que detesta el lujo y no tiene más debilidades que la locura y la codicia.

Sentado detrás del escritorio, enfundado en su bata blanca, el director del Hospital Psiquiátrico de Bethlem escuchaba, por turnos, a los dos Peabody: Peabody padre y Peabody hijo. Los dos vestían idéntico traje negro, camisa blanca y corbata negra de lazo. Les diferenciaba sólo el bastón, que Preston no llevaba, y el sombrero de copa, que Preston, al contrario que su padre y después de muchas dudas, se había quitado y conservaba incómodamente en el regazo.

Por su parte, el letrado Cyrus Haggard fue el único que prefirió quedarse de pie.

De las paredes colgaban diplomas. En un rincón, había un pequeño sofá como teñido con tinta china. Dos sillones a juego lo flanqueaban y, en medio, una mesita baja sobre una alfombra peluda. ¿Podía sorprender a los invitados que Monro no les hubiera ofrecido sentarse allí para tratar el asunto?

—No dispongo de mucho tiempo, señores —dijo el director.

—Ya —contestó Preston Peabody—. ¡Ya!

—Ejem, mi cliente está muy disgustado —intervino Cyrus Haggard, desde las alturas de su honorable verticalidad.

—Porque usted comprenderá que estemos disgustados —dijo Arnold Peabody que, con ambas manos en la empuñadura del bastón, resistía con la chistera bien calada. Con aquella barba blanca y sin bigote, barba de gran pionero, se diría que tomaba posesión del territorio y que el bastón era su estandarte.

—También yo lo estoy —repuso el director, que metió un dedo entre el cuello duro de la camisa—. Disgustado y defraudado.

—Voy a recordar —añadió el patriarca Peabody— que mis donaciones a esta institución, y a usted mismo, en calidad de amigo de la familia, fueron más que sustanciosas.

—Nuestra gratitud es eterna, señor Peabody; pero las circunstancias han variado. Por desgracia para todos.

—Mi hijo Isaac murió por culpa de esa mujer. Su mujer. Eso no ha variado.

—Usted nos aseguró —intervino Preston— que mi cuñada permanecería internada más allá de año y medio, el plazo que aquí se contempla como límite. Que se quedaría por tiempo indefinido.

—Hice todo lo que estaba en mi mano.

—¡Una mujer que está loca de remate! —dijo Preston.

—Señor Peabody —contestó el médico—, después de años entregado a estudiar sus causas y efectos, la locura, me atrevo a decir, es un concepto de confusa determinación.

—Y la generosidad de Arnold Peabody —remachó el viejo—, ¿también es un concepto de confusa determinación?

—Su generosidad es manifiesta, señor —dijo Monro—. También lo es mi lealtad.

—¡Paparruchas! —soltó el viejo.

—Le dije que haría lo imposible por que ella continuase con nosotros. Ninguno sabíamos que su estado mental tomaría estos derroteros.

—¿Derroteros? ¿Qué derroteros? —se escandalizó Preston—. Oiga, está como una cabra. No hace mucho, esa puta iba diciendo que el espíritu de mi difunto hermano Isaac le hablaba a través de un joven médium. Si eso no es estar loca, ¿qué diablos es?

—Eso era antes —replicó el médico—. Ahora lo niega y reconoce su transtorno. Estaba «desequilibrada», ha reconocido.

—¡Ridículo! —de nuevo se hizo oír el patriarca.

—¡Ridículo! —repitió Preston.

—Soy el primer asombrado —dijo el director Monro—; pero no deberían juzgar a la ligera. Aunque sigo lleno de asombro, es un método que tiene antecedentes.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Preston—. ¿Defiende usted ese experimento? ¿Defiende a un detective que se hizo pasar por alienista!

—Me limito a poner de relieve que esa mujer ya no sostiene la versión que sostenía. Por eso, repito, las circunstancias han variado para todos.

—¡Finge! —dijo Preston—. ¡Miente!

—Verá, eso no puedo determinarlo.

—¡Está fingiendo! —insistió Preston—. ¡Oblíguele a que diga la verdad!

—Siempre puede experimentar una recaída —aventuró Monro—. De eso no está a salvo nadie que haya padecido transtornos mentales.

—Déjese de recaídas —puso fin el patriarca—. Es más probable que recaiga yo antes que mi nuera. El dinero es un tónico excelente.

—Pobre, pobre Isaac —dijo Preston, cariacontecido, y cambió una mirada con su atónito padre—. Por culpa de ella no está hoy con nosotros.

—Señores, señores —dijo Cyrus Haggard.

—Y mientras, mi cuñada viviendo como una Peabody —se indignó Preston—. Su hijo mayor envenena a mi hermano Isaac, ella participa en sesiones espiritistas, intenta suicidarse cortándose las venas y luego habla con los muertos. ¡Y no está como una cabra!

—¡Cállate de una santa vez!

—Sugiero —alegó el picapleitos— que, tal vez, deberíamos reconducir la cuestión.

—La cuestión —dijo Monro— es que nuestros movimientos y resultados, en lo que se refiere a Ashley Peabody...

—Bale. Ashley Bale, si no le importa —rectificó Preston.

—... han estado y siguen estando sometidos a vigilancia por el Comité de Inspectores.

—No me venga con zarandajas —contestó el viejo—. Eso usted ya lo sabía antes de cobrar.

—Me cuidé mucho de advertirles que no dependía sólo de mí.

—Usted dijo... —empezó Preston.

—Que haría lo posible —dijo Monro—. Y lo hice. De haber ido más lejos, la investigación, y el escándalo consiguiente, a nadie habría beneficiado.

—Dejando aparte el asunto del internamiento —habló Cyrus Haggard—, siempre podemos recurrir la resolución judicial.

—¿Qué resolución? —preguntó el viejo.

—Pues la que acaba de revocar la declaración de incapacidad de la señora... Ashley, señor Peabody.

—Ésa es otra —dijo Preston—. La resolución judicial.

—Esto es inútil —concluyó el patriarca dando un golpe con la contera en el suelo—. ¿Puede hacer algo más por Arnold Peabody, Monro?

—Mucho me temo que no. La última vez que nos vimos, en este despacho, me aseguré de explicarme.

»Les resumí la terapia ideada por el doctor Russell, el papel del detective Cooper y el recelo que me inspiraban sus planes. Con todo, dejé la puerta abierta. Y la sigo dejando. En lo que concierne a la locura, muy poco está dicho. Por eso no descarten una grave recaída.

—Tiene usted un pico de oro, Monro. Y, en parte, gracias a mí —observó el patriarca que, apoyándose en el bastón, empezó a erguirse mientras su hijo se precipitaba a ayudarlo—. ¡Saca!

Monro declaró al tiempo que se levantaba:

—Quiero que comprendan que no puedo retener a la señora Peabody por más tiempo.

—Bale. Señora Bale —corrigió Preston.

—Obvio —dijo Cyrus Haggard. Y mientras sus piernas seguían los pasos de sus clientes y sus ojos acompañaban al director Monro, quedó en el aire qué afirmación era la obvia.

—Todos hubiéramos preferido una conclusión distinta —añadió el médico rodeando la mesa. El viejo Peabody ya le daba la espalda—; pero las cosas son como son, por ahora.

El patriarca caminaba apoyando todo su peso en el bastón y Preston se caló la chistera. De modo que, sin oírlos ni verlos por delante, con esa última perspectiva que de los Peabody gozó el director Monro, parecieran el pasado y el futuro del mismo hombre. En especial, cuando, con voz atronadora, uno de ambos, y era indiferente qué Peabody, tronó justo saliendo del despacho:

—¡Váyase a la mierda, Monro!

—2—

Mientras esperaba, la visita fue a sentarse en el borde de uno de los sofás, con las piernas muy juntas y un ramo de rosas rojas en las manos.

El joven tenía dieciocho años. Era el mismo joven que había visitado a Tadeus Cooper en su casa. Parecía un personaje recién salido del Evangelio.

Vestía un traje humilde y llevaba el cabello rubio peinado con raya al medio. En la mejilla lucía una cicatriz con forma de anzuelo y sus ojos eran grandes y oscuros, cercados por unas suaves y románticas ojeras.

Desde la ventana se veían los jardines.

Había cesado esa lluvia pertinaz de septiembre y resbalaban hilos de agua por los cristales. De las blancas paredes colgaban fotos del Hospital Psiquiátrico de Bethlem. Fotos almibaradas, que traslucían un encanto y una placidez ilusorios. Fotos que estaban lejos de la realidad del Bethlem. Algo para que los familiares vieran consolada su conciencia, o corroborasen qué falsas y poco fiables son las opiniones de los locos.

De improviso se abrió la puerta. El joven se puso en pie como activado por un imán y entró en la sala de visitas la señora Bale, acompañada de una enfermera.

—Buenas tardes, señor Higgins —dijo la enfermera.

La paciente y él se quedaron mirando, inmóviles, pudiera decirse que entrelazaban pensamientos. Él junto al sofá estampado, con el ramo de rosas rojas contra el pecho, expectante; ella muy cerca del umbral. Por encima una sombra de desconcierto desplegaba sus alas.

—Voy a dejarles solos —dijo la enfermera—. Si me necesitan, estaré en el corredor.

Entonces el joven se acercó a ella sin prisas, como si en cada paso pusiera un latido. Le entregó el ramo de rosas, que ella cogió cerrando los ojos. Aspiró profundamente.

—Hola, pequeño —susurró ella.

El muchacho la tomó por los hombros con suavidad y la llevó hasta la ventana.

—Mire. —Señaló hacia un discreto rincón de los jardines—. Se empeñaron en venir.

Fuera había una tribu de niños, todos muy formales, posando. No hacía frío; pero, en verdad, parecía un grupo muy friolero que se dispusiera a ser retratado. Dos gemelas ya mayorcitas, otra más pequeña con dos trenzas del color de las espigas, un niño con una melena de bucles que cogía del brazo a una cría con el pelo liso, otra pequeña que tenía el cabello corto de un chico y un séptimo que jugaba a ponerse a cuatro patas.

La paciente lanzó un gemido y se llevó la mano a la boca.

—Falta Dora, que está con Maggie. ¿Se acuerda, Ashley?

Ella movió la cabeza sin sacarse la mano de los labios. A continuación, con esa mano, intentó un ademán de saludo. Le salió una despedida temblorosa. Los chiquillos miraban apiñados hacia la ventana. Al ver el gesto de la mujer, rompieron filas y, formando un alegre barullo, soltaron una catarata de holas y adioses.

—Me acuerdo de todos —dijo la paciente, emocionada. Alzó la vista hacia él—. Y también de su hermano mayor.

—Todos la quieren mucho —murmuró el joven, y sonrió—. También su hermano mayor. ¿Le parece que nos sentemos?

Se dirigieron hacia el sofá.

Pasó un poco de tiempo. Ella se diría embriagada por la fragancia de las flores. Quizá empezaba a pensar que el ramo cumplía la función de esconder su boca, o de ocuparle las manos.

—En cuanto la resolución judicial sea firme, me dejarán salir —dijo Ashley.

—Vendremos todos a recogerla, si usted quiere —y seguidamente—: no me dejaron venir durante la terapia. Que no era aconsejable, se me dijo.

Hablaban en susurros, con cautela. Palabras que parecían expresar mucho más de lo que cualquiera hubiese acertado a oír.

—¿Y mis niños? —preguntó ella—. ¿Y Stephen? ¿Cómo está, pobre hijo mío?

—Está bien, Ashley. Está sereno. Podrá usted visitarlo cada día.

—¿Y Matthew?

—Muy pronto estará con él. Y con tía Amelia.

—Tía Amelia.

—Está en su mansión de Park Lane —aseguró el joven—. En paz. En otro mundo.

—También mi madre, aquella actriz enamorada, perdió la cabeza. Es un legado de familia. Tenía un pelo maravilloso mi madre, como mi hermana Eileen. ¿Te lo he dicho?

—Me lo ha contado.

—Puse en riesgo tu vida —murmuró Ashley. Llevó la mano hasta la cicatriz de él, sin tocarla; pero el joven, en un movimiento reflejo, evitó su caricia—. Estuviste a punto de irte. Gracias a Dios que tu espíritu es fuerte.

—Usted me hizo volver.

Estaban sentados en el borde del sofá. Ashley ocultaba su boca detrás de las flores; pero no era timidez, sino precaución.

De no ser porque alguien podría estar escuchándolos en aquel lugar en donde las paredes tenían oídos y las puertas ojos, habría algo sublime en su delicadeza, en su reserva.

—La recompensa —dijo la paciente—. Entrégasela a tu madre. A Maggie. Es para tu familia. Para los niños.

—No puedo, Ashley. Mi padre no hubiera querido.

—Pero, pequeño...

—Apostaría a que están vigilándonos —dijo el chico. Miró a los lados con disimulo—. Sobre todo a usted.

—Seguro —dijo Ashley, pegando las flores a la boca—. Creen que finjo estar curada...

—Eso es.

—... pero que, en realidad, sigo creyendo que tú eres un médium y que contacté con el espíritu de mi esposo.

—Sí, Ashley.

—Piensan que miento para poder irme; pero que sigo transtornada. Y que, en el fondo, estoy segura de que Isaac quería reunirse conmigo como fuese.

—Sí, Ashley. Matándose usted; o volviendo él a la vida.

—A través del cuerpo de un médium.

—Sí, Ashley.

—Y cualquier gesto, cualquier frase que oigan y pruebe que finjo, que miento a los doctores de Bethlem...

—Sssshhhhh.

—Tranquilo, pequeño. No les daré la satisfacción de volver a encerrarme. —Y en el tono más bajo posible—: He aprendido. No temas. Sé que nos miran. No voy a darles ni una oportunidad de salirse con la suya. Por mucho que busquen, no les daré pistas, ninguna huella, nada que pueda hacerles decir: «Pero si está loca, no veis cómo le habla, cómo lo mira. Todavía piensa que el joven Higgins no era un tramposo. Todavía piensa que la ponía en contacto con su esposo muerto, Isaac Peabody».

—3—

—Si le digo, doctor —tomó la palabra el detective Cooper—, si le digo que para mí son más reales Ashley, Rebecca y Adele que...

—... las personas reales —le auxilió el doctor Russell, y se llevó la cuchara a la boca.

—¿Lo creería?

—Amigo Cooper, el poder de la ficción es curativo. Pasa igual con los sueños, que nos curan. Morimos, si no soñamos. Pero, coma. Si no le gusta la crema de calabaza, pida otro plato. Celebramos su éxito, Cooper. Un éxito extraordinario.

El detective, a pesar suyo, probó la crema de calabaza. El doctor Russell había elegido el restaurante de su club, el club Reform, por costumbre, apenas frecuentaba restaurantes.

—Y, a propósito —mientras hablaba, el médico se acarició la barba mosaica—, la verdad tiene menos pegada que una buena ficción.

—¿Cree usted? —preguntó Cooper, en cuya voz había una nota de desaliento.

—Que si creo. No somos más que criaturas confeccionadas a base de mentiras.

—Con franqueza, yo me he esforzado siempre por averiguar la verdad.

—Así y todo. Fíjese, por ejemplo, en nuestro caso.

»Arnold y Anne Rose Peabody, un matrimonio de ricachones tiene tres hijos y ninguna hija. Bien. El hijo mediano, Isaac, con poco atractivo físico para las mujeres, es un joven lleno de pasión y de vida. Y, por cierto, un firme defensor de los derechos femeninos y un transgresor. Vale. Se casa con una hermosa mujer de la que se obsesiona, una mujer más joven que él, hija de artistas callejeros, con un pasado más que sospechoso. Difícil, pero lo aprobamos. Una mujer cuya familia materna sufre trastornos mentales y que de muy jovencita se ve obligada a venderse. La cosa ya no pinta tan bien. Por despecho, celos, enajenación, lo que usted prefiera, Isaac Peabody es infiel a su esposa. Paga a una joven prostituta por una noche, tal vez como pagó a su joven, y necesitada, esposa en su día y a otras jóvenes antes que ella; seguidamente, intenta matarse. Vamos de mal en peor. La prostituta se queda embarazada, y como no puede hacerse cargo de un nuevo hijo, Isaac Peabody, asaltado por los remordimientos, se queda con el bebé y se obliga a contárselo todo a Ashley. No es verosímil.

»No es nada verosímil, Cooper. Al menos, qué quiere que le diga, yo no me lo creo.

—La realidad no es verosímil. ¿Es lo que me está diciendo, doctor?

—La realidad nos sobrepasa. Demasiadas causas y efectos atropellados. Demasiado rica. Y nuestro caso lo prueba. La ficción que elaboró la mente de nuestra pobre enferma es más creíble. —Hizo una pausa y continuó—. La ficción de Ashley, incluido el universo espiritista, es más simple y más consoladora que los hechos. Amigo Cooper, los hechos no son la verdad; son la realidad. Y demasiada realidad es insoportable. No hay quién se la trague.

El doctor Russell encendió la pipa y miró al detective a través del humo, parpadeando.

Desde que habían liberado a la paciente, sólo un par de días antes, Tadeus Cooper había empezado a sentirse mejor, más libre, más en paz. Se le notaba.

—Cooper, ¿tendría la bondad de satisfacerme una duda?

—Estoy a su disposición.

El médico succionó la pipa. Su barba flotaba entre humo azulado.

—Usted sospechaba de los dos hijos del matrimonio.

—Más de Stephen, el mayor, que de Matthew.

—Interrogó a los niños; pero no encontró pruebas decisivas.

—No muchas. —Le resultaba penoso hablar de ello.

—Por eso urdió una estratagema. Con el pretexto de su aniversario, usted sugirió a Ashley que reuniese a todos los miembros de la familia que estaban presentes durante la última cena de su esposa. Y su único propósito, Cooper, era confirmar sospechas.

—Cierto.

—Y así se lo dijo a Ashley. Le aconsejó que explicase a todos por qué había buscado un médium, y que hablase de la consigna en el cristal de la ventana, ¿correcto?

—Correcto.

—Y le dijo que si alguien reaccionaba de un modo determinado, esa persona sería el asesino. Pero ¿cuál era ese modo determinado y por qué?

—Intenté ponerme en la piel del asesino. O sea; ni el que planteó el juramento, ni el que juró; ninguno de ellos hubiese borrado unas palabras escritas en plena disputa. Ninguno hubiera borrado una contraseña que daba sentido a todo: *La historia de Isaac y Rebeca*. Sólo podía borrarlas alguien que no deseaba que se recordasen, que temía los contactos espiritistas. Alguien que razonaba con una lógica real, pero inmadura.

—Una lógica real pero inmadura. —El médico siguió fumando.

—Sin esas palabras desaparecía la certeza de contactar con el espíritu del muerto. ¿Por qué, si no para despejar cualquier incertidumbre sobre su identidad, iba a proponer una consigna *post mortem* alguien que teme morir?

—Y, es evidente, quien tenía todas las papeletas para razonar así era el asesino.

—Un asesino con un pensamiento lógico, y con un pensamiento inmaduro.

—Ya veo. ¿Y cuál era la respuesta que esperaba del asesino?

—Una vez reunida la familia, Ashley debía hacer alusión a una consigna compuesta por seis palabras; pero seis palabras que no fueran las auténticas. Ashley tenía que mentir para propiciar la reacción de una persona, según mi hipótesis. Porque sólo uno de los presentes, aparte de Ashley, conocía la consigna. El que había borrado las seis palabras del cristal.

—¿Y entonces?

—Ashley debía estar atento a las reacciones de todos y cada uno. Atento para percibir que en nadie, con una sola excepción, hallaría un cómplice, un aliado. Podrían compadecerlo, mofarse de él, los sentimientos aflorarían; pero sólo el que lo mirase con expresión de alivio, aquél cuyo rostro desvelase una paz risueña, una complicidad inconsciente, sería el culpable. Esa persona, hombre o mujer, sería el asesino o asesina de Rebecca Peabody.

—¿Por qué, Cooper? ¿Por qué?

—Porque, si yo estaba en lo cierto, esa persona respiraría con alivio al escuchar, por boca de Ashley, una consigna errónea. Una consigna equivocada. La consigna que no era.

—Ingenioso.

—Una respuesta que se desprendería de su propia actitud, de sus gestos, de su complicidad. Como así sucedió.

—Stephen se sentía aliviado.

—Stephen no podía imaginar peor pesadilla que a sus padres comunicándose a través de un médium. ¿Cómo soportar la idea de que su madre se enterase, por su esposo muerto, de que el hijo de ambos era su asesino? Si la consigna era equivocada, todo era un fraude, un error, una mentira. Si la consigna era equivocada, sin duda su padre había olvidado la buena o estaba loco, no había que preocuparse. Recordará, doctor, que una de las sesiones debió suspenderse porque su hermano Matthew fue descubierto en la habitación de espiritismo.

»Mientras duraron las sesiones, Stephen se desvivió de inquietud por saber lo que ocurría dentro; pero, cobarde, no se atrevió nunca a entrar. Por eso convenció a su hermano para jugar a

los espías.

—Recuerdo.

—Pues bien, que en su aniversario, en una reunión familiar, Ashley reconociese que utilizaba una consigna equivocada, tranquilizó al pequeño. Stephen respiró.

—Y Ashley detectó esa reacción de su hijo allí mismo, en la mesa.

—No podía pasarle inadvertida. Era la reacción que yo me había atrevido a anticiparle.

—Pero Ashley estaba lejos de creer que su hijo fuese un monstruo —repuso el médico.

—Ashley necesitaba conocer la verdad, sin resquicio de duda. Y esa verdad sólo podía proporcionársela, según ella, su esposo muerto, Isaac. Y una última sesión de espiritismo.

—De manera —siguió diciendo el médico, mientras los platos se enfriaban—, que el niño borró las palabras de la ventana después del crimen.

—Eso me confesó. Las anotó con esmero en un trozo de papel para no olvidarlas.

—El trozo de papel que más tarde le dio a usted, cuando se vio acorralado. ¿Le contó que iba a entregarse?

Cooper tomó el tenedor y el cuchillo como tomaría las armas un pacifista.

—Se puso en mis manos. No me hizo saber que se entregaría.

—Pero usted le dio el papel a Ashley. Y eso ocurrió, si no me equivoco, poco después de la última sesión de espiritismo, cuando Ashley empezó a dar muestras de una debilidad mental alarmante. ¿Por qué usted no denunció a Stephen?

Cooper se puso tenso. Ya no era el médico quien veía frente a él, era el pasado.

—Para qué. Llevaba su condena grabada en el rostro. Y era un niño. Sí, le entregué el papel a su madre, al fin y al cabo mi cliente. Le conté todo lo que su hijo me había confesado. No he tenido hijos, sólo pájaros; pero puedo imaginar, doctor Russell.

»En cuanto a Ashley, su mente ya estaba en otra parte. La recuerdo diciéndome que iba a llevarle ese trozo de papel, con aquellas seis palabras, al padre de su hijo. Se lo llevaría a la tumba para que él lo guardase. Para que nadie supiera de su existencia, salvo él. Él sabría custodiarlo. Él protegería a Stephen. No lo olvidaré nunca. ¿Usted podría?

—Pobre, pobre Cooper —dijo el médico—. Y pobre Ashley. Y pobre Isaac. Qué frágil nuestra mente. Sin embargo, el niño se entregó por iniciativa propia.

—Creo que Stephen amaba la verdad, como Ashley. Y como ella, odiaba la irresponsabilidad, la cobardía. Y había sido cobarde. Es un vano consuelo; pero a veces me he dicho que se habría entregado igual sin mi intervención.

—Hizo usted lo correcto. —Y ante el silencio del detective, el médico prosiguió—: En alguna medida, sé que usted aceptó esta ingrata tarea porque creía debérsela a Ashley. Sin embargo; es ella quien tiene una deuda con usted. Usted la ha curado. Pruebe a vivir sin culpa.

—Porque está curada, ¿no?, desde luego.

—Todo lo curada que puede estar alguien cuyo transtorno ha sido grave. Está en libertad. Por el momento, tiene una vida propia.

—Y lo que Ashley contó sobre espiritismo eran, según usted, ideas demenciales.

—¡Oh, por favor, Cooper! El joven Higgins era un mistificador, un farsante, como tantos. Es posible que estuviera enamorado de Ashley; o no. Es posible que fuera tras su dinero, quién sabe. Lo que parece seguro es que conocía el secreto de la consigna. ¿Qué más quiere saber?

—¿Y cómo explica, doctor, las transcripciones que conservamos? ¿Y ese carácter, dijéramos,

de augurio, ese tono predictivo de algunas de ellas? Dígame, ¿cómo pudo Ashley intuir la visita de sus hijos a la mansión de los Osborn-Sherry, o el crimen de Eileen de no ser porque el espíritu de su esposo la avisó?

—Amigo mío, las presuntas comunicaciones que usted conserva debieron ser escritas *a posteriori*, nunca *a priori*. ¿No quedamos en que esos textos tuvieron que escribirse después de transcurrido lo que contaban? El misterioso joven no es de fiar, Cooper. Utilice su instinto.

—Nada de eso que dice se ha probado.

—Usted sabe como yo que ese joven y Ashley se vieron después de la última sesión espiritista, incluso en el hospital de Bethlem. Y le diré más, estoy seguro de que esas citas agravaron el estado de ella, confundieron aún más sus recuerdos.

—Hay cosas que no encajan.

—Cooper, se lo ruego, no hable usted igual que Ashley.

—¿Es lógico que un enamorado, o un oportunista, redacte unas falsas transcripciones, transcripciones que conducen a Ashley a cortarse las venas en el hotel donde intentó matarse su marido años atrás? —preguntó el detective.

—Oh, piense, amigo mío. Piense. ¿Qué recordaba la paciente? Recordaba sólo la palabra VEN. La palabra «VEN, VEN, VEN», transcrita a lo largo de páginas y páginas. Quizá ésas fueron las transcripciones originales, y sólo después, *a posteriori*, el farsante las reescribió.

—En ese caso, ¿no le parece incomprensible que Ashley vuelva con el chico, una vez restablecida?

Los platos permanecían intactos. El doctor Russell dio una sucesión de frenéticas chupadas a su pipa y dijo:

—La mente es insondable. No imagina cuán largo es el camino que le queda por recorrer a la psiquiatría. Los que sufren un transtorno severo pueden sentirse felices si recuperan el tono de su vida. —Parecía dar por zanjada una cuestión hartamente embarazosa—: ¿Ha vuelto a ver a ese muchacho, el señor Higgins?

Tadeus Cooper esperó unos segundos antes de responder, y luego mintió.

Dijo NO, cuando se había entrevistado con el joven médium, y en su propia casa; pero estaba hartamente de preguntas, de dar explicaciones. Con toda la admiración que le reservaba al doctor Russell, estaba en profundo desacuerdo con él.

Y, en alguna medida, se sintió en paz y esperanzado. Lejos del pobre mundo de la razón, que tanto había frecuentado por su oficio. Deseó acallar voces, ruidos de fondo, alimentar una cierta clase de fe. Qué no daría por un trofeo así.

CAPÍTULO XVIII

Un mes después, Tadeus Cooper vendió su piso en la City y se trasladó a Kensington, al norte, en el condado de Middlesex.

Era una zona tranquila, todo verde, en la periferia de Londres. Granjas, casitas, pájaros, árboles, paz a un lado y a otro. Sus pequeños amigos serían felices allí, en Kensington.

Comería buenas verduras y a mejor precio, conversaría con los paisanos, leería novelas de Jane Austen, Emily Brontë, *Cumbres borrascosas*. Respiraría el aire puro de los páramos, sin por ello alejarse mucho del centro. Cambiaba de rumbo, sin exiliarse. Sesenta otoños, la mayor parte de duro trabajo, son una cifra. Estaba viejo ya para exilios.

Llevaba tiempo dándole vueltas a la idea, pero cuando un amigo con relaciones le filtró los planes del príncipe Alberto, lo vio claro. El esposo de la reina, al parecer, quería invertir en Kensington el dinero de las visitas a la Gran Exposición. Su proyecto era construir un barrio con los avances técnicos del siglo. De manera que, si el asunto fructificaba, en unos años, Kensington iba a convertirse en una zona señorial y, lo más interesante, los solares e inmuebles centuplicarían su valor.

Se decidió, pues, a arrendar una casita con terraza por cincuenta libras al año, un poco más de lo que había previsto, pero con opción de compra. Si Kensington no cambiaba, disfrutaría de su bucólico entorno y gastaría menos que en la City; pero si el proyecto se hacía realidad, compraría una casa que se revalorizaría en pocos años, lo que no le vendría nada mal, después de todo.

Adjudicó a sus pequeños amigos la habitación más grande, dos veces mayor que la que ocupaban en el otro piso. Como ellos, vivía con austeridad. Confiaba en sus ahorros. Nunca había necesitado mucho.

Dejó su profesión. A menudo le llegaban cartas de clientes potenciales rogándole que aceptara tal caso o tal otro. No sabía cómo averiguaban sus señas. Y porque logró que su nombre no lo airease la prensa, que si no... Cada vez echaba al fuego más cartas sin abrir.

Llegó y pasó el otoño. Un otoño con lluvias incesantes. Estaba a punto de olvidarse de nosotros, hasta que un día llegó una carta sin remite. Eso la hacía una firme candidata a las llamas; sin embargo, decidió abrir el sobre porque la letra con el destinatario y su dirección le recordaba a la letra de las transcripciones mediúmnicas.

Desplegó la misiva y empezó a leer:

Apreciado Sr. Cooper:

Hay que atribuir a la casualidad que me haya hecho con sus nuevas señas, lo cual no me justifica; pero si la razón por la que me he resuelto a molestarlo en su retiro merece sus disculpas, me daré por satisfecha.

Tampoco yo vivo en mi antigua casa, en Park Lane, señor Cooper, y también mis nuevas

señas son, a estas alturas, irrelevantes.

Tal vez, usted y yo hemos huido para volver a empezar. Tal vez nuestra situación no es tan distinta. Me pregunto si no fue así desde el principio. Me pregunto si no fue usted la persona que mejor supo entender aquello que todos calificaron de locura.

En lo que a mí se refiere, sólo ahora comprendo, después de que el doctor Russell me lo confirmase, que usted se negó a entregar a mi hijo a la policía, y que fue el mismo Stephen, acuciado por los remordimientos, quien tomó la decisión de entregarse. Y por eso y porque, gracias a su tenacidad, no sigo encerrada en Bethlem, tengo una deuda de gratitud con usted.

No es otra la razón por la que le escribo esta carta; es decir, dicto esta carta, pues no soy yo quien la escribe sino un joven con un don extraordinario y que fue médium, alguien en quien usted reconocería al hijo de Bill Higgins.

Señor Cooper, ¿ya ha aprendido a creer, o aún duda que las transcripciones fueran auténticas?

Pues bien, en pleno uso de mis facultades, yo declaro y le confieso (ambos le confesamos) que las transcripciones siempre fueron auténticas. Que el joven Higgins estuvo a punto de perder su vida por mí y que los médicos del Bethlem tenían razón sólo en esto: que yo fingía lo que ellos necesitaban oír para liberarme.

Por mi propio bien, espero y deseo que esta carta no caiga en manos de quienes esperan de mí una recaída para volver a encerrarme.

Suya afectísima

Ashley Bale

Destruyó la carta después de leerla trece veces. Cambió. O no cambió. Era el mismo; pero otro. No era repentino. Era una evolución.

Su fe había sido endeble, su esperanza frágil. Ya no se reconocía en el temeroso y razonable detective Tadeus Cooper.

Ya no tenía ganas de sufrir, ni razones para hacerlo. Ya todo se revelaba con nitidez, todo era cierto, se decía.

Por más que le llamasen infeliz, ganaba la esperanza a la derrota, la esperanza ganaba al desaliento. Alguien que lo quiso, y a quien siempre querría, lo esperaba en algún recodo del camino hacia el más allá.

Y todavía, cuando la lluvia cae y el viento barre los páramos y los bosques de Kensington, en el condado de Middlesex, mientras la tarde gris se desploma, un hombre de más de sesenta otoños sale de casa a por leña, se prepara algo para cenar y se sienta frente al fuego. Cada día es un poco menos distinto del anterior; pero aún disfruta de Jane Austen, Emily Brontë, *Cumbres borrascosas*, da largos paseos, habla con los paisanos y juega con sus pequeños amigos, con quienes más tiempo pasa. Lo necesitan como a un padre y está casi siempre seguro de que cantan para él. Aún se acuerda de Hector, que se marchó.

Mes tras mes, año tras año, sin prisas, se deja llevar y vive. El tiempo pasa y él sonríe. Sonríe con la calma que le da la seguridad de que un día, pronto, volverá a reunirse con Mary. Mary, con quien habla como si rezase porque sabe que lo espera, y nadie lo convencerá de lo contrario, porque sabe que lo mejor está por llegar. Y se reunirá con nosotros.

FIN



Edmundo Díaz Conde (Orense, 1966), se licenció en Derecho por la Universidad de Sevilla y es funcionario de la administración de Justicia. Paralelamente ha seguido su camino como novelista. Trabajó como asesor en una editorial y colabora con algunas revistas literarias y El Correo de Andalucía. Desde 1998 reside en Sevilla, si bien ha vivido, además de en su ciudad natal, en Santiago de Compostela y en Madrid. Como escritor, se aproxima al género negro, la intriga, la aventura y la novela histórica.

En 1999 ganó el Premio de Novela Ciudad de Badajoz en su tercera edición con su primera novela, *Jonás el estilista*. Con su segunda obra, *La ciudad invisible*, quedó finalista de la 33.^a edición del Premio Ateneo de Sevilla (2002) y con *El veneno de Napoleón* fue igualmente finalista en el Premio de Novela Histórica Alfonso X El Sabio (2008). En 2015, se alzó finalmente con el primer premio del Ateneo de Sevilla en su 56.^a edición con *El hombre que amó a Eva Paradise*. Además es autor de otras obras, como *El club de los amantes* y *El príncipe de los piratas*.

Índice

SOBRE ESTE LIBRO
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITA

CAPÍTULO I
CAPÍTULO II
CAPÍTULO III
CAPÍTULO IV
CAPÍTULO V
CAPÍTULO VI
CAPÍTULO VII
CAPÍTULO VIII
CAPÍTULO IX
CAPÍTULO X
CAPÍTULO XI
CAPÍTULO XII
CAPÍTULO XIII
CAPÍTULO XIV
CAPÍTULO XV
CAPÍTULO XVI
CAPÍTULO XVII
CAPÍTULO XVIII

SOBRE EL AUTOR
ÍNDICE
CRÉDITOS

Edición en formato digital: 2020

© Edmundo Díaz Conde, 2020

© Algaida Editores, 2020

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-297-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es